

Septiembre 2012 8

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- Carta Pastoral. Educación cristiana para las nuevas generaciones 743
- Carta Pastoral. El reto de la fe y el desafío de la nueva evangelización 766
- Servidores y testigos de la verdad 781
- La peregrinación a Fátima: Inicio de la Misión-Madrid. Conversión y penitencia: presupuestos espirituales de la nueva evangelización 784

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 788
- Defunciones 793
- Actividades del Sr. Cardenal. Septiembre 2012 794
- Apertura del proceso sobre el presunto milagro atribuido al Venerable Padre Luis Antonio Ormières, Fundador de las Hermanas del Ángel de la Guarda 796

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Carta Pastoral 799

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Actividades del Sr. Obispo. Septiembre 2012 842
- Nombramientos 846
- Orientaciones Pastorales 847

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Ceremonia de Ordenación Episcopal de D. José Rico Pavés como Obispo Auxiliar de la Diócesis 851

• Acta de la ordenación episcopal de D. José Rico Pavés	858
• Palabras dirigidas a los asistentes a la Ceremonia de su Ordenación Episcopal	864

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

• Nombramientos	869
• Defunciones	871

Iglesia Universal

VISITA APOSTÓLICA AL LÍBANO

• Encuentro de Benedicto XVI con los periodistas durante el vuelo hacia Líbano	873
• Ceremonia de bienvenida en el Aeropuerto internacional Rafik Hariri de Beirut	878
• Visita a la Basílica de San Pablo de Harissa	881
• Ecclesia in Medio Oriente: Exhortación Apostólica Postsinodal sobre la Iglesia en Oriente Medio, comunión y testimonio	885
• Encuentro con los miembros del Gobierno, de las Instituciones de la República, el Cuerpo Diplomático, los responsables religiosos y los representantes del mundo de la cultura	929
• Encuentro con los jóvenes en la explanada frente al Patriarcado maronita de Bkerké .	935
• Santa Misa y entrega de la Exhortación Apostólica Postsinodal para Oriente Medio en el Beirut City Center Waterfront	940
• Rezo del Ángelus Domini	944
• Encuentro Ecueménico en el Salón de Honor del Patriarcado Siro católico de Charfet .	946
• Ceremonia de despedida en el Aeropuerto internacional Rafik Hariri de Beirut	948

PENITENCIARÍA APOSTÓLICA

• Urbis et Orbis. Decreto. Se enriquecen del don de Sagradas Indulgencias particulares ejercicios de piedad durante el Año de la fe	951
---	-----

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.com - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXX - Núm. 2847 - D. Legal: M-5697-1958



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

**EDUCACIÓN CRISTIANA
PARA LAS NUEVAS GENERACIONES**

Carta Pastoral del
Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal-Arzobispo
D. Antonio María Rouco Varela

Madrid, septiembre 2012

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

El pasado mes de abril pronuncié una Conferencia en la Pontificia Academia de las Ciencias en Roma sobre la educación cristiana para las nuevas generaciones. Teniendo en cuenta la importancia decisiva de la educación para la formación humana, moral y espiritual de los jóvenes, me ha parecido oportuno ofrecer también estas reflexiones a los fieles de nuestra Iglesia diocesana, que va a iniciar en el curso pastoral que comenzamos la Misión-Madrid, en la que toda la diócesis está implicada en el anuncio del Evangelio de Cristo para la renovación de toda la vida cristiana.

Introducción: planteamiento del problema

Permitirán que comience mis palabras aludiendo a la celebración en Madrid de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud en agosto de 2011.

Centenares de miles de jóvenes de todo el mundo acudieron a la llamada que Benedicto XVI les había lanzado en 2008 en Sydney para encontrarse en Madrid con el Papa y celebrar su fe. “Fue, y lo sabéis –decía el Papa a su regreso a Roma- un acontecimiento eclesial emocionante. Cerca de dos millones de jóvenes de todos los continentes vivieron, con alegría, una formidable experiencia de fraternidad, de encuentro con el Señor, de compartir y de crecimiento en la fe: una verdadera cascada de luz”¹.

La calidad humana y religiosa de aquella juventud pacífica, solidaria, generosa y alegre, convirtió la ciudad de Madrid en el reflejo de esa “humanidad nueva” que nace y se desarrolla con la fe en Cristo. La riada de jóvenes católicos, gozosamente identificados con la Iglesia, despertó una gran esperanza en nuestras comunidades: ¡Es posible transmitir la fe a las nuevas generaciones! ¡Hay una juventud de hoy que es Iglesia al cien por cien!

Decía el Beato Juan Pablo II, iniciador y gran animador de estos encuentros, que “son los mismos jóvenes los que han inventado la Jornada Mundial de la Juventud”. Él sólo había respondido –afirmaba- a una necesidad de los jóvenes.

El primer encuentro tuvo lugar en el Domingo de Ramos de 1984 con ocasión del Año Santo de la Redención. El Comité organizador preveía unos 60.000 participantes y acudieron ¡250.000! Al año siguiente llegaron a Roma 300.000. No eran “turistas” aquellos jóvenes que se reunían en tiempos de oración y de catequesis, para encontrarse finalmente con el Papa. Esos jóvenes sentían el deseo de encontrarse, de compartir su experiencia, de escuchar una palabra de fe, de mirar juntos hacia el futuro, de confirmar su propio compromiso. Juan Pablo II intuyó que estas respuestas juveniles manifestaban una profunda búsqueda de Cristo: “Lo bus-

¹ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, miércoles 24.VIII.2011, en *Ecclesia* 3.586/87 (3 y 10.IX.2011), 14; y en *Benedicto XVI, Discursos en la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid*, edición preparada por Jesús de las Heras Muela, BAC, Madrid 2011, 133.

cáis en la plenitud de esa verdad que es Él mismo en la historia del hombre”, les explicó a los jóvenes².

Aquellos encuentros romanos pasaron al ámbito mundial. Primero en Buenos Aires en 1987. En 1989 en Santiago de Compostela, con su profundo significado cristiano para Europa, donde me fue confiada por el Papa la responsabilidad de acoger la que sería la IV Jornada Mundial de la Juventud. En 1991 Czestochowa fue el primer gran encuentro entre los jóvenes del este y oeste de Europa tras la caída del muro de Berlín. Y siguieron los encuentros multitudinarios, alternando la ciudad de Roma con otras ciudades: Denver, Manila, París, Toronto... Tras el fallecimiento de Juan Pablo II, el Papa Benedicto XVI los continuó en Colonia y Sydney. En Madrid ha convocado a los jóvenes para el año 2013 en Río de Janeiro. Ya ha comenzado la peregrinación de la Cruz y del Icono de la Virgen de la mano de los jóvenes brasileños.

Millones de jóvenes se han movilizado a lo largo de estos años, llenando calles y plazas de las grandes metrópolis, anunciando a Cristo, adorando al Señor, contando y cantando su fe. Estos jóvenes católicos, a los que Juan Pablo II llamó “centinelas de la mañana”, son generaciones nuevas de jóvenes dispersos por el planeta, pero todos “arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”.

¿No estamos ante un “signo de los tiempos”, suscitado por el Espíritu, que deberíamos reconocer en todo su alcance actual para la misión de la Iglesia? Las Jornadas Mundiales de la Juventud, a mi entender, nos invitan a recuperar aspectos centrales de una pedagogía cristiana para la juventud del Tercer Milenio.

Es evidente que los jóvenes que acuden a estos encuentros no son todos los jóvenes católicos, y menos aún la multitud de jóvenes del mundo a los que hay que anunciar el Evangelio. Tenemos por delante una tarea enorme, que no carece de obstáculos. La situación humana, moral y espiritual de la juventud ha sufrido los efectos de los rápidos cambios sociales, económicos y culturales de la humanidad. La formación de los jóvenes encuentra dificultades de naturaleza sociológica y psicológica o de índole cultural, filosófica y teológica. Sin duda, como afirma Benedicto XVI, “educar jamás ha sido fácil, y hoy parece cada vez más difícil. Lo saben bien los padres de familia, los profesores, los sacerdotes, y todo los que tienen respon-

² *Homilía*, 27.III.1988, Misa del Domingo de Ramos, III Jornada Mundial de la Juventud.

sabilidades educativas directas. Por eso, se habla de una gran ‘emergencia educativa’, confirmada por los fracasos en los que muy a menudo terminan nuestros esfuerzos por formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dar un sentido a su vida”³. Y el Papa insiste: “Como he reafirmado en varias ocasiones, se trata de una exigencia constitutiva y permanente de la vida de la Iglesia, que hoy tiende a asumir carácter de urgencia e incluso de emergencia”⁴.

Urge, por tanto, la tarea de formar a la juventud.

Para abordar nuestro tema, precisaremos primero la idea de “educación cristiana” y la situación de las “nuevas generaciones” a las que se dirige; luego habrá que proponer un camino formativo acertado; finalmente, mencionaremos algunos ámbitos de singular relevancia educativa en la actualidad.

I. La Educación Cristiana

Primeramente hay que decir que la Educación Cristiana es “educación”, esto es, una transmisión de conocimientos y un cultivo de aprendizajes, de cualidades y de actitudes, todas ellas necesarias para el desarrollo de la vida personal y social de la persona. Es una tarea que requiere metodologías propias, y subsidios pedagógicos adecuados, así como su renovación y puesta al día.

No obstante, la atención por los medios y los modos no debe marginar los contenidos y los fines de la educación. La tarea de educar aspira a la formación *integral* de la persona, de sus cualidades morales, intelectuales y espirituales. En realidad, la concepción de la educación depende de la concepción del hombre que se tenga. Si toda buena pedagogía presupone una buena antropología, tanto más cuando se trata de la educación cristiana, cuyos contenidos específicos derivan de la visión del mundo y del hombre a la luz del designio salvador de Dios.

Este año celebramos el cincuenta aniversario del inicio del Concilio Vaticano II. Entre sus documentos se cuenta la Declaración *Gravissimum educationis*

³ BENEDICTO XVI, *Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21.I.2008).

⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana* (28.V.2009).

sobre la educación cristiana de la juventud. Esta Declaración presupone el contenido de la Const. past. *Gaudium et spes*, donde el Concilio expone la antropología cristiana con ocasión de responder a los permanentes interrogantes de la humanidad: qué es el hombre, cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, qué hay después de esta vida temporal.

La respuesta a estas preguntas sobre el sentido de la existencia humana y su destino final, sólo es completa y verdadera, en su realidad existencial, cuando se considera al hombre ante Dios, creado por su amor, caído y herido por el pecado, salvado por Cristo, y llamado a un destino de comunión plena en Dios. El Concilio propone a Cristo Salvador como la clave de la existencia humana. “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”⁵.

La verdad completa sobre el hombre es Cristo, que ilumina al ser humano para que pueda responder a su vocación. En consecuencia, dice el Papa Benedicto XVI, no “es posible (...) una verdadera educación sin la luz de la verdad”⁶, que nos ha sido revelada en Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. Como solía afirmar Romano Guardini, no hay “educación” completa y verdadera, si se renuncia a la visión cristiana del hombre y del mundo.

De modo que la identidad de la pedagogía cristiana deriva de una antropología propiamente teológica. Conviene mencionar, guiados por la fe de la Iglesia, los elementos antropológicos constitutivos de esta “educación cristiana”.

1. Ante todo, la persona es un *ser esencialmente relacional*, llamado a la comunión en su dos dimensiones fundamentales, internamente relacionadas: a la vertical con Dios; y a la horizontal con los demás hombres. En palabras de Juan Pablo II: “Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: llamándolo a la existencia por amor, lo ha llamado al mismo tiempo al amor. Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. (...) Dios inscribe en la huma-

⁵ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso con ocasión de la apertura del Congreso eclesial de la diócesis de Roma sobre la familia y la comunidad cristiana* (6.VI.2005).

nidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión”⁷.

2. En consecuencia, el ser humano está llamado a trascender este mundo mediante la apertura de sí mismo en primer lugar y *de manera esencial a Dios*. La educación religiosa se deriva de esta dimensión trascendente de la persona. Sin educación religiosa se privaría a los jóvenes de un elemento esencial para su desarrollo personal. “Los niños y los adolescentes –dice el Concilio- tienen derecho a que se les estimule a apreciar con recta conciencia los valores morales y a aceptarlos con adhesión personal y también a que se les estimule a conocer y amar más a Dios”⁸.

3. Además, la persona -sigue diciendo el Concilio-, *es un ser social* que “no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás”⁹. Es un constitutivo humano el ser-con y para-los-otros, una relación que se actúa en el amor. Esta “relacionalidad” viene especificada primeramente en la diferencia sexual de hombre y mujer. La comunión conyugal es la expresión primera de la verdad del hombre como “imagen de Dios”.

Pero el amor dilata a la persona más allá de su vida privada y de los afectos familiares, hasta asumir a la entera humanidad. La educación cristiana supera así una visión individualista y favorece el desarrollo de las virtudes cívicas y de la responsabilidad personal y social. Forma personas capaces de asumir las necesidades ajenas porque, en palabras de Juan Pablo II, “todos somos verdaderamente responsables de todos”¹⁰.

La Iglesia misma es “la gran familia de Dios, mediante la cual Él forma un espacio de comunión y unidad entre todos los continentes, las culturas y las naciones”¹¹. En la Iglesia la fuerza del Espíritu une a los creyentes a imagen del amor trinitario, y “transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre”, dice Benedicto XVI¹². La Iglesia es “la casa y

⁷ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Familiaris consortio* (22.XI.1981), n. 11.

⁸ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Declaración *Gravissimum educationis*, n. 1.

⁹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 12.

¹⁰ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Sollicitudo rei socialis* (30.XII.1987), n. 38.

¹¹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Vigilia de oración en Marienfeld* (20.VIII.2005).

¹² BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est* (25.XII.2005), n. 19.

la escuela de la comunión”¹³ para conducir a los hombres y mujeres a la comunión trinitaria, y así consolidar las relaciones fraternas entre los hombres. “A partir de la comunión intraeclesial –afirma Juan Pablo II–, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano”¹⁴.

4. Sin embargo, *el proyecto original* de Dios para la humanidad se ve *comprometido por el pecado*. El hombre está herido, histórica y socialmente, en lo más íntimo de su ser por el pecado de origen y por sus pecados actuales. “El hombre –sigue diciendo el Concilio–, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador”¹⁵. La ruptura con Dios afecta a las relaciones del hombre consigo mismo, con los demás y con la entera creación. “Es esto lo que explica la división íntima del hombre. Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía, el hombre se nota incapaz de dominar con eficacia por sí solo los ataques del mal”¹⁶.

Pero *Dios no abandonó al hombre* en la soledad de su impotencia. En la plenitud de los tiempos ha enviado a su Hijo, para que el hombre recobre, en el Espíritu, la comunión con el Padre: “el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo, que le retenía en la esclavitud del pecado”¹⁷.

Toda educación cristiana ha de tener en cuenta, por tanto, que el hombre es débil y pecador, pero ha sido salvado del pecado y de la muerte por la gracia de Jesucristo. He aquí los dos factores radicales en la formación de la persona: el hombre creado y caído, pero redimido por el Señor, que le ofrece la gracia para su libre acogida. Si el pecado mantiene su potencia destructora, más fuerte es el amor de Cristo que restaura la naturaleza herida. Nadie hay totalmente perdido. Toda persona está llamada a abrirse a Cristo con la convicción del Apóstol Pablo: Jesús “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál 2, 20).

¹³ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), n. 43.

¹⁴ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), n. 49.

¹⁵ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 13.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Ibid.



5. También en la fe somos instruidos acerca de nuestra vida temporal y en la esperanza de los bienes futuros. Por la gracia de Cristo somos llamados hijos de Dios, y lo somos de verdad; pero todavía no se ha realizado la manifestación con Cristo en la gloria, cuando seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es. “Esperamos el cumplimiento de *la esperanza bienaventurada* y la llegada de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, quien *transfigurará nuestro pobre cuerpo en un cuerpo glorioso semejante al suyo*”¹⁸. Cristo resucitado nos libera de la muerte para conducirnos a la vida plena en Dios. Esta esperanza nos sostiene mientras llevamos a cabo la obra que el Padre nos ha confiado en este mundo. “Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte -dice *Gaudium et spes*-, la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz”¹⁹. La educación de la juventud no debe silenciar el destino último de la humanidad. Sería tremendo condenar a los jóvenes a una existencia sin esperanza y sin sentido, ausente de ideales y de proyectos definitivos.

En síntesis, la cosmovisión cristiana nos habla del Dios Trino, que es comunión de Personas, Creador del mundo y del hombre a imagen suya en el amor; una imagen dañada por el pecado, pero restaurada en Cristo, hombre perfecto, que nos transforma por el Espíritu para que crecer en Él hasta que Dios sea todo en todos.

II. Las nuevas generaciones

Este designio divino de salvación ha de ser anunciado a las nuevas generaciones. Sin embargo, la tarea encuentra obstáculos de enorme calado en la actualidad, cuyas causas se remontan tiempo atrás. Nuestras “generaciones jóvenes” son los hijos y nietos de aquellos otros jóvenes de la “generación del 68”.

1. La “generación del 68” y sus consecuencias educativas.

En aquel momento se produjo una radical protesta contra la sociedad libre y democrática de la postguerra, que de manera inesperada parecía carente de legitimidad para los numerosos jóvenes que se manifestaban en las ciudades occiden-

¹⁸ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 48.

¹⁹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 18.

tales. Se trataba sobre todo de una ruptura cultural y espiritual con la tradición y las instituciones que la representaban: familia, sociedad, moral, religión, Iglesia. Quizá el tedio de una sociedad preocupada de sólo intereses materiales llevó a aquellos jóvenes a buscar promesas de libertad absoluta, de vida “auténtica” sin límites. Un anárquico “prohibido prohibir” se unía paradójicamente con la fascinación por el marxismo y la sublimación de sus epígonos del momento (Che Guevara, Mao Tse Tung...).

Debilitado el fervor inicial, aquellas utopías revolucionarias, incapaces de construir alternativas a la tradición que destruían, dejaron un amargo legado de desencanto y escepticismo. El campo había quedado sembrado de sal. Quedó el abandono de la educación religiosa y moral de los hijos; el abandono de la educación en la fe y de la práctica cristiana. Quedó una orfandad intelectual y afectiva, sin verdaderos maestros ni modelos de referencia. Quedó la desorientación moral y espiritual en los proyectos y objetivos de la existencia. Quedó una crisis de esperanza y de sentido, sustituido por el utilitarismo del éxito y de la satisfacción individual a toda costa. La “vida buena moral” fue sustituida por una “buena vida” hedonista.

2. El “Sitz im Leben” de la educación cristiana en la actualidad.

Aquella ruptura cultural y espiritual del 68 no ha sido superada. Antes bien, sus consecuencias son evidentes en el clima en el que crecen las actuales generaciones juveniles. El relativismo moral y el individualismo permean las sociedades desarrolladas, propiciando un desinterés por las verdades fundamentales de la vida humana. Un nihilismo irracional hace del simple deseo individual el único criterio de valoración. Basta pensar en la ideología “pro choice”, con la libertad subjetiva como argumento decisivo a favor del aborto; o en la “ideología de género” que considera la condición sexuada de varón o mujer como un constructo cultural o el resultado de meras opciones individuales.

Nuestro contexto histórico-espiritual es, pues, “un mundo en el cual el desafío cultural ocupa el primer puesto, el más provocador y portador de más efectos”²⁰. Los jóvenes encuentran cosmovisiones contrastantes, difundidas desde po-

²⁰ JUAN PABLO II, *Discurso a padres, estudiantes y docentes de las escuelas católicas* (23.XI.1991), n. 6.

derosos centros mediáticos, económicos y políticos. Las nuevas tecnologías de la información influyen en las imágenes y las vivencias de los jóvenes. El relativismo y el olvido de Dios, el escepticismo espiritual y religioso, provoca un gran daño, pues induce a la persona joven, decía Juan Pablo II, “a considerar la propia vida y a sí mismo como un conjunto de sensaciones que hay que experimentar, más bien que como una obra a realizar”²¹. La inestabilidad familiar impide el contrapeso de unos padres que se sienten impotentes, o han dimitido de la misión de educar. La consecuencia es una profunda desorientación existencial y afectiva de los jóvenes en un período delicado de su crecimiento y maduración, exponiéndoles a ser “sacudidos por las olas y llevados aquí y allá por cualquier viento de doctrina” (Ef 4, 4). Surgen así jóvenes sin Dios, sin Iglesia, sin padres, sin hermanos, sin responsabilidad.

Como es natural, para las corrientes ideológicas relativistas resulta enojosa la persistencia de criterios cristianos en la sociedad. Asistimos al constante intento de *desacreditar* el patrimonio intelectual, ético y cultural de la Iglesia y del cristianismo. En realidad, se trata de relegar la religión y la cuestión de Dios al ámbito de las opiniones socialmente irrelevantes. Pero, con ello, ¿no se declara irrelevante también la cuestión del hombre? Un ser humano desvinculado “esencialmente” de Dios también termina perdiendo el reconocimiento social de su dignidad personal.

Es urgente, por tanto, ofrecer a los jóvenes una educación integral, que no se reduzca a una mera transmisión de conocimientos, sino que desarrolle todas las dimensiones de la persona humana. La “emergencia” educativa que mencionaba Benedicto XVI requiere un decidido compromiso por parte de todos los ámbitos educativos. Dice un proverbio africano que “para educar a un niño se necesita a toda la tribu”. Es una gran verdad, pues la educación se lleva a cabo en un contexto comunitario, con la implicación de todas las instancias.

Ante todo, la *familia* es el ambiente originario que orienta la personalidad de los hijos. Su labor educativa debe ser apoyada por la escuela, la Iglesia y la sociedad. El Concilio Vaticano II recuerda que a los padres “corresponde el derecho de determinar la forma de educación religiosa que se ha de dar a sus hijos, según sus propias convicciones religiosas”²². La marginalización de la religión equivale a asumir una posición ideológica que produce un daño irreparable en las jóvenes generaciones. En una sociedad pluralista, el derecho a la libertad religiosa exige

²¹ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Centesimus annus* (1.V.1991), n. 39.

²² CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, n. 5.

que se asegure la presencia en la escuela de la enseñanza de la religión conforme a las convicciones de los padres. Un Estado verdaderamente democrático, decía Juan Pablo II, “se pone al servicio de los ciudadanos, de todos los ciudadanos, respetando sus derechos, sus convicciones religiosas”²³.

3. *El impacto en la Iglesia y su superación.*

Es claro el *impacto* de la situación en los jóvenes de la Iglesia. Si dirigimos la atención a la comunidad cristiana, hay que reconocer con franqueza que el impacto de estas ideologías también ha producido, en no pocos casos, una secularización interna de ambientes eclesiales. En realidad, hay muchos jóvenes que no han sido iniciados en la fe o que lo han sido de modo muy deficiente. No pocos se han apartado de la fe de sus padres, o sienten inseguridad y dudas ante las verdades fundamentales de la fe y de la vida cristiana. Otros han abandonado la vida de la gracia y sienten una debilidad práctica ante la realidad del pecado en sus vidas. Otros muestran recelo o falta de compromiso ante las propuestas de participación activa en la vida de la Iglesia. En muchos casos se da un retraimiento apostólico, que es consecuencia de no tener claras las razones de la fe y de la vida cristiana.

Pero existen motivos para la esperanza. Porque también hay numerosos jóvenes que son Iglesia de manera consciente y llenos de amor a Jesucristo, sin miedo a manifestarlo públicamente; liberados de los prejuicios de un humanismo inmanentista, y con entusiasmo apostólico para llevar la fe a sus amigos y a toda la sociedad; jóvenes que han cultivado sus capacidades humanas, ajenos a la cultura de la muerte y sensibles al sufrimiento material y espiritual de los hombres.

Son motivo para la esperanza las *nuevas realidades eclesiales* que el Espíritu suscita en su Iglesia, y que son instancias de formación que ya constituyen una gozosa realidad. En estas comunidades muchos jóvenes encuentran a Cristo en la Palabra, en los sacramentos, en la oración. Su fe crece y madura en un clima de comunión eclesial, en la reciprocidad de las diversas vocaciones y en la misión compartida. “Los movimientos eclesiales, dice Juan Pablo II, siguen dando a la Iglesia una viveza que es don de Dios”²⁴.

²³ JUAN PABLO II, *Discurso a los Cardenales y a los colaboradores de la Curia Romana* (28.VI.1984).

²⁴ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), n. 43.

Son motivo para la esperanza *los nuevos sacerdotes*, que ya provienen de estas “nuevas generaciones”, y han seguido la llamada del Señor con plena conciencia del contexto en que desarrollan su tarea. Sacerdotes jóvenes, ajenos a problemáticas ya superadas. Sacerdotes que invitan a la conversión y proponen a Cristo como el centro de la existencia, sin apocamientos ante las posibilidades de los jóvenes. Su ministerio es una “corriente de aire” fresco en las comunidades donde sirven.

Entre esas comunidades se cuentan naturalmente las *nuevas Parroquias*, animadas por un espíritu evangelizador donde los jóvenes son acogidos y acompañados en su relación con Dios. *Cristo* sigue suscitando *atractivo*, hoy como siempre, en estas comunidades donde los jóvenes encuentran *ofertas y espacios de oración y de adoración* al Señor. En tales contextos crece una “tensión” evangelizadora, donde los jóvenes intercambian las experiencias de fe, con sencillos gestos y signos de amistad o mediante “las redes sociales” de comunicación interactiva. Son lugares de comunión para “sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como ‘uno que me pertenece’”²⁵. Surgen numerosos *voluntariados*, que son escuelas de generosidad. En ese clima de entrega a los demás, oración y alegre serenidad, los jóvenes pueden discernir de modo personal la llamada divina a la santidad, ya sea en el celibato apostólico o en el matrimonio. De esta forma, surgen *nuevas formas de vida consagrada* entre quienes crecen en comunidades vivas y evangelizadoras. Al calor de la comunión con Jesús y de la comunión fraterna crece una renovada e interiorizada conciencia de la catolicidad, con afectuosa *adhesión a la Iglesia*, al Papa y a los Pastores. Y los laicos toman conciencia viva de su responsabilidad por santificar el mundo *ab intra* tanto en el ámbito público como en el privado, con ocasión del ejercicio profesional y en sus relaciones familiares, sociales, etc.

Todas éstas, y otras muchas expresiones vitales, son luces de esperanza para la formación cristiana de las “nuevas generaciones”. Señalan un “camino” para la educación de la juventud. Cabría describir ese camino con una sencilla fórmula: introducir a los jóvenes en la vida de fe, iniciarlos en la vida litúrgica y comprometerlos en la vida apostólica.

III. El Camino

En realidad, toda renovación en la Iglesia es un retorno a lo originario, también en el ámbito de la formación cristiana. Una educación en la fe siempre debe

²⁵ Ibid.

nutrirse de las fuentes de donde deriva su razón de ser. Esas fuentes son el conocimiento de la Palabra de Dios en la Sagrada Escritura y en la Tradición; Palabra que se hace eficaz en la celebración litúrgica y sacramental, y dispone al cristiano para la Misión.

1. *La introducción en la vida de la fe.*

El primer paso ha de ser la comunicación a los jóvenes de la gran experiencia de la verdad de Cristo. Para ello se *requiere la presentación íntegra y directa del Misterio de Cristo*. “Ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tú has enviado” (Jn 17, 3). Éste es el anuncio central: Jesús, Hijo de Dios, muerto y resucitado por nosotros, nos revela el amor del Padre y nos comunica su Espíritu, y así somos regenerados a una *vida nueva* en la Iglesia, para que vivamos con Él como hijos de Dios, ahora y en la vida eterna.

El Misterio de Cristo ha de ser presentado en toda su *integridad*. La formación doctrinal en la actualidad ha de ser particularmente cuidada, sin reducir a Cristo a la condición de un “hombre bueno”, y su Evangelio una simple filantropía. Jesús es el Hijo encarnado, Dios y hombre, Camino, Verdad y Vida. Es posible la transmisión de la fe a los jóvenes cuando no se les escamotea el Evangelio en toda su fuerza y su belleza; cuando se les abre el camino hacia Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, sin adulteraciones ni recortes según la pobre medida de las ideas humanas. “La prioridad que está por encima de todas –ha señalado Benedicto XVI– es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo en Jesucristo crucificado y resucitado (cf. Jn 13, 1)”²⁶.

Sin conocimiento de los contenidos de la fe, es difícil, por no decir imposible, la comunión en la Iglesia. Sobre la urgencia de afrontar esta adecuada pedagogía de la fe ha hablado recientemente el Santo Padre: «Los elementos fundamentales de la fe, que antes sabía cualquier niño, son cada vez menos conocidos. Pero para poder vivir y amar nuestra fe, para poder amar a Dios y llegar por tanto a ser capaces de escucharlo del modo justo, debemos saber qué es lo que Dios nos ha

²⁶ *Discurso a la Plenaria de la Congregación para el Clero* (16.III.2009).

dicho; nuestra razón y nuestro corazón han de ser interpelados por su palabra» (Benedicto XVI, Homilía en la Misa Crismal, 2012). Para afrontar este reto educativo encontramos la ayuda -sigue la cita del Papa- «en primer lugar en la palabra de la Iglesia docente: los textos del Concilio Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica son los instrumentos esenciales que nos indican de modo auténtico lo que la Iglesia cree a partir de la Palabra de Dios. Y, naturalmente, también forma parte de ellos todo el tesoro de documentos que el Papa Juan Pablo II nos ha dejado y que todavía están lejos de ser aprovechados plenamente» (Benedicto XVI, Carta *Porta Fidei* n. 11).

Es necesaria, en consecuencia, una cuidada catequesis y una sólida formación en la fe de los grupos juveniles, que esté a la altura de los actuales desafíos culturales. Un campo doctrinal especialmente vivo para los jóvenes es el del Evangelio del amor: la educación para conocer y vivir la verdad del amor humano en Cristo.

Junto a esta pedagógica y sólida formación doctrinal, parece muy oportuno adoptar una decidida pastoral vocacional: plantear a los jóvenes -y en general a todos los fieles cristianos- la radicalidad del seguimiento de Cristo, que se deriva del hecho sublime del Bautismo. Ahí se encuentra el núcleo del conjunto de las enseñanzas conciliares: la llamada universal a la santidad, como recordó el Papa Pablo VI (Carta Apostólica *Sanctitas clarior*, 19-III-1969). «Si a los jóvenes se les presenta a Cristo con su verdadero rostro -escribió Juan Pablo II-, ellos lo experimentan como una respuesta convincente y son capaces de acoger el mensaje, incluso si es exigente y marcado por la Cruz. Por eso, vibrando con su entusiasmo, no dudé en pedirles una opción radical de fe y de vida, señalándoles una tarea estupenda: la de hacerse «centinelas de la mañana» (cf. *Is* 21,11-12) en esta aurora del nuevo milenio». (Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 9)

Ahora bien, la fe es un don de Cristo, que sale al encuentro del hombre. Por eso, hay que *ofrecer ocasiones, espacios y de formas de oración* en que los jóvenes puedan “dejarse encontrar por Él” de manera tal que Cristo determine su existencia personal²⁷. Las Jornadas Mundiales de la Juventud evidencian la alegría que brota del existir personal en Cristo, en quien los jóvenes han encontrado al Hermano, con quien somos hijos del Padre; al Amigo, que da su sangre redentora

²⁷ ANTONIO M^a ROUCO VARELA, *Homilía en la Misa de apertura de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud*, en *Ecclesia* 3584/85 (20 y 27.VIII.2011) 14; y en *Discursos*, BAC, 20

por nosotros y nos fortalece con su Espíritu; al Señor, a quien es posible consagrar por entero la vida y la muerte.

Para encontrar a Cristo hay que buscarle en la Iglesia, que es su Cuerpo. “Seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario”, dijo Benedicto XVI a los jóvenes en la Eucaristía de clausura de la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid. “Quien cede a la tentación de ir por su cuenta -seguía diciendo el Papa-, o de vivir la fe según la mentalidad individualista que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él (...) Os pido, queridos amigos, que améis a la Iglesia, que os ha engendrado en la fe, que os ha permitido conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor”²⁸. No es infrecuente presentar una Iglesia “problematizada” por cuestiones que resultan extrañas a los jóvenes, y que sólo preocupan a ciertos ambientes clericales trasnochados. La verdadera imagen de la Iglesia surge cuando se *ofrece y se presenta a la Iglesia como “el lugar” por excelencia para la plena y realizada experiencia de fe*. Sólo es posible seguir al Señor junto con los hermanos, en la comunión de la fe, cuya roca firme es la confesión de fe de Pedro. Es necesario, en consecuencia, ofrecerles ámbitos donde caminen eclesialmente en *compañía y amistad* con otros jóvenes, con los que reciben el impacto del Señor que han encontrado en el camino, y cuyo amor experimentan juntos.

Con la experiencia de Cristo que sale al encuentro en la Iglesia, emerge espontánea *la propuesta de una fe concretada y realizada a través del proyecto de la propia existencia, en todos los órdenes de la vida*. La adhesión a Cristo supone una vida cristiana seria, que aspira a la santidad. Una formación cristiana ha de interpelar a los jóvenes en un momento de la vida en el que han de tomar opciones determinantes, y así puedan orientar su existencia de modo duradero hacia Cristo.

2. La introducción en la liturgia de la Iglesia.

Introducir en la fe es también iniciar en la celebración del Misterio de Cristo. La Liturgia, dice el Concilio, “contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de

²⁸ *Ecclesia*, 49; *Discursos*, BAC, 105s.

la verdadera Iglesia”²⁹. La liturgia es la escuela del espíritu cristiano, donde se aprende que la “nueva vida” no es obra nuestra, sino obra de Dios en nosotros. La comunión con Cristo no es posible sin la participación activa en la liturgia y en la oración de la Iglesia. Los jóvenes son capaces de tal participación y están abiertos a comprenderla y a vivirla mejor cuando se les facilita los medios adecuados. Una buena catequesis litúrgica introduce a los jóvenes en la celebración del Sacrificio Eucarístico, que “es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza”³⁰. El Sínodo de los Obispos del año 2006 habló de la *forma eucarística* de toda vida cristiana, porque en la celebración eucarística el Señor nos asocia a su ofrenda para que toda la existencia se transforme en culto agradable a Dios (cf. Rm 12, 1).

Además, la comunión del Cuerpo y de la Sangre del Señor es el *fundamento de la comunión eclesial* y del amor fraterno. La importancia de la Eucaristía es decisiva para vivir en “la Comunión de la Iglesia”. En ella pedimos al Espíritu Santo que “congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo” (Plegaria Eucarística II). De aquí surgirá también una conatural implicación de los jóvenes en el servicio de la caridad y de la solidaridad con los que más sufren.

La liturgia es *escuela de plegaria y de reconocimiento agradecido* de la presencia activa de Dios en el mundo. De la celebración litúrgica surge la actitud permanente de acción de gracias y de oración, que debe alimentarse también en espacios que ayuden a los jóvenes a descubrir, en palabras de Benedicto XVI, “el significado y la belleza de estar con Jesús”, especialmente al acompañarle en adoración eucarística. Por eso, el Papa sugiere que “cuando sea posible, sobre todo en los lugares más poblados, será conveniente indicar las iglesias u oratorios que se pueden dedicar a la adoración perpetua” (n. 67).

La fuerza y belleza espiritual de los signos litúrgicos favorece el sentido de lo sagrado. La dimensión *contemplativa y estética* de los ritos, los ornamentos, el lugar, la palabra y el canto, la sencillez de los gestos y la sobriedad de los signos, realizados según el orden litúrgico, comunican el Misterio y educa a los jóvenes en la contemplación de Dios. Un buen *ars celebrandi* atrae más a los jóvenes que la artificiosidad de añadiduras inoportunas.

²⁹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 2.

³⁰ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 10.

La gratitud por la cercanía del Señor, invita a los jóvenes a descubrir que la libertad que Cristo nos ha ganado desenmascara la falsa libertad del pecado. La imagen de miles de jóvenes acudiendo a la “Fiesta del Perdón”, como se llamó a la celebración continuada de confesiones en el parque del Retiro de Madrid, es un signo elocuente de la “demanda” que hacen los jóvenes de la reconciliación sacramental. Es necesario facilitar a los jóvenes la experiencia del perdón en el sacramento de la penitencia, en el que la gracia del Señor otorga la *fuerza interior para superar el mal y el pecado*, a pesar de la propia fragilidad. Además, frecuentar el Sacramento de la penitencia es vital para vivir la Comunión eucarística con un mínimo de verdad y de coherencia cristiana.

En la liturgia vivimos ya en la Comunión de los Santos y en la esperanza de la gloria eterna. Celebrar la Eucaristía y los sacramentos sitúa a los jóvenes en este horizonte *espiritual y escatológico* que todo hombre necesita para poder orientar sus propias decisiones: estamos en el mundo, pero peregrinamos “en el Señor”. La liturgia ayuda a comprender que “lo humano está ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos”³¹. Esta conciencia “de estar de paso” ayuda a los jóvenes a situar el valor de los acontecimientos a la luz de Dios.

3. **La introducción en la vida apostólica.**

Educar en la vida cristiana es introducir a los jóvenes en la misión de la Iglesia. “Los jóvenes –decía Juan Pablo II- no deben considerarse simplemente como objeto de la solicitud pastoral de la Iglesia; son de hecho -y deben ser incitados a serlo- sujetos activos, *protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social*”³². Las Jornadas Mundiales de la Juventud evidencian que ¡son los mismos jóvenes quienes se han convertido en evangelizadores de sus compañeros y de los mayores!

Si se *presenta en toda su belleza humana y espiritual el ideal del sí a Cristo* en toda la existencia, los jóvenes asumen con entusiasmo el compromiso apostólico de su vocación cristiana en el mundo, con una acción transformadora de las realidades temporales, sin avergonzarse de mostrar públicamente su pertenencia

³¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 2

³² Exhortación apostólica *Christifideles laici* (30.XII.1988), n. 46, cursiva del texto.



al Señor y a la Iglesia. De manera que es necesario promover el espíritu apostólico y poner a las comunidades en “estado de misión”; ofrecer cauces a los jóvenes y *comprometerlos en la experiencia del apostolado participado y asociado con objetivos y programas concretos de acción y misión*. También hay que proponerles *la acción evangelizadora directa y habitual* en sus propios ambientes: en la familia, con los amigos y compañeros de escuelas, de talleres de trabajo, de la Universidad.

Cuando los jóvenes hacen experiencia personal de Cristo, y comparten la alegría de la fe con los demás, se hacen capaces de leer los signos de la voluntad del Señor para ellos. Benedicto XVI, al despedirse de los voluntarios de la Jornada Mundial de Madrid, les decía: “Es posible que en muchos de vosotros se haya despertado tímida o poderosamente una pregunta muy sencilla: ¿qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en anunciar al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio? Si ha surgido esta inquietud, dejaos llevar por el Señor”³³.



De esa manera directa y sencilla el Papa invitaba a los jóvenes a descubrir la voluntad de Dios sobre sus vidas y a responder con amor decidido. Hay que *invitar sin temor a los jóvenes a tomar opciones de vida cristiana*, que para cada uno se concreta en responder a una llamada personal -vocación divina- para cumplir el sentido de su propia existencia según los designios eternos de Dios: bien sea en el sacerdocio, o en la vida consagrada; bien sea en la vida laical, en el celibato apostólico o en el matrimonio. El diálogo y el consejo, la experiencia de otros que viven con alegría su propia llamada, ayudará al joven a asumir compromisos.

Para ayudar a los jóvenes a discernir su vocación cristiana en la Iglesia, también resulta indispensable la propuesta gozosa del aprecio y cultivo de las virtudes humanas básicas -fundamento de las virtudes sobrenaturales-: la humildad, la sinceridad, la generosidad, el desprendimiento y la laboriosidad y, en este momento de nuestra sociedad, se muestra imprescindible una rica pedagogía de la templanza, motivando sin miedo el ejercicio de la castidad que, sin ser la principal virtud, condiciona el ejercicio de las demás, además de constituirse como requisito para estar en condiciones para corresponder tanto a la llamada de Dios en el celibato apostólico como en el matrimonio; en este caso, para que puedan formar

³³ *Ecclesia*, 53; *Discursos*, BAC, 120s.

de verdad una «iglesia doméstica» (cfr. Concilio Vaticano II, Const dogm. *Lumen gentium*, n. 11).

Una pastoral juvenil orientada al discernimiento, dotada de una buena formación doctrinal, litúrgica y espiritual, en un marco que permita desarrollar las virtudes cristianas, ofrece una buena base para la pastoral vocacional.

Singular importancia tienen los testigos de la fe para iluminar el camino cristiano. “Dios manifiesta a los hombres en forma viva su presencia y su rostro, en la vida de aquellos, hombres como nosotros, que con mayor perfección se transforman en la imagen de Cristo”³⁴. Al contemplar *los modelos de los grandes Santos y Mártires de ayer y de hoy* que han seguido a Cristo, los jóvenes descubren el camino de la santidad no de manera teórica, sino a partir de un testimonio vivo de fe y de amor. Especial resonancia tienen para los jóvenes los grandes santos modernos, más cercanos a sus circunstancias actuales.

La Santísima Virgen María, madre y educadora de Cristo, lo es también de los hombres. María es modelo de los discípulos del Señor, pues aceptó la palabra divina, abrazó la voluntad del Padre, y se consagró con generosidad a la obra de la salvación. Su amor materno nos protege mediante su intercesión solícita. Introducir a los jóvenes en el *conocimiento de María y fomentar su devoción filial* es camino directo para encontrar a Jesús. Los jóvenes lo saben bien cuando acompañan al Icono de la Virgen junto a la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud.

IV. Dos ámbitos “claves” para la educación cristiana de los jóvenes de hoy.

Antes de concluir, conviene mencionar dos ámbitos claves para la educación cristiana. Me refiero al Colegio y la Universidad; y a los Medios de comunicación social.

1. Colegio y Universidad.

En el Colegio y en la Escuela católica, y también en los centros de titularidad estatal o social no confesionales, los jóvenes deben encontrar un

³⁴ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 50.

itinerario de formación intelectual, humana y espiritual, que no se reduzca al objetivo individualista de conseguir un título profesional. Una educación integral ha de ampliar la mirada de los jóvenes al mundo que los rodea, desarrollar su capacidad crítica y de valoración ética y moral; siempre con sentido de responsabilidad y con voluntad de empeño constructivo en la sociedad. Además de conocimientos “útiles”, los estudiantes necesitan una “sabiduría” acerca del sentido de la existencia, que oriente sus energías hacia el conocimiento de la *verdad plena*.

Con mayor razón, las instituciones educativas surgidas de la iniciativa de las familias religiosas, de las diócesis, de los movimientos eclesiales, o de ciudadanos católicos, han de ser un lugar de educación integral de la persona a través de un proyecto educativo que tiene su fundamento en Cristo.

Los católicos que trabajan en la educación, sea estatal, de iniciativa social o de titularidad eclesial, han de sobresalir por su competencia profesional. A la vez, han de considerar su tarea “como una vocación personal en la Iglesia y no sólo como el ejercicio de una profesión”³⁵. En palabras de Juan Pablo II, “los fieles laicos maestros y profesores en las diversas escuelas, católicas o no, han de ser verdaderos testigos del Evangelio, mediante el ejemplo de vida, la competencia y rectitud profesional, la inspiración cristiana de la enseñanza, salvando siempre - como es evidente- la autonomía de las diversas ciencias y disciplinas”³⁶. Esto es posible cuando los educadores son personas con una vida personal arraigada en Cristo. De ese modo, el testimonio de vida y la palabra oportuna de sus maestros podrán formar en los jóvenes “los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida”³⁷.

“La síntesis entre fe, cultura y vida tiene su lugar paradigmático en la *universitas magistrorum et scholarium*, profesores y estudiantes que buscan juntos la verdad en todos los saberes”, dijo Benedicto XVI en el inolvidable encuentro con jóvenes profesores universitarios en San Lorenzo de El Escorial el 19 de agosto de 2011.

³⁵ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico, testigo de la fe en la escuela* (15.X.1982), n. 37.

³⁶ Exhortación apostólica *Christifideles laici* (30.XII.1988), n. 62.

³⁷ PABLO VI, Exhortación apostólica post-sinodal *Evangelii nuntiandi* (8.XII.1975), n. 19.



La atención de la Iglesia al ámbito universitario ha de dirigirse a los profesores porque -se preguntaba el Papa en el citado encuentro- “¿dónde encontrarán los jóvenes esos puntos de referencia en una sociedad quebradiza e inestable? A veces se piensa que la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento (...). En cambio, la genuina idea de Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano”. Y remitía el Papa a su experiencia personal en tiempos de postguerra y escasez, cuando “todo lo suplía la ilusión por una actividad apasionante, el trato con colegas de las diversas disciplinas y el deseo de responder a las inquietudes últimas y fundamentales de los alumnos”. Esto es decisivo porque, seguía diciendo el Papa, “los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad”.

La atención pastoral a profesores y estudiantes universitarios pide una adecuada oferta de espacios de diálogo entre fe y razón; entre cultura, ciencia y teología, para generar una síntesis que supere las informaciones sectoriales y conduzca hacia la verdad completa. La fuerza argumentativa del raciocinio y el desarrollo del espíritu crítico han de caracterizar a los universitarios. Una racionalidad que no clausura la inteligencia en límites artificiales, sino que respeta su apertura universal a la entera realidad y, por tanto, abierta a lo “más real”, que es Dios mismo y su acción en el mundo.

Es necesario animar a profesores y estudiantes universitarios para el formidable diálogo y debate cultural que tiene lugar desde hace años en la sociedad occidental. Una cierta inhibición, y un clima intelectual adverso, han podido retraer a los católicos de su presencia eficaz en el mundo de la cultura. Es posible también que no hayamos prestado la atención debida a la Universidad para ofrecer formas adecuadas de acompañamiento. Existen posibilidades todavía no exploradas que podrían emerger en un diálogo entre los Pastores, los profesores y los estudiantes.

2. Los medios de comunicación.

El desarrollo de los medios de comunicación es uno de los rasgos distintivos de la sociedad actual. Sin duda, la Iglesia “acoge y fomenta con peculiar solicitud -

afirma el Concilio-, aquellos [avances] que más directamente atañen al espíritu del hombre y que han abierto nuevos caminos para comunicar con más facilidad, noticias, ideas y doctrinas de todo tipo”³⁸. Pero tenemos el desafío de integrar el mensaje cristiano en la “nueva cultura” que estos poderosos medios crean y amplifican. Para la Iglesia “el uso de las técnicas y tecnologías de comunicación contemporáneas -dice Juan Pablo II-, forma parte de su propia misión en el tercer milenio”³⁹.

Las instituciones eclesiales han dado pasos en el aprovechamiento de estos medios para la información, la evangelización y la catequesis, la educación y la formación de los agentes de pastoral. No obstante, las urgencias cotidianas no deberían restar energías en un campo tan decisivo para la difusión de las ideas. Urge un cambio de mentalidad, porque vivimos en una cultura “mediática”. No cabe olvidar que, para la mayoría de los contemporáneos, y en particular para la multitud de jóvenes que viven “conectados” de continuo, los medios de comunicación son los principales, y a veces únicos, puntos de referencia para su conformación individual, familiar y social. A esta gran mayoría, también entre los católicos, sólo les llega la imagen de la Iglesia que reflejan los medios. Es necesario, pues, *dedicar recursos y personal para la pastoral de los medios de comunicación social*. En este ámbito, los consejos de los expertos son indispensables.

Además, es importante estimular las empresas de comunicación llevadas por profesionales que, bajo su responsabilidad, ofrezcan alternativas a los actuales monopolios mediáticos. En no pocos lugares se echan de menos los medios generalistas (periódicos, revistas, radio, televisión, cine, los nuevos medios informáticos, etc.) que transmitan una visión cristiana de la vida. No son empresas fáciles, a la vista de sus requerimientos económicos y organizativos. Pero vale la pena animar el compromiso de los católicos en este campo.

Finalmente, los profesionales que trabajan en los medios han de encontrar en la Iglesia el reconocimiento de su tarea, muy difícil con frecuencia; y también facilitarles una atención prioritaria de los Pastores que les ayude a sostener el sentido educativo y apostólico de su trabajo.

³⁸ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto *Inter mirifica*, n. 1.

³⁹ Carta apost. a los Responsables de las Comunicaciones Sociales (24-I-2005), n. 2.

Conclusión

Durantes las Jornadas Mundiales de la Juventud muchas personas han sido tocadas por la gracia de la fe. No son pocas las conversiones y los frutos espirituales. Obviamente es imposible medir los efectos de la gracia en el corazón de los fieles, jóvenes o mayores. Muchos han vuelto a recibir los sacramentos mejor preparados, y otros se han acercado a ellos por primera vez o desde hacía mucho tiempo. Para todos suponen un reforzamiento de su fe y vida cristiana. “La magnífica experiencia de la Jornada Mundial de la Juventud, en Madrid, -dice Benedicto XVI- ha sido también una medicina contra el cansancio de creer. Ha sido una nueva evangelización vivida. Cada vez con más claridad se perfila en las Jornadas Mundiales de la Juventud un modo nuevo, rejuvenecido, de ser cristiano”.

Las Jornadas Mundiales de la Juventud, decía al comienzo de mi intervención, constituyen verdaderamente un “signo de los tiempos”. Nos ofrecen una clara orientación para una eficaz pedagogía cristiana en la vida ordinaria de las comunidades cristianas, y así llevar a cabo con renovado ardor la “nueva evangelización” mediante el anuncio directo de Cristo y de su Evangelio.

Que la Virgen María, Madre nuestra, nos ilumine en estos momentos de la vida de la humanidad, para que, como los sirvientes en la bodas de Caná, sigamos su invitación: “Haced lo que Él os diga” (Jn 2, 5).

Con mi afecto y bendición,

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

Madrid, 8 de septiembre de 2012
Fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María



EL RETO DE LA FE Y EL DESAFÍO DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Carta Pastoral del
Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal-Arzobispo
D. Antonio María Rouco Varela



Madrid, septiembre 2012

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

En la XIII edición de los cursos de verano, organizados por la Fundación Universidad Rey Juan Carlos, que este año incluía un curso sobre “Los católicos ante los retos y desafíos en la España de hoy”, pronuncié una conferencia el pasado mes de julio sobre el reto de la fe y el desafío de la nueva evangelización. Considero que estas reflexiones pueden ayudar a la Iglesia diocesana a vivir con hondura y con espíritu apostólico el Año de la Fe, que estamos en vísperas de inaugurar, y el camino de la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana.

INTRODUCCIÓN: EL ESTADO DE LA CUESTIÓN

1. Entre los retos y desafíos con los que se enfrentan los católicos en la España de hoy se encuentran, sin duda alguna, el reto de la fe y el desafío de la nueva evangelización. No son los menores. Los católicos en España -al menos los que estadísticamente se confiesan como tales- representan la inmensa mayoría de la población y, sea cual sea el grado de su coherencia de vida respecto a los principios doctrinales y a los criterios e imperativos prácticos que en ellos se contienen, no hay duda que les incumbe una especial y singular responsabilidad de cara al presente y futuro de España en todos los aspectos que conciernen a la vida de las personas y de la sociedad, dada la estrecha unión más que milenaria que la vertebraba como una realidad humana, cultural y espiritual inconfundible. La crisis extraordinariamente compleja y sumamente dolorosa que le afecta en lo más íntimo y lo más exterior de la existencia de sus ciudadanos, de sus familias y de la comunidad misma -no separable de lo que está sucediendo en Europa-, agrava la necesidad de asumir esta responsabilidad privada y públicamente con la lucidez y la generosidad propias del cristiano que confiesa, profesa y vive la fe en la comunión católica de la Iglesia.

2. “*Reto*” y “*desafío*” son dos palabras en cuyo uso semántico se incluyen campos de experiencias humanas primordiales que implican fortaleza y valor de ánimo ante amenazas o inminencias de males graves, a los que es preciso y bueno enfrentarse con la esperanza de que puedan ser superados y vencidos. Entre los significados de “*reto*” está el de ser un “*objetivo o empeño difícil de llevar a cabo, y que constituye por ello un estímulo y un desafío para quien lo afronta*”; y entre los de “*desafío*”, el de la acción de “*contender, competir con uno en cosas que requieren fuerza, agilidad o destreza*”¹. Se podría pues preguntar: ¿el estado de la fe de los católicos españoles obliga o al menos justifica el considerarlo como problemático o débil?; ¿la evangelización de los españoles -de los individuos, de las familias y de la sociedad- o, dicho con una expresión más concisa y redonda, la evangelización de España se presenta en la actualidad como un desafío?; ¿un desafío para toda la Iglesia o solamente para aquellos de sus hijos e hijas o que han recibido el Sacramento del Orden o la vocación para “*la vida consagrada*” por los votos de castidad, pobreza y obediencia? La respuesta a estas preguntas requieren para su objetiva y acertada contestación no sólo su análisis y estudio desde la perspectiva sociológica de las estadísticas o de su valoración socio-cultural y política, sino, sobre todo, desde la perspectiva histórico-espiritual y

¹ Diccionario de la Real Academia Española, 21ª Edición.

teológica. Es la que hemos elegido para desarrollar temática y sistemáticamente nuestra ponencia.

I. EL RETO DE LA FE

¿En qué medida y por qué razones de naturaleza teológica puede o no puede considerarse un reto para el español de nuestros días la fe? ¿Significará en sí misma, considerada en su naturaleza, un reto para el hombre más allá de los condicionamientos del “*sitio en la vida*” en el que se encuentra? Basta tener presente la historia contemporánea de la Teología fundamental para contestar afirmativamente. El análisis del acto de fe ha constituido -y sigue constituyendo- uno de sus temas centrales y, por tanto, de los preferidos. Una obra clásica y típica de la Teología fundamental contemporánea, anterior al Vaticano II, se titula “*el problema del acto de fe*”². Reeditada posteriormente varias veces, representa uno de los exponentes más valiosos y significativos de una bibliografía amplísima, dedicada al estudio de la problemática del acto de la fe, y que no deja de ampliarse profusamente hasta hoy. Cualquier intento de respuesta a la pregunta por lo que significa el reto de la fe para un lugar y tiempo determinado de la historia ha de ir sustentado lógicamente por la clarificación previa de aquellos aspectos de la experiencia interna de la fe que no pueden por menos de ser considerados como un reto, sea cual sea el contexto o “*sitio en la vida*” en el que se encuentre la persona llamada o invitada a creer. Luego se podrá comprender en toda su complejidad y viveza cómo “*el reto de la fe*” adquiere una densidad existencial y una concreción personal y comunitaria específica que agrava o aligera intelectual y pedagógicamente su problemática intrínseca, cuando se produce en un determinado momento histórico.

1. El reto de la fe en sí misma

Crear -¡el acto de fe!- es un reto intelectual para la razón y un reto existencial que atañe no sólo a la voluntad libre, sino a todo el hombre en lo más íntimo de su ser. En el acto de fe no sólo alcanza el hombre un conocimiento de Dios que se le revela más allá de lo que la razón puede percibir y concebir con su propia luz natural, sino que, además, es alcanzado en su libertad y en su corazón e, incluso, más allá del mismo, es decir, en lo más íntimo y fontal de su ser (en lo que Olegario

² R. Aubert, *Le Problème de l'acte de foi*, Lovaina 1945.



González de Cardedal llama “*entraña*” de la persona) por el toque de una presencia y acción de Dios que es “gracia” -¡amor misericordioso!- y que le impulsa a la conversión de su vida en la dirección de la verdad, del bien y de la belleza de Dios: a dejar de ser un hombre “*incurvatus in se ipso*” -un hombre “*encorvado*” en sí mismo- y entregado a las criaturas, para volver de nuevo a buscar el rostro de Dios. San Bernardo de Clairvaux habla de la fe como “*cognitio Dei experimentalis*”. Romano Guardini, en un bellissimo opúsculo sobre la vida de la fe, comenta la expresión haciendo clara referencia a un conocimiento de Dios que se produce como directamente experimentado. Si a Dios, que es el amor, la libertad y la gracia nada le puede detener -ningún poder de este mundo, ninguna posición de la ciencia, ninguna doctrina de un teólogo-, si a Él le place, “*tocar el alma, de la vida a la vida*”³, y si el creyente recibiera de Dios el anhelo vehemente de la inmediatez de su Amor y lo cultiva y cuida en una oración en la que le pida incesantemente que lo satisfaga, aunque la espera sea larga, ¿por qué no va a poder usarse para expresar esa experiencia de Dios la siempre cuestionable palabra, “*Mística*”, si no se prefiere, precisa Guardini, “*llamarla sencillamente la fe en su plenitud*”⁴? En cualquier caso, el conocimiento experimental de Dios será siempre un conocimiento en la fe. “*La fe permanece siempre fe*”⁵. El Dios, que se da a conocer al que cree en Él, no sólo es el Creador de todas las cosas que le habla por sus criaturas, incluso por el hombre mismo, sino, sobre todo, el que se le ha revelado por su Palabra, el Verbo de Dios que se hizo hombre y habitó entre nosotros: por Jesucristo. Una revelación que encuentra su máxima “*realización*” en la Pasión y Muerte en una Cruz y en la Resurrección de entre los muertos: en su Pascua. ¡Pascua nueva y eterna! El contenido de la fe, por tanto, es Jesucristo: “*Creer en Dios es inseparablemente creer en Aquél que ha enviado, su Hijo Amado, en quien ha puesto toda su complacencia*” (Mc 1,11), enseña luminosamente el Catecismo de la Iglesia Católica⁶. “*La fe es su contenido... el movimiento vital hacia Aquél, en quien se cree... en el Dios viviente que se revela en Jesucristo*”⁷. Por la fe el

³ “Daß er die Liebe ist und die Freiheit und die Gnade -und daß keine Macht der Welt, keine Aufstellung der Wissenschaft, keine Lehre eines Theologen ihn aufhalten kann, wenn es ihm gefällt, die Seele zu berühren von Leben zu Leben”: Romano Guardini, *Vom Leben des Glaubens*, Mainz 1963, 129.

⁴ “er ist wohl immer irgendwie in Jenes eingemündet, das mit dem fragwürdigen Wort ‘Mystic’ bezeichnet wird, sobald man nicht vorzieht, es einfach den Glauben in seiner Fülle zu nennen”: Romano Guardini, *ibidem*, 130.

⁵ “Immer bleibt der Glaube Glaube”: Romano Guardini, *ibidem*, 130.

⁶ CIC, 151

⁷ “Der Glaube ist sein Inhalt... Der Glaube ist die lebendige Bewegung auf Den hin, an den geglaubt wird”: Romano Guardini, *ibidem*, 33.

hombre comienza un camino en la vida ¡nuevo!, vuelto y convertido a Dios que le ha salido al encuentro en toda la verdad y hondura de su Amor, inescrutable y cercano a la vez, como Padre que nos ha donado al Hijo en el Espíritu Santo. Un camino nuevo: para la inteligencia y la razón que no se apagan ni se apartan del conocimiento de la verdad para la libertad de la voluntad que se siente interpelada a vivir de acuerdo con la ley del Amor más grande en todas las circunstancias de la vida, y para el corazón que se sabe preparado y capaz para afrontar el futuro de la vida y de la muerte con la certeza de la esperanza: la que sabe ya realmente, con seguridad incommovible, que el Amor crucificado ha vencido a la muerte.

Dios se revela al hombre plenamente enviándole a su Hijo amado, Nuestro Señor Jesucristo, en la Iglesia. *“La Iglesia es la primera que cree, y así conduce, alimenta y sostiene mi fe. La Iglesia es la primera que en todas partes, confiesa al Señor”*⁸. Se cree pues dentro de la Iglesia. Si a un cristiano de la primera hora del Cristianismo -de sus primeros siglos- se le preguntase por el significado de la Iglesia en la experiencia de su fe, explica Guardini, respondería diciendo: *“la Iglesia es la madre, que ha engendrado mi fe. Es el aire, en el que respira, y el suelo, sobre el que se asienta. La Iglesia es, mirándolo bien, la que cree, Ella cree en mí...”*⁹. Hoy, en el medio-ambiente cultural, formado en y por la modernidad, y que sigue influyente y dominante en las sociedades contemporáneas, el individualismo, su más llamativo fruto en la concepción de la vida y en la comprensión del hombre y de su destino, hace difícil admitir ese *condicionamiento fundamental* para poder creer de verdad en Dios Creador y Redentor y vivir la fe verdadera en toda su plenitud que es la mediación eclesial: su Magisterio. Se olvida, o se minusvalora fácilmente, el propio itinerario personal de la fe íntimamente vinculado a la mediación de otros que la habían recibido, profesado y ofrecido con palabras y obras anteriormente recibidas y testimoniadas en la comunión visible e invisible de la Iglesia, constituida sobre el fundamento de los Apóstoles, presididos por Pedro.

¿Cómo no va a ser percibida como un reto la fe que le exige al hombre tal humildad, sencillez y honradez de la inteligencia, tal sinceridad de la voluntad y del corazón, sea cual sea la circunstancia histórica en la que Dios se le acerca, en la que Jesucristo le busca y espera? La fe presupone deponer la soberbia de la razón,

⁸ CIC, 168

⁹ “Die Kirche ist die Mutter, die meinen Glauben geboren hat. Sie ist die Luft, in welcher er atmet, und der Boden, auf dem er steht. Die Kirche ist es eigentlich, welche glaubt. Sie glaubt in mir...”: Romano Guardini, *ibidem*, 133.

superar la debilidad moral y espiritual de la voluntad frente a las seducciones del mundo y de la carne, vencer el egoísmo, rindiendo el corazón a la cercanía del Amor auténtico. ¿Cómo no va a costarle al hombre, que ha sucumbido al pecado, que sigue frágil y tentado física, psicológica y espiritualmente, el sí de la fe que implica desde su origen un entregarse incondicional al arrepentimiento amoroso y al propósito de conversión radical de la vida? ¿Qué maravillosamente bien ha captado el poeta del Siglo de Oro español en su bellissimo soneto, “*Que tengo yo que mi amistad procura*”, esa situación del alma vacilante y retraída ante el reto de la fe en Jesucristo, su Salvador! “*Un reto*” ínsito en la estructura misma del acto de fe: ¿que le es connatural! Las circunstancias de tiempo y de lugar, “*el sitio concreto en la vida*” en el que está situado el creyente, pueden facilitar o dificultar la opción de la libertad por la fe, pero nunca suplantarla. Aunque el reto sigue siendo substancialmente el mismo, sin embargo, su “*modulación*” existencial puede cambiar. La pregunta se hace, pues, inevitable: ¿Cómo condiciona para los católicos españoles la España de hoy, integrada en la realidad cultural de la Europa unida, el reto de la fe?

2. El reto de la fe en la España de hoy

Las circunstancias económicas, socio-políticas y culturales de la España contemporánea, que condicionan el reto de la fe, participan amplia y profundamente de las que configuran la realidad europea actual. Nunca dejó España de ser una activa protagonista del acontecer temporal y espiritual de Europa antes, durante y después de la Reforma protestante. Tampoco, en los dos últimos siglos, en los que las ideas, los modelos “ilustrados” de sociedad y de comunidad política y, sobre todo, la cultura de la Ilustración triunfan ampliamente en la mayor parte de los países europeos. La cuestión de la relación España-Europa ocupó muy intensamente el debate intelectual y político español en distintas fases de la historia nacional del siglo XX. Recordemos al respecto las posiciones contrarias de D. Miguel de Unamuno y de D. José Ortega y Gasset. ¿Nos va a salvar nuestra identidad y bienestar “*el casticismo*” o la imitación y seguimiento de la Europa Ilustrada? ¿La Iglesia en la España contemporánea, la experimentada y vivida por los católicos españoles, a la hora de la nueva evangelización, habrá de inspirarse y orientarse por su riquísima tradición teológica, espiritual, misionera y pastoral que viene de siglos muy fecundos o por la visión “*ilustrada*” del hombre y del mundo? ¿Y/o ha de vivir su presente y su futuro compartiendo las experiencias eclesiales de la Europa contemporánea? Ésta ha sido una de las cuestiones más vivamente debatidas en



el seno del catolicismo español antes y después del Concilio Vaticano II. Una respuesta a estas preguntas, si ha de ser históricamente objetiva y desapasionada, y, sobre todo, la experiencia realista y responsable del presente político-cultural, religioso y eclesial de la España de hoy, en los primeros decenios del siglo XXI, comienzo del III Milenio del Cristianismo, no admiten la disyuntiva sino la conjunción e interrelación temporal y espiritual de las dos realidades: Europa y España. El reto, que plantea la fe, el poder y querer creer hoy en la “*Comunión de la Iglesia Católica*”, dado el contexto existente en la sociedad española, sólo se comprenderá y abordará fructuosamente si se acepta con realismo la perspectiva de la interacción cultural y social de lo europeo y de lo típicamente español, que configure a ojos vista la vida diaria de los españoles, más concretamente, la de los católicos españoles.

Esta imbricación de lo español en lo europeo, y viceversa, se manifiesta de entrada en el peso intelectual que ejercen las filosofías subjetivistas e idealistas, imperantes en Europa desde “*el giro cartesiano*”, en la evolución del pensamiento y de la cultura española de los siglos XIX y XX. ¿Cómo aceptar la Revelación de Dios en Jesucristo, para conocer y vivir la verdad plena del hombre y del mundo, de su origen y de su destino final, cuando todo lo real se hace depender constitutivamente de la razón y de la inteligencia del hombre, del “*cogito ergo sum*”? Y, lo que es más dramáticamente retador... ¿cómo creer firmemente en Jesucristo, enraizando y edificando toda la vida en Él y en su Amor redentor, sin el supuesto lógico de la fe en Dios? O, lo que es lo mismo, ¿cómo creer en Él en la vida y en la muerte, en la salud y en la enfermedad, en los fracasos y en los éxitos personales y colectivos..., si el hombre se declara, considera y organiza su vida personal y social como “*autosuficiente*” y encerrada entre los límites del espacio y del tiempo físicos? ¿Qué difícil resulta creer, más aún, que imposible se hace creer cuando se apodera de la conciencia de las personas, de las familias y de la sociedad el ideal del “*super hombre*”? El éxito social, político y cultural, de la autosuficiencia del hombre en la teoría y en la práctica, ha llegado a los niveles más altos de la concepción de la ciencia y del desarrollo intelectual, cultural y artístico de las sociedades europeas contemporáneas, sin exceptuar a la española. Su logro más espectacular es el de haberse establecido como el criterio fundamental para la comprensión de la ética personal y social y para su aplicación en los campos más decisivos y sensibles del desarrollo digno de la persona humana: el matrimonio, la familia, la escuela, la universidad, las artes y las letras, la comunidad política y el Estado. Benedicto XVI ha calificado este fenómeno socio-cultural como “*la dictadura del relativismo*”. Sus consecuencias negativas respecto a la posibilidad teórica y práctica



de mantener el Estado democrático de derecho en toda su autenticidad ética y jurídica han sido ya detectadas y sopesadas con preocupación creciente. El debate sobre “*los presupuestos prepolíticos de la democracia*”, avivado genialmente en la Academia Católica de Munich, en enero del año 2004, en el encuentro Habermas-Ratzinger, sigue abierto. En cualquier caso, el relativismo filosófico y ético, ignorante y negador de toda concepción metafísica del ser humano y de todo lo real, agudiza intelectual y existencialmente al máximo el reto de la fe para la Europa de antiguas raíces cristianas y, por supuesto, para el católico español, deudor de una historia cultural fecunda, genial y universal en sus frutos, nacida y alimentada en la fuente de la fe en Jesucristo, profesada desde sus inicios, bimilenariamente, en el seno de la unidad santa, católica y apostólica de la Iglesia. ¿Será posible superar la crisis histórica en la que estamos inmersos sin una vuelta en la España de hoy a la frescura humana y espiritual de la fe auténtica, profesada y hecha vida personal y social de los españoles? La respuesta no puede ser más que negativa.

II. EL DESAFÍO DE LA EVANGELIZACIÓN



Así como la fe se nos puede presentar como un reto, vista en sí misma y contemplada en las circunstancias históricas en las que ha de ser vivida, algo parecido ocurre con la evangelización. Analizada en su propio ser, representa un desafío para el creyente en Jesucristo -el fiel cristiano- y, sin duda, para el cristiano de hoy, en el contexto de su tiempo, el desafío inmanente a ella misma se agudiza o suaviza según las circunstancias en las que se vea envuelto. Evangelizar ha supuesto siempre para la Iglesia su primer desafío desde sus momentos fundacionales, hace dos mil años, hasta hoy mismo. Hacerse cargo de este desafío en España, en este momento tan crítico en el que se encuentra tanto Europa en su conjunto como ella misma, resulta fundamental y urgente para la Iglesia y para sus hijos en España: los católicos españoles. Ya, en la Exhortación Postsinodal *Ecclesia in Europa* de 28 de junio del año 2003, el Beato Juan Pablo II constataba que “*la cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera*”; y Benedicto XVI no ha dudado en el discurso a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones navideñas del pasado año (12.XII.2011) en caracterizar la crisis de la Iglesia en Europa, vinculándola a la crisis de la economía, de la sociedad y de la cultura europea, como una crisis de la fe: “*El núcleo de la crisis de la Iglesia en Europa es la crisis de fe. Si no encontra-*

mos una respuesta para ella, si la fe no adquiere nueva vitalidad, con una convicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro con Jesucristo, todas las demás reformas serán ineficaces”. Naturalmente, el diagnóstico es aplicable y debe ser aplicado a España sin ninguna reserva mental y ningún recorte pastoral. No hay respuesta a la crisis si no asumimos el desafío de la evangelización -¡de una nueva evangelización!- en toda su verdad y en todas sus exigencias para la vida interior, apostólica y pastoral de la Iglesia, concretadas en la situación histórica en la que vivimos.

1. El desafío de la evangelización en sí misma

La fe viene suscitada y sostenida exteriormente por la Palabra proclamada y los Sacramentos, celebrados por la Iglesia y en la Iglesia, acompañados por el testimonio de la vida y de las obras; e, interiormente, por y en el amor de la gracia del Espíritu Santo que brota del Corazón divino de Jesucristo nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro Señor. En la acogida humilde y orante de esa gracia acontece el primer “*Sí de la fe*”.

El Evangelio -la buena noticia de la persona y de la obra salvadora del Verbo de Dios que, hecho carne, habitó entre nosotros y nos redimió por su muerte y su resurrección- ha de ser transmitido en toda su verdad intrínseca siguiendo los procedimientos humanos y divinos que le son connaturales. Desconocer la esencia de la evangelización, en su contenido y en su método, ha sido una tentación que ha acompañado siempre a los hijos de la Iglesia en todas las épocas de su historia con mayor o menor gravedad e incidencia perturbadora en su acción pastoral y misionera. Pablo VI, en los años quizá más críticos de la segunda mitad del siglo XX, un decenio después de la clausura del Concilio Vaticano II, consciente del peligro que se cernía sobre la acción evangelizadora de la Iglesia dentro y fuera de los países de raíces cristianas, aborda sinodalmente su problemática fijando como tema de la tercera Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos convocada para octubre de 1975, el siguiente: “*La evangelización el mundo contemporáneo*”. Sus conclusiones las recoge y desarrolla lúcida y genialmente un año más tarde (diciembre de 1975) en la Exhortación Postsinodal “*Evangelii Nuntiandi*”. Si se quisiera sintetizarla con objetividad, el texto habría de ser el que sigue: “*la Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera,*

mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios”¹⁰.

Este conciso, nítido y completo enunciado de los contenidos y de las características de la acción evangelizadora alejaba muchos errores y disipaba muchas dudas en una situación de encrucijada histórica para la Iglesia -inmersa en la aplicación del Concilio Vaticano II- y para el mundo conturbado gravemente por “la revolución cultural” del “*mayo universitario del 68*” y por unas propuestas “*tardo-marxistas*” de un proceso de liberación político-social, abierto al uso de la violencia y de la concepción anarco-nihilista de la vida. “*Prohibido prohibir*” fue el lema favorito de los estudiantes franceses en su rebelión de la primavera de 1968, en la que, en contraste significativo, sus compañeros de Praga intentaban pacíficamente conseguir la libertad del régimen comunista, que les ahogaba. El contraste entre “la primavera parisina” y “la primavera de Praga” no podía ser mayor. Las teorías “*post-marxistas*” sobre la liberación del hombre y de los pueblos y su influencia muy notable sobre los métodos de acción pastoral e, incluso, en la concepción teológica de lo que debía ser la evangelización no podía ser ignoradas. Eran años de “*las lecturas materialistas del Evangelio de San Marcos*” y de una reducción teológica de la evangelización a pura acción socio-política con la consecuente identificación de sus efectos con una supuesta liberación unilateralmente explicada, de naturaleza puramente intra-histórica y temporal. El Magisterio del Beato Juan Pablo II y el de nuestro Santo Padre Benedicto XVI han confirmado y explicitado sin pausa la doctrina de la “*Evangelii Nuntiandi*”, aclarando el sentido genuino de la liberación cristiana que le viene al hombre por la obediencia de la fe en el Evangelio sincera y consecuentemente acogida en el interior de su vida -en su libertad, su memoria, su entendimiento y su voluntad, ¡su corazón! “en todo su haber y poseer” (San Ignacio de Loyola)- y testimoniada fiel e incesantemente con palabras y obras transidas de la caridad de Cristo, aspirándola a vivir en perfección, es decir, presidida por el ideal y propósito de la santidad personal y comunitaria. La tarea de purificación de la teoría y de la praxis de la evangelización llevada a cabo en los dos Pontificados, vasta y profunda -¿prodigiosa?-, no ha concluido del todo -si esto fuera teológicamente posible-; ¡sigue viva! Nos lo recuerda Benedicto XVI en la Carta Apostólica “*Porta Fidei*”, convocando el Año de la Fe: “*Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al*

¹⁰ Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n.22

mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado ”¹¹.

El primer desafío para la evangelización es pues, y será siempre, el de su recta concepción teológica y el de evitar y superar todo intento de su manipulación y utilización ideológica al servicio de fines y objetivos netamente “*temporales*”, sean cuales sean y sea cual sea la intención que los inspira y guía: socio-económica, política, cultural. El segundo desafío, sin embargo, es el método de su realización, que debe de aunar el testimonio de vida con la palabra de vida, según la expresión de Pablo VI antes citada. Unidad que debe resplandecer tanto en la acción evangelizadora personal del cristiano como en la de las comunidades cristianas. La Constitución *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II enseña que “*el plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los realidades que las palabras significan; a su vez las palabras proclaman las obras y explican su misterio. La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación*”¹². Si la pedagogía divina, seguida en la transmisión de la revelación del misterio y don de su Amor salvador, se ha servido de esa “*intrínseca*” unión de palabras y de obras, a su comunicación y trasmisión por la Iglesia no le queda otro camino que no sea el de la Palabra proclamada, enseñada, celebrada litúrgicamente y testimoniada por la vida. El martirio y la santidad han constituido siempre los argumentos de vida más preciosos y convincentes en todo proceso de evangelización. La palabra apostólica da su fruto más fecundo cuando conduce a y culmina en la entrega de la vida por Cristo: entrega a Él y a los hermanos. En este periodo histórico -el moderno y postmoderno- en que el hombre ha sufrido tanto en el cuerpo y en el alma las consecuencias de terribles guerras mundiales, de formas y modos de explotación y dominio socio-político y de manipulaciones psicológicas y biológicas tan destructoras de su vida y de su dignidad, en el que la carencia de los bienes más elementales para la pura y desnuda necesidad de subsistir se ha instalado como un fenómeno mundial aparentemente irradicable, el testimonio del Evangelio no puede por menos de que

¹¹ Benedicto XVI, Carta Apostólica *Porta Fidei*, n.2

¹² Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática sobre la divina Revelación, *Dei Verbum*, n.2.

aparezca profunda y generosamente arraigado en los estilos personales de vida de los cristianos y en las expresiones comunitarias, propias y específicas de la vida de la Iglesia, reveladoras del amor misericordioso de Jesucristo: ¡de un amor siempre más grande y sacrificado! La “*santificación de las realidades temporales*” pertenece a la integridad humana-divina de la evangelización y, a estas alturas de la historia de la humanidad, hay que afirmar la urgencia espiritual y pastoral de que su necesidad sea reconocida por todos y practicada sin descanso. Benedicto XVI subraya esta íntima interdependencia que existe entre el anuncio de la palabra y el testimonio de la vida a fin de que el proceso de la evangelización dé frutos copiosos y fecundos en el Año de la Fe, acentuando la inseparabilidad de la vida de fe y de la vivencia de la caridad: “*la fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permita a la otra seguir su camino*”¹³.

2. El desafío de la evangelización en la España de hoy

La evangelización en la España actual ha de contar con un doble desafío: el de una cultura muy influenciada por el pensamiento agnóstico y relativista, que integra inevitablemente entre sus propuestas las de un humanismo inmanentista y el de estilos sociales de vida -¡de “*modas*”!- donde impera como criterio dominante el vivir y comportarse como si Dios no existiera. Podría añadirse, quizá, un tercer desafío, menor por encontrarse latente en los dos grandes fenómenos socio-culturales anteriormente mencionados y que el del desconocimiento deliberado, cuando no el de la minusvaloración intencionada de los siglos y acontecimientos más relevantes de nuestra propia historia, espiritual y culturalmente conducida e inspirada por la profesión de la fe católica, que la práctica totalidad de los españoles han mantenido siempre como suya. A esta “*desafección de España*”, hoy de nuevo tan frecuente y recurrente, quiso adelantarse D. Julián Marías ya en 1985 con su libro sobre la “*España inteligible. Razón histórica de las Españas*”. Su actualidad nunca decaída, como demuestran sus sucesivas ediciones hasta bien entrada la primera década del presente siglo, ha recobrado nuevo valor ante la situación de crisis global que alcanza también a la propia identidad histórica de España repetidamente cuestionada. Ese no ver ni entender -o quizá, no querer ver ni entender- a España en

¹³ *Porta Fidei*, n.14.

los periodos más universalmente creativos e influyentes de su historia, traducido en un cierto repuntar de un rancio anticlericalismo, añade una nota peculiar española a la versión europea de los dos grandes desafíos ante los que se encuentra la Iglesia en su proyecto y propósito de nueva evangelización.

El desafío del mundo ideológico, agnóstico y relativista -cuando no ateo-, surgido y alimentado intelectual y existencialmente del ideal del “*superhombre*” (Nietzsche) dueño del mundo por su ciencia y su poder técnico-político -ideal renacido en la mentalidad de amplias capas de las sociedades europeas en el último tercio del siglo XX-, sólo podrá ser neutralizado y superado por el anuncio íntegro, claro y sencillo de Jesucristo, Redentor del hombre, presentado intelectualmente a través de un discurso y un lenguaje teológicamente riguroso y valiente que busca y cultiva el diálogo abierto de la fe con la razón científica y filosófica. Proclamación misionera del “*kerygma*” y promoción activa y creativa de una cultura nueva de y con alma cristiana, matriz espiritual de un renovado humanismo, han de ir interactivamente juntas si se quiere lograr la aceptación y el éxito intelectual de la nueva evangelización. Éxito que sólo será completo, si desemboca en la apertura pública de un proceso de conversión y vuelta renovada a las raíces de la fe cristiana-. Éxito seguro, si se asume el espíritu y el dinamismo histórico de una fe vivida consecuentemente y reflejada en una caridad auténtica, a través de un testimonio cristiano de la vida y de las obras irradiando el amor de Cristo que nos salva y salva al mundo ya “los católicos españoles y sus familias, unidos en “*la Comunión de la Iglesia*”, vienen prestando un ejercicio cada vez más entregado y sacrificado del amor a Dios y al prójimo, un servicio precioso y humanamente impagable al hombre y a las familias gravemente necesitadas en el cuerpo y en el alma: ¡un verdadero servicio de fraternidad a la sociedad cuyos efectos evangelizadores solo Dios conoce! Mantenerse firmes y siempre más desprendidos y generosos en esta dirección es el primer y fundamental requisito para asumir con esperanza victoriosa el desafío práctico de la nueva evangelización.

Es el primer requisito, pero no el último ni el único. La presencia de los católicos en la vida pública, creyente y activa por la caridad, resulta igualmente imprescindible. Animarla y confortarla interior y exteriormente por el ideal del servicio desinteresado al bien de la dignidad de la persona humana, de las instituciones fundamentales que necesita para el desarrollo integral de sus derechos y valores esenciales, corporales y espirituales, como son en primer lugar el matrimonio contraído y vivido en la fidelidad del amor indisoluble entre el esposo y la esposa,



fuerza y fundamento insustituible de la familia, inseparable del servicio al bien común comprendido y asimilado por una actitud de desprendimiento y del sacrificio a favor de los demás. He ahí la gran tarea que espera a los católicos españoles de la crítica hora presente. Sólo así serán capaces de afrontar con éxito espiritual y temporal el desafío de la nueva evangelización de su pueblo: ¡de su patria y de la sociedad española! Con una condición o presupuesto existencial previo: el de la propia conversión y renovación espiritual. El Papa lo expresa con bella y profunda concisión: *“lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que iluminados en la mente y en el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin”*¹⁴. Efectivamente, si dentro de las estructuras, actividades pastorales y propuestas y acciones evangelizadoras de la Iglesia en España no se avanza con pasos firmes e irreversibles en la profundización espiritual de la experiencia de la fe, cuidada y vivida en la oración y en la adoración, a los católicos españoles les será imposible asumir en todas sus exigencias personales y comunitarias, con esperanza y perseverancia, el desafío de la nueva evangelización. También a nosotros los católicos españoles y a la Iglesia en España es aplicable la apremiante llamada del papa a una pronta y resuelta *“desmundanización”* -*“Entweltlichung”*- dirigida a los católicos alemanes comprometidos con la Iglesia y la sociedad en el acto final de su última visita apostólica a Alemania, que tuvo lugar en *“la Casa de Conciertos”* de la ciudad de Friburgo el 25 de septiembre del pasado año: *“Solo la profunda relación con Dios hace posible una plena atención al hombre, del mismo modo que sin una atención al prójimo se empobrece la relación con Dios”*¹⁵. En este punto insustituible de partida para la nueva evangelización - la renovación de la vida espiritual- es donde se encuentra la verdadera luz que nos permite enlazar con el camino de la mejor historia de la Iglesia en España: la historia de sus innumerables mártires y santos. Historia de una fecundidad misionera prodigiosa como se puso de manifiesto en el siglo inicial de la evangelización de América: el siglo de los santos de la renovación moderna de la Iglesia, auténtica y plenamente católica. El siglo de San Ignacio de Loyola y de San Francisco Javier, de San Juan de Ávila y de San Juan de la Cruz, ¡el siglo de Santa Teresa de Jesús! Ella, una enamorada ardiente de Cristo y una devota enternecedora de su Madre la Santísi-

¹⁴ *Porta Fidei*, n.15.

¹⁵ “Nur die tiefe Beziehung zu Gott ermöglicht eine vollwertige Zuwendung zum Mitmenschen, so wie ohne Zuwendung zum Nächsten die Beziehung zu Gott verkümmert”: Discurso a los Católicos alemanes, Friburgo 25.IX.2011.



ma Virgen, es una excelente guía y maestra espiritual en el camino de la nueva evangelización de España.

Con mi afecto y bendición,

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

Madrid, 8 de septiembre de 2012
Fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María



SERVIDORES Y TESTIGOS DE LA VERDAD

Madrid, 9 de septiembre de 2012



Mis queridos hermanos y amigos:

Conocer la verdad, vivir en la verdad, actuar y obrar conforme a la verdad es imprescindible para que el hombre pueda alcanzar la meta de su felicidad ya aquí, en el tiempo y en su historia y, más allá de la misma, en la eternidad. ¿Hay alguien que quiera vivir en la mentira o en el error? Nadie ve bien, ni tolera que le mientan en los asuntos, incluso, los más triviales del día a día. Todos queremos salir de la ignorancia y de la equivocación cuando se trata de la salud del cuerpo y de la comprensión de la realidad física que nos rodea y condiciona. Nos interesa saber con certeza lo que ha ocurrido en la historia lejana y cercana en la que está entretejida nuestra existencia particular y familiar. Nos gusta e, incluso, exigimos tener una veraz información de lo que pasa en el momento y en las circunstancias sociales del presente; y ¡cómo nos agradecería desentrañar el futuro, previendo los acontecimientos que van a afectar nuestras vidas!

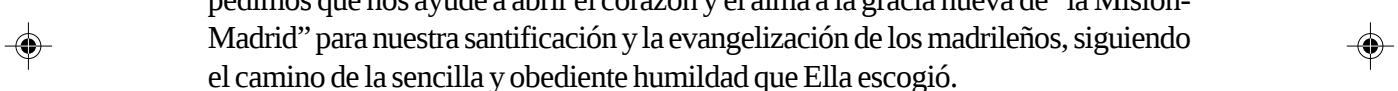
La ciencia contemporánea nos ha hecho avanzar en el conocimiento y dominio técnico del mundo empírico, que vemos y tocamos, de forma prodigiosa. Las

llamadas ciencias humanas -la psicología, la sociología, las ciencias económicas, políticas y jurídicas...-, igualmente; unas y otras nos ayudan a conocer parcelas de la realidad muy importantes para nuestro bienestar. Se trata, sin embargo, de verdades parciales que, si responden a aspectos muy valiosos del ser y de la vida del hombre en este mundo, no abarcan ni responden, sin embargo, a las grandes y decisivas cuestiones que tiene que ver con su origen y su destino, con la fuente primera y última de su ser y de su libertad, con la victoria sobre el mal y sobre la muerte, es decir, con el logro definitivo e imperecedero de su felicidad. Para ello se necesita ir más allá y más al fondo de la materia y de lo sensible de nuestra naturaleza y encontrar y conocer su principio y fondo espiritual: ¡el alma! La más grave ignorancia del hombre y para el hombre es la que se refiere al alma. Es la ignorancia que le impide conocer a Dios, Creador de todas las cosas, del cual el hombre es imagen y semejanza y, además, conocerle como el que nos busca y ama para que podamos participar de su gloria, que interviene en nuestra historia -la personal y la general- y que lo ha hecho de una forma que sobrepasaba, sobrepasa y sobrepasará siempre toda las capacidades de conocimiento y de esperanza propias del hombre, a través del Misterio de la Encarnación y de la Pascua de su Hijo Unigénito, Jesucristo, en un acto infinito de su amor insondable que se nos revela y manifiesta como el amor personal del Padre al Hijo en la unidad del Espíritu Santo: la Persona-Amor en el Misterio de la Santísima Trinidad. La Verdad de Cristo es la Verdad que salva al hombre. Es la verdad que responde definitiva y gloriosamente a todas sus grandes preguntas, anhelos y deseos de bien, de felicidad y de vida plena que no pasarán nunca. Es la verdad que le permite descubrir el secreto y la realidad viva del amor: de cómo se ama, de cómo se puede amar auténticamente, de hasta donde nos lleva el amor en el camino diario de la vida herida por tantos pecados nuestros. ¿Hay alguien que pueda decir estoy libre de pecado, causa y origen de tantos de los problemas de todo orden y de las crisis que nos agobian en la actualidad?

La Iglesia es la primera servidora y testigo de la Verdad, porque es “el Cuerpo de Cristo”, “su Pueblo”, “su Familia” y “Casa”: “es en Él como un sacramento o signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG, 1). En ella se guarda, se enseña y se escucha su Palabra y en ella se reciben su perdón y su gracia; en ella se vive en la comunión afectiva y efectiva de su amor. Ser “cristiano” implica esencialmente una tarea y una misión: asumir en el pensamiento, en la palabra y en las obras el servicio y el testimonio de la verdad de Cristo en comunión con los que han recibido en el Sacramento del Orden el carisma y el oficio de representarlo como Cabeza y Pastor de su Iglesia y que obran “in persona Christi”: los Doce con Pedro, que la preside en la Comunión y en la Mi-



sión, y que perviven por la sucesión apostólica hasta hoy mismo y siempre en el Papa, los Obispos, con sus necesarios colaboradores, los presbíteros. Sí, en esta hora histórica de nueva Evangelización, vivida en Madrid con la intensidad humana, espiritual y eclesial de lo que fue y nos legó la Jornada Mundial de la Juventud del pasado año; en una situación de verdadera encrucijada de civilización y de cultura, de sufrimientos, de incertidumbres personales y sociales, de temores, pero, también, de esperanza de cara al próximo y lejano futuro, queremos ser en este curso pastoral que comienza en la Archidiócesis de Madrid fieles cristianos, valientes y generosos, cooperadores incansables en la misión de la Iglesia al servicio y para el testimonio convincente y atrayente de la Palabra de Cristo que nos transforma y salva por su amor infinitamente misericordioso, comprometidos sin pausa con el destino del hombre hermano. Sí, queremos ser en este Madrid de nuestros difíciles días auténticamente cristianos, es decir, misioneros de la Verdad y, así, de la esperanza, del amor, de la gracia: ¡de la vida de Cristo!



A María, la Madre del Señor y de la Iglesia, a la que invocamos en Madrid como Nuestra Señora la Real de La Almudena, en la Fiesta de su Nacimiento, le pedimos que nos ayude a abrir el corazón y el alma a la gracia nueva de “la Misión-Madrid” para nuestra santificación y la evangelización de los madrileños, siguiendo el camino de la sencilla y obediente humildad que Ella escogió.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid



LA PEREGRINACIÓN A FÁTIMA: INICIO DE “LA MISIÓN-MADRID”

Conversión y penitencia:
presupuestos espirituales de la nueva evangelización

Madrid, 22 de Septiembre de 2012

Mis queridos hermanos y amigos:

El próximo fin de semana peregrinamos a Fátima. Un grupo de fieles, consagrados y sacerdotes, muy representativo de las Vicarías Episcopales territoriales de nuestra Archidiócesis, acompañará a su Arzobispo y a sus Obispos Auxiliares en esta peregrinación de penitencia al lugar en el que la Virgen Santísima se apareció a tres sencillos y pobres pastorcillos en el lejano 13 de mayo de 1917 para pedirle la gracia de una renovada conversión para toda la comunidad diocesana de Madrid, que siente la llamada del Santo Padre a evangelizar de nuevo como una grave y urgente responsabilidad de la que ha de dar cuenta a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, al haberla enriquecido con nuevas gracias espirituales y celestiales, hace poco más de un año en la Jornada Mundial de la Juventud de la tercera semana de



agosto del 2011, convocada y presidida por el Sucesor de Pedro, Benedicto XVI: ¡“una verdadera cascada de luz”! ¡un renovado Pentecostés! ¿Vamos a “reservarnos” a Cristo para nosotros, “un puñado” de “elegidos” introvertidos, autosuficientes, timoratos y pusilánimes? Sería el comienzo del fin de un proceso espiritual y pastoral que, al rechazar o rehuir la gracia, termina en un progresivo avance de la increencia y de la apostasía de la fe y en la imposibilidad de salir de una vida personal, familiar y social, corrompida por el pecado.

Las Apariciones de Fátima a los niños Lucía, Francisco y Jacinta tuvieron lugar respectivamente en los días 13 de cada uno de los meses de mayo, junio, julio, septiembre y octubre de 1917. En el mes de agosto, ante la detención de los tres niños por las autoridades municipales ocurrida el día 13, la Virgen se les aparece el 18 después de que hubieran sido puestos en libertad, entregándoselos a sus padres. El mundo y, muy especialmente Europa, se encontraban envueltos en un horrendo y devastador conflicto bélico que la historia conoce como la I Guerra Mundial. Unos días después de la última aparición de la Virgen en octubre de ese mismo año, la Revolución Soviética triunfaba en Rusia después de un intento inicial fallido en el mes de febrero anterior. El milagro del “sol danzante”, el día final de los encuentros de “la Virgen del Rosario” con Lucía, la niña de once años, y sus dos primitos Francisco y Jacinta, presenciado por decenas de miles de fieles que acompañaron a los pastorcillos a la Cova de Iría, se podía antojar a los testigos del prodigio cósmico como una señal de preocupante, imperiosa y urgente llamada divina a acoger y a cumplir los mensajes de María, la Madre del Señor, que urgía a hacer penitencia y/o como un signo luminoso del triunfo de Jesucristo Resucitado que se renovaría en muchas almas a través de un nuevo periodo de la historia de la Iglesia y del mundo. La revelación progresiva de “los tres secretos” fue de hecho desvelando cómo el Señor se había propuesto guiar a los suyos, en un tiempo extraordinariamente dramático para la humanidad, por el camino penitente de una vuelta a Él clavado en la Cruz y escarnecido: ¡a su Divino Corazón, herido despiadada y cruelmente por los pecados del hombre contemporáneo! La revelación del tercer secreto, comunicada por el entonces Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, Cardenal Joseph Ratzinger, al finalizar la Solemnísima Eucaristía en la gran explanada del Santuario de Fátima, presidida por el Beato Juan Pablo II el 13 de mayo del año 2000, Año del Gran Jubileo, que sirvió de marco litúrgico a la beatificación de los niños Francisco y Jacinta en presencia de la Hermana Lucía, la tercera vidente, permitía a los cristianos de inicio del Tercer Milenio comprender mejor lo que significó el nuevo capítulo de la historia de la Gracia iniciado en Fátima el 13 de mayo de 1917. Un capítulo de martirio, de santidad, de renovada devo-



ción y de mucho amor a la Virgen, a la Iglesia y al Papa: ¡de nuevos y fervientes impulsos misioneros y apostólicos! Un capítulo, que escrito en la página de una historia de la humanidad, de las más dolorosas y cruentas que se conocen, aparece sembrado de muchas lágrimas, muchos sacrificios y mucha entrega, marcadas por el signo de un amor reparador y expiatorio y un deseo ardiente de “dolerse con Cristo dolorido”, de estar dispuestos a completar su Pasión y de ser sus instrumentos para la salvación del mundo. Un capítulo que culminaba con la convocatoria y celebración del Concilio Vaticano II, llamado a iniciar una etapa de conversión cristiana para una Europa y para un mundo que se había alejado de Dios con todas las tremendas consecuencias históricas -espirituales y materiales- que hemos señalado y que necesitaba ser evangelizado íntegramente: ¡desde los fundamentos mismos de la fe! Pablo VI y, muy especialmente Juan Pablo II, lanzarían la llamada de la nueva evangelización a la Iglesia de Cristo del año dos mil y para la humanidad del tercer milenio: una humanidad ya decididamente globalizada y que no acababa de desprenderse de “los demonios familiares de siglo XX; es más, que sucumbía a las nuevas tentaciones del agnosticismo rampante, del relativismo moral y del vacío espiritual y religioso, con escasa o nula sensibilidad en el alma de las personas y de la sociedad para el ejercicio del verdadero amor. Benedicto XVI ha retomado el impulso apostólico de sus predecesores para evangelizar con inusitada fuerza. El Año de la Fe, al que nos ha convocado, lo demuestra con creces. Nuestra Archidiócesis lo quiere hacer suyo incondicionalmente como una exigencia apremiante y grave del amor a Cristo y al hombre hermano que sufre, se rebela y se esconde ante el único que puede salvarle: ¡Jesucristo Nuestro Señor!

En su despedida de España Juan Pablo II, los días 3 y 4 de mayo del 2003, lanzaba a sus hijos e hijas españoles un grito lleno de amor: ¡España evangelizada, España evangelizadora! Grito que queremos aplicar rigurosamente a Madrid: ¡Madrid evangelizado, Madrid evangelizador! No hay tiempo que perder. Por ello, nos preparamos para este gran compromiso apostólico y espiritual, comprometidos profundamente con los ciudadanos y el pueblo de Madrid, peregrinando en penitencia a Fátima: queriendo vivir el ser “evangelizadores” con toda la urgencia de la conversión que la Virgen Nuestra Señora y Madre imprimía a su mensaje de Fátima en los albores de nuestra época, sabiendo muy bien de sus dolores trágicos, no pocas veces, y, también, de sus esperanzas, al fin y siempre victoriosas, como la Cruz de su divino Hijo.

Iniciamos la peregrinación buscando su amparo maternal bajo la advocación de Nuestra Señora de La Almudena y la concluiremos, D.m. el próximo Domingo



con la Eucaristía que celebraremos ante la Catedral dedicada a Ella en el corazón del viejo Madrid. ¡A María, Nuestra Señora de Fátima, Virgen de La Almudena, nos encomendamos de todo corazón unidos fervientemente en la oración personal y en la plegaria comunitaria!

Con todo afecto y con mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

ARCIPRESTES

De San Blas: D. Jesús Manuel Duarte González (12-09-2012).

De Villaverde Bajo-San Cristóbal: D. Manuel Francisco Mora Quintana (12-9-2012).

PÁRROCOS

De San Matías: P. Santiago Barquín Tobar, C.M. (12-09-2012).

De Manjirón, Cincovillas y Las Navas: D. Jerónimo Villalvilla Rodríguez (12-9-2012).

De San Manuel y San Benito: P. Agustín Otazo Redondo, O.S.A. (12-9-2012).

De San Joaquín: P. Fernando de la Torre Carbonero, SdC. (12-9-2012).

De Santa María del Pilar: P. Rafael Iglesias Calvo, S.M. (12-9-2012).

De San Juan de Dios: P. José Carlos Rayo Ramírez, S.C.I. (12

Jesús Ángel Arroyo Villegas, C.S.V. (12-9-2012).

De San Vicente de Paul: P. Jesús María González Antón, C.M. (12-9-2012).



De Santa Rita: P. Juan Carlos Avitia Aguilar, O.A.R. (12-9-2012).
De Nuestra Señora del Henar: D. Antonio Pastor Gómez (18-9-2012).
De Virgen de la Oliva: D. Lorezno Escribano Moreno (18-9-2012).
De San Pío X: D. Juan Luis Rascón Ors.

PÁRROCO "IN SOLIDUM"

De Santos Inocentes: D. Antonio Martínez Racionero (12-9-2012).
De Pedrezuela: P. Bernardo Ndolo Mutuku, C.S.Sp (12-9-2012).
De Cabanillas de la Sierra y Redueña: P. Thomas Emmanuel Somgo, C.S.Sp (12-9-2012).

ADMINISTRADOR PARROQUIAL

De San Blas: P. Juan Antonio Cuesta Olmo, S.J. (12-9-2012).

VICARIOS PARROQUIALES

De San Patricio: D. Evergfiste Rukebesha (12-9-2012).
De Concepción de Nuestra Señora: D. Juan Baustista Granada Martín (12-9-2012).
De Nuestra Señora de la Granada: D. Javier García Toledano, por dos años (12-9-2012).
De San Manuel y San Benito: P. Julián del Río Díez, O.S.A. (12-9-2012).
De San Juan de Dios: P. Gonzalo Daniel Arnáiz, S.C.I. (12-9-2012).
De Nuestra Señora de Fuencisla: D. Víctor González Fernández (12-9-2012).
De San Vicente de Paul: P. Enrique Sanz Porras, C.M. (12-9-2012).
De Santa Genoveva Torres Morales, de Majadahonda: D. Rafael Jesús Navarrete Martínez, por dos años (12-9-2012).
De San José: D. Álvaro Montes Arteaga, por dos años. (12-9-2012).
De San Cristóbal y San Rafael: D. Juan Carlos Galindo Tejera (12-9-2012).
De Asunción de Nuestra Señora, de Pozuelo de Alarcón: D. David Sáiz Santos (12-9-2012).
De Beata María Ana de Jesús: D. Félix Menéndez Díaz (12-9-2012).
De San Ignacio de Loyola, de Torrelodones: D. José Delgado Argibay (18-9-2012).

De Santa María, de Majadahonda: D. Rubén Inocencio González (18-9-2012).

De Santa Rita: P. Miguel Ángel González Villalba, O.A.R. (18-9-2012).

P. Marciano Santervás Paniagua, O.A.R. (18-9-2012).

P. Crescencio Cabanillas Anadija, O.A.R. (18-9-2012).

De la Milagrosa: P. Benedicto González Pérez, C.M. (18-9-2012).

De Hispanoamérica de la Merced: P. José Avilés González, O.M (18-9-2012).

P. Juan Carlos Caspón Raposo, O.M (18-9-2012).

Vicario parroquial de Santa Teresa y Santa Isabel: D. José Ignacio Rubio López (25-9-2012).

Vicario Parroquial de Cena del Señor: D. Joaquín Palomino González (25-9-2012).

ADSCRITOS

A Nuestra Señora de Covadonga: D. Pablo Beltrán Mellado (12-9-2012).

A Nuestra Señora del Pilar: D. Luis González-Carvajal Santabábara (12-9-2012).

A Santiago Apóstol, de Colmenarejo: D. Rubén Darío Ocampo Ocampo, de la Diócesis de Armenia (Colombia) (12-9-2012).

A Visitación de Nuestra Señora de Las Rozas: D. William de Jesús Marín Pérez, de la Diócesis de Armen (Colombia) (12-9-2012).

A Santa María, de Majadahonda: D. César Augusto Ladino Cardona de la Diócesis de Armen (Colombia) (12-9-2012).

A San Lesmes, de Alcobendas: D. José M^a Gallegos de la Paz, de la Diócesis de Santiago de maría (El Salvador) (18-9-2012).

A Santísimo Cristo de la Salud: D. Matthieu Rugé, de la Archidiócesis de París (Francia) (18-9-2012).

A Nuestra Señora del Valle: D. Pablo Gonza Achaya (18-9-2012).

A San Buenaventura: D. Jorge Luis Guarnizo Rosillo (18-9-2012).

A Beata María Ana de Jesús: D. Aloys Sibomana, de la Diócesis de Kigali (18-9-2012).

A María Madre del Amor Hermoso: D. Milton Altuzar Martínez (18-9-2012).



A Cristo Rey de Usera: D. Jorge Luis Martínez Ortega (18-9-2012).

A Nuestra Señora de la Soledad: D. Edizio de Jesús Ribeiro (18-9-2012).

A Santa Inés: D. Kouame-Romeo Kouadio (18-9-2012).

A San Pedro Apóstol de Carabanchel: D. Abilio Kudikeke Ngunza, de la Diócesis de Uige (Angola) (18-9-2012).

A San Alfonso María de Liguorio: D. Jhon Jairo Striem Valencia, de la Diócesis de Guatita-Risavalda (Colombia) (18-9-2012).

A Nuestra Señora del Sagrario: D. Alfonso Pedro Mavila, de la Diócesis de Uige (Angola) (18-9-2012).

A Nuestra Señora del Carmen, de Pozuelo de Alarcón: D. Javier Carralón González (18-9-2012).

A Santa María de Caná, de Pozuelo de Alarcón: D. Jesús Zurita Núñez (18-9-2012).

A Nuestra Señora de la Torreldones: D. William de Jesús Marín Pérez (25-9-2012).

OTROS OFICIOS

Coordinador de Infancia y Juventud de la Vicaría IV: D. Juan Carlos Merino Corral (12-9-2012).

Capellán del Hospital de Cantoblanco: D. Luis José Tamayo Oriol (12-9-2012).

Capellán de la Residencia de Mayores de la Comunidad de Madrid “Nuestra Señora del Carmen”: D. Rafael de Jesús Mendoza Guzmán, de la diócesis de La Vega (República Dominicana). (12-9-2012).

Consiliario del Movimiento Familiar Cristiano: D. José Juan Fresnillo Ahijón (12-9-2012).

Capellán de las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad CEU San Pablo: D. Isidro Molina Morales (12-9-2012).

Presidente de la Comisión Diocesana del Diaconado Permanente: D. Juan Carlos Vera Gallego (12-9-2012).

Consiliario del Movimiento Orantes por la Paz: P. Rafael Rey Gordillo, O.C.D. (12-9-2012).

Capellán del Hospital de la Cruz Roja: D. Damiao Chicote (18-9-2012).



Capellán del Colegio SAINT Louis de Français, de Pozuelo: P. José Alberto Domínguez Sisi, A.A. (18-9-2012).

Capellán de las Cruzadas de Santa María de la calle Juan de Mena: D. Juan Trifón Álvarez Romano (18-9-2012).

Director Del Colegio Arzobispal “La Inmaculada y San Dámaso”: D. Francisco del Pozo Hortal (12-9-2012).

Secretario General de la Universidad Eclesiástica San Dámaso: Dr. D. Santiago García Acuña (24-9-2012).

DEFUNCIONES

La Hermana TERESA MARÍA (CONCEPCIÓN) LOZANO ROFSO, falleció el 15 de agosto de 2012, a los 87 años de edad y 44 de Vida Consagrada en el Tercer Monasterio de la Visitación de Madrid

El 7 de septiembre de 2012 falleció D. JUAN BALLESTEROS BALLESTEROS, hermano de D. Crescencio, sacerdote diocesano de Madrid. Párroco de la Parroquia Santísimo Cristo de la Salud, de Madrid.

El 7 de septiembre de 2012 falleció DÑA. JOSEFA LINARES LEÓN, madre de D. Diego Martínez Linares, sacerdote diocesano de Madrid, párroco de la Parroquia Virgen del Mar, de Madrid.

El día 30 de septiembre de 2012 falleció SOR AMPARO DE SAN JOSÉ (María Pilar Fernández González) a los 95 años de edad y 61 de Vida Consagrada en el Monasterio de San José de Jesús María de Madrid.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL.

SEPTIEMBRE 2012

Día 8: Misa en la Parroquia del Cristo de la Victoria con motivo del Centenario de la madre de Alfonso Simón

Misa en la Catedral en la fiesta de la Real Esclavitud de la Almudena

Día 9: Misa en la Catedral de León con el Coro y la Orquesta de la JMJ

Día 11: Rueda de Prensa de presentación de la Misión Madrid

Misa en la Catedral con motivo del inicio de curso pastoral de la Curia

Día 12: 10,30 horas, Consejo Episcopal

Día 13: Comité Ejecutivo CEE

Días 14-15: viaje a Roma. Intervención en el Congreso organizado por la Congregación para los Obispos

Día 16: Misa en la Parroquia de Santa Rita, de los Agustinos Recoletos, con motivo del Centenario del Breve Pontificio

Misa en la Parroquia de los Santos Inocentes

Día 18: Consejo Episcopal

Clausura de la fase diocesana de la Causa de la Madre Ana María Alberdi en el Convento de las Madres Concepcionistas Franciscanas

Día 19: Consejo de Economía de la CEE

Apertura de curso del Seminario Conciliar



Día 20: Encuentro de sacerdotes de la Vicaría I
Clausura de la Causa del matrimonio Alvira Domínguez, en la Basílica Pontificia de San Miguel

Día 21: Consagración del Obispo Auxiliar de Getafe en El Cerro de los Ángeles

Día 22: Consejo de Pastoral en el Seminario

Día 23: Ordenación de un diácono en la Universidad de Navarra

Día 25: Consejo Episcopal

Viaje a Barcelona para asistir a la entrega de un Premio al Cardenal Bertone

Día 26: apertura de curso en la Universidad Pontificia de Salamanca

Días 27 y 28: Reunión de la CEE en Suiza

Días 28-29: Peregrinación diocesana a Fátima

Día 30: Misa en la Catedral de la Almudena con motivo del Inicio de la Misión Madrid.



APERTURA DEL PROCESO
SOBRE EL PRESUNTO MILAGRO ATRIBUIDO
AL VENERABLE PADRE LUIS ANTONIO ORMIÈRES,
FUNDADOR DE LAS HERMANAS
DEL ÁNGEL DE LA GUARDA

El día 12 de septiembre de 2012 se celebró la sesión de apertura del proceso diocesano sobre la presunta curación milagrosa atribuida al Siervo de Dios, Padre Luís Antonio Ormières.

El acto fue presidido por su Excelencia Reverendísima Monseñor César Franco, Obispo Auxiliar de Madrid y los miembros de la comisión delegada, quienes prestaron juramento, junto con la Postuladora, Hna, Carmen Trejo, de cumplir fielmente el oficio que se les ha confiado.

El P. Luis Antonio Ormières es uno de los grandes apóstoles de la juventud del siglo XIX. Nació en Quillan, Diócesis de Carcassone – Francia, el 14 de julio de 1809. Fue ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1833.

Recién ordenado sacerdote inauguró una escuela para niños y jóvenes en Quillan. La sencillez evangélica caracterizó toda su vida de unión con Dios y de

servicio a los demás. Murió el 16 de enero de 1890. Su vida y su obra quedaron grabadas en la exclamación de todo el pueblo de Gijón: “ha muerto el santo”.

El presunto milagro fue la curación de un carcinoma en la región palatina, con una comunicación orosinusal grande que sufría la Hna. Jenara Sánchez del Río, religiosa de dicha Congregación. En espera de que la reciba el oncólogo, el 29 de diciembre de 2002 ocurre algo inesperado. La Hermana se siente curada. Los estudios clínicos que se realizan después de este suceso, dan como resultado: *Ausencia de signos de malignidad*.

Estamos firmemente convencidos de que la curación de la Hermana se debe a la intercesión del Padre Ormières, pues desde el comienzo de la enfermedad, tanto la Hna. Jenara como las hermanas de su comunidad y tantas personas que sabíamos de la grave enfermedad se lo hemos confiado con fe y esperanza, esa fe que nos ayuda a descubrir la intervención de Dios en el curso de la historia

Consideramos que el presunto milagro atribuido al Siervo de Dios P. Ormières es un paso más en el camino de la deseada e implorada canonización.

Hna. Ma. Teresa Melendro
Secretaria General





Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

CARTA PASTORAL



EL QUE CREE TIENE VIDA ETERNA

INTRODUCCIÓN

Cuando el Papa Benedicto XVI anunció el Año de la fe (2012-13) me vino a la mente el texto del profeta Isaías que pone en boca del mismo Señor las siguientes palabras: “Si no creéis, no subsistiréis” (Is 7,9).

El texto del profeta se refiere a una situación límite vivida por Acaz, el rey de Judá. Rodeado por sus enemigos (Asiria) y despreciado por sus aliados inmediatos (Siria y Efraín) se llenó de miedo. Cuando le comunicaron la noticia de que los arameos habían acampado en Efraín, “se agitó su corazón y el corazón de su pueblo como se agitan los árboles del bosque con el viento” (Is 7,2).

Hay muchos católicos que, ante las dificultades que se presentan en nuestro mundo para vivir la fe, están tentados de sentir miedo y desfallecer. Estas dificultades no sólo vienen de los enemigos conocidos (la propia debilidad humana, el ambiente de increencia, de indiferencia o ateísmo, la persecución a la Iglesia, etc.), sino de la infidelidad de los creyentes, de los pecados y escándalos en la misma Iglesia.



Ante esta situación difícil, y a veces agravada por los propios acontecimientos de nuestra vida personal (fracasos, enfermedad, sufrimientos provocados por la familia, la muerte de alguien cercano, la falta de trabajo, etc.), es bueno que escuchemos la palabra del profeta (ahora la Iglesia) que, en nombre de Dios, comunica al rey y al pueblo el siguiente mensaje: “Conserva la calma, no temas y que tu corazón no desfallezca ante esos dos restos de tizones humeantes...; [La invasión] ni ocurrirá ni se cumplirá” (Is 7,4-6).

En estas palabras del profeta hay que distinguir dos momentos: el anuncio decidido por Dios (no ocurrirá) que invita a confiar y a descansar en la omnipotencia divina y la denuncia de la poca consistencia de los enemigos. Los que asustaban tanto al rey son comparados a dos carbones (tizones) humeantes, lo que muestra su insignificancia y su incapacidad frente a Dios. La fuerza del rey y de su pueblo no descansa en sus aliados, sino en el Señor. Es más, cuando el profeta se refiere a la destrucción del enemigo que se presentaba como poderoso añade estas palabras significativas: “Si no creéis, no subsistiréis” (Is 7,9). La verdadera fuerza, la “victoria sobre el mundo es nuestra fe” (1 Jn 5,4).

Este texto del profeta Isaías, que solemos escuchar en el tiempo de Adviento (tiempo de esperanza), concluye dando al rey y al pueblo un signo de la promesa del Señor: “la virgen está encinta y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel” (Is 7,14). El cumplimiento de este signo-promesa se da en el nacimiento de Jesús el Hijo de Dios que salvará a su pueblo de sus pecados (Mt 1, 21-23). Tal como le anuncia el ángel a José en sueños, la criatura que hay en María viene del Espíritu Santo, es obra de Dios. José, como antes el rey Acaz, no tiene que temer acoger a María como su mujer (Mt 1,20). Dios va por delante. Él viene cumpliendo las promesas hechas al pueblo de Israel y viene para salvar.

En estos momentos trascendentales de nuestra historia personal y de la historia de nuestro pueblo (la Iglesia), Benedicto XVI, como el ángel (enviado) que anunció a María y habló en sueños a José, nos invita a no dar la fe por supuesta, a avivarla y formarla, a fortalecerla en unión con todo el pueblo cristiano de tal manera que podamos dar razón de nuestra esperanza (1 Ped 3,15).

La respuesta que reclama el anuncio del Año de la fe no puede ser la que dio el rey Acaz (750 años antes de Cristo) sino la que queda ejemplarizada en la Virgen María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Es la misma respuesta que dio San José cuando el ángel le habló en sueños:

“Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer” (Mt 1,24).

1. LA DIFICULTAD DE CREER

Como el rey Acáz, también el creyente se encuentra en el momento actual en una situación límite, agravada por la propia debilidad de las familias, las parroquias y de la Iglesia en general. Por eso es comprensible que algunos sientan miedo, miren al futuro con ansiedad y constaten cómo “se agita su corazón” (Is 7,2).

Es posible que también a nosotros nos fallen los aliados inmediatos. Todos constatamos, en efecto, la quiebra de la “tradición” y la ausencia de un ambiente cristiano en la sociedad. Al mismo tiempo asistimos a una falta de apoyo en muchas “instituciones sociales” que se organizan al margen de Dios y de la fe, y en ocasiones en contra de Dios, de su Iglesia y de sus fieles y representantes. Lo mismo ocurre con los grandes medios de comunicación de masas, salvo honrosas excepciones. La fe estamos obligados casi a vivirla a la intemperie, a contracorriente y acosados por lobos feroces que dominan la cultura, que crean opinión y que se organizan en grupos de presión que favorecen las ideologías contrarias a la fe.

a) Agnosticismo

Más allá del ateísmo llamado “científico” que hizo estragos en los siglos XIX y XX, hoy en el plano del conocimiento se pretende promover el agnosticismo. Según esta doctrina, como Dios no es aprehensible por los métodos experimentales de la ciencia, no lo podemos conocer. Y si no lo podemos conocer, hemos de vivir como si no existiera. Este mundo, privilegiando solamente la razón instrumental, lo hemos de organizar nosotros. Sólo la ciencia con su desarrollo tecnológico nos puede ayudar en la instalación en nuestro mundo. Todo lo demás, incluidas las últimas preguntas sobre el sentido de la vida y de la muerte, las exigencias de la conciencia moral, etc., queda relegado al ámbito de lo privado, cuando no reducido a sentimientos y emociones que no tienen ninguna relevancia social.

El agnosticismo y la preponderancia del científicismo nacen de un reduccionismo de la razón y una negación de la fe que quedaría confinada en un mero sentimiento religioso.



b) Relativismo moral

En el plano de la conducta humana, del agnosticismo y del no querer afrontar el problema de la Verdad deriva el relativismo moral que se presenta como paradigma global que posibilita un tipo de “democracia”, como nuevo modelo ético, que descansa solamente en el consenso entre los grupos y que no acepta las realidades pre-políticas que deben inspirar los procedimientos verdaderamente democráticos.

Si el agnosticismo suponía una reducción de la razón que la incapacita para afrontar la realidad total (a Dios y al hombre en todas sus dimensiones), el relativismo no hace justicia a la conciencia moral. Ésta, rectamente formada, está capacitada para distinguir el bien del mal y es capaz de discernir lo bueno para el hombre y, por tanto, para la sociedad.

A pesar de la presión constante de estos sistemas de pensamiento y de modo de vivir propiciados por las ideologías, el corazón de las personas no se resigna a renunciar a la verdad, a darlo todo por bueno y a sucumbir ante la dictadura del relativismo. En cada uno de nosotros se puede constatar como un grito interior que nos impulsa a condenar las injusticias, que nos despierta del sueño de la mentira y que nos invita a la rebeldía contra el mal.

Una libertad sin verdad camina a la deriva. Por eso, si la razón no quiere afrontar el tema de la verdad del hombre, si claudica en su debilidad ante la búsqueda del Absoluto, era de esperar que la libertad, sin el apoyo de la verdad, quede reducida a un haz de emociones o de impulsos instintivos. La vocación de la razón es la verdad y la vocación de la libertad es el bien. Ambas van unidas y se necesitan como expresión de lo específicamente humano. Si podemos ser libres es porque somos inteligentes. La libertad necesita el vínculo de la verdad para conducir el obrar humano hacia el bien y la perfección humana. El afirmar la autonomía radical del hombre, el autoafirmar una libertad sin vínculos no se corresponde con la verdad de la persona humana.

Todos nos reconocemos siendo. Nadie se ha dado la vida a sí mismo. La vida humana es dependencia de un Amor que nos precede y nos ha creado con sabiduría y amor. No procedemos del caos sino que venimos a este mundo llamados por el amor de Dios, y generalmente por el amor de nuestros padres que actualiza la voluntad creadora de Dios. Si Dios nos ha pensado y querido desde toda la



eternidad, nos ha querido con un proyecto que responde a su sabiduría. Este proyecto, la naturaleza de la persona, es nuestra propia verdad, la verdad del ser humano. Nuestra autonomía significa dependencia de un Amor sabio que nos ha creado libres y respeta nuestra libertad. Esto no significa negar la autonomía psicológica que posibilita el obrar con libertad para que, respetando la verdad de nuestro ser, la libertad se haga recorrido hacia el bien de la persona y su perfección. Por eso la libertad necesita vínculos: el vínculo con Dios, con nuestros padres y familia, los vínculos de la amistad y los vínculos sociales que nos sitúan en una patria común.

El relativismo moral supone la ruptura de todos los vínculos humanos y la afirmación a ultranza del individuo como una isla, desvinculado de la tradición, de la historia común y del lenguaje que nos posibilita la comunicación y el diálogo desde la verdad. Afirmar que todo vale lo mismo, que no hay presupuestos ni referencias obligatorias, es disolver la verdad de la persona y condenar al hombre a la esclavitud de lo ocasional, de lo fugaz o simplemente convencional.



Pero todo esto no corresponde con la propia experiencia. Cualquiera se da cuenta de que somos un haz de relaciones y que algunas de ellas son fundantes: ser hijo, ser hermano, pertenecer a una cultura, saberse vinculado al origen y, por tanto, a Dios, etc. La libertad, por poseer vínculos y referencias fundantes, nos hace responsables. Cada uno está llamado necesariamente a dar razón de sus actos y no puede sentirse justificado simplemente por la afirmación injustificada del relativismo. No es lo mismo amar que odiar, ser veraz que mentiroso, ayudar al pobre que maltratarlo, ser generoso con los padres que abandonarlos, respetar la vida de los inocentes que destruirlos, etc. El orden moral está grabado en lo íntimo de nuestra conciencia y por eso, aunque se pretenda sofocarlo con distracciones, por el activismo y por la ausencia de la vida interior, al final emerge porque va unido a la verdad de la persona y reclama ser escuchado. Esta voz de la conciencia es la salvación de lo humano y el antídoto contra el relativismo imperante.



Es verdad que el relativismo ha querido encontrar una puerta de entrada con la diversidad de culturas hoy más fácilmente conocidas y presentes en cualquier sociedad. Sin embargo, el sustrato cultural y religioso de los pueblos no camina de la mano del relativismo. En todas las culturas y religiones hay presupuestos y temas incontrovertibles que expresan la verdad de lo humano: la referencia a Dios, el valor de la familia, la solidaridad con el pobre y enfermo, el respeto y cuidado de los ancianos, la salvaguarda de los hijos, el honor de los inocentes y el castigo de los malvados, etc.



Estos presupuestos comunes en toda cultura y religión son la base para un fructífero diálogo en busca de lo específicamente humano y de lo que aproxima a la verdad. Pero esto no equivale a equiparar todas las culturas y relativizar, por las diferencias que puedan darse, todos los contenidos humanos. En el interior de las culturas hay progresos que ajustan las conductas y las convenciones a la verdad y al bien de la persona. Del mismo modo, existen culturas más avanzadas que otras y este avance se justifica en la medida en que hay razones, ancladas en la experiencia, que expresan mejor la verdad del hombre. En este sentido, los cristianos afirmamos que Cristo es la verdad del hombre y que lo cristiano es la perfección de lo humano. Cristo, en efecto, sirve de medida de los contenidos de cada cultura ya que nos trae la verdad misma de Dios: origen, fundamento y meta del hombre.

La civilización occidental va unida a lo cristiano. Aquí es donde han florecido la ciencia, la universidad y todas las instituciones que se han ido creando para el bien del hombre: escuelas, hospitales, leyes que garantizan los derechos y deberes humanos, servicios para los débiles, para los ancianos, etc.

c) Nihilismo

En la medida en que se ha querido romper con esta tradición, Occidente se está quedando sin patria común, sin un hogar donde florezca el esplendor de lo específicamente humano. El hijo póstumo del agnosticismo y del relativismo moral es el nihilismo. Caminar siempre a distancia corta y hacerse peregrinos de la nada parece ser la propuesta de un nuevo paradigma cultural que caracteriza a una nueva generación.

Las manifestaciones del nihilismo son múltiples: la pérdida de la trascendencia y la muerte de Dios; la exaltación del individuo y un concepto de libertad sin raíces en la verdad; la cultura de la muerte y la exaltación del emotivismo; la deconstrucción de lo humano propiciado por la ideología de género y las teorías queer y cyborg, etc.; el consumismo creciente que desde lo periférico (bienes materiales) se extiende hacia lo específicamente humano provocando destrucción y sufrimiento (pornografía, comercio del “sexo”, prostitución infantil, etc.). De manera preocupante el nihilismo afecta a los más jóvenes quienes, educados en el ocultamiento del sufrimiento y en la falta de austeridad y sacrificio, fácilmente después reclaman todo y se hacen vulnerables al alcohol, a la droga, al sexo sin responsabi-



lidad, etc. Los que negocian con este tipo de cosas lo saben bien y han promovido redes de centros y lugares, llamados de ocio y de “movida”, que no hacen más que despertar el gregarismo y el derroche, hasta la náusea, de las mejores energías vitales.

Estas actitudes también se ven reflejadas en los adultos e incluso en quienes tienen responsabilidades públicas que, en vez de promover alternativas de auténtico humanismo, propician estas “distracciones” y otros sucedáneos del verdadero “ocio” que puede contribuir al descanso y crecimiento del espíritu. Tampoco está exento de esta actitud nihilista el discurso político, casi todo centrado en la economía y que soslaya cualquier debate cultural que ofrezca caminos para el auténtico desarrollo de la persona, la protección de la vida, la custodia del matrimonio y de la familia, la defensa de la ecología humana, de una educación eminentemente humanista, etc. La ausencia de este tipo de discurso entre los políticos en España es altamente preocupante. Da la impresión de que con la restauración democrática en España hayamos comenzado la historia de cero o desde la nada. Como si la tradición cristiana y católica nunca hubiera existido en esta tierra o como si la presencia de la Iglesia Católica fuera un corsé que oprime y del que hubiera que desembarazarse.

La crítica constante a la Iglesia nos debe preocupar a los creyentes y debe contribuir a nuestra conversión permanente. Pero una cosa es la crítica que ayuda a crecer y otra el ataque sistemático a la tradición cristiana y la repulsa de todo aquello que nos identifica y nos hace herederos de una historia que, con sus fallos, debería ser motivo de orgullo sano y servir como plataforma para afrontar con lucidez el futuro. La crítica sistemática a lo cristiano es fruto de un proyecto de ingeniería social que hemos de saber desentrañar y denunciar constantemente. Sin raíces cristianas y sin tradición el futuro se quiere construir como una quimera que, además de prescindir de Dios, se vuelve contra el hombre diseñado como individuo consumista fácilmente manipulable por los que detentan el poder económico y político.

2. LA RESPUESTA DE LA FE

El panorama que acabamos de describir no agota la realidad total. Es posible que hayamos experimentado la debilidad de la Iglesia en sus instituciones e incluso, como le ocurrió a Acaz (Is 7), podamos haber sufrido por la traición de los aliados más cercanos (sacerdotes, instituciones educativas, organizaciones



parroquiales, movimientos, personas cualificadas de la jerarquía eclesiástica, etc.). Para todos nosotros, hoy como ayer, resuena fuerte la voz del profeta: “Conserva la calma, no temas y que tu corazón no desfallezca ante esos tizones humeantes” (Is 7,4-5).

Esta voz profética la hemos escuchado en labios del Beato Juan Pablo II: ¡No tengáis miedo! ¡Abrid las puertas a Cristo! Esta voz ha gritado en las plazas de los cinco continentes y, gracias a Dios, ha sido escuchada por multitud de personas y por muchas familias y jóvenes. Esa voz ha calado hondo en aquellos que ya no son la generación del mayo francés del ‘68. Son una generación distinta que ya ha constatado el fracaso de la revolución sexual. Son hombres y mujeres que han sufrido el drama del divorcio, que ya conocen los frutos del alcohol y la droga, que saben que la libertad necesita vínculos y cauces para lograr el bien de las personas. De manera particular son multitud las mujeres que también conocen los frutos amargos del feminismo radical y que saben que el divorcio empobrece a la mujer y daña a los niños, que la anticoncepción y las esterilizaciones voluntarias hieren la persona de los esposos y su matrimonio y que el aborto destruye a las madres y mata a los inocentes.

Toda esta multitud de jóvenes que han escuchado la voz de Beato Juan Pablo II, unidos a las familias que han perseverado en la fidelidad matrimonial, que se han abierto generosamente a la vida y que han descubierto en la Iglesia su verdadero lugar, son motivo de esperanza en estos momentos de crisis de humanidad. Son los mismos que han recibido a Benedicto XVI como el enviado de la Providencia. También ellos han escuchado las palabras de este profeta que nos ha dicho: ¡No temáis! Recibid a Cristo. ¡Él no os roba nada, y con Él lo podéis alcanzar todo!

Es el mismo Benedicto XVI quien nos invita a vivir este curso como el Año de la fe, un año para proponer de nuevo el Credo de los Apóstoles, un año para recibir con asentimiento las enseñanzas del Concilio Vaticano II y del Catecismo de la Iglesia Católica; un año para reforzar la formación y superar el analfabetismo religioso.

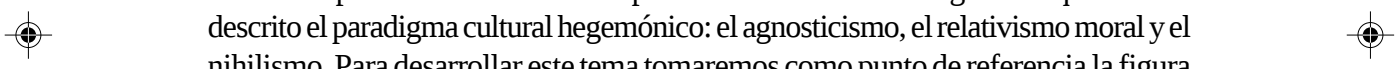
El Año de la fe es una propuesta para toda la Iglesia que tiene que emerger ante el mundo como la columna de fuego que guiaba al pueblo de Israel hacia la tierra de promisión (Ex 13,21). El Espíritu Santo, que no abandona a la Iglesia, es quien ha alentado en estos últimos decenios distintas realidades que están llamadas



a recibir este año como una invitación a revitalizar la fe, a proponerla de nuevo como la gran respuesta a todos los signos de crisis y de decadencia de la civilización cristiana.

Las Jornadas mundiales de la juventud y de las familias, el crecido número de parroquias renovadas como verdaderas comunidades, los distintos movimientos apostólicos, nuevos movimientos y comunidades, la presencia de nuevas vocaciones en los seminarios y monasterios, la santidad de tantas familias, etc., son los signos que nos hacen constatar la renovación que promueve el Espíritu Santo y que garantizan la propuesta de una nueva evangelización, la recepción de este Año como un nuevo aliento para profundizar en la formación cristiana y en la educación de la propia fe.

3. CARACTERÍSTICAS DE LA FE CRISTIANA



Cuando hablamos de la fe no podemos olvidar el contexto en el que hemos de vivirla para hacer de ella la respuesta adecuada a los rasgos con que hemos descrito el paradigma cultural hegemónico: el agnosticismo, el relativismo moral y el nihilismo. Para desarrollar este tema tomaremos como punto de referencia la figura del Abraham (Gn 12-15), padre de los creyentes, y de la Virgen María, modelo de fe (Lc 1,26-38).

a) La fe es conocimiento

Habitualmente suele confundirse la fe con el sentimiento religioso. No es difícil encontrarse con personas o con escritos que reducen la fe a la emoción ante lo “sagrado”, ante lo grandioso o tremendo. El afecto responde con mayor o menor intensidad ante acontecimientos, personas o lugares que fascinan y provocan reacciones en el ámbito de los sentimientos. Esta manera de pensar está muy extendida, también entre personas ilustradas, de tal manera que se mide la fe según el grado o intensidad del sentimiento o la emoción.

El sentimiento religioso es importante y no hay que minusvalorarlo, pero no se puede confundir con la fe. Tampoco se puede reducir el acto de fe a la respuesta ante lo inexplicable. Este modo de pensar ha producido muchos problemas a lo largo de la historia, de tal manera que se ha ido retirando a Dios de todos los



ámbitos en los que la ciencia ha ido explicando ciertos fenómenos no conocidos o inexplicables en esos momentos.

No podemos contentarnos con decir que la fe es creer lo que no se ve. La fe, en efecto, es una fuente de conocimiento que no desprecia la razón sino que la supera. Decir que el conocimiento se reduce a lo que proporciona la ciencia con su método experimental es empequeñecer la razón y cerrarla a otras fuentes de conocimiento posibles para la inteligencia y el espíritu humano. En concreto la fe es un modo de conocer a través del testimonio de Dios que se revela o de los testigos que narran acontecimientos referidos a lo divino o que transmiten palabras que han sido comunicadas por el mismo Dios.

Creer es conocer que Dios existe, que actúa en la historia y que habla al corazón del hombre. Este es el caso de Abraham, quien comunica la experiencia de Dios que le llama: “Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación” (Gn 12,1-2). Es el mismo caso de la Virgen María, quien recibe el anuncio del arcángel Gabriel: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo [...]. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús” (Lc 1,28.31).

Que Dios exista es razonable, aunque no se pueda demostrar con el método experimental su existencia. Son muchos los motivos de credibilidad: el orden del universo como macrocosmos y como microcosmos; la ley moral presente en la conciencia de todos los seres humanos; el deseo de infinito que anida en nuestro corazón, etc. San Pablo reprocha a los romanos que habiendo conocido a Dios por sus obras, no le glorificaron: “Pues lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles por la inteligencia a partir de la creación del mundo a través de sus obras” (Rm 1,19-20).

Si es razonable la existencia de Dios, y puede ser conocido a través de sus obras, también es razonable que se haga presente a personas, las llame, o les comunique sus palabras, promesas o designios. Es el caso, como hemos visto, de Abraham o de la Virgen María. También es el caso de los profetas que hablan en nombre de Dios y nos transmiten sus palabras. Quedando a salvo las «semillas del Verbo» (semina Verbi) contenidas en las diversas culturas y religiones no cristianas, entre todos los pueblos del mundo Israel ha conocido a Dios por medio de acontecimientos prodigiosos que constituyen una historia de salvación que culmina en Jesucristo, cabeza del nuevo Pueblo de Dios: la Iglesia.



Todo lo acontecido en estas personas y en este pueblo como proveniente de Dios necesita una verificación para aceptar que se trata de un verdadero conocimiento. Y esto es precisamente lo que contiene la Revelación de Dios transmitida por la Sagrada Escritura y la Tradición.

La Sagrada Escritura contiene los hechos y los dichos que por parte de Dios han llegado a un pueblo que ha podido constatar la verdad de lo sucedido y que forma parte de su experiencia. Así pues, frente al agnosticismo la fe propugna el conocimiento de la verdad que tiene la estructura propia de la amistad: hemos conocido a Dios, hemos visto sus obras que han sido verificadas con el paso del tiempo. El primer paso de la fe es decir Creo en Ti, creo en Dios.

Esto se ve todavía más claro en el caso de los apóstoles y los primeros discípulos de Jesús. Ellos han convivido con Jesús, quien se presenta como el Hijo de Dios igual al Padre: “Quien me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn 14,9). Jesús es Dios y ha realizado signos como Dios: “Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas dan testimonio de mí” (Jn 10,25). El conocimiento de estos hechos, los milagros y fundamentalmente la muerte y la resurrección del Señor, los constituye en testigos que pueden dar cuenta de lo que han visto y oído.

El conocimiento a través del testimonio de otro es otra fuente del conocer que descansa en la calidad y veracidad del testigo. La fe nos llega, pues, por el testimonio de otros y se constituye en una fuente de conocimiento fiable y razonable. El testimonio de Abraham, de la Virgen María, de los profetas, de los apóstoles de Jesús es fiable por la santidad de sus vidas. Todos los apóstoles sellaron su testimonio con su martirio.

Este modo de conocer no niega la libertad. La fe es razonable, pero el acto de fe es libre. Ello explica que algunos de los que vieron y oyeron a Jesús no creyeran en Él. Sin embargo, esta libertad no desemboca en la duda, sino en la seguridad y la certeza de quien dice: Creo en Ti.

En el caso de la fe, por ser una virtud sobrenatural, no se da sin la gracia. Por eso Jesús decía: “Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado” (Jn 6,44). La atracción de la gracia nos conduce a la certeza de la fe que concluye afirmando la verdad como un juicio razonable, como una adhesión al mismo Dios conocido en Jesucristo y dado a conocer por sus testigos: “Entonces Jesús les dijo a los Doce: ¿También vosotros queréis marcharos?

Simón Pedro le contestó: Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que eres el Santo de Dios” (Jn 6,67-69).

Tras este breve recorrido podemos concluir que tanto la fe como la razón son fuente de conocimiento. Son las dos alas del espíritu que nos encaminan, por métodos diferentes, hacia la única Verdad.

b) La fe es obediencia

La fe es obediencia a la Verdad y, en ese sentido, es el mejor antídoto contra el relativismo moral. El ejemplo de Abraham es claro: conocida la llamada y la voluntad de Dios, inmediatamente se puso en camino. “Abrán marchó, como le había dicho el Señor” (Gn 12,4). Lo mismo hizo la Virgen María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Ante la llamada de Jesús, los primeros discípulos responden con prontitud. “Jesús les dijo: Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres. Inmediatamente dejaron las redes y le siguieron” (Mc 1,17-18).

Estas respuestas, signo de la obediencia, no deben llevarnos a confundir la fe con una moral determinada. Lo primero en la fe no es aceptar unas verdades u obedecer unos mandamientos. Lo primero es descubrir a Alguien: creo en Ti. Ese Alguien se presenta como un Amor indecible, inmenso. Por ese Amor uno estaría dispuesto a dejarlo todo, a vender todos sus bienes. Así lo explica el Evangelio: “El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo” (Mt 9,44).

Ese tesoro escondido es el Amor de Dios. El que canta la esposa en el Cantar de los Cantares: “Encontré el amor de mi alma; lo abracé y no lo solté” (Cant 3,4). Es la misma experiencia de San Pablo, quien llega a afirmar que Cristo es la razón de su existencia. Una vez que ha conocido a Cristo resucitado camino de Damasco (Hech 9,3-5), la vida adquiere una orientación distinta. Su fe en Cristo le lleva a un asentimiento total al Resucitado a quien considera como su vida: “Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy quien vive, es Cristo quien vive en mí [...] vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Gal 2,19-20).



Este asentimiento a Cristo, se transforma en una entrega total de San Pablo al Resucitado. Su conocimiento le lleva a valorar las cosas de manera diferente: “Todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por El lo perdí todo y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo” (Fil 3,8).

Lo primero, por tanto, es la gracia del conocimiento de Cristo que se hace presente en su vida. Conocido Cristo como el Amor que ha dado la vida por él, está dispuesto a amarle y obedecerle en todo. Es más, está dispuesto a perderlo todo con tal de alcanzar a Cristo: “Para mí la vida es Cristo” (Fil 1,21). A la gracia del conocimiento de Cristo le sigue la aceptación de sus palabras, la obediencia a sus mandatos.

Este esquema se repite en todos los creyentes. Como nos recuerda Benedicto XVI, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Deus caritas est, 1). Lo primero es conocer el Amor de Dios y luego viene la fe y la obediencia al Amor: “Nosotros hemos conocido al amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él” (1 Jn 4,16). La verificación de esta fe y conocimiento de Dios es la obediencia y la guarda de los mandamientos: “Quien dice: yo lo conozco y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Jn 2,4).

La presencia de Cristo como un encuentro, como un acontecimiento de gracia, se manifiesta en la humanidad de Jesús, en el Verbo encarnado, nacido de María. “Siendo de condición divina, tomó la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres” (Fil 2,6). Este encuentro en la carne hecho posible como acontecimiento histórico para los primeros discípulos, continúa en nosotros a través del testimonio de los cristianos (nuestros padres, catequistas, sacerdotes, comunidad cristiana, etc.) y a través de la Palabra y los sacramentos que nos transmiten la carne gloriosa del Resucitado. Del encuentro con Cristo en su Palabra, en los Sacramentos, particularmente la Eucaristía, y en los acontecimientos de nuestra vida, surge la misma fe que caracterizaba a los primeros discípulos.

El encuentro con Jesucristo (creo en Ti, creo en Dios) nos revela el Amor de Dios que es la fuente que nos capacita para creer en sus palabras (creer a Dios) y obedecer sus mandamientos (obedecer a Dios). Todo este recorrido se realiza como un misterio de gracia. La iniciativa le corresponde a Dios (1 Jn 4,10). Él nos



amó primero. La gracia del Padre nos atrae hacia Cristo (Jn 6,44), conocido ahora sacramentalmente y a través de testigos. Su Amor y su gracia despiertan en nosotros el deseo de amar y la capacidad de cumplir los mandamientos, que son la Sabiduría de Dios en nosotros. De este modo la fe, que es conocimiento de la Verdad (Dios), se hace obediencia a Dios (amor) e introduce a la libertad (capacitada por la gracia) en el auténtico bien que consiste en el amor a Dios y al hermano: “Si alguien dice: amo a Dios y aborrece al hermano, es un mentiroso [...] Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios; y todo el que ama al que da el ser ama también al que ha nacido de él. En esto conocemos que amamos a Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos” (1 Jn 4,20-21; 5,1-2).

c) La fe es confianza

El acto de fe, además de ser un acto de conocimiento y de obediencia, es un acto de confianza. Esta confianza, siempre sometida a prueba (Sal 65,10), descansa en la omnipotencia divina y en su Amor infinito. Así lo pudo comprobar Abraham ante el nacimiento de Isaac, el hijo de la promesa (Gn 21,1-2); así lo escuchó la Virgen María del ángel: “porque para Dios no hay nada imposible” (Lc 1,37) y así lo pudo comprobar con la presencia de Juan el Bautista en el seno de la estéril Isabel (Lc 1,44). Del mismo modo lo expresa san Pablo cuando afirma: “Sé bien de quién me he fiado” (2 Tim 1,12), Jesucristo: quien me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20).

La fe, que se expresa como confianza, no es un grito en el vacío, no es una simple respuesta ante lo desconocido o enigmático. Esta confianza nace del testimonio de Cristo y de sus testigos que verifican con su vida la fe que profesan. Si por la fe conocemos al que es la Sabiduría Infinita, que no puede engañarse ni engañar; si adhiriéndonos a la Verdad de Dios nuestra libertad se hace entrega al Bien y obediencia a su voluntad; la fe no puede menos que desembocar en una confianza infinita que llega hasta el abandono en las manos de Dios. Así lo expresa el salmista cuando describe a Israel “como un niño en brazos de su madre” (Sal 131,2).

Ahora estamos en condiciones de comprender mejor la palabra de Isaías al rey Acáz cuando estaba amenazado por sus enemigos y por sus aliados “Si no creéis, no subsistiréis” (Is 7,9). La fe, misterio de gracia, nos lleva a sostener el edificio de nuestra vida sobre la roca que es Cristo (Mt 7,24). Él es el que construye nuestra casa y vigila la ciudad (Sal 126). “Los que confían en el Señor son como



el monte Sión, no tiembla, está asentado para siempre” (Sal 124). El punto firme que sostiene nuestra vida no son nuestras fuerzas. Por eso no deben escandalizarnos ni nuestros pecados, ni los pecados de los demás. Los cristianos no son socios del club de los perfectos. Más bien somos aquellos pecadores que, por gracia, hemos sido alcanzados por el Amor inmenso de Jesucristo, quien ha dado su vida por nosotros. Sólo su Amor y su gracia nos capacitan para salir de las esclavitudes del pecado, que son enfermedades del espíritu que destruyen al hombre. Por eso nuestra confianza es ilimitada y sabemos que con Él lo podemos todo. Podemos acabar con nuestro egoísmo y salir victoriosos de la soberbia con la humildad; de la avaricia con la generosidad o largueza; de la lujuria con la castidad; de la ira con la paciencia; de la gula con la templanza; de la envidia con la caridad y de la pereza con la diligencia. Todas estas virtudes que practicamos en la lucha contra los pecados capitales son fruto de la gracia que capacita nuestra libertad para el bien. Por eso, puesta la confianza en el Señor, el cristiano no teme el combate de la fe y la hace activa por la caridad que nos conduce a la práctica de las obras de misericordia.



Esta confianza descansa en que la fe, como explica Benedicto XVI comentando la carta a los Hebreos, es ya “sustancia de las cosas que se esperan y prueba de lo que no se ve” (Heb 11,1). La fe hace presente la posesión de las arras que anuncian los bienes del porvenir. Es la presencia del Espíritu Santo derramado en nuestros corazones (Rm 5,6), que nos regala la justicia de Dios, la salvación (cf. Benedicto XVI, *Spe salvi*, 7). La presencia del Espíritu Santo, en cumplimiento de la promesa de Jesús (Jn 14,16), “convencerá al mundo de pecado (Jn 16,8) y nos guiará hasta la verdad plena y nos comunicará lo que está por venir” (Jn 16,13).



La fe y el bautismo, que nos hace hijos de Dios y coherederos de Cristo, abren las puertas de acceso al misterio de Dios y a la inhabitación de la Trinidad en nosotros: “El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14,23). Así pues, la confianza que nace de la fe no es simplemente la espera de alguien o de algo que pueda venir a salvarnos o a remediar nuestros males. La confianza nace de la presencia salvadora de Dios, presente ya en el Espíritu que se nos ha dado.

Esta presencia de Dios es incompatible con el pecado que engaña al hombre y lo destruye. El pecado es una enfermedad del espíritu, una enfermedad que puede ser causa de muerte. Por eso la primera misión del Espíritu Santo es convencernos de pecado y promover la conversión o vuelta a Dios. La conversión primera



se actualiza en el sacramento del Bautismo que borra el pecado de origen y todos los pecados cuando se recibe en edad adulta. La segunda conversión, la conversión de las lágrimas, se realiza a través del sacramento de la penitencia donde, con el corazón contrito y humillado (Sal 50,19), confesamos nuestros pecados y recibimos la absolución. Esta absolución sacramental cumple las palabras del salmo: “Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme” (Sal 50,12). Este corazón puro, en el que se hace presente el Espíritu, reaviva en nosotros el espíritu filial que tiene como vocación la unión con Dios.

Desde el bautismo, y con un espíritu de conversión continua, el cristiano posee una vocación mística. Está llamado a los desposorios con Dios, a mantener con Él una relación nupcial. Esta es la razón última de nuestra confianza: Dios conocido como Esposo; la humanidad de Jesucristo como recorrido para adentrarnos en el conocimiento del misterio de Dios; el aliento del Espíritu que gime en nosotros con gritos y dolores de parto para que se manifieste en nosotros la condición de hijos de Dios redimidos (Rm 8,22-23). Sin la unión con Dios el cristiano está fuera de su hábitat, está a la intemperie donde no es posible vivir. Por eso este Año de la fe debemos aprovecharlo para suplicar la fe, para renovarla, para formarla, para dejarnos abrazar por el amor de Dios, conociéndole más, amándolo más, obedeciendo sus palabras y abandonándonos en Él con una confianza infinita.

4. EL QUE CREE TIENE VIDA ETERNA

La respuesta frente a una existencia sin Dios, el antídoto contra un paradigma cultural que se caracteriza por el agnosticismo, el relativismo moral y el nihilismo, es la fe cristiana que nos da acceso a Dios a través de Jesucristo. Él mismo se presentó a sus discípulos diciendo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14,6). Esta es la propuesta cristiana de todos los tiempos que se actualiza mediante la incorporación a la Iglesia, el cuerpo de Cristo (1 Cor 12,27). Es en la Iglesia, de la que Cristo es la cabeza (Col 1,12), en donde nos encontramos por la fe con Cristo resucitado. Allí escuchamos la Palabra de Dios que nos purifica (Jn 13,10), allí participamos de la vida de Cristo resucitado mediante la Eucaristía y los demás sacramentos, y allí compartimos con los hermanos la presencia de Cristo en la comunidad (Mt 18,20). Sin la Iglesia, su cuerpo, no tenemos acceso a Cristo. Este se convertiría en una idea o, peor, en una ideología abstracta que no posibilita el encuentro con Él, con su presencia histórica en la carne de la Eucaristía y con la carne de su cuerpo: la Iglesia. La humanidad de



Cristo, y su presencia sacramental en la Iglesia, nos posibilitan el encuentro con Dios. En este encuentro con Dios consiste, como lo indica el Evangelio de San Juan, la vida eterna. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo” (Jn 17,3). Este conocimiento implica la comunión con Dios y el amor. La vida eterna, por tanto, no se refiere simplemente a la duración en el tiempo, o la ausencia de tiempo, sino que tiene como contenido la comunión amorosa con Dios.

Esta comunión con Dios es lo que la carta a los Hebreos afirma de la fe. La fe, dice, es la “sustancia [fundamento] de lo que se espera y prueba [argumento] de lo que no se ve” (Heb 11,1). La sustancia de lo que se espera es la participación actual en la vida eterna: el conocimiento o comunión amorosa con Dios. Esta comunión con Dios no puede ser más que don gratuito, participación de la vida de Dios que se hace posible por la fe. Es la presencia en nosotros del Amor de Dios, la inhabitación de la Santísima Trinidad, la presencia amorosa del cielo que desciende a nosotros haciéndonos participar de la vida divina, del amor de la Trinidad. Esta participación de la vida de Dios, lo que llamamos la gracia, es a la vez, la prueba de lo que no se ve.

La fe, como prueba de lo que no se ve, es un plus de conocimiento, de luz que nos introduce en el misterio de Dios conocido en Cristo y que, por la comunión amorosa con Él, nos asemeja a Él. La fe, en efecto, nos conduce a la comunión con Dios, nos lleva a conocerlo por connaturalidad, nos hace semejantes a Dios. Esta es la prueba, el argumento de lo que todavía no se ve. La fe es conocimiento de Dios pero no visión. La visión es propia de la gloria. La fe acompaña el peregrinar por este mundo y nos hace ver al invisible, participar de su amor, degustar anticipadamente lo que en plenitud se nos concederá en el cielo.

Si la vida eterna, el gozo pleno de Dios, es lo propio de los bienaventurados en el cielo, la fe es el “aquí y ahora” de la vida eterna. Es participación, sustancia de lo que esperamos, abrazo de amor con Aquel que se nos concederá alcanzar en la patria definitiva del cielo. Por eso Jesús afirmó rotundamente: “En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna” (Jn 6,47).

Si la vida eterna consiste en el conocimiento (comunión amorosa con Dios) se comprende que esta sea la propuesta de Jesucristo que ahora continúa predicando la Iglesia. Preocupada por la vida de toda persona, la Iglesia no se cansa de repetir las palabras de Cristo: “La obra que Dios quiere es esta: que creáis en el que



Él ha enviado” [Jesucristo] (Jn 6,29). “El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás” (Jn 6,35). “Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que va al Hijo y cree en Él tenga vida eterna y Yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6,40).

La fe, que nos lleva al encuentro con Dios y nos hace escuchar su palabra, nos hace pasar de la muerte a la vida: “Quien escucha mi palabra y cree en el que me envió, posee la vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida” (Jn 5,24). Este paso a la vida significa superar no sólo la muerte final sino la muerte existencial, la que se experimenta cuando falta el amor a Dios y al prójimo: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte” (Jn 3,14).

El amor a los hermanos no es algo que nazca de nuestras fuerzas, no es simplemente un amor de filantropía. Lo que la fe anuncia es la superación de nuestra incapacidad para amar. Es el amor y la gracia de Dios, el amor conocido en la cruz de Jesucristo y participado por su Palabra y los sacramentos, el que nos capacita para amar incluso a los enemigos. Y en este sentido quien puede amar, por la gracia de Dios, ha pasado de la muerte a la vida.

Con estas reflexiones nos estamos introduciendo en el corazón del evangelio y en la posibilidad de superar la cultura de la increencia que nos rodea. Cuando se ha podido afirmar que el infierno es el “otro”, no se ha hecho otra cosa que constatar la limitación e incapacidad del corazón humano para amar y perdonar. Justo en esa experiencia de muerte (constatada en la relación matrimonial, en las relaciones empresariales o sociales, en el trato con las familias o en cualquier encuentro interpersonal), es donde se hace visible la luz del evangelio, la fuerza de la cruz y la omnipotencia de la gracia: ¡Es posible amar y perdonar! ¡Es posible con la gracia de Dios! El “otro”, en vez de ser un infierno, puede ser una bendición. Se puede pasar de la muerte a la vida porque Cristo ha resucitado y ha sido derramado el Espíritu Santo en nuestros corazones (Rm 5,5) que nos capacita para amar.

Es el Espíritu Santo quien viene en nuestra ayuda para que podamos realizar las mismas obras de Cristo, para que podamos amar hasta el extremo de dar la vida por los enemigos: “El que cree en mí, también él hará obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré [...] Y yo pediré al Padre que os dé otro Paráclito que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad” (Jn 14,12-16).



Las obras que se hacen posibles por la gracia de Dios y la fuerza del Espíritu son la prueba de que hemos pasado de la muerte a la vida, de que podemos superar la muerte existencial, la dureza de corazón (Mc 10,5) la incapacidad de amar. La fe supone, en efecto, la victoria sobre el mundo y sus concupiscencias (1 Jn 2,16): “Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe” (1 Jn 5,4).

No sólo la muerte existencial ha sido derrotada sino también la muerte final. El canto del Aleluya en la Vigilia Pascual anuncia la victoria sobre la muerte, la verdadera pascua que nos llega a nosotros a través del bautismo. La resurrección de Jesucristo ha cambiado el curso de la historia. Las promesas se han cumplido y las puertas del cielo están abiertas para los que creen y siguen al Señor: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre” (Jn 11,25).

Así pues, la vida eterna tiene un doble sentido: la vida eterna en el presente y la resurrección futura. El que cree en Jesucristo ya participa de lo definitivo. San Juan utiliza el presente para hablar de la vida eterna: “el que cree tiene vida eterna” (Jn 6,47). “Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en Él tenga vida eterna” (Jn 3,14-15). Esta vida eterna, que es la comunión amorosa con Dios en este mundo, despuntará en su plenitud en la gloria, cuando la fe se transforme en visión de Dios por toda la eternidad.

Contemplando ambas dimensiones se comprende la seguridad que despierta la fe y la libertad que concede al creyente para entregar su vida. La experiencia de San Pablo es singular. “Por Él lo perdí todo y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo” (Fil 3,8). Para San Pablo lo único importante es el Amor de Dios y por la fe sabe que nada le separará de este Amor: “¿Qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con Él? [...] ¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Rm 8,31-36).

Esta seguridad del amor de Cristo que proporciona la fe conduce al creyente a abandonarse a este Amor y a estar dispuesto a seguir su mismo camino: “El que quiera venir en pos de mí que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga, porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero el que la pierda por mí la encontrará” (Mt 16,24-25). Esta sabiduría de la cruz, que contradice toda lógica humana, es la única que puede acabar con el círculo maléfico del sufrimiento. Jesús



no quiere nuestro sufrimiento, pero tampoco nos invita a huir de él. Su modo de superar la cruz es cargar con ella por amor a nosotros, convencido de que esta cruz se transformará en árbol de la vida; en la cruz gloriosa, camino de la resurrección. Del mismo modo todos nosotros, los creyentes, somos invitados a cargar con la cruz, a perder la vida por amor. Porque perdiéndola la ganaremos.

Estas palabras resultarían incomprensibles si no contáramos con la promesa del Resucitado: el Espíritu Santo. Es este Espíritu quien nos hace gustar de la vida eterna, el tesoro que no nos pueden robar los ladrones y que no se apolilla con el paso del tiempo. Seguros de poseer este tesoro, esta es la seguridad de la fe, no tememos el sufrimiento, ni la enfermedad, ni la tribulación, ni la muerte (Cf. Rm 8,36). Esta es la única posibilidad de amar sin hacer cálculos. Si partimos de la sobreabundancia del Amor de Cristo, no se teme perder, ni entregar la vida. Nuestra vida está en manos de Dios. Hemos sido injertados por el bautismo en el árbol de la vida que es Cristo resucitado. Su destino es el nuestro y no tememos el sufrimiento si lo sabemos sumar a la cruz redentora de Jesucristo. Esta es la novedad de la fe cristiana. Con Cristo podemos amar, perdonar, sufrir y entregar la vida por amor.

Cuando esto es así se cumplen las palabras del Evangelio: “En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna” (Jn 12,24-25).

Jesús alabó la fe de la mujer cananea (Mt 15,28) y curó a la hemorroísa con sólo tocarle el manto (Mt 9,22). Cuánto más dichosos hemos de considerarnos nosotros que, además de poder escuchar sus palabras proclamadas por la Iglesia, podemos participar de su cuerpo y de su sangre presentes en la Eucaristía: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6,54). Esta vida eterna es la de Jesucristo, la de Dios en nosotros, el cielo en la tierra: “El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él” (Jn 6,56).

Estas palabras deberían hacernos reconsiderar nuestro aprecio por la Eucaristía celebrada y adorada. Este es el verdadero tesoro de la Iglesia Católica. La Eucaristía, prenda de la vida eterna, es la cita obligada de todo creyente, el punto de encuentro con Cristo, allí donde la fe se hace conocimiento, obediencia y confianza. De esta fuente de Amor dimana toda la fuerza de la Iglesia. Así lo expresaba

San Pablo: “Todo lo puedo en aquel que me conforta” (Fil 4,15). La Eucaristía es la fuente de la evangelización.

5. LA TRANSMISIÓN DE LA FE

La fe cristiana nace siempre de un encuentro con Cristo. Posibilitado por la gracia (Jn 6,44), este encuentro con el resucitado se hace posible sacramentalmente y a través de mediaciones: la Palabra de Dios, los sacramentos, los testigos, la comunidad cristiana, los acontecimientos de la vida, etc. La fe en Cristo no puede confundirse con el costumbrismo religioso, ni con las manifestaciones exteriores de carácter religioso o sagrado. La fe se obtiene cuando uno es “tocado” por la gracia, cuando se tropieza con la “carne” gloriosa de Cristo en la Iglesia que es construida por la Eucaristía.

Como a Saulo (Hech 9,5), la voz del resucitado nos alcanza en el camino de la vida. La fe nace de la predicación del Evangelio (1 Cor 1,21) que es “la fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (Rm 1,16). El núcleo de la predicación apostólica se llama “kerygma” y consiste en el anuncio de la muerte y resurrección de Jesucristo. Esta es la primera predicación de San Pedro después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés: “Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el nazareno... lo matasteis clavándolo en una cruz... pero Dios lo resucitó... de lo cual todos nosotros somos testigos” (Hech 2,22-32). La predicación de San Pedro produce la respuesta de la fe por parte de la multitud: “Al oír esto, se les traspasó el corazón y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hech 2,37-38).

Es necesario que el corazón quede traspasado por la predicación para que se produzca el acto de fe. Así sucedió con los primeros discípulos y así sucede ahora con nosotros. De ahí la importancia de la evangelización, de la predicación del Evangelio y del testimonio de los creyentes.

a) La Palabra de Dios

La predicación de Jesús, los signos que realizó y los misterios que abarcan su vida se contienen en los evangelios transmitidos por la tradición de la Iglesia. A los cuatro evangelios (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) siguen los Hechos de los

Apóstoles, que recogen los primeros pasos de la Iglesia, y las Cartas apostólicas que guardan la predicación de los apóstoles. El libro de la Revelación o Apocalipsis cierra los libros del Nuevo Testamento. Estos libros se sumaron a los del Antiguo Testamento, que narran los orígenes del hombre, la caída o el pecado y toda la Historia de salvación que culmina en Jesucristo. A este conjunto de libros, inspirados por el Espíritu Santo, lo llamamos la Biblia o la Sagrada Escritura. Ellos contienen con la Tradición la Palabra de Dios, que es el objeto de la predicación y el alma de la evangelización.

Esta Palabra cuando se proclama o se predica es viva y eficaz, realiza lo mismo que anuncia. Es lo que se llama técnicamente el carácter “performativo” de la Palabra. Unido a la predicación, como sujeto de la misma Palabra, viene el Espíritu Santo que, cuando es recibido con fe, realiza todo lo que la Palabra dice. De ahí la importancia de conocer las Escrituras porque todas ellas contienen a Cristo.

El anuncio de la Palabra de Dios provoca la fe y por eso la Iglesia no cesa de proclamarla en la Liturgia y nos invita a leerla y meditarla asiduamente. La lectio divina, o la lectura orante de la Sagrada Escritura, es el modo más adecuado para la transmisión de la fe y para fortalecerla. El papa Benedicto XVI, en la Exhortación postsinodal “Verbum Domini” nos propone recuperar la lectio divina individual o en grupo para alimentar continuamente la vida de fe. Esta práctica debería introducirse en todas las parroquias a través de las Escuelas de la Palabra. También las familias, tras la preparación adecuada, deberían abrirse a la lectio divina como un medio de alimentar y transmitir la fe.

b) El Credo o profesión de la fe

El símbolo o profesión de fe que se conoce por la primera palabra (Credo: creo), recoge las verdades fundamentales de la fe; es como una síntesis o resumen de la fe cristiana que tiene una estructura trinitaria (creo en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo) correspondiente al mandato del Señor: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado” (Mt 28,19).

Desde los primeros pasos del cristianismo, la fe fue cristalizando en pequeñas fórmulas que servían como señal de identidad. La primera de ellas, que nace del comienzo de la predicación apostólica es Jesús es el Señor (Fil 2,11), o lo que es lo



mismo: Jesús, el crucificado, es el Resucitado, es el Mesías sentado a la derecha del Padre; Dios Padre lo ha constituido Señor y Mesías (Hech 2,36). El título «Señor» reservado a Dios, el Altísimo, es aplicado ahora a Jesús confesando su divinidad. Lo mismo ocurre con el Espíritu Santo a quien Jesús llama el Consolador, el Abogado (Paráclito), el Espíritu de la Verdad (Jn 14,16).

A lo largo de la historia se han formulado muchos símbolos o profesiones de fe. El símbolo más antiguo, de carácter bautismal, es el llamado Símbolo de los Apóstoles que se profesa con preguntas en el Bautismo y en la Vigilia Pascual. Se llama Símbolo porque sirve de contraseña para reconocerse como cristiano. Todos nosotros hemos de aprender de memoria este Credo, enseñarlo pronto a los niños y llevarlo como una señal que nos identifique. El Papa Benedicto XVI, en este Año de la fe nos invita a profundizar en el Credo y hacer actos de confesión pública de esta fe.



Después del Credo Apostólico, el más conocido y utilizado en la liturgia es el llamado Símbolo Niceno-Constantinopolitano, confeccionado después de los concilios de Nicea (325) y Constantinopla (381), y que es común a todas las Iglesias de Oriente y Occidente. Este Credo, que añade al Símbolo de los Apóstoles algunas aclaraciones frente a los primeros errores que surgieron en los comienzos de la Iglesia, se popularizó con el canto gregoriano siendo muy utilizado en la liturgia dominical. Este Año de la fe es una buena ocasión para explicarlo y para recuperar su canto en latín como una muestra de comunión con la Iglesia universal.



El último Credo, más desarrollado y explicado, es el llamado Credo del pueblo de Dios promulgado por Pablo VI después del Concilio Vaticano II. Con el fin de conocer estas síntesis de la fe se propone en nuestra diócesis de Alcalá de Henares presentar cada mes un artículo de la fe para explicarlo en la predicación, para estudiarlo por grupos y por familias y para difundirlo a los vecinos de la parroquia. Para ello se confeccionará por parte de la Comisión para el Año de la fe una hoja mensual que, después de ser anunciada y explicada en la misa dominical, será entregada a los fieles para difundirla pasando por las casas de la parroquia. Este es un modo sencillo de conocer el Credo y de sabernos enviados como misioneros a anunciar la fe que salva y que es la victoria sobre el mundo (1 Jn 5,4).

Conocer el Credo es adentrarnos en el misterio de Dios, Padre-Hijo-y-Espíritu Santo. Esta fe profesada con los labios debe arraigar en el corazón y está llamada a ser como nuestra señal de identidad, la brújula que orienta nuestros pasos



en la peregrinación de nuestra vida, la esperanza que da sentido a cuanto hacemos y que nos abre al horizonte del cielo. El Credo no contiene verdades abstractas sino que tiene un sentido marcadamente histórico. A Dios, en efecto, lo hemos conocido por la obra de la creación (Dios Creador), pero nos ha sido revelado como Padre omnipotente que, en el momento culminante de una historia de salvación, nos ha enviado a su Hijo unigénito que nació de la Virgen María en tiempos de Poncio Pilato. En Jesucristo se nos ha revelado el amor inmenso de Dios redentor, quien ha muerto y resucitado para nuestra salvación. Para continuar su obra salvífica el Padre y el Hijo nos enviaron al Espíritu Santo, Dios santificador, quien ha sido derramado en nuestros corazones por el Bautismo que nos hace hijos de Dios. Por el Bautismo hemos sido incorporados a la Iglesia, el pueblo de los redimidos que tiene a Cristo por cabeza. En este pueblo vivimos de la Palabra de Dios y de los Sacramentos que nos introducen en la comunión de los Santos. Con ellos esperamos la resurrección de la carne y la vida futura.

Quien vive en esta fe no tiene miedo, se siente seguro, amado por Dios que cuida providentemente de nosotros. Así lo profesamos cuando concluimos el Credo con la palabra Amén.

c) La liturgia, los sacramentos y la piedad popular

La fe se transmite de manera singular y se alimenta en la celebración litúrgica y de los sacramentos, particularmente la Eucaristía. La liturgia es la celebración del misterio de Cristo y en particular del misterio pascual. A lo largo de todo el Año litúrgico, desde el primer domingo de Adviento hasta la celebración de Cristo Rey, vamos desgranando y celebrando la vida de Cristo que culmina la Historia de salvación iniciada en la Antigua Alianza.

El sujeto de la celebración litúrgica es la Iglesia, la asamblea del Pueblo de Dios presidida por el sacerdote (presbítero, obispo) que es Cristo presente sacramentalmente. Este pueblo santo, que celebra siempre unido a Cristo, cabeza de la Iglesia, actualiza en la celebración de la Eucaristía la muerte y resurrección de Cristo que nos introducen en la liturgia celeste para glorificación de la Trinidad. La celebración de la Eucaristía, cuidada en todos sus elementos (Ritos iniciales, proclamación de la Palabra, Cantos, Plegaria eucarística, comunión, etc.), es el modo privilegiado de hacer presente a Cristo, como un acontecimiento de salvación, que presentándose como el Esposo ofrece su alianza de salvación a la Iglesia, su espo-



sa. La proclamación del Credo en la liturgia eucarística dominical y en las solemnidades es como una declaración de amor renovado, como una ratificación de la Alianza sellada con la sangre de Cristo. La comunión eucarística es la consumación de esta alianza, ya que el cuerpo y la sangre de Cristo nos asimilan a Él y hacen que seamos en Cristo una sola carne. La Eucaristía adorada es un eco permanente del amor consumado hecho adoración.

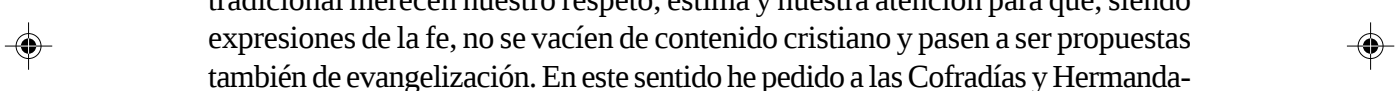
Cuidar las celebraciones litúrgicas, formar auténticos equipos de liturgia, mimar las celebraciones de los sacramentos, y en particular la celebración eucarística diaria y dominical, es otro de los caminos para celebrar con propiedad el Año de la fe. Las celebraciones litúrgicas con gran acento comunitario son el mejor reclamo para los débiles en la fe y los increyentes. San Agustín, antes de su conversión, asistía a las celebraciones de los cristianos y se conmovía. Así lo explica en el libro de sus Confesiones: “¡Cuánto lloré con tus himnos y cánticos, conmovido intensamente por las voces de tu Iglesia que resonaban dulcemente! A medida que aquellas voces se infiltraban en mis oídos, la verdad se iba haciendo más clara en mi interior y me sentía inflamado en sentimientos de piedad, y corrían las lágrimas, que me hacían mucho bien”.

¡Si fuéramos conscientes del tesoro que encierra la liturgia, en todas sus formas (celebración de la Palabra, Vigilias, Liturgias de las Horas, celebraciones de los sacramentos)! Yo os exhorto, queridos sacerdotes, religiosos y fieles a cuidar con sensibilidad extrema y con fe las celebraciones litúrgicas. En ellas acontece el misterio de Dios. Él es el verdadero protagonista que nos cubre con la sombra de su amor. El Espíritu Santo es el verdadero artífice que nos hace presente a Jesucristo y nos enseña a gritar ¡Abba! Padre. Y así la comunión Trinitaria se hace modelo y forma de la comunidad, de la Iglesia que se edifica a imagen de la Trinidad.

Las celebraciones litúrgicas son la fuente de la que dimanan las expresiones de la piedad popular. Girando en torno al misterio de Cristo y como un eco del Año litúrgico, la fe ha ido inspirando y configurando el tiempo, los espacios y las manifestaciones culturales de los pueblos. Así nacieron el Ángelus como memoria de la Encarnación, el Rosario como un modo de meditar los misterios de la vida de Cristo y la Virgen, las peregrinaciones a santuarios o lugares sagrados, las procesiones para honrar a la Eucaristía, a Jesucristo, a la Virgen y los santos; las manifestaciones de fe en torno a la Semana Santa, las fiestas de los patronos de los pueblos y ciudades, los titulares de la parroquias, la comunión espiritual, las bendiciones, particularmente en las comidas, las oraciones de la mañana y de la noche, la veneración



de las imágenes, el agua bendita, etc. Todas estas manifestaciones de fe que se encarnan en la piedad popular nacen del encuentro del Evangelio con el espíritu de los pueblos y con los acontecimientos de la vida personal, familiar y de comunidad. Todos ellos sirven, a su manera, como un andamiaje que atraviesa el tiempo y el espacio para que no haya nada, incluido el trabajo y el ocio, que esté al margen de la fe o antepuesto a Cristo. Así, se han levantado las cruces de término, se han puesto nombres cristianos a las calles y a los lugares emblemáticos, se han levantado torres para que el sonar de las campanas sirva como lenguaje de Dios y santificación del tiempo, se han edificado ermitas y santuarios, etc. Para un cristiano todo cuanto ocurre y todo cuanto nos rodea es ocasión para el encuentro con Dios que con su Encarnación lo ha teñido todo de su presencia.



Yo os invito a redescubrir la importancia de la liturgia y a evangelizar todas las manifestaciones de la piedad popular. Algunas de ellas, por su participación masiva, alcanzan una importancia singular. Me refiero en concreto a las fiestas patronales y a las procesiones de Semana Santa. Estas convocatorias de carácter tradicional merecen nuestro respeto, estima y nuestra atención para que, siendo expresiones de la fe, no se vacíen de contenido cristiano y pasen a ser propuestas también de evangelización. En este sentido he pedido a las Cofradías y Hermandades de la diócesis de Alcalá de Henares que organicen para el Año de la fe un Congreso de Cofradías en el que encuentren un espacio de reflexión común, de conocimiento mutuo y de propuestas para profundizar en el origen de las Cofradías y hermandades y en su renovación necesaria.

A todos –sacerdotes, religiosos y laicos– os invito a leer, estudiar y poner en práctica el “Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones” publicado en su día por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.

d) El Catecismo de la Iglesia Católica

Entre las propuestas que el Papa Benedicto XVI nos hace para el Año de la fe, destaca la nueva recepción del Catecismo de la Iglesia Católica. Este Catecismo, elaborado después del Concilio Vaticano II, es el camino seguro para la formación de la fe y responde a la necesidad de tener un punto de referencia para acudir a conocer las verdades de la fe y la doctrina cristiana que arranca de la Sagrada

Escritura y de la Tradición. Al Catecismo de la Iglesia Católica se sumó después el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica.

Después de la Palabra de Dios y de las enseñanzas de los Santos Padres, el instrumento del que se ha servido la Iglesia Católica para la transmisión de la fe es el Catecismo elaborado en cada ocasión, después de los grandes concilios, para los obispos, sacerdotes, religiosos y fieles. Como ya hemos dicho anteriormente la propuesta cristiana siempre es la persona de Cristo que nos desvela el misterio de Dios y del hombre. Por eso, del mismo modo que decimos que todas las Escrituras contienen a Cristo, también el Catecismo, en sus cuatro partes contiene y propone a Cristo. La primera parte es la explicación de las verdades del Credo o profesión de fe: Cristo creído. La segunda parte, formada por la liturgia y los sacramentos, es la explicación y recepción de la vida del Resucitado: Cristo vivido. La vida cristiana que dimana de la Palabra y los sacramentos configura la conducta de los creyentes. Es lo que llamamos la moral cristiana, que está contenida en la tercera parte del Catecismo y que gira en torno a los mandamientos de la ley de Dios, las virtudes y las Bienaventuranzas. La ley nueva para el cristiano es el Espíritu Santo, la gracia que nos posibilita vivir en la voluntad de Dios expresada en los mandamientos: el seguimiento de Cristo. La cuarta parte está dedicada a la oración y tiene como centro el Padrenuestro: la oración de Cristo. La oración es el oxígeno de la fe; es, siguiendo a la adhesión a Cristo, el trato amistoso con Él, la unión con Él.

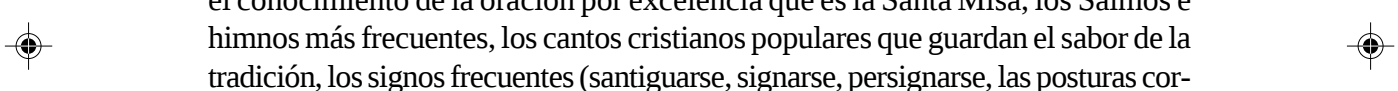
Es de capital importancia en este tiempo, que el Papa ha calificado de analfabetismo religioso, recibir de nuevo el Catecismo en las parroquias, en las familias y en los movimientos. Las dificultades que analizábamos al principio (ateísmo, agnosticismo, relativismo moral y nihilismo) hacen urgente el estudio del Catecismo en grupos parroquiales de jóvenes y adultos y en las familias. Para ello será necesario también formar laicos en el Instituto Diocesano de Teología y en nuestra extensión del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre matrimonio y familia. A estos laicos formados se les encomienda contribuir a generar los grupos parroquiales de Formación de Adultos y a fortalecer los movimientos apostólicos y familiares.

Sin una formación cristiana seria es muy fácil que la fe se tambalee ante tantas propuestas no cristianas que escuchamos todos los días y ante el ambiente pagano en el que vivimos. Si la fe es la victoria sobre el mundo (1 Jn 5,4), la formación de la fe a través del estudio del Catecismo es el modo apropiado de caminar por la senda segura en el desarrollo de la vida cristiana. Este camino seguro que



ofrece el Catecismo no es simplemente un conjunto de verdades, ni menos una ideología. El camino seguro es Cristo que se nos entrega en el Catecismo para recibir su mente, su corazón y sus sentimientos, según el decir del Apóstol (Ef 2,5). Con este equipaje podemos afrontar todas las dudas e interrogantes que nos plantea la cultura actual.

Unido a la recepción del Catecismo está todo el bagaje orante de la Iglesia y las fórmulas sencillas que sintetizan las cuatro partes del Catecismo. Es necesario conocer y hacer aprender a los niños cuanto antes, en la familia y en las catequesis de iniciación cristiana, las oraciones y los resúmenes de la fe, las virtudes y los pecados: El Padrenuestro, el Ave María, el Gloria, el Credo, la Salve, los sacramentos; las virtudes teologales y cardinales, los mandamientos de la Ley de Dios y de la Santa Madre Iglesia, las Bienaventuranzas, los dones y frutos del Espíritu Santo, las obras de misericordia corporales y espirituales, los siete pecados capitales y los novísimos: muerte, juicio, infierno y gloria.



A estas pequeñas síntesis y fórmulas orantes o catequéticas hay que añadir el conocimiento de la oración por excelencia que es la Santa Misa, los Salmos e himnos más frecuentes, los cantos cristianos populares que guardan el sabor de la tradición, los signos frecuentes (santiguarse, signarse, persignarse, las posturas corporales, el rezo del Ángelus y del Regina Caeli, del Rosario, etc.). Estas fórmulas, aprendidas de memoria desde niños, constituyen el bagaje sencillo y elemental que nos facilitan tanto la oración vocal como un lenguaje común para seguir la liturgia y las exigencias de la vida cristiana.

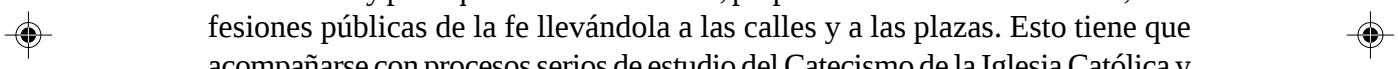
Todo esto nos debe ayudar a revisar los procesos de la iniciación cristiana y la catequesis familiar y parroquial. Sin asegurar estos mínimos que nos han de conducir hasta Jesucristo y a la vida comunitaria en la Iglesia, difícilmente podremos después construir el edificio de la fe que se desarrollará en la escucha de la Palabra, la celebración eucarística, la conversión frecuente, la práctica de la penitencia y la oración continua.

Junto al estudio del Catecismo se hace necesaria la profundización en los sacramentos recibidos (catequesis mistagógicas) y la iniciación a la oración personal y comunitaria. A Cristo sólo lo alcanzamos en el misterio de la Iglesia que se concreta en cada comunidad cristiana o parroquia. Por eso necesitamos un lenguaje común, una introducción a los rituales de los sacramentos y un proceso acompañado para vivir comunitariamente la fe. Este lenguaje común tiene que estar com-



plementado por la dirección espiritual que posibilite el crecimiento de cada uno en la vida cristiana.

Es muy importante acompañar el proceso de conversión continua de los adolescentes y jóvenes mediante una pequeña guía o regla de vida, en la que estén contemplados los aspectos más importantes del seguimiento de Cristo: el despertar de la vocación, el cuidado de la vida espiritual (oración, trato con la Palabra de Dios, examen de conciencia y confesión frecuente; vida sacramental, responsabilidad del trabajo o estudios, formación de la fe, vida familiar; testimonio y apostolado, etc.). En la adolescencia y juventud es decisiva la vida de grupo. Por eso es importante que las parroquias, movimientos y comunidades, y también las delegaciones diocesanas tanto de Catequesis como de Enseñanza y Juventud propicien, junto con la Delegación de Familia, los encuentros de niños, adolescentes y jóvenes que les lleve a sentirse miembros de la familia de los hijos de Dios; que descubran a la Iglesia como su verdadero pueblo, su verdadera casa.



Este Año de la fe se presta para proponer en el ámbito familiar, escolar, universitario y parroquial testimonios de fe, propuestas de difusión del Credo, confesiones públicas de la fe llevándola a las calles y a las plazas. Esto tiene que acompañarse con procesos serios de estudio del Catecismo de la Iglesia Católica y del Compendio. En este sentido las oraciones de los viernes de los jóvenes y de las familias han de servir como plataformas para profundizar en el Credo y en el Conocimiento del Catecismo. Los movimientos y comunidades cristianas, los monasterios y la vida religiosa activa serán también ámbitos en los que, a su modo, el Credo se difunda y se profundice junto con el estudio del Catecismo de la Iglesia católica.

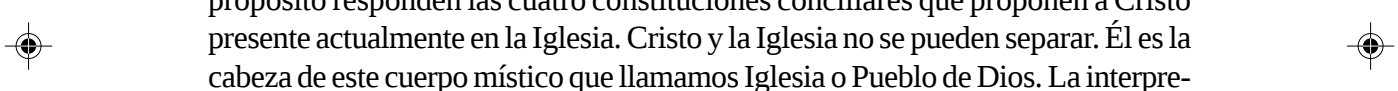
e) El Concilio Vaticano II

Transcurridos cincuenta años desde el inicio del Concilio Vaticano II, el Papa Benedicto XVI nos invita también a una relectura y recepción de la constituciones conciliares y sus decretos. Aunque todos somos destinatarios de esta invitación, el estudio del Concilio Vaticano II está indicado para la formación permanente de los sacerdotes, los religiosos y los laicos con responsabilidades en el campo de la evangelización.

La recepción de la luz aportada por los concilios siempre ha sido un proceso lento y no exento de dificultades. Así ha ocurrido con el Concilio Vaticano II. En



un primer momento, distorsionado por ciertos medios de comunicación, se hizo una lectura precipitada de los documentos conciliares. En vez de una lectura e interpretación en clave de continuidad con la Tradición, se provocó una interpretación rupturista apelando al “espíritu” del concilio. Las consecuencias y los frutos de esta recepción distorsionada saltan a la vista: crisis en la vida sacerdotal y religiosa, déficit de vocaciones en los seminarios y para la vida consagrada, precipitación y banalización de la reforma litúrgica, pérdida de impulso misionero de la Iglesia; crisis de la vida sacramental, particularmente del sacramento de la penitencia, desorientación en el campo de la moral cristiana, disolución de la identidad cristiana e inseguridad en la propuesta de la fe y el dogma, etc.



Todo esto no era el Concilio Vaticano II. Este concilio propuesto por el beato Juan XXIII perseguía completar la reflexión sobre la Iglesia que comenzó el Concilio Vaticano I y que se vio interrumpida por causas externas. Más allá del propósito inicial, el Concilio lo que ha hecho ha sido proponer a Cristo, luz de los pueblos (*Lumen gentium*), a esta generación como la verdad del hombre. A este propósito responden las cuatro constituciones conciliares que proponen a Cristo presente actualmente en la Iglesia. Cristo y la Iglesia no se pueden separar. Él es la cabeza de este cuerpo místico que llamamos Iglesia o Pueblo de Dios. La interpretación sociológica del término “Pueblo de Dios” provocó una consideración de la Iglesia desde los esquemas de la sociedad civil y la democracia. Pero este Pueblo de Dios tiene a Jesucristo por fundador. Es Él quien le da la identidad. La Iglesia es la continuidad de Jesucristo en el misterio de su Encarnación, Muerte y Resurrección. La verdad de la Iglesia es Jesucristo, que nos revela el misterio de Dios y el misterio del hombre. La verdad en la Iglesia no es fruto del consenso de las personas sino que se nos entrega como don y se hace camino para la libertad. La libertad en la Iglesia nace de la obediencia a la Verdad y su rostro es la santidad, cuya alma es la caridad.

La propuesta de Jesucristo, presente en la Iglesia para la salvación del mundo, la realiza el Concilio desde las siguientes coordenadas: la Iglesia, como María, es oyente y fiel a la Palabra de Dios. Es lo que desarrolla la primera constitución conciliar titulada *Dei Verbum* (Palabra de Dios). Esta Palabra contiene a Jesucristo que se nos entrega en la Eucaristía y el resto de los sacramentos. Es lo que se especifica en la Constitución *Sacrosanctum concilium* sobre la sagrada liturgia. La Iglesia vive de la Palabra y de la Eucaristía. Palabra y sacramento fundan a la Iglesia que se construye a imagen de la Trinidad. La



constitución *Lumen gentium* desarrolla la reflexión conciliar sobre la Iglesia que refleja la luz de Cristo (Luz de los pueblos) y que es vista como un misterio de comunión de Dios con los hombres y de los hombres entre sí. El carácter de Iglesia-comunión es sacramental. Insisto que la Iglesia es la continuidad de Jesucristo, como el sacramento fontal que lo hace presente. A la Iglesia se ingresa por el sacramento del Bautismo que nos incorpora a Cristo. En esta Iglesia santa la vocación de todos los bautizados es la santidad. La misión de los sacerdotes y la jerarquía en la Iglesia no es funcional, es sacramental. La vida religiosa y consagrada refleja los rasgos de Jesús: casto, pobre y obediente; los fieles laicos, incorporados a Cristo, participan de su misión sacerdotal, profética y real. Es lo que se llama el sacerdocio común de los fieles, unido al sacerdocio ministerial de los sacerdotes para que, en comunión de santidad, seamos como recuerda el apóstol San Pedro “un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anuncie las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa” (1 Ped 2,9).

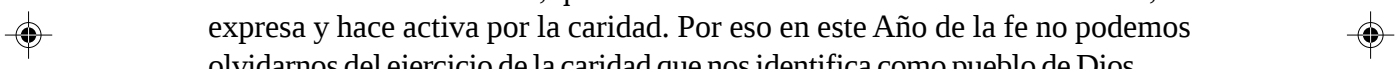
La cuarta constitución conciliar, titulada *Gaudium et spes* (El gozo y la esperanza), es una mirada sobre la Iglesia presente en el mundo actual. Lo que se pretende en esta constitución es responder a los interrogantes del momento presente y dar una palabra sobre las grandes cuestiones que se debatían en el mundo: el matrimonio y la familia, la economía y la política, la cultura, la paz, etc. Al tratar estas cuestiones se está hablando también de Jesucristo y de la Iglesia como la gran respuesta para la humanidad. La gran aportación de esta constitución conciliar estriba en su reflexión antropológica que está en la base de todas las cuestiones planteadas. El hombre en su unidad cuerpo-espíritu es visto desde la luz del Verbo encarnado: sólo en Jesucristo, en el misterio del Verbo encarnado se revela al hombre el misterio del hombre (GS 28). El hombre está predestinado a reproducir la imagen del Hijo de Dios hecho hombre. Lo cristiano es la perfección de lo humano. Cristo es el verdadero hombre que manifiesta lo que estamos llamados a ser. A imagen de Cristo el hombre ha sido creado, varón y mujer, para el don. El hombre sólo se encuentra a sí mismo en el don de sí (GS 24). El hombre, por tanto, ha sido creado para amar. La Iglesia, esposa de Cristo es una comunión de amor a imagen de la Trinidad. El mundo, la sociedad, es el espacio común para vivir la fraternidad, la civilización del amor. La cruz de Cristo, en el don ilimitado de sí, y el triunfo de la resurrección, misterio pascual, es la clave de intelección de las relaciones humanas y sociales, el sentido de la historia y la luz que ilumina el sufrimiento y la muerte. La verdadera respuesta para el mundo es Cristo, presente sacramentalmente en la Iglesia. La



Iglesia es como un sacramento de comunión hacia adonde apunta el sentido de la vida en sociedad.

Así pues, esta luz del Concilio Vaticano II presente en las cuatro grandes constituciones (*Dei verbum*, *Sacrosanctum concilium*, *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*), se nos propone como formación permanente para sacerdotes, religiosos y fieles laicos. Con esta luz podemos hacernos cargo del resto de los decretos conciliares que responden, en parte, a la situación de la Iglesia hace cincuenta años. El momento presente es distinto y está reclamando, con esta luz que brevemente hemos expuesto, una nueva evangelización que ponemos bajo la protección y guía de la Santísima Virgen María, de su esposo San José y de San Juan Crisóstomo (uno de los grandes padres de la Doctrina Social de la Iglesia), todos ellos patronos del Concilio Vaticano II.

6. LA FE ACTÚA POR LA CARIDAD



La fe en Jesucristo, que nos introduce en el misterio de Dios-Amor, se expresa y hace activa por la caridad. Por eso en este Año de la fe no podemos olvidarnos del ejercicio de la caridad que nos identifica como pueblo de Dios.

Comenzaremos el curso con la inauguración de la Casa de acogida «San Diego de Alcalá». Esta casa es todo un signo de lo que debe ser nuestra Cáritas diocesana y nuestras Cáritas parroquiales. En estos momentos de crisis aguda queremos continuar siendo respuesta para nuestros hermanos pobres y emigrantes. Como obispo de la diócesis de Alcalá de Henares me siento orgulloso del trabajo callado, y tantas veces anónimo que se desarrolla en nuestra diócesis y en nuestras parroquias en servicio de los más necesitados. Por ese camino hemos de continuar para hacer creíble el misterio de amor que es la Iglesia, para hacer de todas las comunidades cristianas hogares para los empobrecidos y los que sufren.

La antropología adecuada expuesta en la *Gaudium et spes* y desarrollada magistralmente por el Papa Juan Pablo II en sus Catequesis sobre el amor humano, tiene que ir unida a un conocimiento y desarrollo de la doctrina social de la Iglesia expuesta de manera sintética en el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. Este compendio viene a complementar el estudio del Catecismo. Ambos son necesarios para la evangelización.



Campaña del 1%

Para hacer fructuoso esta Año de la fe os propongo una iniciativa que surgió en el incipiente Consejo Pastoral de la Diócesis. A sugerencia de algunos fieles laicos os invito a participar en la campaña del 1% a favor de los más pobres. Se trata de aportar voluntariamente el 1% de los ingresos anuales de la familia o de las personas individuales en favor de una nueva casa para pobres que necesiten comida y alojamiento durante un periodo establecido. El importe de este 1% del salario personal o de los ingresos familiares irá destinado a la reconstrucción del antiguo edificio de las Hermanas de la Caridad en la ciudad de Alcalá de Henares y que será regentado por la Cofradía del Cristo de los Desamparados y la Virgen de las Angustias. Entiendo que esta casa, unida al centro de día «San Diego de Alcalá», puede ser una buena respuesta a los actuales momentos de necesidad que sufren nuestros hermanos más pobres. Confío pues en vuestra generosidad. Al comienzo de curso ya se darán las instrucciones concretas para hacer los ingresos.

7. POR LOS CAMINOS DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

En el mes de octubre el Santo Padre, Benedicto XVI inaugurará el Año de la fe. Al mismo tiempo dará comienzo al sínodo sobre la nueva evangelización y declarará a San Juan de Ávila Doctor de la Iglesia.

En nuestra diócesis inauguraremos el Año de la fe el sábado día 20 de octubre con una Eucaristía solemne en la Catedral-Magistral a la que están invitados todos los arciprestazgos. Para iniciar todo un recorrido de manifestación pública de la fe, cada arciprestazgo se concentrará en uno de los monasterios de la ciudad. Desde allí, presididos por la cruz, se peregrinará hasta la Santa Iglesia Catedral-Magistral en la que se iniciará solemnemente el Año de la fe y seremos enviados a anunciarla y celebrarla con espíritu misionero.

Al curso 2012-2013, Año de la fe, le seguirán el curso 2013-2014, Año de la esperanza y el curso 2014-2015, Año de la caridad. Con este itinerario os invito a preparar una gran misión diocesana que culminará en el año 2016, vigésimo quinto aniversario de la restauración de la antigua Diócesis Complutense. El órgano que irá difundiendo todas las iniciativas que se irán preparando será la hoja diocesana mensual que habrá que difundir entre el mayor número de personas posible. Para

ello, en cada parroquia habrá que preparar un grupo de misioneros dispuestos a repartir la hoja diocesana por las casas.

a) Un nuevo espíritu

Cuando hablamos de nueva evangelización lo primero y lo más importante es suplicar a Dios un nuevo espíritu en los sacerdotes, religiosos y laicos. Un espíritu dócil al Espíritu Santo y con afán misionero. En varias ocasiones me habéis oído hablar de dos velocidades en la pastoral diocesana y parroquial. La primera velocidad se refiere a cuidar con exquisita sensibilidad la pastoral ordinaria, lo que otros prefieren llamar pastoral de mantenimiento. A mí esta expresión no me gusta porque toda pastoral, también la ordinaria (cuidado de las personas que acuden a los actos y celebraciones de la parroquia), requiere un espíritu misionero de anuncio del evangelio, catequesis y formación cristiana. De lo que sí estoy convencido, secundando lo que continuamente repite Benedicto XVI, es de que la pastoral ordinaria no es suficiente para afrontar las exigencias de evangelización que reclama un mundo secularizado y que vive en la indiferencia religiosa.

Más allá de lo que entendemos por pastoral ordinaria, la segunda velocidad supone un replanteamiento del ministerio sacerdotal, de la formación de los seminaristas, de la manera de organizar la vida comunitaria de las parroquias y de vivir el espíritu misionero en las propias familias, en el ámbito del trabajo y de relación con las instituciones que genera la vida en sociedad. También para la vida religiosa y consagrada la exigencia de la nueva evangelización está reclamando volver a los orígenes de un seguimiento radical de Jesucristo proponiendo la belleza de los consejos evangélicos y de las Bienaventuranzas.

Para los sacerdotes esta segunda velocidad o exigencia de nueva evangelización reclama un replanteamiento de vida y de distribución del tiempo de cada día. Necesitamos cada vez más una pequeña regla de vida para ordenar la oración, el estudio, el trato con los sacerdotes, el tiempo dedicado a la pastoral ordinaria y el tiempo ocupado en tareas de nueva evangelización. Gracias a Dios los medios materiales que poseemos son más abundantes. Lo que necesitamos es suplicar a Dios que nos aumente la fe, que acreciente en nosotros el espíritu misionero y el celo por la nueva evangelización. En ayuda nuestra el Espíritu Santo nos regala multitud de movimientos, nuevas comunidades e iniciativas que debemos acoger y promover junto con los religiosos y los laicos.



Con este nuevo espíritu misionero las parroquias tienen que ir configurándose como auténticas comunidades dispuestas a acoger y a evangelizar. Para ello hay que dedicar tiempo a la formación de laicos para que puedan asumir las responsabilidades que reclaman la pastoral ordinaria y la nueva evangelización. Sin la ayuda y responsabilidad de fieles laicos bien formados será imposible.

Entre los sacerdotes y los religiosos tiene que nacer un espíritu de entusiasmo por la evangelización. No podemos, como sucede con frecuencia, dedicarnos a gestionar la decadencia de la Iglesia. Le hemos dado la vida al Señor, Él es nuestra heredad. Él nos ha dicho: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos” (Mt 28,20). De ello se deriva que hemos de disfrutar estando a solas con Él, orando sin tregua para contagiarnos del mismo fuego del Espíritu con el que quiere incendiar nuestro mundo. En el trato entre nosotros nos hemos de contagiar del celo por las almas. No podemos perder el tiempo ni ocuparlo en cosas vanas. Nuestro descanso es el Señor y a Él hemos de servir ayudándonos unos a otros.

b) Una escuela de evangelización

Para este Año de la fe vamos a crear una Escuela de Evangelización. Esta iniciativa, valorada en el incipiente Consejo Pastoral Diocesano, puede ayudar a ese espíritu misionero que reclama la nueva evangelización. La iniciativa nace modestamente y pretende agrupar a un número determinado de sacerdotes, religiosos, seminaristas y fieles laicos para preparar una misión diocesana que comenzará en la Cuaresma próxima.

A lo largo de la primera parte del curso, con el programa previsto, se irá anunciando y proponiendo la posibilidad de realizar en las parroquias que lo soliciten una Semana de Evangelización en Cuaresma, que contará con un equipo nacido de esta Escuela y la preparación y disponibilidad de los propios miembros de la parroquia. Estas Semanas de Evangelización, con un claro contenido “kerygmático”, quedarían institucionalizadas como un servicio a las parroquias en los años venideros, hasta culminar los veinticinco años de la restauración de la antigua Diócesis Complutense en 2016. Estas Semanas podrán constituir un primer paso hacia la indispensable introducción en todas las parroquias de la Diócesis de un “Catecumenado de jóvenes y adultos”, según el modelo de la “Iniciación Cristiana”.



En el fondo se trata de poner a la diócesis en estado de misión. Para ello se necesita de la generosidad de sacerdotes, religiosos y laicos que estén dispuestos a prestar su tiempo para llevar adelante el mandato del Señor: “Id al mundo entero y anunciad el Evangelio” (Mc 16,15). A este fin contamos con la colaboración de los movimientos y nuevas comunidades y con los programas previstos por el Instituto Diocesano de Teología y el Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia.



Es este un camino que comenzamos con la ayuda del Señor y la oración de todos los monasterios, a quienes confío que oren por esta iniciativa. La hoja diocesana irá dando noticias sobre el desarrollo de esta Escuela. Los arciprestazgos a su vez deberán ir preparando la misión que como Semana de Evangelización tendrá lugar en el tiempo de Cuaresma. Durante el primer trimestre del curso se irá estudiando cómo preparar las parroquias, cómo convocar, qué actos se van a desarrollar, etc. Lo importante es crear entre todos un ambiente de misión. El modo de comenzar bien es invitar a orar por la misión, por el Año de la fe; invitar a la conversión y disponer tiempos y espacios para la celebración de la Palabra, para la adoración del Santísimo y para la celebración del sacramento de la Penitencia. A nosotros lo que se nos pide es que pongamos, contando con la gracia de Dios, nuestra persona. Concedernos el ciento por uno le corresponde al Señor.



c) Las mediaciones necesarias

Tanto el Año de la fe como la celebración de la misión diocesana requieren personas y mediaciones. Todos debemos sentirnos convocados a participar. Cada uno con sus posibilidades: orando, ofreciendo los propios sufrimientos y sacrificios por esta intención, proponiéndonos como misioneros, formándonos para la misión, colaborando en su difusión, etc.

Además de las personas hay que disponer las mediaciones ordinarias: la familia, la escuela, las parroquias, monasterios, movimientos, comunidades y asociaciones. A todos os convoco para que, con creatividad, podamos emprender este Año de la fe que el Papa nos invita a celebrar. En su intención está que este Año no sea sólo celebrativo sino ocasión de anunciar, proponer, confesar públicamente la fe que nos salva. Estoy convencido de que el Señor suscitará en todos vosotros (sacerdotes, seminaristas, religiosos y fieles laicos) una respuesta generosa y entusiasta que redundará en el bien de la diócesis.

Sin el fortalecimiento de estas mediaciones el trabajo se haría imposible. Por eso, queridas familias, abrid las puertas a Cristo y hacedlo presente mediante la oración y catequesis familiar; asistiendo juntos a la Eucaristía y viviendo todos los acontecimientos familiares en unión con el Señor. Con vosotros las parroquias tienen que adquirir un rostro familiar. Para vosotros está pensada la oración familiar de los segundos viernes de cada mes, la posibilidad de formación en el Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia y la atención personalizada en el Centro Diocesano de Orientación Familiar “Regina Familiae”.

Vosotros queridos párrocos y sacerdotes tenéis que tener un gran amor por los matrimonios y las familias, cuidando la preparación del sacramento del matrimonio y convocándolas para convivencias, retiros y momentos de amistad y oración. Con ellas podréis ir ganando en espíritu comunitario y con su formación garantizamos la transmisión de la fe.

La parroquia es la gran respuesta que la Iglesia da a los pueblos y a los barrios de las ciudades. La parroquia es como un hogar, una familia de familias donde ocurre lo más importante de nuestra vida: el Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía, el perdón de los pecados, la consagración del amor humano en el matrimonio; el cuidado de la vocación sacerdotal y a la vida consagrada, la atención a los enfermos, a los presos, a los pobres, las exequias cristianas, etc. Este hogar necesita también del aire fresco de la misión, el mantener las puertas abiertas a nuevos hermanos que buscan un lugar de referencia, que buscan a Dios. Cada parroquia está llamada a ser esa comunidad que ejemplarice el amor de Dios: ¡Mirad cómo se aman! Esto se logra con la gracia de Dios y con la conversión continua. Apoyados en su gracia invitamos a los alejados para decirles: ¡Venid y lo veréis! ¿Qué han de ver? El amor de los hermanos que refleja el amor de Dios.

Para los más jóvenes la parroquia es vuestra familia de la fe y la diócesis la gran familia. Vuestra presencia continua los primeros viernes de mes en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal es todo un signo. Unidos a Cristo eucaristía, como los sarmientos y la vid (Jn 15), formamos el único cuerpo de Cristo. El Señor cuenta con todos vosotros para la misión y para vivir el Año de la fe. No dudo que, como vosotros los sabéis hacer, vuestra generosidad será grande. Para encauzar esta generosidad necesitáis formaros y alimentar vuestra fe con la oración



y la lectio divina. Vuestra generación, la generación de Juan Pablo II y Benedicto XVI, ha de distinguirse por un nuevo impulso misionero y por lograr la síntesis entre oración y acción. Sin Dios no se puede anunciar a Dios. Sin el trato personal con Jesucristo y la meditación de su Palabra no tendréis las palabras apropiadas y el espíritu necesario para emprender tareas de nueva evangelización. Sin la Iglesia, sin la parroquia, sin el movimiento o comunidad, os sentiréis a la intemperie y sin hogar.



A vosotros y a vuestras familias os confío, de manera especial, el estudio de dos documentos: Treinta preguntas y respuestas sobre el amor, ed. Bac popular; La verdad del amor humano, orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar, editado por la Conferencia Episcopal Española. Discernir bien vuestra vocación al matrimonio, al sacerdocio, a la vida consagrada, o vivir como solteros, es un tema decisivo. Ya sabéis que la virtud que custodia el amor humano es la castidad que se vive de manera diferente en cada estado de vida. En definitiva, se trata de integrar los instintos y los afectos en la persona para poseerse y poder vivir en la lógica del don de sí. La vocación al amor, tanto en el matrimonio como en la virginidad, es el gran tema de nuestra vida y es una gran fuente de alegría permanente. Con Cristo podemos amar, con Cristo podemos ser libres. Apostar por Cristo y no tener miedo a la cruz es acertar en el camino de la vida.



La escuela y la enseñanza en los colegios, institutos y universidad es otra de las mediaciones necesarias. Es este un campo que no podemos abandonar y en el cual los fieles laicos sois muy necesarios. Este Año de la fe, queridos maestros y profesores, os brinda muchas oportunidades que no dudo que sabréis aprovechar. Unido a vuestro testimonio, es importante crear un ambiente de interés por Cristo y por el Evangelio. La difusión del Credo, del Catecismo y del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia os puede servir de instrumentos para proponer modos alternativos de vida, para proclamar la belleza del Evangelio y el amor de Cristo.

Con la Delegación de Enseñanza y Pastoral Universitaria es bueno que programéis momentos de testimonio de la fe, celebraciones, actividades de estudios e iniciativas que den a conocer el tesoro de la fe que ha construido el mejor patrimonio espiritual de España y de Europa. Todo el caudal de la cultura cristiana y el patrimonio presente en Alcalá de Henares y su universidad nos han de servir para ilusionar a los alumnos y despertarles a la fe.



También a vosotros, queridos universitarios, os convoco a la misión. Como decía al principio, el Santo Padre declarará a San Juan de Ávila Doctor de la Iglesia. Él fue alumno, junto con otros santos, de nuestra universidad cisneriana. Su figura nos recuerda la meta de la santidad propuesta para todos los bautizados. Bajo su protección os invito a comenzar el curso con verdadero entusiasmo por la fe en Cristo: camino, verdad y vida (Jn 14,6).

El campo del trabajo, la empresa, la actividad política, sindical y asociativa, también es un terreno que está llamado a recibir la siembra del Año de la fe. Para este propósito es muy necesario el testimonio de una fe coherente, pero también la formación del laicado y la propuesta permanente de la Doctrina Social de la Iglesia que debe inspirar toda la actividad humana. La deshumanización del trabajo y la desvalorización de la actividad política y sindical están en proporción directa con el olvido de los grandes principios de la Doctrina Social de la Iglesia. Como he dicho antes, la antropología adecuada que brota del Evangelio y la tradición cristiana debe servir de soporte para inspirar el mundo del trabajo y toda actividad social que ha de asentarse en la verdad y la justicia. Como comprendió San Juan Crisóstomo y recuerda el Papa Benedicto XVI “no basta con dar limosna o ayudar a los pobres de vez en cuando, sino que es necesario crear una nueva estructura, un nuevo modelo de sociedad; un modelo basado en la perspectiva del Nuevo Testamento” (Audiencia de 26-09-2007).

También el Catecismo de la Iglesia Católica y los documentos del Concilio Vaticano II ofrecen síntesis del pensamiento social cristiano que deben ofrecerse y conocerse en este Año de la fe. Seguir a Cristo no es una cuestión privada vivida en la intimidad de la conciencia. La fe está llamada a inspirar y conformar toda la actividad humana que ha de vivirse en coherencia con el Evangelio. Vosotros, queridos laicos, tenéis confiado este campo del orden temporal y espero de vosotros que sabréis encontrar los caminos para acercar este mundo a Cristo dando a conocer la fe cristiana.

Nuestros Seminarios mayor y menor son otra mediación necesaria para vivir el Año de la fe y preparar una nueva evangelización. De los futuros sacerdotes depende mucho el futuro de la evangelización. Por eso, queridos formadores y seminaristas, quiero que sepáis que ocupáis el centro de mis preocupaciones como Pastor de la diócesis y os miro como a la niña de mis ojos.



¡Qué más quisiera que poder transmitirlos con mis visitas semanales la experiencia acumulada en mis años de sacerdote y obispo! A veces me siento incapaz. A pesar de todo, no me cansaré de repetirlos que tenemos delante todo un mundo nuevo que reclama fidelidad a la Tradición y creatividad para abrir nuevos caminos al Evangelio. Vuestra vida de estudiantes no es suficiente como preparación al sacerdocio. Debéis conocer en vuestra propia comunidad del seminario lo que significa formar una comunidad de hermanos, abriros al Espíritu Santo y crecer en la capacidad de compartir con otros, abriros sinceramente a la oración y meditación de la Palabra, hacer del estudio un recorrido hacia la santidad, sentirlos en comunión con los jóvenes de vuestra edad y saberos caminando con el resto de sacerdotes, religiosos y fieles laicos de la diócesis.

Sin una apertura a la nueva evangelización, comprobaréis que vuestro sacerdocio a los pocos años se queda corto. Toda vuestra juventud reclama imaginación, preparación, gusto por conocer todo lo que está floreciendo en la Iglesia por obra del Espíritu Santo, afán misionero, etc. También para vosotros, bajo la guía de los formadores se abre la Escuela de Evangelización. Con humildad y entusiasmo queremos aprender todos a ser misioneros, a no encasillarnos en esquemas que, siendo permanentes, no agotan todo el caudal que requiere la nueva evangelización.

Los movimientos y nuevas comunidades son cauces donde se hace posible el primer anuncio cristiano, la catequesis y la formación cristiana de adultos. El carisma propio de cada uno es una riqueza que aportamos al caudal de la evangelización en la diócesis. Conocéis el aprecio por todos vosotros y mi admiración por la comunión que se da entre los distintos grupos y la realidad de la diócesis. Todos nos necesitamos en esta gran familia y todos estáis llamados a participar en el Año de la fe, en la Escuela de Evangelización y en la misión diocesana prevista para el tiempo de cuaresma.

En estos momentos de crisis de humanidad el Espíritu Santo nos convoca a ser respuesta para la sed de Dios que hay en el corazón de cada hombre. Esta es una ocasión de gracia para renovar nuestra adhesión a Cristo y para sabernos enviados por Él a anunciar el Evangelio. Son muchos los laicos que al calor del Concilio Vaticano II han sentido la llamada a impulsar nuevos caminos de evangelización más impregnados con la radicalidad que reclama el seguimiento de Cristo. Fieles a estos dones recibidos, y su comunión con la Iglesia,

confiamos en vuestra aportación para vivir un Año de la fe con creatividad y entusiasmo evangélico.

d) Los testigos de la fe

Los santos y beatos son los auténticos testigos de la fe. Multitud de ejemplos de fe han marcado la historia, también en nuestra Diócesis Complutense; “estos, por fe, conquistaron reinos, administraron justicia, vieron promesas cumplidas, cerraron las fauces de los leones, apagaron hogueras voraces, esquivaron el filo de la espada, se curaron de enfermedades (...). Otros pasaron por las pruebas de las burlas y los azotes, de las cadenas y la cárcel; los apedrearon, los aserraron, murieron a espada, rodaron por el mundo vestidos con pieles de oveja y de cabra, faltos de todo, oprimidos, maltratados (...)” (Heb 11,33-34; 36-37).

Desde el martirio de los Santos Niños Justo y Pastor hasta los recientes mártires de la persecución religiosa del pasado siglo XX, pasando por San Félix de Alcalá, San Isidro y su esposa Santa María de la Cabeza, San Diego de Alcalá, Santo Tomás de Villanueva, San Ignacio de Loyola, San Juan de Ávila, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San José de Calasanz, San Francisco Caracciolo, el beato Juan de Palafox, etc., son muchos los testigos de la fe con los que se ha visto enriquecida nuestra Diócesis Complutense.

De hecho, aquí se prepararon desde la fe y la razón muchos grandes evangelizadores, algunos de los cuales llegaron hasta los confines del mundo. Así, el beato Alonso Pacheco, presbítero de la Compañía de Jesús, marchó a evangelizar a la India y allí, en 1583, fue martirizado por haber exaltado la cruz; también San Martín Aguirre de la Ascensión, sacerdote franciscano, fue enviado a Japón y allí halló la gloria del martirio en 1597; del mismo modo San Juan del Castillo, S.I., que fue martirizado en 1628 en “una reducción” de los jesuitas en Paraguay; igualmente el beato Diego Luis de San Vitores, también presbítero jesuita, que fue primero enviado a evangelizar a Filipinas, siendo cruelmente martirizado en 1672 en la isla de Guam, en Oceanía; es considerado protomártir de las Islas Marianas (“las islas lejanas”, Jr 31,10); o el beato Nicanor Ascanio, presbítero franciscano, que fue martirizado en 1860 en Damasco (Siria) por negarse a renunciar a la fe cristiana. Por otra parte, este año estamos celebrando el LXXV aniversario del martirio de los 119 beatos cuyas reliquias descansan en Paracuellos de Jarama. Junto a ellos, la Delegación para la Causa de los Santos

está preparando la propuesta para completar la relación de nombres con el fin de introducir la causa de beatificación de todos los mártires de la Diócesis en la última persecución religiosa. Su testimonio nos anima a la evangelización confesando nuestra fe martirialmente.

Por todo ello, y tal y como nos indica la Santa Sede, con el fin de dar a conocer los santos y beatos y fomentar la comunión con ellos, especialmente los vinculados a nuestro territorio, os propongo introducir en vuestras parroquias la lectura de la edición oficial del “Martirologio Romano” tal y como se especifica en sus Praenotanda, haciendo especial mención de los santos y beatos relacionados con nuestra diócesis por nacimiento, estudios, actividad pastoral, fallecimiento o cualquier otra circunstancia.

Encomendémonos a nuestros santos y beatos, testigos de la fe; ellos intercederán por todos nosotros para que Dios nos haga crecer en fe, esperanza y amor. Como siempre, y en particular en estos momentos difíciles para España, todos ellos serán fuente de bendiciones, pero también de ejemplo e inspiración para nuestra vida familiar, política, social, e incluso económica.

Con los primeros cristianos, también nosotros, «teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús (...)» (Heb 12,1-2).

Conclusión

El camino que se nos ofrece con el Año de la fe es hermoso y sugerente. Dando pequeños pasos con lucidez podremos ir acercándonos a lo que reclama nuestro tiempo y el Señor nos tiene preparado. Esta es la hora de los santos. El doctorado de San Juan de Ávila, patrono del clero secular español, nos lo recuerda. Esta es la hora de la Nueva Evangelización. El Sínodo de Obispos que comenzará en el mes de octubre nos abrirá nuevos caminos. Nuestra diócesis Complutense estará, por la gracia de Dios, atenta a los nuevos signos y retos que nos proponga el Espíritu Santo.

A la Virgen María, estrella de la evangelización, confío los trabajos de este curso. Ella como Madre cuida de nuestras parroquias, de nuestros monasterios y



seminarios, de las familias, las escuelas, los movimientos y nuevas comunidades. Ella asiste con su protección a quienes trabajan o buscan trabajo, a los sanos y a los enfermos, a los que tienen abundancia de bienes y a los empobrecidos, a los emigrantes, cautivos o encarcelados. Ella cuida de todos y de manera particular de los niños e inocentes. Con su intercesión iniciamos el Año de la fe y le pedimos que nos mantenga en unión entre nosotros y en comunión con el Santo Padre, el Papa Benedicto XVI y los demás pastores de la Iglesia.

Con mi bendición,

† Juan Antonio
Obispo de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO. SEPTIEMBRE 2012

7 Viernes

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Jóvenes en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

8 Sábado

LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Ntra. Sra. de Covadonga, Madrina de España

* A las 12:00 h. Santa Misa en la parroquia de San Pedro Apóstol de Fuente el Saz de Jarama por la fiesta de su patrona la Virgen de Cigüñuela.

* A las 19:30 h. en Valdilecha procesión con la Virgen de la Oliva.

9 Domingo

XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO B

* A las 12:00 h. en la parroquia de San Juan Bautista de Arganda del Rey Santa Misa por la fiesta de la patrona la Virgen de la Soledad y despedida del párroco.

* A las 19:00 h. Santa Misa de inauguración de la restauración de la parroquia de San Juan Bautista de Valdaracete.

10 Lunes

Beato José de San Jacinto y compañeros mártires.

* A las 12:00 h. Reunión de Arciprestes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. en el Palacio Arzobispal reunión con el director y subdirector

del Secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida de la Conferencia Episcopal Española.

* A las 20:00 h. reunión con los organizadores del Aula Cultural «*Civitas Dei*» Cardenal Cisneros.

11 Martes

Ntra. Sra. de la Cueva Santa, Patrona de los Espeleólogos Españoles

* A las 11:00 inauguración en la Catedral-Magistral del curso académico de la Universidad de Alcalá de Henares.

* A las 19:00 h. en las Carmelitas Descalzas de la Purísima Concepción (“de la Imagen”) Santa Misa con ocasión del 450 Aniversario de la fundación del Monasterio.

12 Miércoles

Santo Nombre de María

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 18:00 h. en el Palacio Arzobispal visita del equipo rector del Seminario Mayor.

13 Jueves

San Juan Crisóstomo, obispo y doctor

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Misa en la ermita de Mejorada del Campo en la novena Virgen de las Angustias, patrona de la localidad.

14 Viernes

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

* A las 12:45 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Familias en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

15 Sábado

Ntra. Sra. la Virgen de los Dolores – Ntra. Sra. de la Soledad

* A las 12:30 h. en la Parroquia de Ntra. Sra. de la Antigua de Villar del Olmo Santa Misa por la patrona la Virgen de la Soledad.

* A las 19:00 h. Procesión de la Virgen del Val desde la Santa e Insigne Catedral-Magistral hasta su ermita.

16 Domingo

XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO B

Ntra. Sra. del Val, patrona de la ciudad de Alcalá de Henares

* A las 12:00 h. Eucaristía en la ermita de la Virgen del Val, en su fiesta.

* Por la tarde Ronda a la Virgen del Val junto a su ermita.

17 Lunes

San Roberto Belarmino, obispo y doctor

Semana Pastoral Penitenciaria.

* A las 13:00 h. en el Palacio Arzobispal ágape fraterno con la Curia con ocasión de las Bodas de Plata de José María Gea y Belén Vendrell.

* A las 19:00 h. en la fiesta de la Virgen del Val procesión desde su ermita hasta la Catedral-Magistral.

18 Martes

* En el Palacio Arzobispal Jornada Sacerdotal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

19 Miércoles

San Jenaro, obispo y mártir

20 Jueves

San Andrés Kim Taegon, presbítero, y San Pablo Chong Hasang y compañeros mártires

* Participa en el Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia en Roma en el «*Colloquio Internazionale “Una caro: il linguaggio del corpo e l’unione coniugale”*».

21 Viernes

San Mateo, apóstol y evangelista

* A las 17:00 h. en el Cerro de los Ángeles ordenación episcopal de Mons. José Rico Pavés, nuevo obispo auxiliar de Getafe.

22 Sábado

* A las 13:00 h. en la Real Parroquia de San Miguel y San Sebastián de Valencia preside la Santa Misa con ocasión de las Bodas de Plata matrimoniales (26/09/1987 – 26/09/2012) de José María Gea Rosat y María Belén de la Santísima Trinidad Vendrell Sahuquillo, “familia en misión del Camino Neocatecumenal” que colabora y acompaña al señor Obispo, Mons. Juan Antonio Reig Pla, desde el 02/02/1998; a las 15:30 h. ágape fraterno.

23 Domingo

XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO B

* A las 12:00 h. en la parroquia Virgen del Val de Alcalá de Henares toma de posesión del nuevo párroco.

24 Lunes

Ntra. Sra. de la Merced

* A las 10:30 h. en la cárcel de Estremera Santa Misa en la fiesta de la Virgen de la Merced.

25 Martes

* A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

26 Miércoles

San Cosme y San Damián, mártires.

Beata Teresa Rosat Balasch, H.D.C., mártir

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 19:00 h. visita y Santa Misa con *Verbum Dei* en Loeches, con ocasión de su Capítulo General.

27 Jueves

San Vicente de Paúl, presbítero

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. en el Palacio Arzobispal Jornada de envío de Profesores de Religión (Santa Misa de envío en la Capilla de la Inmaculada y acto académico en el Salón de Actos).

28 Viernes

San Wenceslao, mártir y San Lorenzo Ruiz y compañeros mártires

* A las 17:30 h. Dicta una conferencia sobre familia en la Universidad CEU San Pablo de Madrid en la “I Jornada de Familia Balbuena de la Rosa”.

29 Sábado

SANTOS ARCÁNGELES MIGUEL, GABRIEL Y RAFAEL

* A las 12:00 Santa Misa en la ermita del Stmo. Cristo de los Afligidos de Rivas.

30 Domingo

XXVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO B

* A las 12:30 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Santa Misa con la Renovación Carismática Católica con ocasión del Retiro Diocesano.

NOMBRAMIENTOS

Administrador Parroquial

Fernando RODRIGUEZ RODRÍGUEZ, Coadjutor de Santa Mónica, en Rivas Vaciamadrid. 03/09/2012.

Antonio Manuel GONZÁLEZ SALVADOR, Administrador Parroquial de Ntra. Sra. de Arbuel, en Villamanrique de Tajo.

Otros nombramientos

Fernando ALTOLAGUIRRE ORBE, Juez Diocesano. 10/09/2012.



ORIENTACIONES PASTORALES 2012-2013

- 
- 
1. Año de la Fe
 2. Nueva Evangelización
 3. Educación en el amor y la familia
 4. La fe que obra en la caridad.

ACCIONES

1. Año de la Fe

- a. Promover la participación de los sacerdotes y fieles en las celebraciones del Año de la Fe. Reunión, por arciprestazgos, de los Consejos Pastorales parroquiales para coordinar el Año de la Fe.
- b. Estudiar y difundir los artículos del credo de acuerdo con la elaboración de los materiales que se facilitarán.

c. Estudio del Catecismo de la Iglesia Católica y los documentos principales del Concilio Vaticano II y el compendio Doctrina Social de la Iglesia, por parte de los sacerdotes y fieles laicos.

2. Nueva Evangelización

a. Revitalización de la vida de nuestras comunidades cristianas parroquiales, monasterios, comunidades de vida consagrada, etc. cuidando la acogida y fomentando la misión.

b. Crear una escuela de Evangelización para dinamizar la misión y dar continuidad al ANUNCIO de la fe.

c. Llevar a cabo una MISIÓN a nivel diocesano durante el tiempo de Cuaresma.

d. Participación de los jóvenes en el Congreso de Pastoral Juvenil que se celebrará en Valencia del día 2 al 4 de noviembre.

3. Educación en el amor y la familia

a. Cuidar la experiencia de oración en los itinerarios de la iniciación cristiana (oratorio de los niños pequeños).

b. Proponer cursos de educación afectivo-sexual en parroquias, colegios y en la pastoral de infancia y juventud.

c. Mejorar los cursos de preparación al matrimonio y ofrecer un calendario de los mismos por arciprestazgos.

d. Estudio y difusión del documento de la CEE: La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar.

e. Crear escuelas de padres en parroquias y colegios.



4. La fe que obra en la caridad

- a. Crear un fondo diocesano de caridad invitando a los sacerdotes y fieles a entregar el 1% anual del salario familiar o personal para proyectos diocesanos (construcción de la nueva casa de los pobres: «Cristo de los Desamparados» y «Virgen de las Angustias»).







Diócesis de Getafe

SR. OBISPO



HOMILÍA DE D. JOAQUÍN M^a LÓPEZ DE ANDÚJAR,
OBISPO DE GETAFE,
EN LA CEREMONIA DE ORDENACIÓN EPISCOPAL DE
D. JOSÉ RICO PAVÉS
COMO OBISPO AUXILIAR DE LA DIÓCESIS,
EL 21 DE SEPTIEMBRE DE 2012,
EN EL SANTUARIO DEL
SAGRADO CORAZÓN DEL CERRO DE LOS ÁNGELES

Muy queridos Sres. cardenales, arzobispos y obispos.

Muy queridos hermanos sacerdotes, seminaristas y consagrados

Estimadas y dignas autoridades.

Queridos padres, hermanos y familiares de D. José Rico.

Muy queridos amigos y hermanos.

Saludo también con mucho cariño y gratitud a las comunidades contemplativas que están muy unidas a nosotros en esta celebración y nos sostienen con su oración y con su vida escondida con Cristo en Dios.

Nuestra diócesis se llena de alegría y da gracias a Dios por el regalo de un obispo auxiliar que pueda compartir conmigo la carga y el gozo del ministerio apostólico, en comunión plena con el sucesor de Pedro y con la colaboración fecunda



del presbiterio diocesano, para el servicio de todo el Pueblo Santo de Dios, con el que compartimos el sagrado mandato del Señor de anunciar el evangelio a todas las gentes.

El evangelio de forma concisa nos describe la vocación del apóstol S. Mateo. “Vio Jesús a un hombre llamado Mateo (...) y le dijo: sígueme. Él se levantó y lo siguió” (Mt 9,9). Así de sencilla es la vocación: una mirada del Señor, una invitación a seguirle y una respuesta inmediata. Mirada, invitación y respuesta que se van repitiendo y actualizando a lo largo de toda la vida, según las diversas responsabilidades que el Señor nos va confiando, y que hoy en la vida del nuevo obispo auxiliar van a resonar de forma especial.



Dentro de un momento, durante la oración consecratoria, veréis como sobre la cabeza del que va a ser ordenado obispo, se abrirá el libro de los evangelios. El evangelio debe penetrar en él; la Palabra viviente de Dios debe, por así decir, impregnarlo, empapar su vida. El Evangelio, en el fondo, no es sólo palabra. Cristo mismo es el Evangelio. Con la palabra, la misma vida de Cristo debe impregnar al que ha sido llamado para este ministerio, para que llegue a ser una sola cosa con Él, para que Cristo viva en él y dé forma y contenido a toda su vida.



Para esto el consagrado obispo va a ser colmado del Espíritu de Dios y debe vivir a partir de Él. Debe llevar a los pobres el alegre anuncio, la libertad verdadera y la esperanza que hace vivir al hombre y lo cura. Debe establecer el sacerdocio de Cristo entre los hombres, el sacerdocio al modo de Melquisedec, es decir, el reino de la justicia y de la paz. Como los setenta y dos discípulos enviados por el Señor, debe ser uno que trae la curación, que ayuda a curar la herida interior del hombre, su lejanía de Dios. El principal y esencial bien que el hombre necesita es la cercanía de Dios mismo. El Reino de Dios no es algo “junto” a Dios, una especie de forma de ser del mundo: no, el Reino de Dios es sencillamente la presencia de Dios mismo, que es la fuerza que verdaderamente sana.

Jesús ha resumido estos múltiples aspectos de su sacerdocio en la frase: “El Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan sino para servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mt. 10,45). Servir es, por tanto, entregarse, dar la vida, ser no sólo para uno mismo, sino para los demás a partir de Dios y de cara a Dios. Este es el núcleo más profundo de la misión de Jesucristo y, a la vez, la verdadera esencia de su sacerdocio.



Jesucristo ha convertido el término “siervo” en su más alto título de honor. Con esto ha dado un vuelco a los valores de este mundo y nos ha dado una nueva imagen de Dios y del hombre. Jesús no viene a nosotros como uno de los amos de este mundo, sino que Él, que es el verdadero amo, viene como siervo. Su sacerdocio no es dominio sino servicio.

San Pablo formuló la esencia del ministerio apostólico de manera muy clara. Frente a las disputas que había en Corinto entre corrientes distintas, se pregunta: pero ¿qué es un apóstol? ¿qué es Apolo? ¿qué es Pablo? Y contesta: son servidores; cada uno como el Señor se lo ha concedido (Cfr. 1 Cor. 3,5). “Por tanto que la gente sólo vea en nosotros servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Y lo que se busca en los administradores es que sean fieles” (1Cor. 4, 1 ss.).

Jesús, en Jerusalén, en la última semana de su vida, nos habló en dos parábolas de aquellos siervos a los cuales, durante algún tiempo, el señor confía sus bienes y reveló tres características para ejercer el servicio de la administración de modo justo. Son tres características que nos ayudan a comprender el modo de vivir el ministerio sacerdotal.

La primera característica que el Señor requiere del siervo es la **fidelidad**. Al siervo se le ha confiado un gran bien que no le pertenece. La Iglesia no es nuestra Iglesia, sino su Iglesia, la Iglesia de Cristo. El siervo debe dar cuenta de cómo ha gestionado el bien que se le ha confiado. Con nuestro ministerio sacerdotal no vinculamos a los hombres a nosotros mismos; no buscamos poder, prestigio o estima para nosotros. Sencillamente, con nuestro ministerio sacerdotal, conducimos a los hombres hacia Jesucristo y por medio de Jesucristo al Dios vivo. Y así, llevándolos al Dios vivo, les introducimos en la verdad y en la libertad que deriva de la verdad. La fidelidad vivida de esta manera, en el servicio que a uno se le ha confiado, es profundamente liberadora, para uno mismo y para aquellas personas que están bajo su cuidado. Porque el que es fiel sabe que no trabaja para sí mismo sino para la comunidad y para el bien de las personas. La fidelidad por eso tiene mucho que ver con la fe. La fidelidad del siervo de Cristo consiste en transmitir fielmente las palabras de Cristo. Sólo Cristo tiene palabras de vida eterna y estas palabras son las que los ministros del Señor debemos llevar a la gente. Son el bien más precioso que se nos ha confiado.

Pero la transmisión de este don precioso ha de ser una transmisión creativa, dinámica y con el lenguaje, el método y el ardor más apropiado a cada época. Esa



es la nueva evangelización de la que hoy tanto hablamos. El amo de la parábola reprende al siervo que esconde bajo tierra el bien que se le ha entregado para evitar cualquier riesgo. En realidad este siervo, si entierra el bien recibido para devolverlo tal como se le entregó, no está siendo fiel a lo que el amo quiere, sino que lo que hace es dejar a un lado el bien del amo para poder dedicarse exclusivamente a sus asuntos. La verdadera fidelidad no puede estar inspirada por el miedo sino por el amor y por el dinamismo, el coraje, la creatividad y la valentía que brotan del amor. El amo alaba en cambio al siervo que ha hecho fructificar sus bienes. La fe requiere ser transmita con entusiasmo. No se nos ha entregado para nosotros mismos, para la salvación personal de nuestras almas, sino para los demás, para dársela a los demás, para la gente de este mundo y de este tiempo. Debemos colocarla en este mundo, para que se convierta en este mundo en fuerza viva que haga cercana la presencia del Señor. La Iglesia está embarcada este año, por iniciativa del Santo Padre, en el Año de la Fe. Nuestra diócesis quiere participar con entusiasmo en esta iniciativa. Toda la comunidad diocesana quiere vivir este año como un tiempo especial de reflexión y redescubrimiento de la fe para reanimarla, purificarla, confirmarla y confesarla. Y queremos, además, prolongar, en los años sucesivos este Año de la Fe, con el año de la esperanza y el año de la caridad, para prepararnos a conmemorar el venticinco aniversario de la creación de la diócesis con una gran misión, que ponga en movimiento a todos los que hemos recibido la gracia de conocer y amar a Jesucristo y nos impulse a llevar la luz del evangelio a todos los rincones de nuestra diócesis, bajo el lema: “Llenos de amor por el hombre con la antorcha de Cristo en la mano”.

La segunda característica que Jesús pide al siervo es la **prudencia**. Pero la prudencia que pide Jesús es algo muy distinto de la astucia. La prudencia de la que habla el Señor está unida la verdad. El hombre prudente es el hombre veraz y por eso es el hombre justo, fuerte y templado. La prudencia hace que el querer y el obrar sean conformes a la verdad. El hombre prudente es el que hace de la verdad su principal criterio de actuación. La prudencia exige una inteligencia humilde, disciplinada y vigilante que no se deja llevar por prejuicios; que no juzga según sus deseos y pasiones, sino que siempre busca la verdad, incluso, aun si la verdad resulta incómoda. Prudencia significa ponerse en búsqueda de la verdad y actuar conforme a ella. El siervo prudente es ante todo un hombre de verdad y un hombre de razón sincera.

Dios, por medio de Jesucristo, nos ha abierto, de par en par, la puerta de la verdad. Él nos muestra en la Sagrada Escritura y en la fe de la Iglesia la verdad



esencial sobre el hombre, capaz de orientar de una manera justa el modo de actuar del hombre. El siervo del Señor para vivir la virtud de la prudencia ha de dejarse plasmar y modelar por la verdad que Cristo le muestra. De esta manera seremos hombres perfectamente razonables, que saben juzgar con una visión de conjunto, y no a partir de detalles más o menos circunstanciales. Y que no nos dejamos llevar por la pequeña ventana de la astucia, sino por la gran ventana que Cristo nos ha abierto, sobre la totalidad de la verdad. Y desde esa ventana seremos capaces de ver al mundo, a los hombres y a nosotros mismos y seremos capaces de reconocer lo que verdaderamente vale en la vida.

La tercera característica de la que Jesús habla en las parábolas del siervo es la **bondad**. “Siervo bueno y fiel entra en el gozo de tu Señor”. Lo que se entiende con esta característica de la “bondad” se nos puede aclarar si pensamos en el encuentro de Jesús con el joven rico. Este joven se había dirigido a Jesús llamándole “maestro bueno” y recibió una respuesta sorprendente: “¿ Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno.” (Mc. 10,17). Bueno en sentido pleno sólo es Dios. Él es el Bien, el Bueno por excelencia, la Bondad en persona. En una criatura, en el hombre ser bueno consiste en una orientación profunda hacia Dios. Cuanto más profunda sea esta orientación, mayor será su bondad. La bondad crece cuando el hombre se une interiormente al Dios vivo. La bondad presupone una viva comunión con Dios. Y de hecho ¿de quien podríamos aprender la bondad, sino de Aquél que nos ha amado hasta el extremo. (Cfr Jn 13,1). Llegamos a ser siervos buenos, mediante nuestra relación viva con Jesucristo. Sólo si nuestra vida se desarrolla en el diálogo con Él, sólo si su ser y sus actitudes penetran en nosotros y nos plasman podremos llegar a ser verdaderamente buenos. El Corazón de Jesús es la fuente de la bondad. De ese corazón debemos beber y alimentarnos.

Estamos viviendo esta preciosa celebración, en el lugar más querido de la Diócesis, en este bendito Santuario dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. Desde este Cerro de los Ángeles el Corazón de Jesús bendice nuestra diócesis, la llena de su infinita bondad y nos hace buenos. Junto al Corazón de Jesús muchos de nuestros sacerdotes recibieron la gracia de la ordenación sacerdotal. En este lugar hemos tenido momentos intensos de oración, encuentros diocesanos, jornadas de juventud, retiros espirituales e inolvidables vigiliass de la Inmaculada. Al calor del Corazón de Jesús se forman nuestros seminaristas, vivimos los obispos y nos acompañan con su oración las Carmelitas Descalzas del Cerro y de la Aldehuela. En este día, tan grande para nuestra diócesis, ponemos, una vez más, nuestra mirada en el Sagrado Corazón de Jesús, para que nos siga llenando de luz y de consuelo.



El Santo Cura de Ars decía: “El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús” Querido José, hermano desde hoy en el ministerio episcopal, que todos vean en nosotros el amor del Corazón de Jesús. Que el Corazón de Jesús dé forma a nuestro ser sacerdotal. Que todos los días de nuestra vida, especialmente en la Eucaristía, contemplando a Aquél, que fue traspasado por nuestros pecados, digamos desde lo más hondo de nuestro ser “me amó y se entregó por mí”. Que nuestro corazón de pastores, sea como el corazón de Cristo: un corazón siempre dispuesto a ir al encuentro del hijo pródigo, siempre atento a las necesidades de los hombres, siempre disponible para curar y perdonar.

El Corazón abierto de Cristo es el símbolo de la misericordia, es la revelación del amor del Padre. En el Corazón de Cristo se nos manifiesta el misterio de la Redención. Cristo en la Cruz, con su corazón traspasado, restaura la relación con Dios que el pecado había destruido.

Con el pecado del primer Adán, el hombre había rechazado la paternidad de Dios y había desconfiado de Él. Una ofensa tan grande el hombre era incapaz de repararla. Sólo Jesucristo, Dios y hombre, podía repararla. Con su muerte en la cruz y su corazón traspasado por nuestros pecados, el nuevo Adán, Jesucristo, dice sí a la paternidad de Dios, pone la vida entera en sus manos, y reparando aquella ofensa infinita hace posible que el hombre, unido a Él entre en el misterio de la paternidad divina.

Muchos hombres, por desgracia, siguen rechazando esa paternidad; y rechazando esta paternidad están destruyendo sus vidas. Nuestra misión es mostrarles el amor del corazón de Cristo y llevarlos a Dios. Nuestra misión, es una misión de reparación: reparar con Cristo en la cruz, entregando nuestra vida por amor, el daño causado en el hombre por el pecado.

El Corazón de Jesús sintetiza esta revelación del amor y de la misericordia. Hablar del Corazón de Jesús es hablar del corazón del Señor resucitado que está ahí vivo ante nosotros, que está cerca de nosotros ahora con corazón palpitante, con ese mismo corazón con que nos amó estando con nosotros en este mundo. Él nos amó con corazón humano, con aquél corazón que dejó de latir en el momento de la muerte, pero volvió a latir después de la resurrección para seguir latiendo hasta la eternidad.

Querido José, nosotros, obispos y sacerdotes, somos el amor del Corazón de Jesús. Vivimos una cultura sin corazón, sin alma, sin Dios. Y un mundo sin Dios



es un mundo desesperanzado y descorazonado Nuestra misión es dar al mundo un corazón y ese corazón, el único corazón que puede darles vida es el Corazón de Cristo que ha de hacerse visible ante los hombres con nuestro amor.

Junto al Corazón de Jesús está el Corazón Inmaculado de María. María es el sagrario del Corazón de Jesús. Ella siempre nos lleva a Jesús. Pidamos hoy su intercesión por el nuevo obispo y por esta diócesis de Getafe que le ha sido confiada.

María, Madre de la Iglesia y Reina de los Apóstoles, que con los discípulos en el Cenáculo esperabas la venida del Espíritu Santo. Tú que eres la persona humana que ha correspondido mejor que nadie a la vocación de Dios; tú que te has hecho sierva y discípula de la Palabra hasta concebir en tu corazón y en tu carne al Verbo hecho hombre para darlo a la humanidad, ruega por nosotros, para que este acontecimiento de gracia que hoy estamos viviendo nos haga crecer en santidad y nos haga ser cada día más dóciles a la voluntad de tu divino Hijo. Amen.





ACTA DE LA ORDENACIÓN EPISCOPAL DEL
EXCMO. Y RVMO. SR. D. JOSÉ RICO PAVÉS
OBISPO AUXILIAR DE GETAFE,
TITULAR DE MENTESA

Santuario del Sagrado Corazón de Jesús
Cerro de los Ángeles, Getafe (Madrid)

21 de Septiembre de 2012, Fiesta de San Mateo Apóstol

A las diecisiete horas del día veintiuno de septiembre de dos mil doce, en la Iglesia del Monasterio de las Madres Carmelitas del Cerro de los Ángeles, donde se revistieron los celebrantes principales, se inició la procesión de entrada hacia la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús. Acompañaban al Sr. Obispo de Getafe, Mons. Joaquín María López de Andujar y Cánovas del Castillo, los siguientes obispos: D. Antonio María Rouco Varela; Cardenal-Arzobispo Metropolitano de Madrid; D. Francisco Álvarez Martínez, Cardenal-Arzobispo Emérito de Toledo; D. Braulio Rodríguez Plaza, Arzobispo de Toledo; D. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela; D. Francisco Gil Hellín, Arzobispo de Burgos; D. Francisco Javier Martínez Fernández, Arzobispo de Granada; D. Francisco Pérez

González, Arzobispo de Pamplona; D. Juan José Asenjo Pelegrina, Arzobispo de Sevilla; D. Juan del Río Martín, Arzobispo Castrense; D. Jesús Sanz Montes, Arzobispo de Oviedo; D. Elías Yánes Álvarez, Arzobispo Emérito de Zaragoza; D. Fabio Duque Jaramillo, Obispo Electo de Garzón (Colombia); D. Juan NsueEdjan Mayé, Obispo de Ebebiyin (Guinea Ecuatorial) D. Camilo Lorenzo Iglesias, Obispo de Astorga; D. Adolfo González Montes, Obispo de Almería; D. José María Yanguas Sanz, Obispo de Cuenca; D. Javier Salinas Vidal, Obispo de Tortosa; D. Francisco Cerro Cháves, Obispo de Coria-Cáceres; D. Ciriaco Benavente Mateos, Obispo de Albacete; D. Manuel Sánchez Monge, Obispo de Mondoñedo-Ferrol; D. Alfonso Carrasco Rouco, Obispo de Lugo; D. José Ignacio Munilla Aguirre, Obispo de San Sebastián; D. Jesús Esteban Catalá Ibáñez, Obispo de Málaga; D. Juan Antonio Reig Plá, Obispo de Alcalá de Henares; D. Vicente Jiménez Zamora, Obispo de Santander; D. Demetrio Fernández González, Obispo de Córdoba; D. Ángel Rubio Castro, Obispo de Segovia; D. Atilano Rodríguez Martínez, Obispo de Sigüenza-Guadalajara; D. Gerardo Melgar Viciosa, Obispo de Osma-Soria; D. Carlos Manuel Escribano Subias, Obispo de Teruel-Albarracín; D. Mario IcetaGavicagogeascoa, Obispo de Bilbao; D. Ginés Ramón García Beltrán, Obispo de Guadix, D. Eusebio Hernández Sola, Obispo de Tarazona; D. José Mazuelos Pérez, Obispo de Asidonia-Jerez; D. Rafael Zornoza Boy, Obispo de Cádiz y Ceuta; D. Fidel Herráez Vegas, Obispo Auxiliar de Madrid; D. César Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid; D. José Antonio Martínez Camino, Obispo Auxiliar de Madrid y secretario de la Conferencia Episcopal Española; D. Enrique Benavent Vidal, Obispo Auxiliar de Valencia; D. Juan Antonio Aznárez Cobo, Obispo Auxiliar de Pamplona. Acompañaban a Don José, Don Enrique Rico Pavés, D. Pedro Montagut Piquet, que presentaban al candidato al ministerio Episcopal. Proseguía la procesión con el siguiente orden: D. José María Avendaño Perea, Vicario General de Getafe; D. Javier Romera Martínez, Vicario General y Moderador de Curia; D. Francisco Armenteros Montiel, Canciller-Secretario General; el Colegio de Consultores; el Consejo de Arciprestes y otros sacerdotes diocesanos; Sacerdotes del Consejo Episcopal de Madrid, de Alcalá de Henares, de Toledo, del Arzobispado Castrense y de la Prelatura del Opus Dei; los diáconos de la diócesis y los acólitos (seminaristas de la Diócesis). Los laterales del altar mayor del Santuario estaban ocupados por cerca de 300 sacerdotes, de Getafe, Madrid, Toledo, Granada, y otras diócesis; en su mayoría, pertenecientes tanto al clero secular como religioso.

En la celebración litúrgica, el Coro y Orquesta Diocesano alternó los cantos junto a la asamblea.

Al llegar la procesión al altar, los concelebrantes lo veneraron. El Obispo se dirigió a la sede donde saludó a la asamblea. Finalizados los Ritos iniciales se proclamaron las siguientes lecturas: Isaías 42, 1-4.6-7; Corintios 9, 16-19.22-23 y el Evangelio de San Marcos 1, 29-39 cantado por uno de los diáconos asistentes.

A continuación, comenzó la LITURGIA DEL SACRAMENTO DEL ORDEN, con la invocación al Espíritu Santo, manifestado en el canto del *Veni, creator Spiritus*. Los dos presbíteros mencionados que presentaron al candidato se acercaron a la sede. Don Francisco Armenteros Montiel, Canciller-Secretario General de la Diócesis se dirige al Sr. Obispo de Getafe, ordenante principal, con las siguientes palabras:

- Reverendísimo Padre, la Santa Madre Iglesia Católica pide que ordenes obispo al presbítero José Rico Pavés.

El Obispo le preguntó:

- ¿Tenéis el mandato apostólico?

El presbítero respondió:

- Lo tenemos.

El Obispo:

- Léase.

Antes de la celebración litúrgica, el Obispo Auxiliar Electo presentó las letras apostólicas al Obispo Diocesano, tal como prescribe el c. 404 § 2. El Canciller-Secretario General procedió a la lectura, de las primeras palabras en latín y de la traducción castellana, de las Letras Apostólicas (anexo 1). Acabada la lectura, el clero y el pueblo entonaron la acción de gracias a Dios.

El Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo pronunció la homilía (anexo 2).

Después de la homilía, el Obispo electo se puso en pie ante el Sr. Obispo de Getafe, que le preguntó siguiendo el Pontifical Romano:

- La antigua regla de los Santos Padres establece que quien ha sido elegido para el Orden episcopal sea, ante el pueblo, previamente examinado sobre su fe y sobre su futuro ministerio.

- Por tanto, querido hermano: ¿Quieres consagrarte, hasta la muerte, al ministerio episcopal que hemos heredado de los Apóstoles, y que por la imposición de nuestras manos te va a ser confiado con la gracia del Espíritu Santo?

El Obispo electo respondió:

- Sí, quiero.

El Obispo:

¿Quieres anunciar con fidelidad y constancia el Evangelio de Jesucristo?

El Obispo electo respondió:

- Sí, quiero.

El Obispo:

- ¿Quieres conservar íntegro y puro el depósito de la fe, tal como fue recibido de los Apóstoles y conservado en la Iglesia siempre y en todo lugar?

El Obispo electo:

- Sí, quiero.

El Obispo:

¿Quieres edificar la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y permanecer en su unidad con el Orden de los Obispos, bajo la autoridad del sucesor de Pedro?

El Obispo electo:

- Sí, quiero.

El Obispo:

- ¿Quieres obedecer fielmente al sucesor de Pedro?

El Obispo electo:

- Sí, quiero.

El Obispo:

- Con amor de padre, ayudado de los presbíteros y diáconos, ¿quieres cuidar del pueblo santo de Dios y dirigirlo por el camino de la salvación?

El Obispo electo:

- Sí, quiero.

El Obispo:

- Con los pobres, con los inmigrantes, con todos los necesitados, ¿quieres ser siempre bondadoso y comprensivo?



El Obispo electo:

- Sí, quiero.

El Obispo:

- Como buen pastor, ¿quieres buscar las ovejas dispersas y conducir las al aprisco del Señor?

El Obispo electo:

- Sí, quiero.

El Obispo:

- ¿Quieres rogar continuamente a Dios todopoderoso por el pueblo santo y cumplir de manera irreproachable las funciones del sumo sacerdocio?

El Obispo electo:

- Sí, quiero, con la ayuda de Dios.

El Obispo:

- Dios, que comenzó en ti la obra buena, él mismo la lleve a término.

Después del interrogatorio, se entonaron las letanías de los santos. Y llegó el momento central de la Ordenación episcopal: El Obispo de Getafe, como ordenante principal y los otros dos Obispos ordenantes el Cardenal de Madrid y el Sr. Nuncio Apostólico de Su Santidad, y los demás Obispos presentes, impusieron las manos al elegido.

El Obispo colocó el libro de los Evangelios sobre la cabeza del obispo electo. Dos diáconos sostuvieron el libro durante la Plegaria de Ordenación que pronunció el Obispo ordenante principal. Parte de esta oración la pronunciaron juntamente todos los Obispos, concelebrando así el rito de ordenación. La asamblea contestó con el Amén, rubricando también este acto esencial.

A continuación se hicieron los ritos complementarios: Unción con el Crisma, entrega de los Evangelios, imposición del anillo, imposición de la mitra, entrega del báculo y como señal de comunión en la tarea, el nuevo obispo recibió el beso de los obispos presentes.

Concluido el rito de Ordenación continuó la celebración de la Eucaristía. La comunión fue distribuida por el Sr. Obispo de Getafe, el nuevo Obispo Auxiliar y dieciocho sacerdotes al numeroso pueblo asistente.

Al finalizar la oración después de la comunión, Don José, acompañado de Don Joaquín María López de Andújar Cánovas del Castillo y de Don Antonio María Rouco Varela, recorrió el templo bendiciendo a todos los fieles, que irrumpieron en una salva de aplausos.

Llegados de nuevo al Presbiterio, desde el altar, Don José dirigió unas palabras de gratitud a Dios y renovó su consagración a la Virgen (anexo 3).

El Obispo de Getafe impartió la bendición final.

Los concelebrantes se retiraron procesionalmente a las sacristías previstas al efecto.

Por último, tuvo lugar el besamanos y felicitación de las autoridades entre las que se encontraba la Presidenta de la Comunidad de Madrid, el Alcalde de Getafe, el Coronel de la Base Aérea y otras autoridades civiles, militares y pueblo fiel, que deseaba acercarse al nuevo Obispo. Estas emotivas felicitaciones se prolongaron durante más de una hora.

De todo lo cual, yo, el Canciller-Secretario del Obispado de Getafe, doy fe fecha “ut supra”,

† Joaquín María López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller Secretario General

PALABRAS DIRIGIDAS POR EL OBISPO AUXILIAR,
D. JOSÉ RICO PAVÉS, A LOS ASISTENTES
ALA CEREMONIA DE SU ORDENACIÓN EPISCOPAL,
EL VIERNES 21 DE SEPTIEMBRE DE 2012,
EN EL SANTUARIO DEL SAGRADO CORAZÓN,
DEL CERRO DE LOS ÁNGELES

En vos confío. Acudir a este Santuario es renovar la confianza en el Amor de Cristo que todo lo puede. A los pies de esta emblemática imagen del Sagrado Corazón de Jesús, celebrando la fiesta del apóstol san Mateo, la Iglesia diocesana de Getafe recibe en mi persona a un nuevo obispo auxiliar. Como estrecho colaborador del obispo diocesano, la Iglesia me encomienda ser, de forma plena, amor del Corazón de Cristo para todos. Permitidme, pues, que mis primeras palabras como obispo sean una oración confiada a Jesucristo, Principio y Fin, Señor de todos, cuyo Corazón traspasado por nuestra salvación es el símbolo del amor infinito que Él tiene al Padre y a cada uno de nosotros.

Queridos don Joaquín, Sres. Cardenales y obispos, sacerdotes, diáconos, seminaristas, personas consagradas, fieles laicos; muy dignas autoridades civiles y militares: representantes de la Comunidad de Madrid, alcaldes y miembros



de las corporaciones municipales de la diócesis de Getafe y de Toledo, autoridades del Ejército, de la Guardia Civil y de la Policía Nacional, autoridades académicas de las Universidades que tenéis sedes en esta diócesis, hermanos todos en el Señor.

Sepan todos que nuestro Dios es Amor. Cuando la Iglesia se dispone a entrar en el Año de la fe, convocado por Benedicto XVI, las palabras de san Juan de Ávila que han inspirado el mensaje de los obispos españoles con motivo de su próxima declaración como Doctor de la Iglesia, deseo que inspiren también mis palabras de agradecimiento en esta tarde. En el conocimiento de esta Verdad está la vida; para proclamar esta Verdad hemos sido enviados. Pero, ¿cómo conseguir que todos, creyentes y no creyentes, lleguen a saber que Dios es Amor? Dejadme que os proponga tres caminos, a través de los cuales expresar mi gratitud en este día: primero, mirar el momento presente con esperanza; segundo, descubrir en el encuentro con Cristo la fuente de la alegría plena; y tercero, no olvidar la fuerza de las lágrimas.



Mirar el momento presente con esperanza



La esperanza es como ancla del alma, recuerda la Carta a los Hebreos, que en medio de las dificultades de este mundo nos permite caminar firmes hacia los bienes eternos. Cuando comuniqué a mis padres que el Papa me había nombrado obispo auxiliar de Getafe, reaccionaron con alegría y, casi con idénticas palabras, manifestaron en seguida su preocupación: *No son tiempos para ser obispo*, me dijeron. En su preocupación reconozco la solicitud de unos padres que sienten como propias las inquietudes de sus hijos: se alegran con sus alegrías, sufren con sus sufrimientos, y prefieren para ellos el bien exento de todo riesgo. Quizás entonces no lo sabían, pero una vez más, con su reacción me han enseñado a responder con generosidad al Señor. La alegría por un bien que se manifiesta, no debe ocultar la gravedad de la responsabilidad que entraña. Mirar con esperanza el momento presente requiere aprender continuamente del corazón de unos buenos padres. Con corazón de padre y madre deseo abrazar de modo especial a quienes sufren de manera angustiosa las penurias materiales y morales de la actual situación de crisis. En un momento como el actual, que Benedicto XVI ha calificado “de profunda crisis de fe”, la esperanza que viene de lo alto me lleva a reconocer el poder del Amor de Dios, que es siempre más fuerte que las crisis de los hombres.



Hoy reconozco este amor en quienes me acompañáis en esta celebración o lo hacéis unidos desde la oración. Me presento ante vosotros de una manera nueva: al mostrarme como obispo bien sabéis que estoy revestido de vuestro afecto. Doy gracias a Dios por todos vosotros que me demostráis a diario la belleza de vivir en la comunión de la Iglesia. Gracias a Dios por mis padres y mi familia, iglesia de casa, donde he despertado a la fe y he crecido compartiendo la alegría de creer. Gracias a la Asociación privada de fieles Acys, de la diócesis de Granada, donde comencé las tareas apostólicas hasta que el Señor me llamó a seguirle unido a Él como sacerdote; a los padres jesuitas Javier Rodríguez Molero y Cándido Pozo. Gracias a mi queridísima diócesis de Toledo. No me cansaré de repetir que a ella debo todo en mi vida sacerdotal. Gracias a sus fieles laicos y consagrados, que me sostienen con su afecto y oración, especialmente los de las parroquias de Ntra. Sra. de la Purificación, en Nambroca, y de Santo Tomé, en Toledo. Gratitud muy especial a los seminaristas de Toledo, a mis hermanos sacerdotes, a los arzobispos titulares y a sus obispos auxiliares, desde el Cardenal Don Marcelo, hasta Don Braulio, pasando por los cardenales Don Francisco Álvarez y Don Antonio Cañizares. Como ya dije el día que se hizo público mi nombramiento episcopal, ruego al Señor que me conceda ser digno obispo de Don Marcelo, en cuya escuela deseo seguir aprendiendo. Gracias también a quien de forma inmerecida me ha regalado en la Iglesia su amistad fraterna y sacerdotal; a los centros académicos de Toledo, Roma, Madrid y Barcelona donde he compartido el gozo de servir a la fe del Pueblo de Dios desde la labor teológica. Mi agradecimiento a cuantos trabajan en la Casa de la Iglesia, sede de la Conferencia Episcopal Española, espacio privilegiado para fortalecer los vínculos de la comunión eclesial colaborando con personas admirables. Permitidme que recuerde en esta tarde a dos de ellas cuya compañía experimento desde el Cielo: la Hermana Julita y el sacerdote José Luis Moreno. Gracias, en fin, a la que desde ahora considero ya mi diócesis de Getafe: a don Joaquín, que con bondad extrema, me ha acogido como padre y hermano; a cuantos han preparado con esmero cada uno de los detalles de esta celebración; al coro diocesano, a los maestros de ceremonia; a las consagradas de los monasterios de clausura y de vida activa de esta diócesis, que me regalan el bien inmerecido de su vida de oración y entrega al Señor. La gratitud se convierte en compromiso al recordar que nuestro obispo nos ha convocado a una Gran Misión Diocesana, con motivo del 25 aniversario de la creación de la Diócesis de Getafe. Pidamos al Señor que derrame su copiosa bendición sobre nuestra Diócesis, para que llenos de amor por el hombre, con la antorcha de Cristo en la mano, impulsemos con decisión la nueva evangelización.



El segundo camino que os propongo para que todos sepan que Dios es amor, es el camino del encuentro con Jesucristo como fuente de alegría plena. Urgidos por el Santo Padre a descubrir de nuevo la alegría de creer y el entusiasmo de comunicar la fe, ruego a Dios nuestro Padre que me conceda, por el don del Espíritu Santo, poner en el centro de mi futuro ministerio episcopal las palabras de su Hijo Jesucristo: *Os he hablado de esto para que mi alegría esté vosotros* (ut gaudium meum in vobis) *y vuestra alegría llegue a plenitud* (Jn 15, 11). Puesto que la alegría brota espontánea en quien se sabe sostenido por el Amor más grande, os ruego que pidáis al Señor que me conceda, con mis palabras, pensamientos y afectos llevar a otros al encuentro con Cristo, de modo que viva mi nuevo ministerio episcopal como *servidor de vuestra alegría* (2 Co 1, 24).

El tercer camino, finalmente, que os propongo —el poder de las lágrimas— pasa por recordar una experiencia personal. Como bien sabéis, hoy empieza para mí el colegio, episcopal, sí, pero colegio. Cuenta mi madre que mi primer día de colegio no me quejé, me separé de ella dejándome llevar hasta el aula; no dije nada, pero por mi mejilla corrió una lágrima. Desde aquella lágrima ha pasado ya mucho tiempo. Ahora mi madre la Iglesia me introduce en otro colegio, el de los obispos, sucesores de los apóstoles. En esta tarde me rodean con su afecto y oración, los presentes y los ausentes, mis nuevos hermanos, “maestros y compañeros de clase”, a quienes dirijo de forma muy especial más gratitud de la que sé expresar. Permitidme que recuerde en esta tarde al muy querido Don Eugenio Romero Pose, cuyo amor alegre a la Iglesia quiero tener siempre como referente. Durante los años de trabajo en la Conferencia Episcopal he sido objeto de vuestras continuas atenciones y de bondadosa paciencia. Os ruego en esta tarde que sigáis teniendo paciencia conmigo, que me acogáis en vuestro colegio y que me ayudéis a compartir las cargas. De aquella lágrima del primer día de colegio, pido al Señor con vosotros que me conceda lágrimas en favor de las almas. En un hermoso texto que el Obispo de La Calzada - Logroño me ha regalado con su felicitación, leo el consejo de san Juan de Ávila a un nuevo obispo antes de ocupar su sede: “Aprenda vuestra señoría a ser mendigo delante del Señor y a importunarle mucho, presentándole su peligro y el de sus ovejas; y, si verdaderamente se supiere llorar a sí y a ellas, el Señor, que es piadoso —*No llores* (Lc 7, 13)—, le resucitará su hijo muerto, porque, como a Cristo costaron sangre las almas, han de costar al prelado lágrimas” (*Carta 177, Obras Completas IV, 589*). Dichoso el obispo que al final de sus días puede hacer suyas las palabras de san Gregorio Nacianceno: “Me recogeré todo en Dios. Ya no me afectarán las lenguas humanas más que ráfagas de viento. Estoy cansado de las voces del que me denigra o del que me enaltece más de lo debido. Busco la sole-

dad, un lugar inaccesible al mal, donde con una mente unificada busque a mi Dios y aliviar mi senectud con la dulce esperanza del cielo. ¿Qué le dejaré a la Iglesia? ¡Le dejaré mis lágrimas! Dirijo mis pensamientos a la morada que no conoce el ocaso, a mi amada Trinidad, única luz, de la cual la sola sombra oscura ahora me conmueve” (San Gregorio Nacianceno, *Poemata de se ipso*, XI: PG 37, 1154-1155).

Muy querido don Joaquín, queridos sacerdotes, personas consagradas y fieles seglares de la diócesis de Getafe, ayudadme a ser vuestro obispo auxiliar. A todos digo desde ahora, con las palabras que inspiraron el ministerio ejemplar del primer obispo de esta diócesis, Don Francisco José Pérez y Fernández Golfín: *Muy gustosamente me gastaré y me dejaré desgastar por vuestras almas* (2 Co 12, 15).

Confío el inicio de mi ministerio episcopal a la poderosa intercesión de la Bienaventurada Virgen María, Nuestra Señora de los Ángeles, de quien quiero ser su esclavo, y al auxilio de Santa Maravillas de Jesús, de San Benito Menni y de los Beatos M^a. Ángeles de san José, Faustino Míguez y Jacinto Hoyuelos.

Que el Señor os bendiga.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

El Sr. Obispo, Mons. López de Andújar, ha nombrado Vicario General de la Diócesis, al Excmo. y Rvdmo. Obispo Auxiliar, Mons. Rico Pavés, con fecha 21 de septiembre de 2012

A 1 de Septiembre de 2012:

Párroco

D. Antonio Yáñez Gómez, de la Parroquia San Antonio, en Aranjuez.

D. Tomás Julián Sanz Gómez, de la Parroquia Santa Maravillas de Jesús, en Getafe.

D. Alberto Tejerizo Toraño, de la Parroquia Corpus Christi, en Leganés.

D. Carlos Bermejo Martín, de la Parroquia San Esteban Protomártir, en Torrejón de Velasco.

D. Israel Guijarro Álvarez, de la Parroquia San Martín Obispo, de San Martín de Valdeiglesias.

D. Herminio Majeda Esteban, de la Parroquia San Nicasio, en Leganés.

D. Manuel Torres López, de la Parroquia Ntra. Sra. de las Angustias, en Aranjuez.

D. Cruz Gonzalo López Palomo, de la Parroquia San Isidro, en Leganés.

D. Francisco Javier Zapata, de la Parroquia Cristo Liberador, en Parla.
D. José Manuel García Naranjo, de la Parroquia San Eladio, en Leganés.

Vicario Parroquial

D. Daniel Fabre Jáñez, de la Parroquia Asunción de Nuestra Señora, en Arroyomolinos.

D. Santiago García López, de la Parroquia Nuestra Señora de Zarzaquemada, en Leganés.

D. Jesús Cerrato Merino, de la Parroquia Santos Justo y Pastor, en Parla.

Otros

D. Isaac Parra Mogollón, Delegado Diocesano de Infancia.

D. Luis Manuel Vallecillos, Delegado de Patrimonio Cultural de la Iglesia.

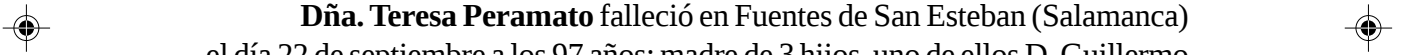
D. Juan José Alonso Somalo, Delegado Diocesano de Misiones.

D. Carlos Díaz Azarola, Capellán del Convento de las M.M Carmelitas, en la Aldehuela, Getafe.

D. Javier Bescós Corral, Formador del Seminario Diocesano Nuestra Señora de los Apóstoles.



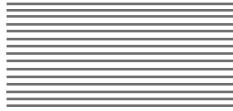
DEFUNCIONES



Dña. Teresa Peramato falleció en Fuentes de San Esteban (Salamanca) el día 22 de septiembre a los 97 años; madre de 3 hijos, uno de ellos D. Guillermo Corral que fue Párroco de Santa María la Blanca, y Arcipreste de Alcorcón.

Por intercesión de las santas mujeres, que han sido ya admitidas a contemplar la belleza de tu rostro, concede a tu hija Teresa gozar también eternamente de tu presencia.







Iglesia Universal

**VISITA APOSTÓLICA DEL SANTO PADRE
BENEDICTO XVI A LÍBANO
(14 - 16 SEPTIEMBRE 2012)**

Con ocasión de la firma y publicación de la
Exhortación Apostólica Postsinodal de la Asamblea Especial
para Oriente Medio del Sínodo de los Obispos

**ENTREVISTA CONCEDIDA POR EL SANTO PADRE
BENEDICTO XVI
A LOS PERIODISTAS DURANTE EL VUELO
HACIA LÍBANO**

Viernes 14 de septiembre de 2012

P. Lombardi: Santidad, bienvenido y gracias por estar aquí con nosotros. Los periodistas de la comitiva son algo más de 50, de diversas lenguas y nacionalidades. Naturalmente son centenares, quizás miles, que nos esperan en el Líbano y todos están muy atentos a este viaje sabiendo el compromiso y la importancia que reviste. Le estamos agradecidos por estar con nosotros para responder a las preguntas tan interesantes que los mismos periodistas han formulado en los días precedentes. Las dos primeras preguntas las formulo en francés. El Santo Padre responde en francés, como lengua más o menos oficial del viaje, y las otras tres en italiano.



Santo Padre, por estos días coinciden aniversarios terribles, como el del 11 de septiembre, o el de la masacre de Sabra y Chatila; en las fronteras del Líbano hay una sangrienta guerra civil, y vemos también que en otros países el riesgo de la violencia está siempre presente. Santo Padre, ¿con qué sentimientos emprende este viaje? ¿Ha estado tentado de renunciar por motivos de inseguridad, o alguien le ha sugerido renunciar

Santo Padre: Queridos amigos, estoy muy contento y agradecido por esta posibilidad de hablar con vosotros. Puedo decir que nadie me ha aconsejado renunciar a este viaje y, por mi parte, nunca he contemplado esa posibilidad, porque sé que cuando la situación se hace más difícil, más necesario es ofrecer este signo de fraternidad, de ánimo y de solidaridad. Este es el significado de mi viaje: invitar al diálogo, invitar a la paz contra la violencia, caminar juntos para encontrar la solución a los problemas. Así pues, mis sentimientos en este viaje son sobre todo sentimientos de gratitud por la posibilidad de ir en este momento a este gran país, este país, que –como ha dicho el Papa Juan Pablo II– es un mensaje múltiple, en esta región, del encuentro y de los orígenes de las tres religiones abrahámicas. Agradezco, ante todo, al Señor que me ha dado la posibilidad; agradezco a todas las Instituciones y personas que han colaborado y siguen colaborando por esta posibilidad. Y agradezco a tantas personas que me acompañan con la oración. Con la protección de la oración y de la colaboración, estoy feliz y convencido que podemos hacer un servicio real por el bien del hombre y por la paz.

P. Lombardi: Gracias, Santo Padre. Muchos católicos manifiestan su inquietud ante el crecimiento de los fundamentalismos en diversas regiones del mundo y ante las agresiones de las que son víctimas numerosos cristianos. En este contexto difícil y a menudo sangriento, ¿cómo puede la Iglesia responder al imperativo del diálogo con el Islam, sobre el que usted tanta veces ha insistido?

Santo Padre: El fundamentalismo es siempre una falsificación de la religión. Va en contra de la esencia de la religión, que quiere reconciliar y crear la paz de Dios en el mundo. Por lo tanto, la tarea de la Iglesia y de las religiones es purificarse; una alta purificación de estas tentaciones por parte de la religión es siempre necesaria. Es tarea nuestra iluminar y purificar las conciencias y mostrar claramente que cada hombre es imagen de Dios; y debemos respetar en el otro, no solamente su alteridad, sino en la alteridad y en la real esencia común, el ser imagen de Dios, y



tratar al otro como imagen de Dios. Por tanto, el mensaje esencial de la religión debe ser contra la violencia, que es una de sus falsificaciones, como lo es el fundamentalismo; el mensaje de la religión debe ser la educación, iluminación y purificación de las conciencias, para hacerlas capaces de diálogo, de reconciliación y de paz.

Padre Lombardi: Continuemos en italiano. En el contexto de la ola de deseo de democracia que se ha puesto en movimiento en tantos países del Oriente Medio con la llamada “primavera árabe”, dada la realidad social en la mayoría de estos países, en donde los cristianos son minoría, ¿no existe el riesgo de una tensión inevitable entre el dominio de la mayoría y la sobrevivencia del cristianismo?



Santo Padre: Diría que, de por sí, la primavera árabe es una cosa positiva: es un deseo de mayor democracia, mayor libertad, de mayor cooperación, de una renovada identidad árabe. Y este grito de libertad, que viene de una juventud más formada cultural y profesionalmente, que desea mayor participación en la vida política, en la vida social, es un progreso, algo muy positivo y acogido también por nosotros los cristianos. Naturalmente, por la historia de las revoluciones, sabemos que el grito de libertad, tan importante y positivo, tiene siempre el peligro de olvidar un aspecto, una dimensión fundamental de esa libertad, que es la tolerancia hacia el otro; el hecho que la libertad humana es siempre una libertad compartida, que sólo puede crecer en el compartir, en la solidaridad, en el vivir juntos, con determinadas reglas. Este es siempre el peligro, también en este caso. Debemos hacer todo lo posible para que el concepto de libertad, el deseo de libertad, vaya en la dirección justa, para que no olvide la tolerancia, el conjunto, la reconciliación, como partes fundamentales de la libertad. Así, también la renovada identidad árabe implica – pienso – igualmente la renovación de la unidad secular y milenaria de cristianos y árabes, que precisamente juntos, en la tolerancia entre mayorías y minorías, han construido estas tierras y no pueden no vivir juntos. Por eso pienso que sea importante ver el elemento positivo de estos movimientos y hacer nuestra parte para que la libertad sea concebida en modo justo y responda a un mayor diálogo y no al dominio de unos contra otros.

Padre Lombardi: Santo Padre, en Siria, como hace algún tiempo en Irak, muchos cristianos se sienten forzados a dejar el país muy a su pesar. ¿Qué pretende hacer o decir la Iglesia católica para ayudar en esta situación, para

detener la desaparición de los cristianos en Siria y en otros países de Oriente Medio?

Santo Padre: Debo decir en primer lugar que no sólo los cristianos huyen, también los musulmanes. Naturalmente el peligro que los cristianos se alejen y pierdan su presencia en estas tierras es grande y nosotros debemos hacer lo posible por ayudarles a permanecer allí. La ayuda esencial sería el cese de la guerra, de la violencia, que crea la huida. Por tanto, la primera acción es hacer todo lo posible para que termine la violencia y se cree realmente una posibilidad para permanecer juntos también en el futuro. ¿Qué podemos hacer contra la guerra? Digamos, naturalmente, que difundir siempre el mensaje de la paz, evidenciar que la violencia no resuelve nunca un problema y reforzar las fuerzas de paz. Importante aquí es el trabajo de los periodistas, que pueden ayudar mucho para mostrar como la violencia destruye, no construye, no es útil a nadie. También diría que tal vez gestos de la cristiandad, jornadas de oración por Oriente Medio, por los cristianos y los musulmanes, mostrar la posibilidad de diálogo y de soluciones. Diría también que debe finalmente cesar la importación de armas, porque sin importación de armas la guerra no podría continuar. En lugar de importar armas, que es un pecado grave, deberíamos importar ideas de paz, creatividad, encontrar soluciones para aceptar a cada uno en su alteridad; debemos por tanto hacer visible en el mundo el respeto de las religiones, las unas por las otras, el respeto del hombre como criatura de Dios, el amor al prójimo como fundamento para todas las religiones. En este sentido, con todos los gestos posibles, con auxilios también materiales, ayudar para que cese la guerra, la violencia, y todos puedan reconstruir el país.

P. Lombardi: Santo Padre, usted lleva una Exhortación apostólica dirigida a todos los cristianos de Oriente Medio. Hoy esta es una población que sufre. Además de la oración y de los sentimientos de solidaridad, ¿ve pasos concretos que las Iglesias y los católicos de Occidente, sobre todo los de Europa y América, pueden hacer para apoyar a los hermanos de Oriente Medio?

Santo Padre: Diría que debemos influir en la opinión política y en los políticos para comprometerlos realmente, con todas las fuerzas, con todas las posibilidades, con verdadera creatividad, por la paz, contra la violencia. Nadie debería esperar beneficios de la violencia, todos deben contribuir. En este sentido, un trabajo de admonición, de educación, de purificación es muy necesario por nuestra parte. Además, nuestras organizaciones caritativas deben también ayudar materialmente



y hacer todo lo posible. Tenemos organizaciones como los Caballeros del Santo Sepulcro, dedicados sólo a Tierra Santa, pero también organizaciones similares podrían ayudar material, política, humanamente a estos países. Diría, una vez más, gestos visibles de solidaridad, jornadas de oración pública, estas iniciativas pueden llamar la atención de la opinión pública, ser factores reales. Estamos convencidos que la oración tiene un efecto, si se hace con mucha confianza y fe, tendrá su resultado.





CEREMONIA DE BIENVENIDA DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto Internacional Rafik Hariri, Beirut

Viernes 14 de septiembre de 2012

Señor Presidente de la República,
señores Presidentes del Parlamento y del Consejo de Ministros,
queridas Beatitudes, miembros del Cuerpo diplomático,
autoridades civiles y religiosas,
queridos amigos

Tengo el gozo, Señor Presidente, de responder a su amable invitación a visitar su país, así como a la de los patriarcas y obispos católicos del Líbano. Esta doble invitación manifiesta, si acaso fuera necesario, la doble finalidad de mi visita a vuestro país. Subraya las excelentes relaciones existentes desde siempre entre el Líbano y la Santa Sede, y quisiera contribuir a reforzarlas. Esta visita es también la respuesta a la que me habéis hecho en el Vaticano, en noviembre del 2008, y más recientemente en febrero del 2011, una visita a la que ha seguido nueve meses más tarde la del Señor Primer Ministro.



Fue entonces, durante nuestro segundo encuentro, cuando se bendijo la majestuosa imagen de san Marón. Su presencia silenciosa en la cabecera de la Basílica de San Pedro recuerda de manera permanente al Líbano, en el mismo lugar en el que fue sepultado el apóstol Pedro. Manifiesta una herencia espiritual de siglos, que confirma la veneración de los libaneses hacia el primero de los apóstoles y sus sucesores. Los patriarcas maronitas, para remarcar su gran devoción a Simón Pedro, añaden a su nombre el de Boutros. Resulta agradable ver que san Marón, desde el santuario petrino, intercede continuamente por vuestro país y por todo el Oriente Medio. Señor Presidente, le agradezco desde ahora todos los esfuerzos realizados para el buen éxito de mi estancia entre ustedes.



Otro motivo de mi visita es la firma y entrega de la Exhortación apostólica postsinodal de la Asamblea especial para Oriente Medio del Sínodo de Obispos, Ecclesia in Medio Oriente. Se trata de un importante acontecimiento eclesial. Agradezco a todos los patriarcas católicos que se han desplazado, y de modo especial al Patriarca emérito, el querido Cardenal Nasrallah Boutros Sfeir, y a su sucesor, el Patriarca Bechara Boutros Raï. Saludo fraternalmente a todos los obispos del Líbano, así como a los que han viajado hasta aquí para rezar conmigo y recibir este documento de las manos del Papa. Por vuestro medio, saludo paternalmente a todos los cristianos de Oriente Medio. La Exhortación, destinada al mundo entero, pretende ser para ellos una hoja de ruta para los próximos años. Me alegro asimismo de poder encontrar durante estos días a numerosas representaciones de las comunidades católicas de vuestro país, de poder celebrar y rezar juntos. Su presencia, su compromiso y su testimonio son una aportación reconocida y altamente apreciada en la vida cotidiana de todos los habitantes de vuestro querido país.



Me complace saludar también con gran deferencia a los patriarcas y obispos ortodoxos que han venido a recibirme, así como a los representantes de las diversas comunidades religiosas del Líbano. Queridos amigos, vuestra presencia, demuestra la estima y la colaboración que deseáis promover entre todos en el respeto mutuo. Os agradezco vuestros esfuerzos, y estoy seguro de que continuaréis buscando caminos de unidad y concordia. No olvido los tristes y dolorosos acontecimientos que han afligido a vuestro hermoso país durante muchos años. La buena convivencia, típicamente libanesa, debe demostrar, a todo Oriente Medio y al resto del mundo, que dentro de una nación puede haber colaboración entre las diferentes Iglesias, miembros todos de la única Iglesia católica, en un espíritu fraternal de comunión con los demás cristianos y, al mismo tiempo, la convivencia y el diálogo respetuoso entre los cristianos y sus hermanos de otras religiones. Sabéis tan bien

como yo que este equilibrio, que se presenta por todas partes como un ejemplo, es extremadamente delicado. A veces amenaza con romperse cuando se tensa como un arco, o se somete a presiones que son con demasiada frecuencia partidistas, ciertamente interesadas, contrarias y extrañas a la armonía y dulzura libanesa. Es necesario entonces dar prueba de verdadera moderación y gran sabiduría. Y la razón debe prevalecer sobre la pasión unilateral para favorecer el bien común de todos. El gran rey Salomón, que conoció a Hirán, rey de Tiro, ¿acaso no tenía a la sabiduría como la virtud suprema? Por eso se la pidió a Dios insistentemente, y Dios le dio un corazón sabio e inteligente (1 R 3,9-12).

Vengo también para decir lo importante que es la presencia de Dios en la vida de cada uno y cómo la forma de vivir juntos, esta convivencia que desea testimoniar vuestro país, será profunda en la medida en que esté fundada en una actitud de acogida y benevolencia hacia el otro, en la medida que esté enraizada en Dios, que desea que todos los hombres sean hermanos. El famoso equilibrio libanés, que quiere seguir siendo una realidad, se puede prolongar gracias a la buena voluntad y al empeño de todos los libaneses. Sólo entonces podrá servir de modelo para los habitantes de toda la región, y del mundo entero. No se trata únicamente de una obra humana, sino de un don de Dios que hay que pedir con insistencia, preservar a cualquier precio, y consolidar con determinación.

Los lazos entre el Líbano y el Sucesor de Pedro son históricos y profundos. Señor Presidente y queridos amigos, vengo al Líbano como un peregrino de paz, como un amigo de Dios, y como un amigo de los hombres. «أعطيتكم سلامي»: «La paz os dejo», dijo Cristo (Jn 14,27). Y, más allá de vuestro país, vengo también hoy simbólicamente a todos los países de Oriente Medio, como un peregrino de paz, como un amigo de Dios, y como un amigo de todos los habitantes de todos los países de la región, cualquiera que sea su pertenencia y su creencia. Cristo les dice también a ellos: «أعطيتكم سلامي». Vuestros gozos y penas están continuamente presentes en la oración del Papa y pido a Dios que os acompañe y alivie. Os puedo asegurar que rezo particularmente por todos los que sufren en esta región, que son muchos. La imagen de san Marón me recuerda lo que vivís y soportáis.

Señor Presidente, sé que vuestro país me prepara una hermosa acogida, una acogida calurosa, la que se reserva a un hermano al que se ama y se respeta. Sé que vuestro país quiere ser digno de «l'Ahlán wa Sahlan» libanés. Lo es ya, y lo será más de ahora en adelante. Me siento feliz de estar con todos vosotros. Que Dios os bendiga a todos. (جميعكم الرب يُبارك). Gracias.

VISITA A LA BASÍLICA DE SAN PABLO DE HARISSA
Y FIRMA DE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA
POST-SINODAL

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Harissa

Viernes 14 de septiembre de 2012

Señor Presidente de la República,
Beatitud, venerados patriarcas,
queridos hermanos en el episcopado
y miembros del Consejo especial del Sínodo de Obispos para Oriente Medio,
ilustres representantes de las confesiones religiosas, del mundo de la cultura
y de la sociedad civil,
queridos hermanos y hermanas en Cristo,
queridos amigos

Deseo expresar mi gratitud al Patriarca Gregorios Laham por sus palabras
de bienvenida, así como al Secretario general del Sínodo de Obispos, Monseñor



Nikola Eteroviæ, por sus palabras de presentación. Dirijo un ferviente saludo a los patriarcas, al grupo de obispos orientales y latinos que se han reunido en esta hermosa basílica de San Pablo, y a los miembros del Consejo especial del Sínodo de los Obispos para Oriente Medio. Me alegro también de la presencia de las delegaciones ortodoxas, musulmanas y drusas, así como del mundo de la cultura y la sociedad civil. La buena convivencia del Islam y el Cristianismo, dos religiones que han contribuido a crear grandes culturas, constituyen la originalidad de la vida social, política y religiosa del Líbano. Solo es posible alegrarse por esta realidad que es necesario animar. Confío este deseo a los responsables religiosos de vuestro País. Saludo con afecto a la querida comunidad greco-melkita que me acoge. Vuestra presencia contribuye a dar solemnidad a la firma de la Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Medio Oriente*, y muestra que este documento, destinado ciertamente a la Iglesia universal, reviste una importancia particular para el conjunto de Oriente Medio.

Es providencial que este acto tenga lugar precisamente en el día de la Fiesta de la Cruz gloriosa, cuya celebración nació en Oriente en el año 335, al día siguiente de la Dedicación de la Basílica de la Resurrección, construida sobre el Gólgota y el sepulcro de Nuestro Señor, por el emperador Constantino el Grande, al que veneráis como santo. Dentro de un mes se celebrará el 1.700 aniversario de la aparición que le hizo ver, en la noche simbólica de su incredulidad, el crismón resplandeciente, al mismo tiempo que una voz le decía: «Con este signo vencerás». Más tarde, Constantino firmó el edicto de Milán y dio su nombre a Constantinopla. Pienso que la Exhortación puede ser leída e interpretada a la luz de la fiesta de la Cruz gloriosa y, de modo particular, a partir del crismón, la X (khi) y la P (rhô), las dos primeras letras de la palabra *Χριστός*. Esa lectura conduce a un verdadero redescubrimiento de la identidad del bautizado y de la Iglesia y, al mismo tiempo, constituye como una llamada al testimonio en la comunión y a través de ella. La comunión y el testimonio cristiano, ¿acaso no se fundan en el Misterio pascual, en la crucifixión, en la muerte y resurrección de Cristo? ¿No alcanzan en él su pleno cumplimiento? Hay un vínculo inseparable entre la cruz y la resurrección, que un cristiano no puede olvidar. Sin este vínculo, exaltar la cruz significaría justificar el sufrimiento y la muerte, no viendo en ello más que un fin inevitable. Para un cristiano, exaltar la cruz quiere decir entrar en comunión con la totalidad del amor incondicional de Dios por el hombre. Es hacer un acto de fe. Exaltar la cruz, en la perspectiva de la resurrección, es desear vivir y manifestar la totalidad de este amor. Es hacer un acto de amor. Exaltar la cruz lleva a comprometerse a ser heraldos de la comunión fraterna y eclesial, fuente del verdadero testimonio cristiano. Es hacer un acto de esperanza.



Refiriéndose a la situación actual de las Iglesias en Oriente Medio, los Padres sinodales han reflexionado sobre los gozos y las penas, los temores y las esperanzas en esos lugares de los discípulos de Cristo vivo. Toda la Iglesia ha podido escuchar así el grito lleno de angustia, y percibir la mirada de desesperación de tantos hombres y mujeres que se encuentran en situaciones humanas y materiales difíciles, que viven fuertes tensiones con miedo e inquietud, y que quieren seguir a Cristo, que da sentido a su existencia, a pesar de que muy a menudo se ven impedidos de hacerlo. Por eso, he querido que la trama de este documento sea la primera carta de san Pedro. Al mismo tiempo, la Iglesia ha podido admirar lo que hay de hermoso y de noble en las Iglesias de estas tierras. Queridos cristianos de Oriente Medio, ¿cómo no dar gracias a Dios en todo momento por todos vosotros? (cf. 1 Ts 1,2; primera parte de la Exhortación postsinodal). ¿Cómo no alabar vuestra fe llena de ánimo? ¿Cómo dejar de agradecer la llama de su amor infinito que vosotros seguís manteniendo viva y ardiente en estos lugares, que han sido los primeros en acoger a su Hijo encarnado? ¿Cómo no expresarle nuestro reconocimiento por los impulsos de comunión eclesial y fraternal, por la solidaridad humana manifestada sin cesar hacia todos los hijos de Dios?

Ecclesia in Medio Oriente nos permite repensar el presente para considerar el futuro con la misma mirada de Cristo. Por sus orientaciones bíblicas y pastorales, por su invitación a una profundización espiritual y eclesiológica, por la renovación litúrgica y catequética que propugna, por su llamamiento al diálogo, quiere trazar un camino para encontrar lo esencial: la secura Christi, en un contexto difícil y a veces doloroso, un contexto que podría hacer aflorar la tentación de ignorar u olvidar la cruz gloriosa. Ahora es precisamente cuando hay que celebrar la victoria del amor sobre el odio, del perdón sobre la venganza, del servicio sobre el dominio, de la humildad sobre el orgullo, de la unidad sobre la división. A la luz de la fiesta de hoy, y con vistas a una aplicación fructífera de la Exhortación, os invito a todos a no tener miedo, a permanecer en la verdad y a cultivar la pureza de la fe. Ese es el lenguaje de la cruz gloriosa. Esa es la locura de la cruz: la de saber convertir nuestro sufrimiento en grito de amor a Dios y de misericordia para con el prójimo; la de saber transformar también unos seres que se ven combatidos y heridos en su fe y su identidad, en vasos de arcilla dispuestos para ser colmados por la abundancia de los dones divinos, más preciosos que el oro (cf. 2 Co 4,7-18). No se trata de un lenguaje puramente alegórico, sino de un llamamiento urgente a llevar a cabo actos concretos que configuren cada vez más con Cristo, unos actos que ayuden a las diferentes Iglesias a reflejar la belleza de la primera comunidad de creyentes (cf. Hch 2,41-47; segunda parte de la Exhortación); unos actos similares a los del emperador Constantino, que supo dar testimonio y sacar a los cristianos de la discrimina-

ción para permitirles vivir abierta y libremente su fe en Cristo crucificado, muerto y resucitado para nuestra salvación.

Ecclesia in Medio Oriente ofrece elementos que pueden ayudar a un examen de conciencia personal y comunitario, a una evaluación objetiva del compromiso y del deseo de santidad de todo discípulo de Cristo. La Exhortación abre a un verdadero diálogo interreligioso basado en la fe en Dios Uno y Creador. Quiere también contribuir a un ecumenismo lleno de fervor humano, espiritual y caritativo, en la verdad y el amor evangélico, que extrae su fuerza del mandato del Resucitado: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,19-20).

La Exhortación, en todas y cada una de sus partes, quiere ayudar a cada discípulo del Señor a vivir plenamente y a transmitir realmente lo que él ha llegado a ser por el bautismo: un hijo de la luz, un ser iluminado por Dios, una nueva lámpara en la oscuridad inquietante del mundo, para que en las tinieblas resplandezca la luz (cf. Jn 1,4-5 y 2 Co 4,1-6). Este documento quiere contribuir a despojar a la fe de lo que la desfigura, de todo lo que puede oscurecer el esplendor de la luz de Cristo. La comunión es entonces una verdadera adhesión a Cristo, y el testimonio es un resplandor del Misterio pascual, que da pleno sentido a la cruz gloriosa. Nosotros seguimos y «predicamos a Cristo crucificado [...] fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Co 1, 23-24; cf. Tercera parte de la Exhortación).

«No temas, pequeño rebaño» (Lc 12,32) y acuérdate de la promesa hecha a Constantino: «Con este signo vencerás». Iglesias de Oriente Medio, no tengáis miedo, pues el Señor está verdaderamente con vosotras hasta el fin del mundo. No tengáis miedo, pues la Iglesia universal os acompaña con su cercanía humana y espiritual. Con estos sentimientos de esperanza y de aliento a ser protagonistas activos de la fe por la comunión y el testimonio, mañana entregaré la Exhortación postsinodal Ecclesia in Medio Oriente a mis venerados hermanos patriarcas, arzobispos y obispos, a todos los sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, a los seminaristas y a los fieles laicos. «Tened valor» (Jn 16,33). Por intercesión de la Virgen María, la Theotókos, invoco con afecto sobre todos vosotros la abundancia de los dones divinos. Que Dios conceda a todos los pueblos de Oriente Medio vivir en paz, fraternidad y libertad religiosa. جميعكم الرب ليبارك [Que Dios os bendiga].



EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POSTSINODAL ECCLESIA IN MEDIO ORIENTE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

A LOS PATRIARCAS, A LOS OBISPOS, AL CLERO,
A LAS PERSONAS CONSAGRADAS
Y A LOS FIELES LAICOS SOBRE LA IGLESIA
EN ORIENTE MEDIO, COMUNIÓN Y TESTIMONIO

INTRODUCCIÓN

1. La Iglesia en Oriente Medio, que desde los albores de la fe cristiana peregrina en esta tierra bendita, continúa hoy su testimonio con valentía, fruto de una vida de comunión con Dios y con el prójimo. Comunión y testimonio. En efecto, esta es la convicción que ha animado a la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para Oriente Medio, reunida en torno al Sucesor de Pedro del 10 al 24 de octubre de 2010, sobre el tema: La Iglesia católica en Oriente Medio, comunión y testimonio. «El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma» (Hch 4,32).

2. En los comienzos de este tercer milenio, deseo encomendar esta convicción, cuya fuerza se funda en Jesucristo, a la solicitud pastoral de todos los pastores de la Iglesia una, santa, católica y apostólica y, más en particular, a los Venerables Hermanos, los Patriarcas, Arzobispos y Obispos que, en unión con el Obispo de Roma, velan juntos sobre la Iglesia católica en Oriente Medio. En esta región hay fieles nativos pertenecientes a las venerables Iglesias orientales católicas sui iuris: la Iglesia patriarcal de Alejandría de los coptos, las tres Iglesias patriarcales de Antioquía de los greco-melquitas, de los sirios y de los maronitas, el Patriarcado de Babilonia de los caldeos y la de Cilicia de los armenios. Hay también obispos, sacerdotes y fieles que pertenecen a la Iglesia latina. Y, además, hay sacerdotes y fieles venidos de la India, de los Arzobispados mayores de Ernakulam-Angamaly de los sirio-malabares y de Trivandrum de los sirio-malankares, así como de otras iglesias orientales y latinas de Asia y Europa del Este, y muchos fieles de Etiopía y Eritrea. En su conjunto, dan testimonio de la unidad de la fe en la diversidad de sus tradiciones. También quiero encomendar esta convicción a todos los sacerdotes, religiosos y religiosas, y fieles laicos de Oriente Medio, con la certeza de que ella animará el ministerio y apostolado de cada uno en su respectiva iglesia, según el carisma que el Espíritu le haya otorgado para la edificación de todos.

3. Por lo que respecta a la fe cristiana, la «comunión es la vida misma de Dios que se comunica en el Espíritu Santo, mediante Jesucristo»[1]. Es un don de Dios que interpela nuestra libertad y espera nuestra respuesta. Precisamente por su origen divino, la comunión tiene una dimensión universal. Aun cuando atañe de manera imperativa a los cristianos, en razón de su fe apostólica común, no deja de estar menos abierta para nuestros hermanos judíos y musulmanes, y para todos aquellos que, de diversas formas, están también ordenados al Pueblo de Dios. La Iglesia católica en Oriente Medio sabe que no puede manifestar plenamente esta comunión en el plano ecuménico e interreligioso si no la reaviva ante todo en ella misma, en el seno de cada una de sus Iglesias, entre todos sus miembros: patriarcas, obispos, sacerdotes, personas consagradas y laicos. La profundización de la vida de fe personal y de renovación espiritual interna de la Iglesia católica permitirá la plenitud de vida de gracia y la teosis (divinización)[2]. Así se dará credibilidad al testimonio.

[1] Homilía en la apertura de la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para Oriente Medio (10 octubre 2010): AAS 102 (2010), 805.

[2] Cf. Propositio 4.

4. El ejemplo de la primera comunidad de Jerusalén puede servir de modelo para la renovación de la comunidad cristiana actual, con el fin de crear un espacio de comunión para el testimonio. En efecto, los Hechos de los Apóstoles, ofrecen una primera descripción, simple y profunda, de aquella comunidad nacida el día de Pentecostés: un grupo de creyentes que tenía un solo corazón y una sola alma (cf. 4,32). Hay desde el comienzo un vínculo fundamental entre la fe en Jesús y la comunión eclesial, indicado por los dos términos intercambiables: un solo corazón y una sola alma. Así pues, la comunión no es el resultado de un artificio humano. Se obtiene ante todo por la fuerza del Espíritu Santo, que crea en nosotros la fe que actúa por el amor (cf. Ga 5,6).

5. Según los Hechos, la unidad de los creyentes se reconocía porque «perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (2,42). La unidad de los creyentes se alimenta, pues, de la enseñanza de los Apóstoles (el anuncio de la Palabra de Dios) a la que ellos responden con una fe unánime, de la comunión fraterna (el servicio de la caridad), de la fracción del pan (la Eucaristía y el conjunto de los sacramentos) y de la oración personal y comunitaria. Estos son los cuatro pilares sobre los que se fundan la comunión y el testimonio en el seno de la primera comunidad de los creyentes. Que la Iglesia, presente sin interrupción en Oriente Medio desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días, encuentre en el ejemplo de esta comunidad los recursos necesarios para mantener viva en ella la memoria y el dinamismo apostólico de los orígenes.

6. Los participantes en la Asamblea sinodal han experimentado la unidad en el seno de la Iglesia católica, dentro de la gran variedad de factores geográficos, religiosos, culturales y sociopolíticos. La fe común se vive y se despliega de forma admirable en la diversidad de sus expresiones teológicas, espirituales, litúrgicas y canónicas. Al igual que mis predecesores en la Sede de Pedro, renuevo aquí mi voluntad de que «se conserven religiosamente y se promuevan los ritos de las Iglesias orientales, cual patrimonio de la Iglesia universal de Cristo, patrimonio en el que resplandece la tradición que proviene de los Apóstoles a través de los Padres y que afirma la unidad divina de la fe católica en la variedad»[3], asegurando a mis herma-

[3] Código de los cánones de las Iglesias orientales, c. 39; cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Orientalium Ecclesiarum*, sobre las Iglesias orientales católicas, 1; Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Una esperanza nueva para el Líbano* (10 mayo 1997), 40: AAS 89 (1997), 346-347, donde se desarrolla el tema de la unidad entre la Tradición apostólica común y las tradiciones eclesiales nacidas de ella en Oriente.

nos latinos mi afecto, atento a sus necesidades y requerimientos, según el mandamiento de la caridad que lo preside todo, y de acuerdo con las normas del derecho.

PRIMERA PARTE

«En todo momento damos gracias a Dios por todos vosotros
y os tenemos presentes en nuestras oraciones» (1 Ts 1,2)

7. Con esta acción de gracias de san Pablo, deseo saludar a los cristianos que viven en Oriente Medio, asegurándoles mi oración ferviente y constante. La Iglesia católica, y con ella toda la comunidad cristiana, no los olvida y reconoce con gratitud su noble y antigua contribución a la edificación del Cuerpo de Cristo. Les agradece su fidelidad y les renueva su afecto.

El contexto

8. Recuerdo con emoción mis viajes a Oriente Medio. Tierra elegida por Dios de una manera especial, fue hollada por los patriarcas y los profetas. Ella hizo de escriño para la encarnación del Mesías, vio alzarse la cruz del Salvador y fue testigo de la resurrección del Redentor y de la efusión del Espíritu Santo. La recorrieron los Apóstoles, los santos y muchos Padres de la Iglesia, siendo el crisol de las primeras formulaciones dogmáticas. Sin embargo, esta tierra bendita, y los pueblos que la habitan, experimenta de forma dramática las convulsiones humanas. ¡Cuántas muertes, cuántas vidas destrozadas por la ceguera humana, cuántos miedos y humillaciones! Parece como si, entre los hijos de Adán y Eva, creados a imagen de Dios (cf. Gn 1,27), el crimen de Caín no hubiera acabado (cf. Gn 4,6-10; 1 Jn 3,8-15). El pecado de Adán, consolidado por la culpa de Caín, no cesa de producir todavía hoy cardos y espinas (cf. Gn 3,18). ¡Qué triste es ver a esta tierra bendita sufrir en sus hijos, que se desgarran con saña y mueren! Los cristianos sabemos que sólo Jesús, habiendo pasado por la tribulación y la muerte para resucitar, puede traer la salvación y la paz a todos los habitantes de esta región del mundo (cf. Hch 2,23-24; 32-33). Y es a él sólo, a Cristo, el Hijo de Dios, a quien proclamamos. Arrepintámonos, pues, y convirtámonos «para que se borren nuestros pecados; para que vengan tiempos de consuelo de parte de Dios» (Hch 3,19-20a).

9. Según las santas Escrituras, la paz no es sólo un pacto o un tratado que favorece una vida tranquila, y su definición no se puede reducir a la simple ausencia de guerra. Según su etimología hebrea, la paz comporta: ser completa, estar intacta, terminar algo para restablecer la integridad. Es el estado del hombre que vive en armonía con Dios, consigo mismo, con su prójimo y con la naturaleza. Antes de ser algo exterior, la paz es interior. Es una bendición. Es el deseo de una realidad. La paz es tan deseable que en Oriente Medio se ha convertido en un saludo (cf. Jn 20,19; 1 P 5,14). La paz es justicia (cf. Is 32,17), y Santiago añade en su carta: «El fruto de la justicia se siembra en la paz para quienes trabajan por la paz» (3,18). La lucha profética y la reflexión sapiencial eran un combate y un requisito con vistas a la paz escatológica. Esta es la paz auténtica en Dios, a la que Cristo nos lleva. Es la única puerta (cf. Jn 10,9). La única puerta que los cristianos quieren cruzar.

10. El hombre que busca el bien, sólo comenzando él mismo a convertirse a Dios, a vivir el perdón en su entorno y en la comunidad, puede responder a la invitación de Cristo a hacerse «hijo de Dios» (cf. Mt 5,9). Únicamente el humilde podrá gustar las delicias de una paz insondable (cf. Sal 37,11). Al inaugurar para nosotros la comunión con Dios, Jesús crea la verdadera hermandad, la fraternidad no desfigurada por el pecado[4]. «Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su carne el muro que los separaba: la hostilidad» (Ef 2,14). El cristiano sabe que la política terrena de la paz sólo será eficaz si la justicia en Dios y entre los hombres es su auténtica base, y si esta misma justicia lucha contra el pecado que está en el origen de la división. Por eso, la Iglesia quiere superar toda distinción de raza, sexo y nivel social (cf. Ga 3,28; Col 3,11), sabiendo que todos son uno en Cristo, que es todo en todos. Esta es también la razón por la que la Iglesia apoya y anima todo empeño por la paz en el mundo, y en Oriente Medio en particular. No escatima esfuerzo alguno para ayudar a los hombres a vivir en paz y favorece también el marco jurídico internacional que la consolida. Es sobradamente conocida la posición de la Santa Sede sobre los diversos conflictos que afligen dramáticamente a la región y sobre el status de Jerusalén y los santos lugares[5]. Pero la Iglesia no olvida que, por encima de todo, la paz es un fruto del Espíritu (Ga 5,22) que nunca debemos dejar de pedir a Dios (cf. Mt 7,78).

[4] Cf. Homilía en la Misa de Nochebuena en la Solemnidad de la Natividad del Señor (24 diciembre 2010): AAS 103 (2011), 17-21.

[5] Cf. Propositio 9.

La vía cristiana y ecuménica

11. Dios ha permitido el desarrollo de su Iglesia en este contexto constrictivo, inestable y actualmente propenso a la violencia. Ella vive en él dentro de una notable multiplicidad. Junto con la Iglesia católica, en Oriente Medio están presentes numerosas y venerables Iglesias, a las que se añaden comunidades eclesiales de origen más reciente. Este mosaico requiere un esfuerzo importante y continuo por favorecer la unidad, dentro de las respectivas riquezas, con el fin de reforzar la credibilidad del anuncio del Evangelio y del testimonio cristiano[6]. La unidad es un don de Dios, que nace del Espíritu, y es preciso hacer crecer con perseverante paciencia (cf. 1 P 3,8-9). Sabemos que, cuando las divisiones nos contraponen, existe la tentación de recurrir sólo a criterios humanos, olvidando los sabios consejos de san Pablo (cf. 1 Co 6,7-8). Él nos exhorta: «Esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Ef 4,3). La fe es el centro y el fruto del verdadero ecumenismo[7]. Esto es lo que se ha de comenzar a profundizar. La unidad surge de la oración perseverante y la conversión, que hace vivir a cada uno según la verdad y en la caridad (cf. Ef 4,15-16). El Concilio Vaticano II ha alentado este «ecumenismo espiritual», que es el alma del auténtico ecumenismo[8]. La situación en Oriente Medio es en sí misma un llamamiento urgente a la santidad de vida. Los martirologios enseñan que los santos y los mártires, de cualquier pertenencia eclesial, han sido – y algunos lo son todavía – testigos vivos de esta unidad sin fronteras en Cristo glorioso, anticipando nuestro «estar reunidos» como pueblo finalmente reconciliado en él[9]. Por eso se ha de consolidar, aun dentro de la Iglesia católica, la comunión que da testimonio del amor de Cristo.

12. Basados en las indicaciones del Directorio ecuménico[10], los fieles católicos pueden promover el ecumenismo espiritual en las parroquias, monasterios y conventos, en las instituciones escolares y universitarias, y en los seminarios. Los pastores se cuidarán de acostumbrar a los fieles a ser testigos de la comunión en

[6] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Unitatis redintegratio, sobre el ecumenismo, 1.

[7] Cf. A los participantes en la plenaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe (27 enero 2012), AAS 104 (2012), 109.

[8] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Unitatis redintegratio, sobre el ecumenismo, 8.

[9] Cf. Juan Pablo II, Carta enc. Ut unum sint (25 mayo 1995), 83-84: AAS 87 (1995), 971-972.

[10] Cf. Consejo pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, Directrices para la aplicación de principios y normas sobre el Ecumenismo (25 marzo 1993): AAS 85 (1993), 1039-1119.

todos los ámbitos de su vida. Ciertamente, esta comunión no es una confusión. El testimonio auténtico comporta el reconocimiento y el respeto por el otro, la disposición para el diálogo en la verdad, la paciencia como una dimensión del amor, la sencillez y la humildad de quien se reconoce pecador ante Dios y el prójimo, la capacidad de perdón, de reconciliación y purificación de la memoria, tanto en el plano personal como comunitario.

13. Aliento el cometido de los teólogos que trabajan incansablemente por la unidad, y saludo las actividades de las comisiones ecuménicas locales que existen en los diferentes niveles, así como la actividad de las distintas comunidades que rezan y se esfuerzan en favor de la unidad tan deseada, promoviendo la amistad y la fraternidad. En fidelidad a los orígenes de la Iglesia y a sus tradiciones vivas, es importante también que se hable con una sola voz sobre las grandes cuestiones morales a propósito de la verdad humana, la familia, la sexualidad, la bioética, la libertad, la justicia y la paz.

14. Por otra parte, existe ya un «ecumenismo diaconal» en el campo de la caridad y la educación entre los cristianos de las diversas Iglesias y Comunidades eclesiales. Y el Consejo de las Iglesias de Oriente Medio, que agrupa a las Iglesias de diferentes tradiciones cristianas de la región, es un buen foro para que el diálogo pueda desenvolverse con amor y respeto recíproco.

15. El Concilio Vaticano II indica que, para ser eficaz, el camino ecuménico ha de recorrerse «principalmente con la oración, con el ejemplo de vida, con la escrupulosa fidelidad a las antiguas tradiciones orientales, con un mejor conocimiento mutuo, con la colaboración y estima fraterna de las cosas y de los espíritus»[11]. Sobre todo, será conveniente que todos se dirijan aún más hacia Cristo mismo. Jesús une a quienes creen en él y le aman, entregándoles el Espíritu de su Padre, así como el de María, su madre (cf. Jn 14,6; 16,7; 19,27). Este dúplice don, cada uno de diferente entidad, puede ayudar mucho y merece una mayor atención por parte de todos.

16. El amor común a Cristo «que no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca» (1 P 2,22) y el «vínculo estrechísimo»[12] que nos une a las Iglesias orientales que no están en plena comunión con la Iglesia Católica, urgen al diálogo

[11] Decr. *Orientalium Ecclesiarum*, sobre las Iglesias orientales católicas, 24.

[12] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 15.

y a la unidad. En varios casos, los católicos están unidos a las Iglesias de Oriente que no están en plena comunión en virtud de los comunes orígenes religiosos. Para una renovada pastoral ecuménica, con vistas a un testimonio común, es útil entender bien la apertura conciliar hacia una cierta *communicatio in sacris* respecto a los sacramentos de la penitencia, la eucaristía y la unción de los enfermos[13], que no sólo es posible, sino que puede ser aconsejable en algunas circunstancias favorables, de acuerdo con normas precisas y la aprobación de las autoridades eclesiásticas[14]. Los matrimonios entre fieles católicos y ortodoxos son numerosos y requieren una atención ecuménica especial[15]. Aliento a los obispos y a los eparcas a aplicar, en la medida de lo posible, y allí donde los halla, los acuerdos pastorales para promover, poco a poco, una pastoral ecuménica de conjunto.

17. La unidad ecuménica no es la uniformidad de las tradiciones y las celebraciones. Pero estoy seguro de que, para empezar, y con la ayuda de Dios, se podría llegar a acuerdos para una traducción común de la Oración del Señor, el Padre Nuestro, en las lenguas vernáculas de la región, allí donde sea necesario[16]. Al orar juntos con las mismas palabras, los cristianos reconocerán sus raíces comunes en la única fe apostólica, en la que se funda la búsqueda de la plena comunión. Por otra parte, la profundización común del estudio de los Padres orientales y latinos, así como de las respectivas tradiciones espirituales, también podría ayudar mucho en la correcta aplicación de las normas canónicas que regulan esta materia.

18. Invito a los católicos de Oriente Medio a cultivar las relaciones con los fieles de las diferentes Comunidades eclesiales de la región. Hay diferentes iniciativas conjuntas posibles. Por ejemplo, el leer juntos la Biblia, así como difundirla, podría abrir este camino. Además, se podrían desarrollar e intensificar también co-

[13] Cf. Id., *Decr. Orientalium Ecclesiarum*, sobre las Iglesias orientales católicas, 26-27.

[14] Cf. Id., *Decr. Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 15; Consejo pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, *Directrices para la aplicación de principios y normas sobre el Ecumenismo* (25 marzo 1993), 122-128: AAS 85 (1993), 1086-1088.

[15] Cf. Consejo pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, *Directrices para la aplicación de principios y normas sobre el Ecumenismo* (25 marzo 1993), 145: AAS 85 (1993), 1092.

[16] Cf. *Propositio* 28, en que se proponen algunas iniciativas que son de competencia pastoral local y otras que afectan al conjunto de la Iglesia católica, que se estudiarán de acuerdo con la Sede de Pedro.

laboraciones particularmente fecundas en el campo de las actividades caritativas y de la promoción de los valores y de la vida humana, de la justicia y de la paz. Todo esto contribuirá a una mejor comprensión mutua y a la creación de un clima de estima, que son condiciones esenciales para promover la fraternidad.

El diálogo interreligioso

19. La naturaleza y la vocación universal de la Iglesia exige que esté en diálogo con los miembros de otras religiones. En Oriente Medio, este diálogo se funda en los lazos espirituales e históricos que unen los cristianos a judíos y musulmanes. Este diálogo, que no obedece principalmente a consideraciones pragmáticas de orden político o social, se basa ante todo en los fundamentos teológicos que interpelan la fe. Proviene de las santas Escrituras y están claramente definidos en la Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, y en la Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, *Nostra Aetate* [17]. Judíos, cristianos y musulmanes, creen en un Dios único, creador de todos los hombres. Que judíos, cristianos y musulmanes redescubran uno de los deseos divinos, el de la unidad y la armonía de la familia humana. Que judíos, cristianos y musulmanes descubran en el otro creyente a un hermano que se ha de respetar y amar, en primer lugar para dar en sus tierras el hermoso testimonio de la serenidad y la convivencia entre los hijos de Abraham. El reconocimiento de un Dios Uno, en vez de ser instrumentalizado en los reiterados e injustificables conflictos, para un verdadero creyente —si lo vive con un corazón puro— puede contribuir poderosamente a la paz en la región y a la cohabitación respetuosa de sus habitantes.

20. Son muchos y profundos los vínculos entre cristianos y judíos. Ambos están anclados en un precioso patrimonio espiritual común. Ciertamente, comparten la creencia en un Dios único, creador, que se revela y se alía con el hombre para siempre, y que por amor desea la redención. También tienen la Biblia, que en gran parte es común para judíos y cristianos. Para unos y para otros, es «Palabra de Dios». El común recurso a la Escritura nos acerca. Por otra parte, Jesús, un hijo del pueblo elegido, nació, vivió y murió como judío (cf. Rm 9,4-5). También María, su madre, nos invita a redescubrir las raíces judías del cristianismo. Estos estrechos lazos son un bien único, del que todos los cristianos se sienten orgullosos y deudores al pueblo elegido. Pero aunque el carácter judío del «Nazareno» permite a los

[17] Cf. Propositio 40.

cristianos saborear gozosos el mundo de la promesa y los introduce de manera decisiva en la fe del pueblo elegido uniéndolos a él, la persona y la identidad profunda de este mismo Jesús los separa, puesto que los cristianos reconocen en él al Mesías, el Hijo de Dios.

21. Conviene que los cristianos sean más conscientes de la profundidad del misterio de la encarnación, para amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con toda su fuerza (cf. Dt 6,5). Cristo, el Hijo de Dios, se hizo carne en un pueblo, en una tradición de fe y en una cultura, cuyo conocimiento no puede sino enriquecer la comprensión de la fe cristiana. Los cristianos han acrecentado este conocimiento por la aportación específica dada por Cristo mismo con su muerte y resurrección (cf. Lc 24,26). Pero han de ser siempre conscientes y estar agradecidos de sus raíces. Pues, para que el injerto en el árbol antiguo pueda prosperar (cf. Rm 11,17-18), necesita la savia que viene de las raíces.

22. Las relaciones entre las dos comunidades creyentes han estado marcadas por la historia y por las pasiones humanas. Ha habido numerosas y reiteradas incomprensiones y desconfianzas recíprocas. Las persecuciones insidiosas o violentas del pasado son inexcusables y merecedoras de una neta condena. Sin embargo, a pesar de estas tristes situaciones, las aportaciones mutuas a través de los siglos han sido tan fecundas que han contribuido al nacimiento y florecimiento de una civilización y de una cultura conocida como judeo-cristiana. Es como si estos dos mundos, que se declaran diferentes y contrarios por diversos motivos, hubieran decidido unir sus fuerzas para ofrecer a la humanidad una aleación noble. Estos lazos, que unen y separan al mismo tiempo a judíos y cristianos, les deben abrir a una nueva responsabilidad de unos respecto a otros, de unos con otros[18]. Pues los dos pueblos han recibido la misma bendición, y las promesas de eternidad que permiten avanzar con confianza hacia la fraternidad.

23. La Iglesia católica, fiel a la enseñanza del Concilio Vaticano II, mira con estima a los musulmanes que ofrecen un culto a Dios, especialmente mediante la oración, la limosna y el ayuno; que veneran a Jesús como un profeta, aunque sin reconocer su divinidad, y que honran a María, su Madre virginal. Sabemos que el encuentro del islam y el cristianismo ha tomado a menudo la forma de controversia doctrinal. Lamentablemente, estas diferencias doctrinales han servido de pretexto a

[18] Cf. Discurso en la visita de cortesía a los dos grandes rabinos de Jerusalén, Jerusalén (12 mayo 2009), AAS 101 (2009), 522-523; Propositio 41.

los unos y a los otros para justificar, en nombre de la religión, prácticas de intolerancia, discriminación, marginación e incluso de persecución[19].

24. A pesar de esta constatación, los cristianos comparten con los musulmanes la misma vida cotidiana en Oriente Medio, donde su presencia no es nueva ni accidental, sino histórica. Al formar parte integral de Oriente Medio, han desarrollado a lo largo de los siglos un tipo de relación con su entorno que puede servir de lección. Se han dejado interpelar por la religiosidad de los musulmanes, y han continuado, según sus medios y en la medida de lo posible, viviendo y promoviendo los valores del Evangelio en la cultura circundante. El resultado es una simbiosis peculiar. Por tanto, es justo reconocer la aportación judía, cristiana y musulmana a la formación de una rica cultura, propia de Oriente Medio[20].

25. Los católicos de Oriente Medio, la mayoría de los cuales son ciudadanos nativos de su país, tienen el deber y el derecho de participar plenamente en la vida nacional, trabajando en la construcción de su patria. Han de gozar de la plena ciudadanía, y no ser tratados como ciudadanos o creyentes de segunda clase. Al igual que en el pasado, cuando, como pioneros del renacimiento árabe, eran parte integrante de la vida cultural, económica y científica de las distintas civilizaciones de la región, desean compartir hoy, como entonces y siempre, sus experiencias con los musulmanes, aportando su contribución específica. A causa de Jesús, los cristianos son sensibles a la dignidad de la persona humana y a la libertad religiosa que de ella se deriva. Por amor a Dios y a la humanidad, glorificando así la doble naturaleza de Cristo, y por el sentido de la vida eterna, los cristianos han construido escuelas, hospitales e instituciones de todo tipo, donde se acoge a todos sin discriminación alguna (cf. Mt 25,3ss). Por estas razones, los cristianos prestan una atención especial a los derechos fundamentales de la persona humana. No es justo, pues, afirmar que estos derechos son sólo derechos cristianos del hombre. Son simplemente derechos exigidos por la dignidad de toda persona humana y de todo ciudadano, cualquiera que sea su origen, convicción religiosa y opción política.

26. La libertad religiosa es la cima de todas las libertades. Es un derecho sagrado e inalienable. Abarca tanto la libertad individual como colectiva de seguir la propia conciencia en materia religiosa como la libertad de culto. Incluye la libertad de elegir la religión que se estima verdadera y de manifestar públicamente la propia

[19] Cf. Propositio 5.

[20] Cf. Propositio 42.

creencia[21]. Ha de ser posible profesar y manifestar libremente la propia religión y sus símbolos, sin poner en peligro la vida y la libertad personal. La libertad religiosa hunde sus raíces en la dignidad de la persona; garantiza la libertad moral y favorece el respeto mutuo. Los judíos, que han sufrido desde hace mucho tiempo hostilidades, con frecuencia mortales, no pueden olvidar los beneficios de la libertad religiosa. Los musulmanes, por su parte, comparten con los cristianos la convicción de que no está permitida coacción alguna en materia religiosa, y menos aún con la fuerza. Esta coacción, que puede adoptar formas múltiples e insidiosas en el plano personal y social, cultural, administrativo y político, es contraria a la voluntad de Dios. Es una fuente de instrumentalización político-religiosa, de discriminación y violencia, que puede conducir a la muerte. Dios quiere la vida, no la muerte. Prohíbe el homicidio, e incluso dar muerte al asesino (cf. Gn 4,15-16; 9,5-6; Ex 20,13).

27. La tolerancia religiosa existe en numerosos países, pero no implica mucho, pues queda limitada en su campo de acción. Es preciso pasar de la tolerancia a la libertad religiosa. Este paso no es una puerta abierta al relativismo, como algunos sostienen. Y tampoco una medida que abre una fisura en el creer, sino una reconsideración de la relación antropológica con la religión y con Dios. No es un atentado contra las «verdades fundantes» del creer, porque, no obstante las divergencias humanas y religiosas, un destello de verdad ilumina a todos los hombres[22]. Bien sabemos que, fuera de Dios, la verdad no existe como un «en sí». Sería un ídolo. La verdad sólo puede desarrollarse en la relación con el otro que se abre a Dios, el cual quiere manifestar su propia alteridad en y a través de mis hermanos humanos. Por tanto, no conviene afirmar de manera excluyente «yo poseo la verdad». La verdad no es posesión de nadie, sino siempre un don que nos llama a un proceso que nos asimile cada vez más profundamente a la verdad. La verdad sólo puede ser conocida y vivida en la libertad; por eso, no podemos imponer la verdad al otro; la verdad se desvela únicamente en el encuentro de amor.

28. El mundo entero fija su atención en Oriente Medio, que busca su camino. Que esta región muestre cómo el vivir juntos no es una utopía, y que la desconfianza y el prejuicio no son algo ineluctable. Las religiones pueden unir sus esfuerzos

[21] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa, 2-8; Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2011: AAS 103 (2011), 46-58; Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (10 enero 2011): AAS 103 (2011), 100-107.

[22] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra Aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, 2.



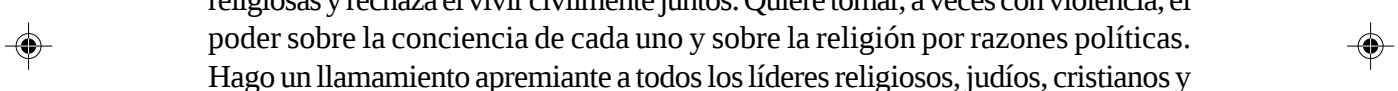
para servir al bien común y contribuir al desarrollo de cada persona y a la construcción de la sociedad. Los cristianos mediorientales viven desde hace siglos el diálogo islámico-cristiano. Para ellos, éste es un diálogo que forma parte de la vida cotidiana. Ellos conocen su riqueza y sus limitaciones. Más recientemente, viven también el diálogo judeo-cristiano. Existe igualmente desde hace mucho tiempo un diálogo bilateral o trilateral de intelectuales o teólogos, judíos, cristianos y musulmanes. Es un laboratorio de encuentros y también de estudios diversos que se ha de promover. A ello contribuyen eficazmente también todos los diferentes institutos y centros católicos –de filosofía, teología u otras materias– que nacieron tiempo atrás en Oriente Medio, y que trabajan allí en condiciones a veces difíciles. Los saludo cordialmente y les animo a continuar su obra de paz, sabiendo que es preciso sostener todo aquello que combate la ignorancia fomentando el conocimiento. La conjunción feliz entre el diálogo de la vida cotidiana con el de los intelectuales o teólogos, contribuirá ciertamente, poco a poco, y con la ayuda de Dios, a mejorar la convivencia judeo-cristiana, judeo-islámica y cristiano-musulmana. Este es mi deseo y la intención por la que rezo.

Dos nuevas realidades

29. Al igual que en el resto del mundo, en Oriente Medio se perciben dos realidades opuestas: la laicidad, con sus formas a veces extremas, y el fundamentalismo violento, que pretende tener un origen religioso. Con gran suspicacia, algunos responsables políticos y religiosos de Oriente Medio, de todas las comunidades, consideran la laicidad como atea o inmoral. Es verdad que la laicidad puede afirmar a veces de modo reductivo que la religión concierne exclusivamente a la esfera privada, como si no fuera más que un culto individual y doméstico, ajeno a la vida, a la ética, a la relación con el otro. En su versión extrema e ideológica, la laicidad, convertida en laicismo, niega al ciudadano la expresión pública de su religión y pretende que únicamente el Estado legisle sobre su forma pública. Estas teorías son antiguas. No son solamente occidentales y no se pueden confundir con el cristianismo. La sana laicidad, por el contrario, significa liberar la religión del peso de la política y enriquecer la política con las aportaciones de la religión, manteniendo la distancia necesaria, la clara distinción y la colaboración indispensable entre las dos. Ninguna sociedad puede desarrollarse sanamente sin afirmar el respeto recíproco entre la política y la religión, evitando la tentación constante de mezclarlas u oponerlas. La relación apropiada se basa, ante todo, en la naturaleza del hombre, por tanto en una sana antropología, y en el respeto absoluto de sus derechos inalienables. La



toma de conciencia de esta relación apropiada permite comprender que hay una especie de unidad-distinción que debe caracterizar la relación entre lo espiritual (religioso) y lo temporal (político), pues ambas dimensiones están llamadas, incluso con la necesaria distinción, a cooperar armónicamente en la búsqueda del bien común. Dicha sana laicidad garantiza que la política actúe sin instrumentalizar a la religión, y que se pueda vivir libremente la religión sin el peso de políticas dictadas por intereses, a veces poco conformes, y con frecuencia hasta contrarios a las creencias religiosas. Por consiguiente, la sana laicidad (unidad-distinción) es necesaria, más aún indispensable para las dos. El desafío que entraña la relación entre lo político y lo religioso puede afrontarse con paciencia y decisión mediante una adecuada formación humana y religiosa. Es preciso recordar continuamente el lugar de Dios en la vida personal, familiar y civil, y el justo lugar del hombre en el designio de Dios. Y, a este respecto, es preciso sobre todo rezar más.



30. La incertidumbre económica y política, la habilidad manipuladora de algunos y una deficiente comprensión de la religión, entre otros factores, son el caldo de cultivo del fundamentalismo religioso. Éste afecta a todas las comunidades religiosas y rechaza el vivir civilmente juntos. Quiere tomar, a veces con violencia, el poder sobre la conciencia de cada uno y sobre la religión por razones políticas. Hago un llamamiento apremiante a todos los líderes religiosos, judíos, cristianos y musulmanes de la región, para que traten de hacer todo lo posible, mediante su ejemplo y su enseñanza, por erradicar esta amenaza, que acecha de manera indiscriminada y mortal a los creyentes de todas las religiones. «Utilizar las palabras reveladas, las sagradas Escrituras o el nombre de Dios para justificar nuestros intereses, nuestras políticas tan fácilmente complacientes o nuestras violencias, es un delito muy grave»[23].

Los emigrantes

31. La realidad de Oriente Medio es rica por su diversidad, pero con demasiada frecuencia constrictiva e incluso violenta. Es una realidad que afecta al conjunto de los habitantes de la región y en todos los aspectos de su vida. Situados en una posición muchas veces delicada, los cristianos sienten de manera especial, y

[23] Discurso en el Encuentro con los miembros del Gobierno, los representantes de las Instituciones de la República, el Cuerpo Diplomático y los representantes de las principales religiones (Cotonou, 19 noviembre 2011): AAS 103 (2011), 820.

a veces con cansancio y escasa esperanza, las consecuencias negativas de estos conflictos e incertidumbres. A menudo se sienten humillados. Saben también por experiencia que son víctimas designadas cuando hay agitaciones. Después de haber participado activamente durante siglos en la construcción de sus respectivas naciones, y contribuido a la formación de su identidad y su prosperidad, numerosos cristianos buscan ambientes más favorables, lugares de paz donde ellos y sus familias puedan vivir con dignidad y seguridad, y espacios de libertad donde puedan expresar su fe sin estar sujetos a tantas restricciones[24]. Esta opción es desgarradora. Afecta gravemente a personas, familias e Iglesias. Mutila a las naciones y contribuye al empobrecimiento humano, cultural y religioso de Oriente Medio. Un Oriente Medio con pocos o sin cristianos ya no es Oriente Medio, pues los cristianos participan con otros creyentes en la identidad tan singular de la región. Los unos son responsables de los otros ante Dios. Por ello es importante que los líderes políticos y religiosos comprendan esta realidad y eviten una política o una estrategia que privilegie una sola comunidad y que tienda hacia un Oriente Medio monocolor, que de ninguna manera reflejaría su rica realidad humana e histórica.

32. Los Pastores de las Iglesias orientales católicas sui iuris constatan con preocupación y pena que el número de sus fieles se reduce en sus territorios tradicionalmente patriarcales y, desde hace algún tiempo, se ven obligados a desarrollar una pastoral de la emigración[25]. Estoy seguro de que hacen todo lo posible para exhortar a sus fieles a la esperanza, a permanecer en su país y a no vender sus bienes[26]. Les animo a seguir rodeando de afecto a sus sacerdotes y fieles de la diáspora, invitándolos a mantenerse en estrecho contacto con sus familias y sus Iglesias y, sobre todo, a perseverar fielmente en su fe en Dios, por su identidad religiosa edificada sobre venerables tradiciones espirituales[27]. Al conservar esta pertenencia a Dios y a sus respectivas Iglesias, y cultivando un amor profundo por sus hermanos y hermanas latinos, serán un gran beneficio para el conjunto de la Iglesia católica. Por otra parte, exhorto a los pastores de las circunscripciones eclesiales que acogen a los católicos orientales a recibirlos con caridad y

[24] Cf. Mensaje para la Jornada mundial del emigrante y del refugiado 2006 (18 octubre 2005): AAS 97 (2005), 981-983; Mensaje para la Jornada mundial del emigrante y del refugiado 2008 (18 octubre 2007): AAS 99 (2007) 1065-1068; Mensaje para la Jornada mundial del emigrante y del refugiado 2012 (21 septiembre 2011): AAS 103 (2011), 763-766.

[25] Cf. Propositio 11.

[26] Cf. Propositiones 6; 10.

[27] Cf. Propositio 12.

estima, como hermanos, así como a favorecer los lazos de comunión entre los emigrantes y sus Iglesias de procedencia, y a darles la oportunidad de celebrar según sus propias tradiciones y desarrollar actividades pastorales y parroquiales allí donde sea posible[28].

33. La Iglesia latina en Oriente Medio, además de estar sufriendo una sangría de muchos de sus fieles, experimenta otra situación diferente, debiendo afrontar nuevos y numerosos retos pastorales. Sus pastores tienen que gestionar la afluencia masiva y la presencia en los países económicamente fuertes de la región de trabajadores de todo tipo, procedentes de África, el Extremo Oriente y el subcontinente indio. Estas poblaciones, compuestas a menudo de hombres y mujeres solos o de familias enteras, se enfrentan a una doble precariedad. Son extranjeros en la tierra donde trabajan, y muchas veces se encuentran en situaciones de discriminación e injusticia. El extranjero es objeto de la atención de Dios y, por tanto, merece respeto. En el juicio final se tendrá en cuenta cómo ha sido acogido (cf. Mt 25,35.43)[29].

34. Explotadas y sin poder defenderse, con contrato de trabajo más o menos limitado o legal, estas personas son a veces víctimas de transgresiones de las leyes locales y las convenciones internacionales. Por otra parte, sufren fuertes presiones y graves restricciones religiosas. Necesitan una delicada atención de sus pastores. Animo a todos los fieles católicos y a todos los sacerdotes, cualquiera que sea su Iglesia de pertenencia, a la comunión sincera y a la cooperación pastoral con el obispo del lugar y, a éste, a una comprensión paterna respecto a los fieles orientales. Mediante el trabajo conjunto y, sobre todo, hablando con una sola voz, todos podrán vivir y celebrar su fe en esta situación particular, enriqueciéndose con la diversidad de las tradiciones espirituales, siempre manteniéndose en contacto con las comunidades cristianas de origen. Invito también a los gobiernos de los países que reciben a estas personas recién llegadas a respetar y defender sus derechos, a permitirles la libre expresión de su fe, favoreciendo la libertad religiosa y la edificación de lugares de culto. La libertad religiosa «podría ser objeto de diálogo entre los cristianos y los musulmanes, diálogo cuya urgencia y utilidad ha sido ratificada por los padres sinodales»[30].

[28] Cf. Propositio 15.

[29] Cf. Propositio 14.

[30] Homilía en la Misa de clausura de la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para Oriente Medio (24 octubre 2010): AAS 102 (2010), 815.



35. Mientras algunos católicos nativos de Oriente Medio que, por necesidad, hastío o desesperación, toman la dramática decisión de abandonar la tierra de sus antepasados, de sus familias y de su comunidad de fe, otros, por el contrario, llenos de esperanza, optan por permanecer en su país y en su comunidad. Les animo a consolidar esta hermosa fidelidad y a continuar firmes en la fe. Otros católicos, en fin, tomando una decisión tan desgarradora como la de los cristianos de Oriente Medio que emigran, huyendo de la precariedad y con la esperanza de tener un porvenir mejor, escogen países de la región para trabajar y vivir.

36. Como Pastor de la Iglesia universal, me dirijo aquí a todos los fieles católicos de la región, a los nativos y a los recién llegados, cuya proporción se ha aproximado en los últimos años, porque para Dios, no hay más que un solo pueblo y, para los creyentes, una sola fe. Esforzaos por vivir respetuosamente unidos y en comunión fraterna unos con otros, en el amor y la estima mutua, para testimoniar de manera convincente vuestra fe en la muerte y resurrección de Cristo. Dios escuchará vuestra oración, bendecirá vuestro comportamiento y os dará su Espíritu para hacer frente a la carga de cada día. Porque «donde está el Espíritu del Señor, hay libertad» (2 Co 3,17). San Pedro escribió a los creyentes que vivían situaciones similares unas palabras que os repito de buen grado como exhortación: «¿Quién os va a tratar mal si vuestro empeño es el bien? [...] No les tengáis miedo ni os amedrentéis. Más bien, glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (1 P 3,13-15).

SEGUNDA PARTE

«El grupo de los creyentes tenía un solo corazón
y una sola alma» (Hch 4,32)

37. La dimensión visible de la comunidad cristiana naciente es descrita por las cualidades inmateriales que muestran la koinonia eclesial: un solo corazón y una sola alma, manifestando así el sentido profundo del testimonio. Es reflejo de una interioridad personal y comunitaria. Dejándose moldear en el interior por la gracia divina, toda Iglesia particular puede reencontrar la belleza de la primera comunidad de los creyentes, cimentada en una fe animada por la caridad, que caracteriza a los discípulos de Cristo ante los ojos de los hombres (cf. Jn 13,35). La koinonia da consistencia y coherencia al testimonio, y requiere una conversión permanente. Ésta

perfecciona la comunión y consolida a su vez el testimonio. «Sin comunión no puede haber testimonio: el gran testimonio es precisamente la vida de comunión»[31]. La comunión es un don que debe ser plenamente aceptado por todos y una realidad que se ha de construir sin cesar. En este sentido, invito a todos los miembros de las Iglesias en Oriente Medio a reavivar la comunión, cada uno según su vocación, con humildad y con oración, para llegar a la unidad por la que oró Jesús (cf. Jn 17,21).

38. El concepto de Iglesia «católica» contempla la comunión entre lo universal y lo particular. Hay una relación de «mutua interioridad» entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares, que identifica y concretiza la catolicidad de la Iglesia. La presencia «del todo en la parte» pone la parte en tensión hacia la universalidad, tensión que se manifiesta, por un lado, en el impulso misionero de cada una de las Iglesias y, por otro, en el aprecio sincero de la bondad de las «otras partes», que incluye el actuar en sintonía y en sinergia con ellas. La Iglesia universal es una realidad antecedente a las Iglesias particulares, que nacen en y por la Iglesia universal[32]. Esta verdad refleja fielmente la doctrina católica y, en particular, la del Concilio Vaticano II[33]. Ella nos introduce en la comprensión de la dimensión «jerárquica» de la comunión eclesial, y permite que la rica y legítima diversidad de las Iglesias particulares se articule siempre en la unidad, como lugar donde los dones particulares se convierten en una auténtica riqueza para la universalidad de la Iglesia. Una renovada y vivida toma de conciencia de estos puntos fundamentales de la eclesiología permitirá redescubrir la especificidad y la riqueza de la identidad «católica» en la tierra de Oriente.

Los patriarcas

39. «Padres y Guías» de las Iglesias sui iuris, los patriarcas son los signos visibles de referencia y los custodios vigilantes de la comunión. Por su identidad y su

[31] Cf. Homilía en la apertura de la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para Oriente Medio (10 octubre 2010): AAS 102 (2010), 805.

[32] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Communio in notio*, a los Obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión (28 mayo 1992), 9: AAS 85 (1993), 843-844; sobre todo el primer párrafo, donde se dice: «“La Iglesia universal no puede ser concebida como la suma de las Iglesias particulares ni como una federación de Iglesias particulares”. No es el resultado de la comunión de las Iglesias, sino que, en su esencial misterio, es una realidad ontológica y temporalmente previa a cada concreta Iglesia particular».

[33] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 23.

misión propia, son hombres de comunión que velan por la grey según Dios (cf. 1 P 5,1-4), y los servidores de la unidad de eclesial. Ejercen un ministerio que actúa por medio de la caridad, vivida realmente en todos los campos: entre los patriarcas mismos, entre el patriarca y los obispos, los sacerdotes, las personas consagradas y los fieles laicos bajo su jurisdicción.

40. Los patriarcas, cuya unión indefectible con el Obispo de Roma hunde sus raíces en la ecclesiastica communio, que han solicitado al Sumo Pontífice y recibido tras su elección canónica, hacen tangible por ese particular vínculo la universalidad y la unidad de la Iglesia[34]. Se preocuparán de todos los discípulos de Jesucristo que viven en el territorio patriarcal. Como signo de comunión para el testimonio, sabrán fortalecer la unidad y la solidaridad en el seno del Consejo de los Patriarcas católicos de Oriente y de los diversos sínodos patriarcales, privilegiando en ellos el acuerdo en cuestiones de gran importancia para la Iglesia, con vistas a una acción colegial y unitaria. Para la credibilidad de su testimonio, el patriarca perseguirá la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la perseverancia y la mansedumbre (cf. 1 Tm 6,11), buscando de todo corazón un estilo de vida sobrio, a imagen de Cristo, desprendido de todo para hacernos ricos con su pobreza (cf. 2 Co 8,9). Asimismo, se esforzará en promover entre las circunscripciones eclesíásticas una solidaridad real en una sana gestión del personal y de los bienes eclesíásticos. Esto es lo que corresponde a sus deberes[35]. A imitación de Jesús, que recorría los pueblos y aldeas en cumplimiento de su misión (cf. Mt 9,35), los patriarcas realizarán con celo la visita pastoral a sus circunscripciones eclesíásticas[36]. No lo hará sólo por ejercer su derecho y su deber de vigilar, sino también para testimoniar concretamente su caridad fraterna y paterna para con los obispos, sacerdotes y fieles laicos, sobre todo con los pobres, los enfermos y los marginados, así como con los que sufren espiritualmente.

Los obispos

41. En virtud de su ordenación, el obispo queda instituido a la vez como miembro del Colegio episcopal y como pastor de una comunidad local mediante su ministerio de enseñar, santificar y gobernar. Con los patriarcas, los obispos son los

[34] Cf. Código de los cánones de las Iglesias orientales, cann. 76,1-2; 92,1-2.

[35] Cf. ibíd., can. 97.

[36] Cf. ibíd., can. 83,1.

signos visibles de la unidad en la diversidad de la Iglesia, como Cuerpo cuya cabeza es Cristo (cf. Ef 4,12-15). Ellos son los primeros elegidos gratuitamente y los enviados a todas las naciones para hacer discípulos, enseñándoles a observar todo lo prescrito por el Resucitado (cf. Mt 28,19-20)[37]. Es, pues, de vital importancia que escuchen y conserven en su corazón la Palabra de Dios. Han de anunciarla con valentía, y defender con firmeza la integridad y la unidad de la fe en situaciones difíciles, que por desgracia no faltan en Oriente Medio.

42. Para promover la vida de comunión y diakonía, es importante que los obispos se esfuercen siempre por su propia renovación personal. Esta atención del corazón pasa «ante todo por la vida de oración, de abnegación, de sacrificio y de escucha; después por la vida ejemplar de apóstoles y pastores, hecha de sencillez y humildad; y, finalmente, por su deseo constante de defender la verdad, la justicia, la moral y la causa de los débiles»[38]. Además, la tan deseada renovación de las comunidades pasa por el cuidado paternal que tengan por todos los bautizados, y en especial por sus colaboradores inmediatos, los presbíteros[39].

43. El primer fundamento de la comunión intereclesial es la comunión en el seno de cada iglesia local, que se alimenta siempre de la Palabra de Dios y de los sacramentos, así como de las diversas formas de oración. Por tanto, invito a los obispos a manifestar su solicitud por todos los fieles de su jurisdicción, sin discriminaciones por su condición, nacionalidad o proveniencia eclesial. Que apacienten el rebaño de Dios confiado a ellos, velando por él «no como déspotas con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño» (1 P 5,3). Que presten una atención especial a quienes no son constantes en la práctica religiosa y a los que, por diversas razones, la han abandonado[40]. Se cuidarán también de ser la presencia amorosa de Cristo entre los que no profesan la fe cristiana. Así promoverán la unidad entre los cristianos mismos y la solidaridad entre todos los hombres, creados a imagen de Dios (cf. Gn 1,27), pues todo viene del Padre, que es hacia quien nos dirigimos (cf. 1 Co 8,6).

[37] Cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal Pastores gregis (16 octubre 2003), 26: AAS 96 (2004), 859-860.

[38] Id, Exhort. ap. postsinodal Una esperanza nueva para el Líbano (10 mayo 1997), 60: AAS 89 (1997), 364.

[39] Cf. Propositio 22.

[40] Cf. Código de los cánones de las Iglesias orientales, can. 192,1.

44. Corresponde a los obispos asegurar una gestión sana, honesta y transparente de los bienes temporales de la Iglesia, de acuerdo con el Código de los cánones de las Iglesias orientales o el Código de Derecho Canónico de la Iglesia latina. Los Padres sinodales han creído necesario que se haga una auditoría seria de las finanzas y de los bienes, poniendo cuidado en evitar la confusión entre los bienes personales y los de la Iglesia[41]. El apóstol Pablo dice que el siervo de Dios es un administrador de los misterios de Dios. Ahora bien, «lo que se busca en los administradores es que sean fieles» (1 Co 4,2). El administrador gestiona bienes que no le pertenecen y que, según el apóstol, están destinados a un fin superior: los misterios de Dios (cf. Mt 19,28-30; 1 P 4,10). Esta gestión fiel y desinteresada, tan deseada por los monjes fundadores –verdaderas columnas de muchas Iglesias orientales– debe servir prioritariamente para la evangelización y la caridad. Los obispos se preocuparán de asegurar a sus presbíteros, sus primeros colaboradores, una adecuada subsistencia, para que no se pierdan en la búsqueda de lo temporal, y puedan consagrarse dignamente a las cosas de Dios y a su misión pastoral. Por lo demás, quien ayuda a un pobre gana el cielo. Santiago insiste en el respeto que se debe al pobre, en su grandeza y su verdadero puesto en la comunidad (cf. 1,9-11; 2,1-9). Por eso es necesario que la gestión de los bienes se convierta en un lugar de anuncio eficaz del mensaje liberador de Jesús: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad y, a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19). El mayordomo fiel es aquel que se ha dado cuenta de que sólo el Señor es la perla fina (cf. Mt 13,45-46), y que sólo él es el verdadero tesoro (cf. Mt 6,19-21; 13,44). Que los obispos lo manifiesten de manera ejemplar a los sacerdotes, seminaristas y fieles. Por otra parte, la enajenación de bienes de la Iglesia debe atenerse estrictamente a las normas canónicas y a las disposiciones pontificias en vigor.

Los sacerdotes, los diáconos y los seminaristas

45. La ordenación sacerdotal configura al sacerdote con Cristo y le convierte en un estrecho colaborador del patriarca y del obispo, participando de su triple munus[42]. Precisamente por eso, es un servidor de la comunión; y el cumpli-

[41] Cf. Propositio 7.

[42] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, 4-6.

miento de esta tarea requiere una relación constante con Cristo y su celo en la caridad y en las obras de misericordia para con todos. Así podrá irradiar la santidad, a la que todos los bautizados están llamados. Educará al Pueblo de Dios a construir la civilización del amor evangélico y la unidad. Para eso, renovará y fortalecerá la vida de los fieles mediante la transmisión sabia de la Palabra de Dios, de la Tradición y de la doctrina de la Iglesia, así como por los sacramentos[43]. Las tradiciones orientales han tenido la intuición de la dirección espiritual. Que los sacerdotes, los diáconos y los consagrados la practiquen ellos mismos y abran con ella a los fieles los caminos de la eternidad.

46. El testimonio de comunión exige, además, una formación teológica y una sólida espiritualidad, que requiere una renovación intelectual y espiritual permanente. Corresponde a los obispos proporcionar a los sacerdotes y a los diáconos los medios necesarios que les permitan profundizar en su vida de fe, para el bien de los fieles, dándoles «la comida a su tiempo» (Sal 145,15). Por su parte, los fieles esperan de ellos el ejemplo de una conducta intachable (cf. Flp 2,14-16).

47. Os invito, queridos sacerdotes, a redescubrir cada día el sentido ontológico del orden sagrado, que haga vivir el sacerdocio como una fuente de santificación para los bautizados, y para la promoción de todos los hombres. «Pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo [...], no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa» (1 P 5,2). Os invito a apreciar también la vida en equipo —donde sea posible—, no obstante las dificultades que comporta (cf. 1 P 4,8-10), pues eso os ayudará a comprender y vivir mejor la comunión sacerdotal y pastoral, en el ámbito local y universal. Queridos diáconos, en comunión con vuestro obispo y los sacerdotes, servid al Pueblo de Dios según vuestro propio ministerio en las tareas específicas que se os confíen.

48. El celibato sacerdotal es un don inestimable de Dios a su Iglesia, que conviene recibir con gratitud, tanto en Oriente como en Occidente, pues representa un signo profético siempre actual. Recordamos, además, el ministerio de los sacerdotes casados, que son un elemento antiguo de las tradiciones orientales. Quisiera dirigir también mi aliento a estos presbíteros que, con sus familias, están llamados a la santidad en el ejercicio fiel de su ministerio y en sus condiciones de vida a veces

[43] Cf. Mensaje final (22 octubre 2010), 4, 3.

difíciles. Reitero a todos que la belleza de vuestra vida sacerdotal[44] suscitará sin duda nuevas vocaciones, que tendréis la responsabilidad de atender.

49. La vocación del joven Samuel (cf. 1 S 3,1-19) nos enseña que los seres humanos necesitan guías expertos para ayudarles a discernir la voluntad del Señor y responder generosamente a su llamada. En este sentido, el florecimiento de las vocaciones debe ser favorecido por una pastoral apropiada. Y ésta ha de estar apoyada por la oración en la familia, las parroquias, los movimientos eclesiales y en el seno de los centros educativos. Quienes responden a la llamada del Señor necesitan crecer en lugares de formación específica y estar acompañados por formadores idóneos y ejemplares. Estos los educarán en la oración, la comunión, el testimonio y la conciencia misionera. Se abordarán con programas adecuados los aspectos de la vida humana, espiritual, intelectual y pastoral, teniendo en cuenta con perspicacia la diversidad del medio, los antecedentes, las pertenencias culturales y eclesiales[45].

50. Queridos seminaristas, así como el junco no puede crecer sin agua (cf. Jb 8,11), tampoco vosotros podréis ser verdaderos artesanos de comunión y auténticos testigos de la fe sin un enraizamiento profundo en Jesucristo, sin una conversión continua a su palabra, sin un amor por su Iglesia y sin una caridad desinteresada por el prójimo. Estáis llamados a vivir y perfeccionar hoy en día la comunión, con vistas a un testimonio valiente y sin ambigüedades. La firmeza de la fe del Pueblo de Dios dependerá también de la calidad de vuestro testimonio. Os invito a abriros más a la diversidad cultural de vuestras Iglesias, por ejemplo, aprendiendo otras lenguas y culturas diferentes a las vuestras, con vistas a vuestra futura misión. Estad también abiertos a la diversidad eclesial, ecuménica, y al diálogo interreligioso. Os ayudará mucho un estudio atento de mi Carta dirigida a los seminaristas[46].

La vida consagrada

51. El monacato, en sus diversas formas, ha nacido en Oriente Medio y es el origen de algunas de las iglesias de allí[47]. Que los monjes y monjas, que consa-

[44] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, 11.

[45] Cf. Congregación para la Educación Católica, *Ratio fundamentalis Institutionis sacerdotalis* (19 marzo 1985), 5-10.

[46] Cf. Carta a los seminaristas (18 octubre 2010): AAS 102 (2010), 793-798.

[47] Cf. Juan Pablo II, Carta ap. *Orientale Lumen* (2 mayo 1995): AAS 87 (1995), 745-774.

gran su vida a la oración, santificando las horas del día y de la noche, encomendando en sus plegarias las preocupaciones y necesidades de la Iglesia y la humanidad, recuerden permanentemente a todos la importancia de la oración en la vida de la Iglesia y de todo creyente. Que los monasterios sean también lugares donde los fieles puedan dejarse guiar en la iniciación a la oración.

52. La vida consagrada, contemplativa y apostólica, es una profundización de la consagración bautismal. En efecto, los monjes y monjas buscan seguir a Cristo de manera más radical mediante la profesión de los consejos evangélicos de obediencia, castidad y pobreza[48]. La entrega sin reservas de sí mismos al Señor, y su amor desinteresado por todos los hombres, dan testimonio de Dios y son verdaderos signos de su amor por el mundo. Vivida como un don precioso del Espíritu Santo, la vida consagrada es un apoyo irremplazable para la vida y la pastoral de la Iglesia[49]. En este sentido, las comunidades religiosas serán signos proféticos de la comunión en sus iglesias y en el mundo entero en la medida en que estén realmente fundadas en la Palabra de Dios, la comunión fraterna y el testimonio de la diaconía (cf. Hch 2,42). En la vida cenobítica, la comunidad o el monasterio tienen por vocación el ser lugar privilegiado de la unión con Dios y la comunión con el prójimo. Es el lugar donde la persona consagrada aprende a caminar siempre desde Cristo[50], para ser fiel a su misión con la oración y el recogimiento, y ser para todos los fieles un signo de la vida eterna, que ya ha comenzado aquí (cf. 1 P 4,7).

53. Os invito a vosotros, que habéis sido llamados a la sequela Christi en la vida religiosa en Oriente Medio, a que os dejéis seducir siempre por la Palabra de Dios, como el profeta Jeremías, y la guardéis en vuestro corazón como un fuego ardiente (cf. Jr 20,7-9). Ella es la razón de ser, el fundamento y la referencia última y objetiva de vuestra consagración. La Palabra de Dios es verdad. Al obedecerla, santificáis vuestras almas para amaros sinceramente como hermanos y hermanas (cf. 1 P 1,22). Cualquiera que sea el estado canónico de vuestro Instituto religioso, mostraos disponibles para colaborar en espíritu de comunión con el obispo en la

[48] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 44; Id., *Decr. Perfectae caritatis*, sobre la adecuada renovación de la vida religiosa, 5; Juan Pablo II, *Exhort. ap. postsinodal Vita consecrata* (25 marzo 1996), 14, 30: AAS 88 (1996), 387-388; 403-404.

[49] Cf. *Propositio* 26.

[50] Cf. *Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica*, *Instruc. Caminar desde Cristo. Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio* (19 mayo 2002): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (26-28 junio 2002), 5-14.

actividad pastoral y misionera. La vida religiosa es una adhesión personal a Cristo, Cabeza del Cuerpo (cf. Col 1,18; Ef 4,15), y refleja el vínculo indisoluble entre Cristo y su Iglesia. En este sentido, apoyad a las familias en su vocación cristiana y alentad a las parroquias para que se abran a las diversas vocaciones sacerdotales y religiosas. Esto contribuye a fortalecer la vida de comunión para el testimonio en el seno de la Iglesia particular[51]. No dejéis de responder a los interrogantes de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, indicándoles la senda y el sentido profundo de la existencia humana.

54. Quisiera añadir una consideración adicional que va más allá de los consagrados y se dirige al conjunto de los miembros de las Iglesias orientales católicas. Se refiere a los consejos evangélicos, que caracterizan particularmente la vida monástica, a sabiendas de que esta misma vida religiosa ha sido determinante en el origen de numerosas Iglesias sui iuris, y sigue siéndolo en su vida actual. Me parece que se debería reflexionar con detenimiento y atención sobre los consejos evangélicos, obediencia, castidad y pobreza, para redescubrir hoy su belleza, la fuerza de su testimonio y su dimensión pastoral. No se puede regenerar interiormente a los fieles, a la comunidad creyente y a toda la Iglesia, si no hay un retorno decidido e inequívoco, cada uno según su vocación, al quaerere Deum, a la búsqueda de Dios, que ayuda a definir y vivir en verdad la relación con Dios, con el prójimo y consigo mismo. Ciertamente, esto concierne a las Iglesias sui iuris, pero también a la Iglesia latina.

Los laicos

55. Los laicos son plenamente miembros del Cuerpo de Cristo por el bautismo, y están asociados a la misión de la Iglesia universal[52]. Su participación en la vida y las actividades internas de la Iglesia es la fuente espiritual permanente que les permite ir más allá de los confines de las estructuras eclesiales. Como após-

[51] Cf. Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares y Congregación para los Obispos, Criterios sobre las relaciones entre Obispos y Religiosos en la Iglesia, *Mutuae relationes* (14 mayo 1978), 52-65: AAS 70 (1978), 500-505. Sobre el papel de los monjes en las Iglesias orientales católicas, cf. Código de los cánones de las Iglesias orientales, cann., 410-572.

[52] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 30-38; Id., Decr. *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos; Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici* (30 diciembre 1988): AAS 81 (1989), 393-521.

toles en el mundo, ellos convierten en acción concreta el Evangelio, la enseñanza y la doctrina social de la Iglesia[53]. En efecto, «los cristianos, ciudadanos de pleno derecho, pueden y deben dar su contribución con el espíritu de las bienaventuranzas, convirtiéndose así en constructores de paz y en apóstoles de reconciliación para el bien de toda la sociedad»[54].

56. Como el ámbito de lo temporal es vuestro propio terreno[55], os animo, queridos fieles laicos, a fortalecer los lazos de hermandad y colaboración con las personas de buena voluntad en la búsqueda del bien común, de la sana gestión de los bienes públicos, de la libertad religiosa y del respeto de la dignidad de cada persona. Aun cuando la misión de la Iglesia se hace difícil en los ambientes donde el anuncio explícito del evangelio encuentra obstáculos o no es posible, que «vuestra conducta entre los gentiles sea buena, para que [...], fijándose en vuestras buenas obras, den gloria a Dios el día de su venida» (1 P 2,12). Preocuparos de dar razón de vuestra fe (cf. 1 P 3,15) mediante la coherencia de vuestra vida y vuestro obrar cotidiano[56]. Para que vuestro testimonio dé realmente fruto (cf. Mt 7,16.20), os exhorto a superar las divisiones y cualquier interpretación subjetivista de la vida cristiana. Poned cuidado en no separarla – con sus valores y exigencias – de la vida familiar o en la sociedad, en el trabajo, en la política y la cultura, pues todos los diferentes ámbitos de la vida del laico entran en el designio de Dios[57]. Os invito a ser audaces por amor a Cristo, seguros de que ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución os podrán separar de él (cf. Rm 8,35).

57. En Oriente Medio, los laicos están acostumbrados a tener relaciones fraternas y asiduas con fieles católicos de diferentes Iglesias patriarcales o latina, y a asistir a sus lugares de culto, especialmente si no hay otra alternativa. A esta admirable realidad, que demuestra una comunión auténticamente vivida, se añade el hecho de que las diversas jurisdicciones eclesiales se superponen de modo fecundo en el mismo territorio. En este punto particular, la Iglesia en Oriente

[53] Cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal Una esperanza nueva para el Líbano (10 mayo 1997), 45.103: AAS 89 (1997), 350-352. 400; Propositio 24.

[54] Homilía en la Misa de clausura de la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para Oriente Medio (24 octubre 2010): AAS 102 (2010), 814.

[55] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, sobre la Iglesia, 31.

[56] Cf. Propositio 30.

[57] Cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal Christifideles laici (30 diciembre 1988), 57-63: AAS 81 (1989), 506-518.

Medio es un ejemplo para otras Iglesias particulares del resto del mundo. Así, Oriente Medio es de alguna manera un laboratorio que hace ya presente hoy el porvenir de la situación eclesial. Este ejemplo, que requiere ser perfeccionado y purificado continuamente, abarca también la experiencia adquirida localmente en el campo ecuménico.

La familia

58. Institución divina fundada en el matrimonio, tal y como lo ha querido el Creador mismo (cf. Gn 2,18-24; Mt 19,5), la familia está actualmente expuesta a muchos peligros. La familia cristiana, en particular, se ve más que nunca frente a la cuestión de su identidad profunda. En efecto, las características esenciales del matrimonio sacramental –la unidad y la indisolubilidad (cf. Mt 19,6)–, y el modelo cristiano de familia, de la sexualidad y del amor, se ven hoy en día, si no rechazados, al menos incomprendidos por algunos fieles. Acecha la tentación de adoptar modelos contrarios al evangelio, difundidos por una cierta cultura contemporánea diseminada por todo el mundo. El amor conyugal se inserta en la alianza definitiva entre Dios y su pueblo, sellada plenamente en el sacrificio de la cruz. Su carácter de mutua entrega de sí al otro hasta el martirio, se manifiesta en algunas Iglesias orientales, donde cada uno de los contrayentes recibe al otro como «corona» durante la ceremonia nupcial, llamada con razón «oficio de coronación». El amor conyugal no se construye en un momento, sino que es el proyecto paciente de toda una vida. Llamada a vivir cotidianamente el amor en Cristo, la familia cristiana es un instrumento privilegiado de la presencia y la misión de la Iglesia en el mundo. En este sentido, necesita ser acompañada pastoralmente[58] y sostenida en sus problemas y dificultades, sobre todo allí donde las referencias sociales, familiares y religiosas tienden a debilitarse o perderse[59].

59. Familias cristianas en Oriente Medio, os invito a renovaros siempre con la fuerza de la Palabra de Dios y los sacramentos, para ser aún más iglesia domés-

[58] Cf. Id., Exhort. ap. Familiaris consortio (22 noviembre 1981): AAS 74 (1982), 81-191; Santa Sede, Carta de los derechos de la familia (22 octubre 1983): L'Osservatore Romano, ed. en lengua española (27 noviembre 1983), 9-10; Juan Pablo II, Carta a las familias (2 febrero 1994): AAS 86 (1994), 868-925; Consejo Pontificio de la Justicia y de la Paz, Compendio de la doctrina social de la Iglesia, 209-254.

[59] Cf. Propositio 35.

tica que educa en la fe y la oración, semillero de vocaciones, escuela natural de las virtudes y los valores éticos, y primera célula viva de la sociedad. Contemplad siempre a la Familia de Nazaret[60], que tuvo el gozo de acoger la vida y expresar su piedad observando la Ley y las prácticas religiosas de su tiempo (cf. Lc 2,22-24.41). Mirad a esta familia, que vivió también la prueba de la pérdida del niño Jesús, el dolor de la persecución, la emigración y el duro trabajo cotidiano (cf. Mt 2,13ss; Lc 2,41ss). Ayudad a vuestros hijos a crecer en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres (cf. Lc 2,52); enseñadles a confiar en el Padre, a imitar a Cristo y a dejarse guiar por el Espíritu Santo.

60. Después de estas reflexiones sobre la común dignidad y la vocación del hombre y la mujer en el matrimonio, pienso especialmente en las mujeres en Oriente Medio. El primer relato de la creación muestra la igualdad ontológica entre el hombre y la mujer (cf. Gn 1,27-29). Esta igualdad quedó dañada a consecuencia del pecado (cf. Gn 3,16; Mt 19,4). Superar este legado, fruto del pecado, es un deber de todo ser humano, hombre o mujer[61]. Quisiera asegurar a todas las mujeres que la Iglesia católica, fiel al designio divino, promueve la dignidad personal de la mujer y su igualdad con los hombres, frente a las más variadas formas de discriminación a las que está sometida por el simple hecho de ser mujer[62]. Estas prácticas dañan la vida de comunión y testimonio. Ofenden gravemente, no sólo a la mujer, sino también y sobre todo a Dios, el Creador. Reconociendo su sensibilidad innata para el amor y la protección de la vida humana, y honorándolas por su aportación específica en la educación, la salud, el trabajo humanitario y la vida apostólica, estimo que las mujeres deben comprometerse y estar más implicadas en la vida pública y eclesial[63]. De este modo, darán su aportación peculiar en la edificación de una sociedad más fraterna y de una Iglesia que se embellece por la verdadera comunión entre los bautizados.

61. Además, en el caso de controversias jurídicas, que lamentablemente pueden oponer al hombre y a la mujer, especialmente en cuestiones de orden matri-

[60] Cf. Homilía en la Misa en el Monte del Precipicio, Nazaret (14 mayo 2009): AAS 101 (2009), 478-482.

[61] Cf. Juan Pablo II, Carta ap. *Mulieris dignitatem* (15 agosto 1988), 10: AAS 80 (1988), 1676-1677.

[62] Cf. Id., Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 49: AAS 81 (1989), 486-487.

[63] Cf. Id., Exhort. ap. postsinodal *Una nueva esperanza para el Líbano* (10 mayo 1997), n. 50: AAS 89 (1997), 354-355; Mensaje final (22 octubre 2010), 4,4; Propositio 27.

monial, la voz de la mujer debe ser escuchada y tomada en consideración con respeto, al igual que la del hombre, para que cesen ciertas injusticias. En este sentido, se ha de fomentar una aplicación más sana y justa del derecho de la Iglesia. La justicia de la Iglesia debe ser ejemplar en todos sus grados y en todos los campos de su competencia. Es absolutamente necesario velar para que los conflictos jurídicos relacionados con cuestiones matrimoniales no conduzcan a la apostasía. Por lo demás, los cristianos de la región deben tener la posibilidad de aplicar en el campo matrimonial, como en otros campos, su derecho propio sin restricciones.

Los jóvenes y los niños

62. Saludo con paternal solicitud a todos los niños y jóvenes de la Iglesia en Oriente Medio. Pienso en los jóvenes que buscan un sentido humano y cristiano duradero de su vida, sin olvidar a aquellos cuya juventud coincide con un alejamiento progresivo de la Iglesia, que se traduce en el abandono de la práctica religiosa.

63. Queridos jóvenes, os invito a cultivar de forma continua la amistad verdadera con Jesús (cf. Jn 15,13-15) por medio del poder de la oración. Cuanto más sólida sea, más os servirá de faro y os protegerá de los extravíos de la juventud (cf. Sal 25,7). La oración personal se hará más fuerte acudiendo regularmente a los sacramentos, que permiten un verdadero encuentro con Dios y con los hermanos en la Iglesia. No tengáis miedo ni reparo en testimoniar la amistad con Jesús en el ámbito familiar y público. Pero hacedlo respetando a los otros creyentes, judíos y musulmanes, con quienes compartís la creencia en Dios, creador del cielo y de la tierra, así como grandes ideales humanos y espirituales. No tengáis miedo ni vergüenza de ser cristianos. La relación con Jesús os hará disponibles para colaborar sin reservas con vuestros conciudadanos, con independencia de su afiliación religiosa, para construir el futuro de vuestro país sobre la dignidad humana, fuente y fundamento de la libertad, la igualdad y la paz en la justicia. Al amar a Cristo y a su Iglesia, podréis discernir sabiamente en la modernidad los valores útiles para vuestra plena realización y los males que envenenan lentamente vuestra vida. Tratad de no dejaos seducir por el materialismo y por ciertas redes sociales cuyo uso indiscriminado podría mutilar la verdadera naturaleza de las relaciones humanas. La Iglesia en Oriente Medio cuenta mucho con vuestra oración, vuestro entusiasmo, creatividad y habilidad, así como con vuestro pleno compromiso de servir a Cristo, a la

Iglesia y a la sociedad, en especial a los otros jóvenes de vuestra edad[64]. No dudéis en sumaros a toda iniciativa que os ayude a fortalecer la fe y a responder a la llamada específica que el Señor os haga. Y tampoco dudéis en seguir la llamada de Cristo a optar por la vida sacerdotal, religiosa o misionera.

64. ¿He de recordaros, queridos niños, a los que me dirijo ahora, que en vuestro camino con el Señor debéis honrar en especial a vuestros padres (cf. Ex 20,12; Dt 5,16)? Ellos son vuestros educadores en la fe. Dios os ha confiado a ellos como un don inaudito para el mundo, con el fin de que ellos cuiden de vuestra salud, de vuestra educación humana y cristiana, y de vuestra formación intelectual. Y, por su parte, los padres, los educadores y formadores, las instituciones públicas, tienen el deber de respetar el derecho de los niños desde el momento de la concepción[65]. En cuanto a vosotros, queridos niños, aprended desde ahora la obediencia a Dios, siendo obedientes a vuestros padres, como el Niño Jesús (cf. Lc 2,51). Aprended también a vivir cristianamente en la familia, en la escuela, y en todas partes. El Señor no os olvida (cf. Is 49,15). Él está siempre a vuestro lado, y quiere que caminéis con él con sabiduría, valor y amabilidad (cf. Tb 6,2). Bendecid al Señor Dios en todo momento, pedidle que os guíe y lleve a buen término vuestras sendas y proyectos; recordad siempre sus mandamientos y no dejéis que se borren de vuestro corazón (cf. Tb 4,19).

65. Deseo insistir de nuevo en la formación de los niños y jóvenes, que tiene especial importancia. La familia cristiana es el lugar natural para el desarrollo de la fe de los niños y los jóvenes, su primera escuela de catequesis. En estos tiempos turbulentos, educar a un niño o a un joven es difícil. Esta insustituible tarea se hace más complicada aún debido a las particulares circunstancias religiosas y sociopolíticas de la región. Por ello quiero asegurar a los padres mi apoyo y mis oraciones. Es importante que el niño crezca en una familia unida, que vive su fe con sencillez y convicción. Y que los niños y jóvenes vean a sus padres rezar. Que los acompañen a la iglesia y que vean y comprendan que sus padres aman a Dios y desean conocerlo mejor. Y es igualmente importante que el niño y el joven vean la caridad de sus padres para con aquellos que tienen realmente necesidad. Así, comprenderán que es bueno y bello amar a Dios, les gustará estar en la iglesia y se sentirán orgullosos, pues habrán captado en su interior y experimentado quién es la verdadera roca sobre la cual construir su vida (cf. Mt 7,24-27; Lc 6,48). A los

[64] Cf. Propositio 36.

[65] Cf. Propositio 27.

niños y jóvenes que no tienen esta oportunidad, les deseo que encuentren en su camino auténticos testigos que les ayuden a encontrar a Cristo y a descubrir la alegría de ser sus seguidores.

TERCERA PARTE

«Nosotros predicamos a Cristo crucificado...
que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Co 1,23-24)

66. El testimonio cristiano, primera forma de la misión, es parte de la vocación original de la Iglesia, que se desarrolla en fidelidad al mandato recibido del Señor Jesús: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta el confín de la tierra» (Hch 1,8). Cuando proclama a Cristo crucificado y resucitado (cf. Hch 2,23-24), la Iglesia se convierte cada vez más en lo que ya es por naturaleza y vocación: sacramento de comunión y reconciliación con Dios y entre los hombres[66] Comunión y testimonio de Cristo son, por tanto, dos aspectos de una misma realidad, pues ambos beben de la misma fuente, la santísima Trinidad, y se apoyan sobre los mismos fundamentos: la Palabra de Dios y los sacramentos.

67. Estos dos aspectos alimentan y dan autenticidad a los demás actos del culto divino así como a las prácticas de piedad popular. La consolidación de la vida espiritual acrecienta la caridad y lleva naturalmente al testimonio. El cristiano es ante todo un testigo. Y el testimonio no sólo requiere una formación cristiana adecuada para hacer inteligibles las verdades de fe, sino también la coherencia de una vida conforme a esa misma fe, para poder responder a las exigencias de nuestros contemporáneos.

La palabra de Dios, alma y fuente de la comunión y del testimonio

68. «Y perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles» (Hch 2,42). Con esta afirmación, san Lucas hace de la primera comunidad el prototipo de la Iglesia apostólica, es decir, fundada sobre los Apóstoles elegidos por Cristo y sobre sus

[66] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

enseñanzas. La misión principal de la Iglesia, recibida de Cristo mismo, es la de custodiar intacto el depósito de la fe apostólica (cf. 1 Tm 6,20), fundamento de su unidad, proclamando esta fe al mundo entero. La enseñanza de los Apóstoles ha explicitado la relación de la Iglesia con las Escrituras de la primera Alianza, que llegan a su cumplimiento en la persona de Jesucristo (cf. Lc 24,44-53).

69. La meditación del misterio de la Iglesia como comunión y testimonio a la luz de las Escrituras, este gran «libro de la Alianza» entre Dios y su pueblo (cf. Ex 24,7), lleva al conocimiento de Dios, «luz en mi sendero» (Sal 119,105), para que mi pie no tropiece (cf. Sal 121,3).[67] Que los fieles, herederos de esta Alianza, busquen siempre la verdad en toda la Escritura inspirada por Dios (cf. 2 Tm 3,16-17). Esta no es un objeto de curiosidad histórica, sino la «obra del Espíritu Santo, en la cual podemos escuchar la voz misma del Señor y conocer su presencia en la historia»[68], en nuestra historia humana.

70. Las escuelas exegéticas de Alejandría, Antioquía, Edesa o Nisibis, contribuyeron en gran medida a la inteligencia y a la formulación dogmática del misterio cristiano en los siglos IV y V.[69] Toda la Iglesia les está agradecida. Los partidarios de diversas corrientes de interpretación de los textos coincidían sobre algunos principios tradicionales en exégesis, comúnmente admitidos por las Iglesias de Oriente y Occidente. El más importante es el creer que Jesucristo encarna la unidad intrínseca de los dos Testamentos y, por consiguiente, la unidad del designio salvífico de Dios en la historia (cf. Mt 5,17). Los discípulos comenzaron a comprender esta unidad sólo a partir de la Resurrección, cuando Jesús fue glorificado (cf. Jn 12,16). A continuación viene la fidelidad a una lectura tipológica de la Biblia, de acuerdo con la cual algunos hechos del Antiguo Testamento son una prefiguración (tipo y figura) de las realidades de la Nueva Alianza en Jesucristo, clave de lectura de toda la Biblia (cf. 1 Co 15,22. 45-47; Hb 8,6-7). Los textos litúrgicos y espirituales de la Iglesia testimonian la permanencia de estos dos principios de interpretación que estructuran la celebración eclesial de la Palabra de Dios e inspiran el testimonio cristiano. En este sentido, el Concilio Vaticano II precisó ulteriormente que, para descubrir el sentido exacto de los textos sagrados, hay que prestar atención al contenido y a la unidad de toda la Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de

[67] Cf. Exhort. ap. postsinodal *Verbum Domini* (30 septiembre 2010), 24: AAS 102 (2010), 704.

[68] *Ibíd.*, 19: AAS 102 (2010), 701.

[69] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 14.

toda la Iglesia y la analogía de la fe[70]. En la perspectiva de un acercamiento eclesial a la Biblia, será de gran ayuda una lectura individual y en grupo de la Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*.

71. La presencia cristiana en los países bíblicos de Oriente Medio va mucho más allá de una pertenencia sociológica o de un simple logro económico y cultural. La presencia cristiana tomará un nuevo impulso si recupera la savia de los orígenes, siguiendo a los primeros discípulos elegidos por Jesús para ser sus compañeros y para enviarlos a predicar (cf. Mc 3,14). Para que la Palabra de Dios sea el alma y el fundamento de la vida cristiana, la difusión de la Biblia en las familias favorecerá la lectura y la meditación cotidiana de la Palabra de Dios (lectio divina). Así se pone en práctica de manera apropiada una auténtica pastoral bíblica.

72. Los medios de comunicación modernos pueden ser un instrumento apto para el anuncio de la Palabra, y favorecer su lectura y meditación. Con una explicación sencilla y accesible de la Biblia, se contribuirá a despejar muchos prejuicios o ideas erróneas sobre ella, de las cuales provienen controversias inútiles y humillantes[71]. En este sentido, sería oportuno que incluyera las distinciones necesarias entre inspiración y revelación, puesto que la ambigüedad de estos dos conceptos en el espíritu de muchos falsea su modo de entender los textos sagrados, lo que no deja de tener consecuencias para el futuro del diálogo interreligioso. Estos medios pueden ayudar también a la difusión del magisterio de la Iglesia.

73. Para alcanzar estos objetivos, conviene sostener los medios de comunicación ya existentes y favorecer el desarrollo de nuevas estructuras apropiadas. La formación de un personal especializado en este sector neurálgico, no sólo desde el punto de vista técnico, sino también doctrinal y ético, es una urgencia cada vez mayor, de modo especial con vistas a la evangelización.

74. Pero, independientemente del puesto que se les asigne, el uso de los medios de comunicación social no podrá sustituir a la meditación de la Palabra de Dios, su interiorización y su aplicación para responder a las cuestiones de los fieles. Nacerá así en ellos una familiaridad con las Escrituras, una búsqueda y una profundización de la espiritualidad, y un compromiso en el apostolado y en la mi-

[70] Cf. Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 12.

[71] Cf. *Propositio* 2.

sión[72]. Teniendo en cuenta las condiciones pastorales de cada país de la región, se podría proclamar eventualmente un Año bíblico, seguido, si se considera oportuno, de una Semana anual de la Biblia[73].

La liturgia y la vida sacramental

75. A lo largo de toda la historia, la liturgia ha sido para los fieles de Oriente Medio un elemento esencial de unidad espiritual y de comunión. En efecto, la liturgia refleja de modo privilegiado la tradición de los Apóstoles, continuada y desarrollada en las tradiciones particulares de las Iglesias de Oriente y Occidente. Una renovación de los textos y celebraciones litúrgicas, allí donde fuera necesaria, permitiría a los fieles asimilar mejor la tradición y la riqueza bíblica y patristica, teológica y espiritual[74] de las liturgias, en la experiencia del misterio al que introducen. Una empresa semejante se debe llevar a cabo, en la medida de lo posible, colaborando con las Iglesias que no están en plena comunión, pero que también son depositarias de las mismas tradiciones litúrgicas. La deseada renovación litúrgica debe estar fundada sobre la Palabra de Dios, la tradición propia de cada Iglesia y las nuevas aportaciones teológicas y antropológicas cristianas. Dará fruto si los cristianos adquieren la convicción de que la vida sacramental los introduce profundamente en la vida nueva en Cristo (cf. Rm 6,1-6; 2 Co 5,17), fuente de comunión y testimonio.

76. Existe un vínculo vital entre la liturgia, fuente y culmen de la vida de la Iglesia, que funda la unidad del episcopado y de la Iglesia universal, y el ministerio de Pedro, que mantiene esta unidad. La liturgia expresa esta realidad, especialmente en la celebración eucarística, que se hace en unión no sólo con el obispo, sino ante todo con el Papa, con el orden episcopal, con el clero y con todo el Pueblo de Dios.

77. Por el sacramento del bautismo, conferido en el nombre de la Santísima Trinidad, entramos en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y somos configurados con Cristo para llevar una vida nueva (cf. Rm 6,11-14; Col 2,12), una vida de fe y de conversión (cf. Mc 16,15-16; Hch 2,38). El bautismo nos incorpora también al Cuerpo de Cristo, la Iglesia, germen y anticipación de la humanidad reconciliada en Cristo (cf. 2 Co 5,19). En comunión con Dios, los bautizados están

[72] Cf. *ibíd.*

[73] Cf. *Propositio* 3.

[74] Cf. *Propositio* 39.

llamados a vivir aquí y ahora en comunión fraterna entre sí, desarrollando una solidaridad real con los demás miembros de la familia humana, sin discriminaciones basadas en motivos de raza y religión, por ejemplo. En este contexto, hay que vigilar para que la preparación sacramental de los jóvenes y los adultos se lleve a cabo con la mayor profundidad y durante un periodo que no sea demasiado breve.

78. La Iglesia católica considera el bautismo válidamente conferido como «el vínculo sacramental de unidad entre todos los que con él se han regenerado»[75]. Que no tarde en llegar el día en que veamos un acuerdo ecuménico entre la Iglesia católica y las Iglesias con las que mantiene un diálogo teológico sobre el reconocimiento mutuo del bautismo, con vistas a restaurar después la plena comunión en la fe apostólica. De ello depende en parte la credibilidad del mensaje y del testimonio cristiano en Oriente Medio.

79. La Eucaristía, con la cual la Iglesia celebra el gran misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo para la salvación de muchos, funda la comunión eclesial y la lleva a su plenitud. San Pablo ha erigido esto admirablemente en un principio eclesiológico con estas palabras: «Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan» (1 Co 10,17). La Iglesia de Cristo, sufriendo en su misión el drama de las divisiones y separaciones, y no deseando que sus miembros se reúnan para su propia condenación (cf. 1 Co 11,17-34), espera ardientemente que se acerque el día en que todos los cristianos puedan finalmente comulgar juntos de un mismo pan en la unidad de un solo cuerpo.

80. En la celebración de la Eucaristía, la Iglesia experimenta cotidianamente también la comunión de sus miembros con vistas al testimonio diario en la sociedad, que es una dimensión esencial de la esperanza cristiana. Así, la Iglesia toma conciencia de la unidad intrínseca de la esperanza escatológica y del compromiso en el mundo cuando hace memoria de toda la economía de la salvación: desde la encarnación hasta la parusía. Esta noción se podría profundizar más en una época en que la dimensión escatológica de la fe se ha debilitado, y en la que el sentido cristiano de la historia, como camino hacia su cumplimiento en Dios, se desvanece en favor de proyectos limitados únicamente al horizonte humano. Peregrinos en camino hacia

[75] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Unitatis redintegratio, sobre el ecumenismo, 22.

Dios, siguiendo a innumerables ermitaños y monjes, buscadores del Absoluto, los cristianos que viven en Oriente Medio sabrán encontrar en la Eucaristía la fuerza y la luz necesarias para testimoniar el evangelio, a menudo contra corriente y a pesar de innumerables limitaciones. Se apoyarán en la intercesión de los justos, santos, mártires y confesores, y de todos los que han agradado al Señor, como se canta en nuestras liturgias de Oriente y Occidente.

81. El sacramento del perdón y de la reconciliación, del que junto con los Padres sinodales deseo una renovación en su comprensión y en su práctica entre los fieles, es una invitación a la conversión del corazón[76]. En efecto, Cristo pide claramente: Cuando vayas a «presentar tu ofrenda sobre el altar..., vete primero a reconciliarte con tu hermano» (Mt 5,23-24). La conversión sacramental es un don que requiere ser mejor acogido y practicado. El sacramento del perdón y de la reconciliación perdona ciertamente los pecados, pero también cura. Recibirlo con mayor frecuencia favorece la formación de la conciencia y la reconciliación, ayudando a superar los diferentes miedos y a luchar contra la violencia. Pues sólo Dios da la paz auténtica (cf. Jn 14,27). En este sentido, exhorto a los pastores, así como a los fieles que están a su cuidado, a purificar incesantemente la memoria individual y colectiva, liberando de prejuicios los espíritus a través de la aceptación mutua y la colaboración con las personas de buena voluntad. Exhorto también a promover toda iniciativa de paz y reconciliación, incluso en medio de las persecuciones, para ser de verdad discípulos de Cristo según el espíritu de las bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12). Es necesario que la «buena conducta» de los cristianos (cf. 1 P 3,16) se convierta por su ejemplaridad en levadura en la masa humana (cf. Lc 13,20-21), pues se funda en Cristo, que invita a la perfección (cf. Mt 5,48; St 1,4; 1 P 1,16). La oración y las peregrinaciones

82. La Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para Oriente Medio ha subrayado con vigor la necesidad de la oración en la vida de la Iglesia, para dejarse transformar por su Señor y para que cada fiel permita que Cristo viva en él (cf. Ga 2,20). En efecto, como el mismo Jesús nos muestra retirándose a orar en los momentos decisivos de su vida, la eficacia de la misión evangelizadora, y por tanto del testimonio, tiene su fuente en la oración. Con su oración personal y comunitaria, el creyente, abriéndose a la acción del Espíritu de Dios, hace penetrar en el mundo la riqueza del amor y la luz de la esperanza que hay en él (cf. Rm 5,5). Que el deseo

[76] Cf. Propositio 37.



de rezar crezca entre los pastores del Pueblo de Dios y entre los fieles, para que la contemplación del rostro de Cristo inspire cada vez más su testimonio y su acción. Jesús recomendó a sus discípulos orar sin cesar y sin desfallecer (cf. Lc 18,1). Las situaciones humanas dolorosas causadas por el egoísmo, la iniquidad o la voluntad de poder, pueden provocar cansancio y desánimo. Por eso, Jesús recomienda la oración continua. Ella es la verdadera «tienda del encuentro» (cf. Ex 40,34), el lugar privilegiado de la comunión con Dios y con los hombres. Recordemos el significado del nombre del Niño cuyo nacimiento fue anunciado por Isaías y que trae la salvación: Emmanuel, «Dios con nosotros» (cf. Is 7,14; Mt 1,23). Jesús es nuestro Emmanuel, verdadero Dios con nosotros. Invoquémoslo con fervor.

83. Oriente Medio, tierra de la revelación bíblica, ha sido desde muy pronto una meta privilegiada de peregrinación para muchos cristianos, venidos de todo el mundo para fortalecer su fe y vivir una experiencia profundamente espiritual. Se trataba entonces de un gesto penitencial que respondía a una auténtica sed de Dios. La peregrinación bíblica actual debe volver a esta intuición inicial. Inspirada en la penitencia para la conversión y en la búsqueda de Dios, y poniendo sus pasos sobre los pasos terrenos de Cristo y de los apóstoles, la peregrinación a los lugares santos y apostólicos, vivida con fe y hondura, puede ser una auténtica sequela Christi. En un segundo momento, permite también que los fieles se impregnen más de la riqueza visual de la historia bíblica, que les recordará los grandes momentos de la economía de la salvación. Conviene igualmente que se asocie la peregrinación bíblica a la peregrinación a los santuarios de los mártires y los santos, en los que la Iglesia venera a Cristo, fuente de su martirio y de su santidad.

84. Ciertamente, la Iglesia vive en la espera vigilante y confiada de la llegada final del Esposo (cf. Mt 25,1-13). Recuerda, siguiendo a su Maestro, que la verdadera adoración es en espíritu y verdad, y no está limitada a un lugar santo, por importante que sea en la conciencia de los creyentes por su simbolismo y religiosidad (cf. Jn 4,21.23). La Iglesia, y en ella todo bautizado, siente sin embargo la necesidad legítima de un retorno a las fuentes. En los lugares donde se produjeron los acontecimientos de la salvación, todo peregrino podrá comprometerse en un camino de conversión a su Señor y encontrar un nuevo impulso. Deseo que los fieles de Oriente Medio puedan hacerse ellos mismos peregrinos en estos lugares santificados por el Señor y tener acceso libre sin restricción a los mismos. Por otra parte, las peregrinaciones a estos lugares ayudarán a los cristianos no orientales a descubrir la riqueza litúrgica y espiritual de las Iglesias orientales. Contribuirán así-

mismo a sostener y animar las comunidades cristianas a permanecer fiel y valerosamente en estas tierras benditas.

La evangelización y la caridad: misión de la Iglesia

85. La transmisión de la fe cristiana es una misión esencial para la Iglesia. Para poder responder mejor a los desafíos del mundo actual, invito a todos los fieles de la Iglesia a una nueva evangelización. Para que ésta dé sus frutos, debe permanecer fiel a la fe en Jesucristo. «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9,16), exclamaba san Pablo. En la inestable situación actual, esta nueva evangelización quiere lograr que los fieles tomen conciencia de que su testimonio de vida^[77] da fuerza a su palabra cuando se atreven a hablar de Dios abierta y valientemente para anunciar la Buena Nueva de la salvación. También toda la Iglesia católica presente en Oriente Medio está invitada, con la Iglesia universal, a comprometerse en esta evangelización, teniendo en cuenta con discernimiento el contexto cultural y social actual, sabiendo reconocer sus expectativas y sus límites. Es, ante todo, una llamada a dejarse evangelizar de nuevo para reencontrarse con Cristo, una llamada que se dirige a toda comunidad eclesial y a cada uno de sus miembros. Pues, como recordaba el Papa Pablo VI: «El que ha sido evangelizado evangeliza a su vez. He ahí la prueba de la verdad, la piedra de toque de la evangelización: es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al reino sin convertirse en alguien que a su vez da testimonio y anuncia»^[78].

86. Profundizar en el sentido teológico y pastoral de esta evangelización es una tarea importante para «compartir el don inestimable que Dios ha querido darnos, haciéndonos partícipes de su propia vida»^[79]. Dicha reflexión deberá abrirse a las dos dimensiones, la ecuménica y la interreligiosa, inherentes a la vocación y a la misión propia de la Iglesia católica en Oriente Medio.

87. Desde hace bastantes años, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades están presentes en Oriente Medio. Son un don del Espíritu a nuestra

[77] Cf. Exhort. ap. postsinodal *Verbum Domini* (30 septiembre 2010), 97: AAS 102 (2010), 767-768.

[78] Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 24: AAS 68 (1976), 21.

[79] Carta ap. en forma de *Motu proprio*, *Ubi eumque et semper* (21 septiembre 2010): AAS 102 (2010), 791.



época. No se debe apagar el Espíritu (cf. 1 Ts 5,19); sin embargo, corresponde a cada uno y a cada comunidad poner su carisma al servicio del bien común (cf. 1 Co 12,7). La Iglesia católica en Oriente Medio se alegra del testimonio de fe y de comunión fraterna de estas comunidades, donde se reúnen cristianos de varias Iglesias, sin confusión ni proselitismo. Animo a los miembros de estos movimientos y comunidades a ser artífices de comunión y testigos de la paz que viene de Dios, en unión con el obispo del lugar y según sus directrices pastorales, teniendo en cuenta la historia, la liturgia, la espiritualidad y la cultura de la Iglesia local[80]. Así demostrarán su adhesión generosa y su deseo de servir a la Iglesia particular y a la Iglesia universal. Por último, su buena integración manifestará la comunión en la diversidad y ayudará a la nueva evangelización.

88. Cada una de las Iglesias católicas presentes en Oriente Medio, herederas de un impulso apostólico que ha llevado la Buena Nueva a tierras lejanas, están invitadas también a renovar su espíritu misionero por la formación y el envío de hombres y mujeres orgullosos de su fe en Cristo, muerto y resucitado, y capaces de anunciar con valor el Evangelio, tanto en su región como en los territorios de la diáspora, o incluso en otros países del mundo[81]. El Año de la Fe, que se sitúa en el contexto de la nueva evangelización, si se vive con una convicción intensa, será un excelente estímulo para promover una evangelización interna de las Iglesias de la región, y para consolidar el testimonio cristiano. Dar a conocer al Hijo de Dios muerto y resucitado, el único Salvador de todos, es un deber constitutivo de la Iglesia y una responsabilidad imperativa para todo bautizado. Dios «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tm 2,4). Frente a esta misión urgente y exigente, y en un contexto multicultural y religiosamente plural, la Iglesia goza de la asistencia del Espíritu Santo, don del Señor resucitado, que sigue sosteniendo a los suyos, y del tesoro de las grandes tradiciones espirituales que ayudan a buscar a Dios. Animo a las circunscripciones eclesiales, a los Institutos religiosos y a los movimientos a desarrollar un auténtico espíritu misionero, que será para ellos prenda de renovación espiritual. Para esta misión, la Iglesia católica en Oriente Medio puede contar con el apoyo de la Iglesia universal.

89. La Iglesia católica en Oriente Medio trabaja desde hace mucho tiempo a través de una red de instituciones educativas, sociales y caritativas. Hace suya la

[80] Cf. Propositio 17.

[81] Cf. Propositio 34.

exhortación de Jesús: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). Acompaña el anuncio del evangelio con obras de caridad, de acuerdo con la naturaleza misma de la caridad cristiana, respondiendo a las necesidades inmediatas de todos, cualquiera que sea su religión, independientemente de partidos e ideologías, con la única finalidad de vivir en la tierra el amor de Dios por los seres humanos[82]. A través del testimonio de la caridad, la Iglesia aporta su contribución a la vida de la sociedad y desea contribuir a la paz que la región necesita.

90. Jesucristo se acerca a los más débiles. La Iglesia, guiada por su ejemplo, trabaja en el servicio de acogida de los niños en las guarderías y orfanatos, en el de los pobres, de las personas discapacitadas, de los enfermos y de toda persona necesitada para que se integre cada vez más en la comunidad humana. La Iglesia cree en la dignidad inalienable de toda persona humana y adora a Dios, creador y padre, sirviendo a sus criaturas tanto en sus necesidades materiales como espirituales. Es por Jesús, Dios y hombre verdadero, por quien la Iglesia realiza su ministerio de consolación que sólo busca reflejar la caridad de Dios por la humanidad. Quisiera manifestar aquí mi admiración y mi agradecimiento a todas las personas que consagran su vida a este noble ideal, y asegurarles la bendición de Dios.

91. Los centros educativos, las escuelas, los institutos superiores y las universidades católicas de Oriente Medio son numerosos. Los religiosos, las religiosas y los laicos que trabajan en ellos realizan una labor impresionante que aprecio y animo. Sin hacer proselitismo, esas instituciones educativas católicas acogen a alumnos o estudiantes de otras Iglesias y de otras religiones[83]. Siendo inestimables instrumentos de cultura para formar a los jóvenes en el conocimiento, demuestran de manera palpable que en Oriente Medio es posible vivir en el respeto y la colaboración, mediante una educación en la tolerancia y una búsqueda continua de calidad humana. Asimismo, están atentas a las culturas locales, que desean promover subrayando los elementos positivos que contienen. Una gran solidaridad entre los padres, los estudiantes, las universidades y las eparquías y diócesis, sostenida por la ayuda de cajas de mutualidad, permitirá garantizar a todos el acceso a la educa-

[82] Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 31: AAS 98 (2006), 243-245.

[83] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización (3 diciembre 2007), 12, nota 49, que trata del proselitismo: AAS 100 (2008), 502.

ción, sobre todo a aquellos que no tienen los recursos necesarios. La Iglesia pide también a los distintos responsables políticos que sostengan a estas instituciones que, por su actividad, contribuyen real y eficazmente al bien común, a la construcción y al futuro de las distintas naciones[84].

La catequesis y la formación cristiana

92. San Pedro recuerda en su primera carta: «Debéis estar siempre dispuestos para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y con respeto» (3,15-16). Los bautizados han recibido el don de la fe. Ella inspira toda su vida y los lleva a dar razón con delicadeza y respeto de las personas, pero también con franqueza y valentía (cf. Hch 4,29ss). También han de ser iniciados de manera adecuada en la celebración de los santos misterios, introducidos en el conocimiento de la doctrina revelada e invitados a la coherencia de vida y del obrar cotidiano. Esta formación de los fieles se asegura ante todo por la catequesis, cuando sea posible en una fraterna colaboración entre las distintas Iglesias.

93. La liturgia, y en primer lugar la celebración de la Eucaristía, es una escuela de fe que conduce al testimonio. La Palabra de Dios anunciada de manera adecuada debe llevar a los fieles a descubrir su presencia y su eficacia en su vida y en la de los hombres de hoy. El Catecismo de la Iglesia Católica es una base necesaria. Como ya he indicado, se debe alentar su lectura y su enseñanza, como también una iniciación concreta a la Doctrina social de la Iglesia, expresada de modo especial en el Compendio de la doctrina social de la Iglesia, así como en los grandes documentos del Magisterio pontificio[85]. La realidad de la vida eclesial en Oriente Medio y la ayuda mutua en la diaconía de la caridad permiten que esta formación tenga una dimensión ecuménica, según la especificidad de los lugares y de acuerdo con las autoridades eclesiales respectivas.

94. Por otra parte, el compromiso de los cristianos en la Iglesia y en las instituciones civiles se reforzará mediante una sólida formación espiritual. Parece necesario facilitar a los fieles, sobre todo a aquellos que viven en las tradiciones orientales y a causa de la historia de sus Iglesias, el acceso a los tesoros

[84] Cf. Propositio 32.

[85] Cf. Propositio 30.



de los Padres de la Iglesia y de los maestros espirituales. Invito a los Sínodos y a los demás organismos episcopales a reflexionar seriamente en la realización progresiva de este anhelo y en la actualización necesaria de la enseñanza patrística, que completará la formación bíblica. Esto implica en primer lugar que los sacerdotes, los consagrados y los seminaristas o novicios aprovechen estos tesoros para profundizar su vida personal de fe, para que después puedan compartirlos con seguridad. Las enseñanzas de los maestros espirituales de Oriente y de Occidente, y las de los santos y santas, ayudarán a quienes buscan verdaderamente a Dios.

CONCLUSIÓN



95. «No temas, pequeño rebaño» (Lc 12,32). Con estas palabras de Cristo, quisiera alentar a todos los pastores y fieles cristianos de Oriente Medio a mantener viva con valentía la llama del amor divino en la Iglesia y en sus ambientes de vida y de actividades. De este modo conservarán íntegras la esencia y la misión de la Iglesia, tal como Cristo las ha querido. Y, también así, las particularidades legítimas e históricas enriquecerán la comunión entre los bautizados, con el Padre y con su Hijo Jesucristo, cuya sangre purifica todo pecado (cf. 1 Jn 1,3.6-7). Al alba del cristianismo, san Pedro, apóstol de Jesucristo, escribió su Primera carta a algunas comunidades creyentes de Asia Menor en dificultad. En los comienzos de este nuevo milenio, ha sido oportuno que se reuniesen en Sínodo, junto al Sucesor de Pedro, los pastores y los fieles de Oriente Medio, y también de otros lugares, para rezar y reflexionar juntos. La exigencia apostólica y la complejidad del momento invitan a la oración y al dinamismo pastoral. La urgencia de la hora presente y la injusticia de tantas situaciones dramáticas, releando la Primera carta de san Pedro, llaman a unirse para testimoniar juntos a Cristo muerto y resucitado. Este estar juntos, esta comunión querida por nuestro Señor y Dios, es más necesaria que nunca. Dejemos de lado todo lo que parece ser causa de insatisfacción, aunque sea legítimo, para concentrarnos con un solo corazón en lo único necesario: unir en el Hijo único a todos los hombres y todo el universo (cf. Rm 8,29; Ef 1,5.10).

96. Cristo confió a Pedro la misión específica de apacentar sus ovejas (cf. Jn 21,15-17) y sobre él edificó su Iglesia (cf. Mt 16,18). Como Sucesor de Pedro, no olvidó las tribulaciones y los sufrimientos de los fieles de Cristo y, sobre todo, de quienes viven en Oriente Medio. El Papa está unido espiritualmente a ellos de modo

particular. Por eso, en nombre de Dios, pido a los responsables políticos y religiosos de estas sociedades no sólo que alivien esos sufrimientos, sino que eliminen las causas que los producen. Les pido que hagan todo lo posible para que por fin reine la paz.

97. El Papa nunca olvida que la Iglesia –la ciudad santa, la Jerusalén celestial–, de la que Cristo es la piedra angular (cf. 1 P 2,4.7) y del que él mismo ha recibido la misión de cuidar en esta tierra, está construida sobre cimientos hechos de diferentes piedras preciosas de muchos colores (cf. Ap 21,14.19-20). Las venerables Iglesias orientales y la Iglesia de rito latino son esas joyas espléndidas, que se postran en adoración ante «el río de agua de vida, reluciente como el cristal, que brota del trono de Dios y del Cordero» (Ap 22,1).

98. Para permitir a los hombres ver el rostro de Dios y su nombre escrito en sus frentes (cf. Ap 22,4) por la bendición de Dios, invito a todos los fieles católicos a dejarse guiar por el Espíritu de Dios para consolidar más la comunión entre ellos, y a vivir en una fraternidad sencilla y gozosa. Sé que ciertas circunstancias pueden llevar a veces a ceder a componendas que amenazan con romper la comunión humana y cristiana. Por desgracia, se llega a eso con demasiada frecuencia, y esta tibieza disgusta a Dios (cf. Ap 3,15-19). La luz de Cristo (cf. Jn 12,46) quiere llegar a todos los rincones de la tierra y del hombre, incluso a los más sombríos (cf. 1 P 2,9). Para ser lámpara portadora de la única Luz (cf. Lc 11,33-36) y poder dar testimonio por doquier (cf. Mc 16,15-18), hay que elegir el camino que conduce a la vida (cf. Mt 7,14), dejando atrás las obras estériles de las tinieblas (cf. Ef 5,9-14) y rechazándolas con determinación (cf. Rm 13,12ss).

99. Que la fraternidad de los cristianos, por su testimonio, se convierta en levadura en la masa humana (cf. Mt 13,33). Que los cristianos de Oriente Medio, católicos y otros, den con valentía en unidad este testimonio nada fácil, pero apasionante a causa de Cristo, a fin de recibir la corona de la vida (cf. Ap 2,10b). El conjunto de la comunidad cristiana los anima y los sostiene. Que la prueba que viven algunos de nuestros hermanos y hermanas (cf. Sal 66,10; Is 48,10; 1 P 1,7), fortalezca la fidelidad y la fe de todos. «A vosotros, gracia y paz abundantes... Paz a todos vosotros, los que vivís en Cristo» (1 P 1,2b; 5,14b).

100. El corazón de María, Théotokos y Madre de la Iglesia, fue traspasado (cf. Lc 2,34-35) a causa de la «contradicción» que ha traído su divino Hijo, es



decir, por la oposición y la hostilidad a la misión de luz que Cristo afrontó, y que la Iglesia, su Cuerpo místico, sigue viviendo. María, a la que toda la Iglesia venera con ternura, tanto en Oriente como en Occidente, nos asistirá maternalmente. María, la Toda Santa, que caminó entre nosotros, sabrá presentar nuevamente nuestras necesidades a su divino Hijo. Ella nos ofrece a su Hijo. Escuchémosla, porque nos abre a la esperanza: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5).

Beirut, Líbano, 14 de septiembre de 2012, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, octavo año de mi Pontificado.

BENEDICTUS PP. XVI

ENCUENTRO CON LOS MIEMBROS DEL GOBIERNO,
DE LAS INSTITUCIONES DE LA REPÚBLICA,
EL CUERPO DIPLOMÁTICO, LOS RESPONSABLES
RELIGIOSOS Y LOS REPRESENTANTES DEL MUNDO
DE LA CULTURA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Salón 25 de Mayo del Palacio Presidencial de Baabda

Sábado 15 de septiembre de 2012

Señor Presidente de la República,
señoras y señores representantes de las autoridades parlamentarias,
gubernamentales, institucionales y políticas del Líbano,
señoras y señores Jefes de misión diplomática,
Beatitudes, responsables religiosos,
queridos hermanos en el episcopado,
señoras y señores, queridos amigos

أعطيكم سلامي (Mi paz os doy) (Jn 14,27). Con estas palabras de Cristo,
deseo saludaros y agradeceros vuestra acogida y vuestra presencia. Señor Presi-



dente, le agradezco no solamente sus cordiales palabras sino también por haber permitido este encuentro. Acabo de plantar con vosotros un cedro del Líbano, símbolo de vuestro hermoso país. Al ver este arbolito y las atenciones que necesitará para fortalecerse y llegar a extender majestuosamente sus ramas, pienso en vuestro país y su destino, en los libaneses y sus esperanzas, en todas las personas de esta región del mundo que parece conocer los dolores de un alumbramiento sin fin. He pedido a Dios que os bendiga, que bendiga al Líbano y a todos los habitantes de esta región que ha visto nacer grandes religiones y nobles culturas. ¿Por qué ha elegido Dios esta región? ¿Por qué vive en la turbulencia? Pienso que Dios la ha elegido para que sirva de ejemplo, para que dé testimonio de cara al mundo de la posibilidad que tiene el hombre de vivir concretamente su deseo de paz y reconciliación. Esta aspiración está inscrita desde siempre en el plan de Dios, que la ha grabado en el corazón del hombre. Me gustaría hablar con vosotros de la paz, pues Jesús ha dicho: **أعطيكم سَلامِي** (Mi paz os doy).

Un país es rico, ante todo, por las personas que viven en su seno. Su futuro depende de cada una de ellas y de su conjunto, y de su capacidad de comprometerse por la paz. Este compromiso sólo será posible en una sociedad unida. Sin embargo, la unidad no es uniformidad. La cohesión de la sociedad está asegurada por el respeto constante de la dignidad de cada persona y su participación responsable según sus capacidades, aportando lo mejor que tiene. Con el fin de asegurar el dinamismo necesario para construir y consolidar la paz, hay que volver incansablemente a los fundamentos del ser humano. La dignidad del hombre es inseparable del carácter sagrado de la vida que el Creador nos ha dado. En el designio de Dios, cada persona es única e irremplazable. Viene al mundo en una familia, que es su primer lugar de humanización y, sobre todo, la primera que educa a la paz. Para construir la paz, nuestra atención debe dirigirse a la familia para facilitar su cometido, y apoyarla, promoviendo de este modo por doquier una cultura de la vida. La eficacia del compromiso por la paz depende de la concepción que el mundo tenga de la vida humana. Si queremos la paz, defendamos la vida. Esta lógica no solamente descalifica la guerra y los actos terroristas, sino también todo atentado contra la vida del ser humano, criatura querida por Dios. La indiferencia o la negación de lo que constituye la verdadera naturaleza del hombre impide que se respete esta gramática que es la ley natural inscrita en el corazón humano (cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2007, 3). La grandeza y la razón de ser de toda persona sólo se encuentra en Dios. Así, el reconocimiento incondicional de la dignidad de todo ser humano, de cada uno de nosotros, y la del carácter sagrado de la vida, comportan la responsabilidad de todos ante Dios. Por tanto, debemos unir nuestras



fuerzas para desarrollar una sana antropología que integre la unidad de la persona. Sin ella, no será posible construir la paz verdadera.



Aún siendo más evidentes en los países que sufren conflictos armados – esas guerras llenas de vanidad y de horror –, los atentados contra la integridad y la vida de las personas existen también en otros países. El desempleo, la pobreza, la corrupción, las distintas adicciones, la explotación, el tráfico de todo tipo y el terrorismo comportan, además del sufrimiento inaceptable de los que son sus víctimas, un deterioro del potencial humano. La lógica económica y financiera quiere imponer sin cesar su yugo y hacer que prime el tener sobre el ser. Pero la pérdida de cada vida humana es una pérdida para la humanidad entera. Ésta es una gran familia de la que todos somos responsables. Ciertas ideologías, cuestionando directa o indirectamente, e incluso legalmente, el valor inalienable de toda persona y el fundamento natural de la familia, socavan las bases de la sociedad. Debemos ser conscientes de estos ataques contra la construcción y la armonía del vivir juntos. Sólo una solidaridad efectiva constituye el antídoto a todo esto. Solidaridad para rechazar lo que impide el respeto de todo ser humano, solidaridad para apoyar las políticas y las iniciativas que actúan para unir los pueblos de modo honesto y justo. Es grato ver los gestos de colaboración y verdadero diálogo que construyen una nueva manera de vivir juntos. Una mejor calidad de vida y de desarrollo integral sólo es posible compartiendo las riquezas y las competencias, respetando la identidad de cada uno. Pero un modo de vida como éste, compartido, sereno y dinámico, únicamente es posible confiando en el otro, quienquiera que sea. Hoy, las diferencias culturales, sociales, religiosas, deben llevar a vivir un tipo nuevo de fraternidad, donde lo que une es justamente el común sentido de la grandeza de toda persona, y el don que representa para ella misma, para los otros y para la humanidad. En esto se encuentra el camino de la paz. En ello reside el compromiso que se nos pide. Ahí está la orientación que debe presidir las opciones políticas y económicas, en cualquier nivel y a escala mundial.

Para abrir a las generaciones futuras un porvenir de paz, la primera tarea es la de educar en la paz, para construir una cultura de paz. La educación, en la familia o en la escuela, debe ser sobre todo la educación en los valores espirituales que dan a la transmisión del saber y de las tradiciones de una cultura su sentido y su fuerza. El espíritu humano tiene el sentido innato de la belleza, del bien y la verdad. Es el sello de lo divino, la marca de Dios en él. De esta aspiración universal se desprende una concepción moral sólida y justa, que pone siempre a la persona en el centro. Pero el hombre sólo puede convertirse al bien de manera libre, ya que «la dignidad



del hombre requiere, en efecto, que actúe según una elección consciente y libre, es decir, movido e inducido personalmente desde dentro y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa» (*Gaudium et spes*, 17). La tarea de la educación es la de acompañar la maduración de la capacidad de tomar opciones libres y justas, que puedan ir a contracorriente de las opiniones dominantes, las modas, las ideologías políticas y religiosas. Éste es el precio de la implantación de una cultura de la paz. Evidentemente, hay que desterrar la violencia verbal o física. Ésta es siempre un atentado contra la dignidad humana, tanto del culpable como de la víctima. Además, valorizando las obras pacíficas y su influjo en el bien común, se aumenta también el interés por la paz. Como atestigua la historia, tales gestas de paz tienen un papel considerable en la vida social, nacional e internacional. La educación en la paz formará así hombres y mujeres generosos y rectos, atentos a todos y, de modo particular, a las personas más débiles. Pensamientos de paz, palabras de paz y gestos de paz crean una atmósfera de respeto, de honestidad y cordialidad, donde las faltas y las ofensas pueden ser reconocidas con verdad para avanzar juntos hacia la reconciliación. Que los hombres de Estado y los responsables religiosos reflexionen sobre ello.

Debemos ser muy conscientes de que el mal no es una fuerza anónima que actúa en el mundo de modo impersonal o determinista. El mal, el demonio, pasa por la libertad humana, por el uso de nuestra libertad. Busca un aliado, el hombre. El mal necesita de él para desarrollarse. Así, habiendo trasgredido el primer mandamiento, el amor de Dios, trata de pervertir el segundo, el amor al prójimo. Con él, el amor al prójimo desaparece en beneficio de la mentira y la envidia, del odio y la muerte. Pero es posible no dejarse vencer por el mal y vencer el mal con el bien (cf. *Rm* 12,21). Estamos llamados a esta conversión del corazón. Sin ella, las tan deseadas “liberaciones” humanas defraudan, puesto que se mueven en el reducido espacio que concede la estrechez del espíritu humano, su dureza, sus intolerancias, sus favoritismos, sus deseos de revancha y sus pulsiones de muerte. Se necesita la transformación profunda del espíritu y el corazón para encontrar una verdadera clarividencia e imparcialidad, el sentido profundo de la justicia y el del bien común. Una mirada nueva y más libre hará que sea posible analizar y poner en cuestión los sistemas humanos que llevan a un callejón sin salida, con la finalidad de avanzar, teniendo en cuenta el pasado, con sus efectos devastadores, para no volver a repetirlo. Esta conversión que se requiere es exaltante, pues abre nuevas posibilidades, al despertar los innumerables recursos que anidan en el corazón de tantos hombres y mujeres deseosos de vivir en paz y dispuestos a comprometerse por ella. Pero es particularmente exigente:

hay que decir no a la venganza, hay que reconocer las propias culpas, aceptar las disculpas sin exigir las y, en fin, perdonar. Puesto que sólo el perdón ofrecido y recibido pone los fundamentos estables de la reconciliación y la paz para todos (cf. Rm 12,16b.18).

Sólo entonces podrá crecer el buen entendimiento entre las culturas y las religiones, la consideración sin conmisericordia de unos por otros y el respeto de los derechos de cada uno. En el Líbano, el cristianismo y el Islam habitan el mismo espacio desde hace siglos. No es raro ver en la misma familia las dos religiones. Si en una misma familia es posible, ¿por qué no lo puede ser con respecto al conjunto de la sociedad? Lo específico de Oriente Medio se encuentra en la mezcla de diversos componentes. Es cierto que se han combatido, desgraciadamente es así. Una sociedad plural sólo existe con el respeto recíproco, con el deseo de conocer al otro y del diálogo continuo. Este diálogo entre los hombres es posible únicamente siendo conscientes de que existen valores comunes a todas las grandes culturas, porque están enraizadas en la naturaleza de la persona humana. Estos valores que están como subyacentes, manifiestan los rasgos auténticos y característicos de la humanidad. Pertenecen a los derechos de todo ser humano. Con la afirmación de su existencia, las diferentes religiones ofrecen una aportación decisiva. No olvidemos que la libertad religiosa es el derecho fundamental del que dependen muchos otros. Profesar y vivir libremente la propia religión, sin poner en peligro su vida y su libertad, ha de ser posible para cualquiera. La pérdida o el debilitamiento de esta libertad priva a la persona del derecho sagrado a una vida íntegra en el plano espiritual. La así llamada tolerancia no elimina las discriminaciones, sino que a veces incluso las reafirma. Y sin la apertura a lo trascendente, que permite encontrar respuestas a los interrogantes de su corazón sobre el sentido de la vida y la manera de vivir moralmente, el hombre se hace incapaz de actuar con justicia y de comprometerse por la paz. La libertad religiosa tiene una dimensión social y política indispensable para la paz. Ella promueve una coexistencia y una vida armoniosa a causa del compromiso común al servicio de causas nobles y de la búsqueda de la verdad que no se impone por la violencia sino por «la fuerza de la misma verdad» (*Dignitatis humanae*, 1), la Verdad que está en Dios. Puesto que la creencia vivida lleva invariablemente al amor. La creencia auténtica no puede llevar a la muerte. El artífice de la paz es humilde y justo. Los creyentes tienen hoy, por tanto, un papel esencial, el de testimoniar la paz que viene de Dios y que es un don que se da a todos en la vida personal, familiar, social, política y económica (cf. Mt 5,9; Heb 12,14). No se puede consentir que el mal triunfe por la pasividad de los hombres de bien. Sería peor que no hacer nada.



Estas reflexiones sobre la paz, la sociedad, la dignidad de la persona, sobre los valores de la familia y la vida, sobre el diálogo y la solidaridad no pueden quedar como el simple enunciado de ideas. Pueden y deben ser vividas. Estamos en el Líbano y aquí es donde han de vivirse. El Líbano está llamado, ahora más que nunca, a ser un ejemplo. Políticos, diplomáticos, religiosos, hombres y mujeres del mundo de la cultura, os invito, pues, a dar testimonio con valor en vuestro entorno, a tiempo y a destiempo, de que Dios quiere la paz, que Dios nos confía la paz. **أعطيكم سلامي** (Mi paz os doy) (Jn 14,27), dice Cristo. Que Dios os bendiga. Gracias.



ENCUENTRO CON LOS JÓVENES DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Explanada frente al Patriarcado maronita de Bkerké



Sábado 15 de septiembre de 2012

Beatitud,
Hermanos Obispos,
Señor Presidente,
queridos amigos:

«A vosotros gracia y paz abundantes por el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor» (2 P 1,2). El pasaje de la carta de San Pedro que acabamos de escuchar expresa bien el gran deseo que llevo en el corazón desde hace mucho tiempo. Gracias por vuestra calurosa acogida, gracias de todo corazón por vuestra presencia tan numerosa esta tarde. Agradezco a Su Beatitud el Patriarca Bechara Boutros Raï sus palabras de bienvenida, a Mons. Georges Bou Jaoudé, Arzobispo de Trípoli y Presidente del Consejo para el apostolado de los laicos en el Líbano, y a Monseñor Elie Hadda, Arzobispo de Sidón de los Griegos melquitas y Vicepresidente de dicho Consejo, así como a los dos jóvenes que me han saludado en nom-

bre de todos vosotros. **أعطيكم سَلامِي** (Mi paz os doy) (Jn 14,27), nos dice Jesucristo.

Queridos amigos, vosotros vivís hoy en esta parte del mundo que ha visto el nacimiento de Jesús y el desarrollo del cristianismo. Es un gran honor. Y es una llamada a la fidelidad, al amor por vuestra región, y especialmente a ser testigos y mensajeros de la alegría de Cristo, porque la fe transmitida por los Apóstoles lleva a la plena libertad y al gozo, como lo han mostrado tantos santos y beatos de este país. Su mensaje ilumina la Iglesia universal. Y puede seguir iluminando vuestras vidas. Entre los Apóstoles y los santos, muchos vivieron periodos difíciles, y su fe fue la fuente de su valor y de su testimonio. Que encontréis en su ejemplo e intercesión la inspiración y el apoyo que necesitáis.

Conozco las dificultades que tenéis en la vida cotidiana, debido a la falta de estabilidad y seguridad, al problema de encontrar trabajo o incluso al sentimiento de soledad y marginación. En un mundo en continuo movimiento, os enfrentáis a muchos y graves desafíos. Pero ni siquiera el desempleo y la precariedad deben incitaros a probar la «miel amarga» de la emigración, con el desarraigo y la separación en pos de un futuro incierto. Se trata de que vosotros seáis los artífices del futuro de vuestro país, y cumpláis con vuestro papel en la sociedad y en la Iglesia.

Tenéis un lugar privilegiado en mi corazón y en toda la Iglesia, porque la Iglesia es siempre joven. La Iglesia confía en vosotros. Cuenta con vosotros. Sed jóvenes en la Iglesia. Sed jóvenes con la Iglesia. La Iglesia necesita vuestro entusiasmo y creatividad. La juventud es el momento en el que se aspira a grandes ideales, y el periodo en que se estudia para prepararse a una profesión y a un porvenir. Esto es importante y exige su tiempo. Buscad lo que es hermoso y gozad en hacer el bien. Dad testimonio de la grandeza y la dignidad de vuestro cuerpo, que es «para el Señor» (1 Co 6,13b). Tened la delicadeza y la rectitud de los corazones puros. Como el beato Juan Pablo II, yo también os repito: «No tengáis miedo. Abrid las puertas de vuestro espíritu y vuestro corazón a Cristo». El encuentro con él «da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (Deus caritas est, 1). En él encontraréis la fuerza y el valor para avanzar en el camino de vuestra vida, superando así las dificultades y aflicciones. En él encontraréis la fuente de la alegría. Cristo os dice: **أعطيكم سَلامِي** (Mi paz os doy). Aquí está la revolución que Cristo ha traído, la revolución del amor.



Las frustraciones que se presentan no os deben conducir a refugiaros en mundos paralelos como, entre otros, el de las drogas de cualquier tipo, o el de la tristeza de la pornografía. En cuanto a las redes sociales, son interesantes, pero pueden llevar fácilmente a una dependencia y a la confusión entre lo real y lo virtual. Buscad y vivid relaciones ricas de amistad verdadera y noble. Adoptad iniciativas que den sentido y raíces a vuestra existencia, luchando contra la superficialidad y el consumo fácil. También os acecha otra tentación, la del dinero, ese ídolo tirano que ciega hasta el punto de sofocar a la persona y su corazón. Los ejemplos que os rodean no siempre son los mejores. Muchos olvidan la afirmación de Cristo, cuando dice que no se puede servir a Dios y al dinero (cf. Lc 16,13). Buscad buenos maestros, maestros espirituales, que sepan indicaros la senda de la madurez, dejando lo ilusorio, lo llamativo y la mentira.

Sed portadores del amor de Cristo. ¿Cómo? Volviendo sin reservas a Dios, su Padre, que es la medida de lo justo, lo verdadero y lo bueno. Meditad la Palabra de Dios. Descubrid el interés y la actualidad del Evangelio. Orad. La oración, los sacramentos, son los medios seguros y eficaces para ser cristianos y vivir «arraigados y edificados en Cristo, afianzados en la fe» (Col 2,7). El Año de la fe que está para comenzar será una ocasión para descubrir el tesoro de la fe recibida en el bautismo. Podéis profundizar en su contenido estudiando el Catecismo, para que vuestra fe sea viva y vivida. Entonces os haréis testigos del amor de Cristo para los demás. En él, todos los hombres son nuestros hermanos. La fraternidad universal inaugurada por él en la cruz reviste de una luz resplandeciente y exigente la revolución del amor. «Amaos unos a otros como yo os he amado» (Jn 13,35). En esto reside el testamento de Jesús y el signo del cristiano. Aquí está la verdadera revolución del amor.

Por tanto, Cristo os invita a hacer como él, a acoger sin reservas al otro, aunque pertenezca a otra cultura, religión o país. Hacerle sitio, respetarlo, ser bueno con él, nos hace siempre más ricos en humanidad y fuertes en la paz del Señor. Sé que muchos de vosotros participáis en diversas actividades promovidas por las parroquias, las escuelas, los movimientos o las asociaciones. Es hermoso trabajar con y para los demás. Vivir juntos momentos de amistad y alegría permite resistir a los gérmenes de división, que constantemente se han de combatir. La fraternidad es una anticipación del cielo. Y la vocación del discípulo de Cristo es ser «levadura» en la masa, como dice san Pablo: «Un poco de levadura hace fermentar toda la masa» (Ga 5,9). Sed los mensajeros del evangelio de la vida y de los valores de la vida. Resistid con valentía a aquello que la niega: el aborto, la violencia, el rechazo y



desprecio del otro, la injusticia, la guerra. Así irradiaréis la paz en vuestro entorno. ¿Acaso no son a los «artífices de la paz» a quienes en definitiva más admiramos? ¿No es la paz ese bien precioso que toda la humanidad está buscando? Y, ¿no es un mundo de paz para nosotros y para los demás lo que deseamos en lo más profundo? أعطيك سلامي (Mi paz os doy), dice Jesús. Él no ha vencido el mal con otro mal, sino tomándolo sobre sí y aniquilándolo en la cruz mediante el amor vivido hasta el extremo. Descubrir de verdad el perdón y la misericordia de Dios, permite recomenzar siempre una nueva vida. No es fácil perdonar. Pero el perdón de Dios da la fuerza de la conversión y, a la vez, el gozo de perdonar. El perdón y la reconciliación son caminos de paz, y abren un futuro.

Queridos amigos, muchos de vosotros se preguntan ciertamente, de una forma más o menos consciente: ¿Qué espera Dios de mí? ¿Qué proyecto tiene para mí? ¿Querrá que anuncie al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio? ¿Me llamará Cristo a seguirlo más de cerca? Acoged confiadamente estos interrogantes. Tomaos un tiempo para pensar en ello y buscar la luz. Responded a la invitación poniéndoos cada día a disposición de Aquel que os llama a ser amigos suyos. Tratad de seguir de corazón y con generosidad a Cristo, que nos ha redimido por amor y entregado su vida por todos nosotros. Descubriréis una alegría y una plenitud inimaginable. Responder a la llamada que Cristo dirige a cada uno: éste es el secreto de la verdadera paz.

Ayer firmé la Exhortación Apostólica Ecclesia in Medio Oriente. Esta carta, queridos jóvenes, está destinada también a vosotros, como a todo el Pueblo de Dios. Leedla con atención y medítadla para ponerla en práctica. Para que os ayude, os recuerdo las palabras de san Pablo a los corintios: «Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todo el mundo. Es evidente que sois carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de corazones de carne» (2 Co 3,2-3). También vosotros, queridos amigos, podéis ser una carta viva de Cristo. Esta carta no estará escrita con papel y lápiz. Será el testimonio de vuestra vida y de vuestra fe. Así, con ánimo y entusiasmo, haréis comprender a vuestro alrededor que Dios quiere la felicidad de todos sin distinción, y que los cristianos son sus servidores y testigos fieles.

Jóvenes libaneses, sois la esperanza y el futuro de vuestro país. Vosotros sois el Líbano, tierra de acogida, de convivencia, con una increíble capacidad de adaptación. Y, en estos momentos, no podemos olvidar a esos millones de perso-

nas que forman la diáspora libanesa, y que mantienen fuertes lazos con su país de origen. Jóvenes del Líbano, sed acogedores y abiertos, como Cristo os pide y como vuestro país os enseña.

Quiero saludar ahora a los jóvenes musulmanes que están con nosotros esta noche. Agradezco vuestra presencia que es tan importante. Vosotros sois, con los jóvenes cristianos, el futuro de este maravilloso País y de todo el Oriente Medio. Buscad construirlo juntos. Y cuando seáis adultos, continuad a vivir la concordia en la unidad con los cristianos. Porque la belleza del Líbano se encuentra en esta bella simbiosis.

Es necesario que todo el Oriente Medio, viéndoles, comprenda que los musulmanes y los cristianos, el Islam y el Cristianismo, pueden vivir juntos sin odios, respetando las creencias de cada uno, para construir juntos una sociedad libre y humana.

He sabido además que están entre nosotros jóvenes venidos de Siria. Quiero deciros cuanto admiro vuestra valentía. Decid en vuestras casas, a vuestros familiares y amigos, que el Papa no os olvida. Decid en vuestro entorno que el Papa esta triste a causa de vuestros sufrimientos y lutos. Él no se olvida de Siria en sus oraciones y es una de sus preocupaciones. No se olvida de ninguno de los que sufren en Oriente Medio. Es el momento en que musulmanes y cristianos se unan para poner fin a la violencia y a la guerra.

Para terminar, volvámonos a María, la Madre del Señor, Nuestra Señora del Líbano. Ella os protege y acompaña desde lo alto de la colina de Harissa, vela como madre por todos los libaneses y por tantos peregrinos que acuden de todas partes para encomendarle sus alegrías y sus penas. Esta tarde, confiamos a la Virgen María y al Beato Juan Pablo II, que me precedió aquí, vuestras vidas, las de todos los jóvenes del Líbano y de los países de la región, especialmente de los que sufren la violencia o la soledad, de los que necesitan consuelo. Que Dios os bendiga a todos. Y ahora, todos juntos, la imploramos:

... مَرَيِّمَ اَي عَلَيكِ السَّلَامُ .



SANTAMISA Y ENTREGA DE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POSTSINODAL PARA ORIENTE MEDIO

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Beirut City Center Waterfront

Domingo 16 de septiembre de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

«Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo» (Ef 1,3). Bendito sea en este día en el que tengo la alegría de estar aquí con vosotros, en el Líbano, para entregar a los obispos de la región la Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Medio Oriente*. Agradezco cordialmente a Su Beatitud Bechara Boutros Raï sus amables palabras de bienvenida. Saludo a los demás patriarcas y obispos de las iglesias orientales, a los obispos latinos de las regiones vecinas, así como a los cardenales y obispos procedentes de otros países. Os saludo a todos con gran afecto, queridos hermanos y hermanas del Líbano, así como a los de los países de toda esta querida región de Oriente Medio, que han venido para celebrar, con el



Sucesor de Pedro, a Jesucristo crucificado, muerto y resucitado. Saludo con deferencia también al Presidente de la República y a las autoridades libanesas, a los responsables y miembros de otras tradiciones religiosas que han tenido a bien estar presentes aquí esta mañana.

En este domingo en el que Evangelio nos interroga sobre la verdadera identidad de Jesús, hemos aquí con los discípulos por la senda que conduce a los pueblos de la región de Cesarea de Filipo. «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mc 8,29), les preguntó Jesús. El momento elegido para plantear esta cuestión tiene un significado. Jesús se encuentra en un momento decisivo de su existencia. Sube hacia Jerusalén, hacia el lugar donde, por la cruz y la resurrección, se cumplirá el acontecimiento central de nuestra salvación. Jerusalén es también donde, al final de estos acontecimientos, nacerá la Iglesia. Y cuando, en ese momento decisivo, Jesús pregunta primero a sus seguidores: «¿Quién dice la gente que soy yo?» (Mc 8,27), las respuestas que le dan son muy diferentes: Juan el Bautista, Elías, un profeta. También hoy, como a lo largo de los siglos, aquellos, que de una u otra manera, han encontrado a Jesús en su camino, ofrecen sus respuestas. Éstas son aproximaciones que pueden permitir encontrar el camino de la verdad. Pero, aunque no sean necesariamente falsas, siguen siendo insuficientes, pues no llegan al corazón de la identidad de Jesús. Sólo quien se compromete a seguirlo en su camino, a vivir en comunión con él en la comunidad de los discípulos, puede tener un conocimiento verdadero. Entonces es cuando Pedro, que desde hacía algún tiempo había vivido con Jesús, dará su respuesta: «Tú eres el Mesías» (Mc 8,29). Respuesta acertada sin duda alguna, pero aún insuficiente, puesto que Jesús advirtió la necesidad de precisarla. Se percataba de que la gente podría utilizar esta respuesta para propósitos que no eran los suyos, para suscitar falsas esperanzas terrenas sobre él. Y no se deja encerrar sólo en los atributos del libertador humano que muchos esperan.

Al anunciar a sus discípulos que él deberá sufrir y ser ajusticiado antes de resucitar, Jesús quiere hacerles comprender quién es de verdad. Un Mesías sufriente, un Mesías servidor, no un libertador político todopoderoso. Él es siervo obediente a la voluntad de su Padre hasta entregar su vida. Es lo que anunciaba ya el profeta Isaías en la primera lectura. Así, Jesús va contra lo que muchos esperaban de él. Su afirmación sorprende e inquieta. Y eso explica la réplica y los reproches de Pedro, rechazando el sufrimiento y la muerte de su maestro. Jesús se muestra severo con él, y le hace comprender que quien quiera ser discípulo suyo, debe aceptar ser un servidor, como él mismo se ha hecho siervo.



Decidirse a seguir a Jesús, es tomar su Cruz para acompañarle en su camino, un camino arduo, que no es el del poder o el de la gloria terrena, sino el que lleva necesariamente a la renuncia de sí mismo, a perder su vida por Cristo y el Evangelio, para ganarla. Pues se nos asegura que este camino conduce a la resurrección, a la vida verdadera y definitiva con Dios. Optar por acompañar a Jesucristo, que se ha hecho siervo de todos, requiere una intimidad cada vez mayor con él, poniéndose a la escucha atenta de su Palabra, para descubrir en ella la inspiración de nuestras acciones. Al promulgar el Año de la fe, que comenzará el próximo 11 de octubre, he querido que todo fiel se comprometa de forma renovada en este camino de conversión del corazón. A lo largo de todo este año, os animo vivamente, pues, a profundizar vuestra reflexión sobre la fe, para que sea más consciente, y para fortalecer vuestra adhesión a Jesucristo y su evangelio.

Hermanos y hermanas, el camino por el que Jesús nos quiere llevar es un camino de esperanza para todos. La gloria de Jesús se revela en el momento en que, en su humanidad, él se manifiesta el más frágil, especialmente después de la encarnación y sobre la cruz. Así es como Dios muestra su amor, haciéndose siervo, entregándose por nosotros. ¿Acaso no es esto un misterio extraordinario, a veces difícil de admitir? El mismo apóstol Pedro lo comprenderá sólo más tarde.

En la segunda lectura, Santiago nos ha recordado cómo este seguir a Jesús, para ser auténtico, exige actos concretos: «Yo con mis obras, te mostraré la fe» (2,18). Servir es una exigencia imperativa para la Iglesia y, para los cristianos, el ser verdaderos servidores, a imagen de Jesús. El servicio es un elemento fundacional de la identidad de los discípulos de Cristo (cf. Jn 13,15-17). La vocación de la Iglesia y del cristiano es servir, como el Señor mismo lo ha hecho, gratuitamente y a todos, sin distinción. Por tanto, en un mundo donde la violencia no cesa de extender su rastro de muerte y destrucción, servir a la justicia y la paz es una urgencia, para comprometerse en aras de una sociedad fraterna, para fomentar la comunión. Queridos hermanos y hermanas, imploro particularmente al Señor que conceda a esta región de Oriente Medio servidores de la paz y la reconciliación, para que todos puedan vivir pacíficamente y con dignidad. Es un testimonio esencial que los cristianos deben dar aquí, en colaboración con todas las personas de buena voluntad. Os hago un llamamiento a todos a trabajar por la paz. Cada uno como pueda y allí dónde se encuentre.

El servicio debe entrar también en el corazón de la vida misma de la comunidad cristiana. Todo ministerio, todo cargo en la Iglesia, es ante todo un servicio a



Dios y a los hermanos. Éste es el espíritu que debe reinar entre todos los bautizados, en particular con un compromiso efectivo para con los pobres, los marginados y los que sufren, para salvaguardar la dignidad inalienable de cada persona.

Queridos hermanos y hermanas que sufrís en el cuerpo o en el corazón, vuestro dolor no es inútil. Cristo servidor está cercano a todos los que sufren. Él está a vuestro lado. Que os encontréis en vuestro camino con hermanos y hermanas que manifiesten concretamente su presencia amorosa, que no os abandonará. Que Cristo os colme de esperanza.

Y todos vosotros, hermanos y hermanas, que habéis venido para participar en esta celebración, tratad de configuraros siempre con el Señor Jesús, con él, que se ha hecho servidor de todos para la vida del mundo. Que Dios bendiga al Líbano, que bendiga a todos los pueblos de esta querida región del Medio Oriente y les conceda el don de su paz. Amén.





BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Beirut City Center Waterfront

Domingo 16 de septiembre de 2012

Queridos hermanos y hermanas, dirijámonos ahora a María, Nuestra Señora del Líbano, en torno a la cual se encuentran los cristianos y los musulmanes. Pidámosle que interceda ante su divino Hijo por vosotros y, en particular, implorando el don de la paz para los habitantes de Siria y los países vecinos. Conocéis bien la tragedia de los conflictos y de la violencia, que genera tantos sufrimientos. Desgraciadamente, el ruido de las armas continúa escuchándose, así como el grito de las viudas y de los huérfanos. La violencia y el odio invaden sus vidas, y las mujeres y los niños son las primeras víctimas. ¿Por qué tanto horror? ¿Por qué tanta muerte? Apelo a la comunidad internacional. Apelo a los países árabes de modo que como hermanos, propongan soluciones viables que respeten la dignidad de toda persona humana, sus derechos y su religión. Quien quiere construir la paz debe dejar de ver en el otro un mal que debe eliminar. No es fácil ver en el otro una



persona que se debe respetar y amar, y sin embargo es necesario, si se quiere construir la paz, si se quiere la fraternidad (cf. 1 Jn 2,10-11; 1 P 3,8-12). Que Dios conceda a vuestro país, a Siria y a Oriente Medio el don de la paz de los corazones, el silencio de las armas y el cese de toda violencia. Que los hombres entiendan que todos son hermanos. María, que es nuestra Madre, comprende nuestras preocupaciones y necesidades. Con los patriarcas y los obispos aquí presentes, encomiendo a Oriente Medio bajo su materna protección (cf. Proposición 44). Que con la ayuda de Dios nos convirtamos, trabajando con ardor por instaurar la paz necesaria para una vida armoniosa entre hermanos, no importa su proveniencia o convicciones religiosas. Ahora oremos: Angelus Domini...





ENCUENTRO ECUMÉNICO

PALABRAS DE RESPUESTA DEL SANTO PADRE EN EL ENCUENTRO ECUMÉNICO

Salón de honor del Patriarcado siro-católico de Charfet

Domingo 16 de septiembre de 2012

Santidad, Beatitud,
Venerados Patriarcas, queridos hermanos en el episcopado,
Queridos representantes de las Iglesias y Comunidades protestantes,
Queridos hermanos

Con gozo me encuentro entre vosotros, en este monasterio de Notre Dame de la Délivrance de Charfet, lugar de la Iglesia siríaca católica significativo para el Líbano y todo el Oriente Medio. Agradezco a Su Beatitud Ignace Youssef Younan, Patriarca de Antioquía de los Siro-católicos, sus calurosas palabras de bienvenida. Saludo fraternalmente a cada uno de vosotros, que representáis la diversidad de la Iglesia en Oriente, y en particular a Su Beatitud Ignace IV Hazim, Patriarca Greco-ortodoxo de Antioquía y de todo el Oriente y a Su Santidad Mar Ignatius I Zakke



Iwas, Patriarca de la Iglesia Siro-ortodoxa de Antioquía y de todo el Oriente. Vuestra gozosa presencia realza este encuentro. Les agradezco de corazón que estén entre nosotros. Mi pensamiento se dirige también a la Iglesia copta ortodoxa de Egipto y a la Iglesia etíope ortodoxa, que han sufrido la pérdida de su Patriarca. Les aseguro mi fraterna cercanía y oración.

Permitidme rendir homenaje al testimonio de fe que la Iglesia Siríaca de Antioquía ha ofrecido a lo largo de su gloriosa historia, testimonio de un amor ardiente a Cristo, que le ha permitido escribir, hasta el día de hoy, páginas heroicas a causa de su fidelidad a la fe hasta el martirio. La animo a ser para todos los pueblos de la región un signo de la paz que viene de Dios y una luz que enciende su esperanza. Extiendo estas palabras de aliento a todas las Iglesias y Comunidades eclesiales presentes en esta región.



Queridos hermanos, nuestro encuentro de esta tarde es un signo elocuente de nuestro deseo profundo de responder a la llamada del Señor Jesús, «que todos sean uno» (Jn 17,21). En estos tiempos inestables y proclives a la violencia, que experimenta vuestra región, es todavía más urgente que los discípulos de Cristo den un testimonio auténtico de su unidad, para que el mundo crea en su mensaje de amor, paz y reconciliación. Es un mensaje que todos los cristianos, y nosotros en particular, tenemos la misión de transmitir al mundo, y que adquiere un valor inestimable en el contexto actual de Oriente Medio.



Trabajemos sin descanso para que nuestro amor por Cristo nos conduzca paso a paso hacia la plena comunión entre nosotros. Para ello, debemos, por la oración y el compromiso común, volver sin cesar a nuestro único Señor y Salvador. Pues, como he escrito en la Exhortación apostólica *Ecclesia in Medio Oriente*, que he tenido el gozo de entregaros, «Jesús une a quienes creen en él y le aman, entregándoles el Espíritu de su Padre, así como el de María, su madre» (n. 15).

Confío a la Virgen María cada uno de vosotros, así como los miembros de vuestras Iglesias y comunidades. Que ella suplique por nosotros ante su Divino Hijo, para que nos veamos libres de todo mal y violencia y para que esta región de Oriente Medio conozca al fin el tiempo de la reconciliación y la paz. Que las palabras de Jesús que he citado con frecuencia en este viaje, **أعطيك سلامي** (Jn 14,27), sean para todos nosotros el signo común que daremos en el nombre de Cristo a los pueblos de esta amada región, que anhela con impaciencia la realización de este anuncio. Gracias.



CEREMONIA DE DESPEDIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto Internacional Rafik Hariri, Beirut

Domingo 16 de septiembre de 2012

Señor Presidente,
Señores Presidentes del Parlamento y del Consejo de ministros,
Beatitudes y hermanos en el episcopado,
Autoridades civiles y religiosas y queridos amigos

Ha llegado el momento de partir, y dejo con pesar el querido Líbano. Señor Presidente, le agradezco sus palabras y el haber facilitado, junto con el Gobierno, a cuyos representantes saludo, la organización de los distintos acontecimientos que han marcado mi presencia entre vosotros, apoyado de manera notable por la eficacia de los diferentes servicios de la República y del sector privado. Agradezco también al Patriarca Bechara Boutros Raï, y a todos los patriarcas presentes, así como a los obispos orientales y latinos, los sacerdotes y los diáconos, los religiosos y religiosas, los seminaristas y los fieles que se han desplazado para recibirme. Al

visitaros, es como si Pedro viniese a vosotros, y vosotros habéis recibido a Pedro con la cordialidad que caracteriza a vuestras Iglesias y vuestra cultura.

Mi agradecimiento se dirige en particular a todo el pueblo libanés, que forma un hermoso y rico mosaico, y que ha sabido manifestar al Sucesor de Pedro su entusiasmo, con la aportación multiforme y específica de cada comunidad. Gracias de corazón a las venerables Iglesias hermanas y a las comunidades protestantes. Gracias en particular a los representantes de las comunidades musulmanas. Durante toda mi estancia, he podido constatar cuánto vuestra presencia ha contribuido al éxito de mi viaje. El mundo árabe y el mundo entero habrán visto, en estos momentos de turbación, a los cristianos y a los musulmanes reunidos para celebrar la paz. Es tradición de Oriente Medio recibir al huésped de paso con consideración y respeto, y vosotros lo habéis hecho. Os lo agradezco a todos. Pero, a la consideración y al respeto, habéis añadido algo más: algo parecido a una de esas famosas especias orientales que enriquecen el sabor de los alimentos: vuestro calor y vuestro corazón, que me han despertado el deseo de volver. Os lo agradezco de manera especial. Que Dios os bendiga por ello.

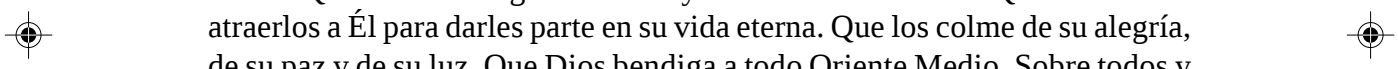
Durante mi brevísima estancia, cuya razón principal ha sido la firma y la entrega de la Exhortación apostólica *Ecclesia in Medio Oriente*, he podido encontrar a los diferentes miembros de vuestra sociedad. Ha habido momentos más oficiales y otros más íntimos, momentos de gran densidad religiosa y de oración ferviente, y también otros marcados por el entusiasmo de la juventud. Doy gracias a Dios por estas ocasiones que él ha permitido, por los importantes encuentros que he podido tener, y por la oración de todos por todos los libaneses y el Medio Oriente, cualquiera que sea el origen o la confesión religiosa de cada uno.

En su sabiduría, Salomón llamó a Hirán de Tiro, para que erigiera una casa como morada del Nombre de Dios, un santuario para la eternidad (cf. *Si* 47,13). Y Hirán, al que ya evoqué a mi llegada, envió madera proveniente de los cedros del Líbano (cf. *1 R* 5,22). Paneles de madera de cedro con guirnaldas de flores esculpidas revestían el interior del templo (cf. *1 R* 6,18). El Líbano estaba presente en el Santuario de Dios. Que el Líbano de hoy, sus habitantes, pueda seguir estando presente en el santuario de Dios. Que el Líbano continúe siendo un espacio donde los hombres y las mujeres puedan vivir en armonía y en paz los unos con los otros para dar al mundo, no sólo el testimonio de la existencia de Dios, primer tema del pasado Sínodo, sino también el de la comunión entre los hombres, cualquiera que sea su sensibilidad política, comunitaria o religiosa, segundo tema de dicho Sínodo.



Pido a Dios por el Líbano, para que viva en paz y resista con valentía todo lo que pueda destruirla o minarla. Deseo que el Líbano siga permitiendo la pluralidad de las tradiciones religiosas, sin dejarse llevar por la voz de aquellos que se lo quieren impedir. Le deseo que fortalezca la comunión entre todos sus habitantes, cualquiera que sea su comunidad o su religión, rechazando resueltamente todo lo que pueda llevar a la desunión y optando con determinación por la fraternidad. He aquí las flores que agradan a Dios, las virtudes posibles y que convendría consolidar enraizándolas más.

La Virgen María, venerada con tierna devoción por los fieles de las confesiones religiosas aquí presentes, es un modelo seguro para avanzar con esperanza por el camino de una fraternidad vivida y auténtica. El Líbano lo ha entendido bien al proclamar desde hace algún tiempo el 25 de marzo como día festivo, permitiendo así a todos sus habitantes vivir con más serenidad su unidad. Que la Virgen María, cuyos antiguos santuarios son tan numerosos en vuestro país, siga acompañándoos e inspirándoos.



Que Dios bendiga el Líbano y a todos los libaneses. Que no cese de atraerlos a Él para darles parte en su vida eterna. Que los colme de su alegría, de su paz y de su luz. Que Dios bendiga a todo Oriente Medio. Sobre todos y cada uno de vosotros, invoco de corazón la abundancia de las bendiciones divinas. جميعكم الربُّ لِيُبَارِكْ [Que Dios os bendiga a todos].

PENITENCIARÍA APOSTÓLICA

URBIS ET ORBIS

D E C R E T O

Se enriquecen del don de Sagradas Indulgencias
particulares ejercicios de piedad durante el Año de la fe

En el día del quincuagésimo aniversario de la solemne apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II, al que el beato Juan XXIII «había asignado como tarea principal custodiar y explicar mejor el precioso depósito de la doctrina cristiana, para hacerlo más accesible a los fieles de Cristo y a todos los hombres de buena voluntad» (Juan Pablo II, Const. Ap. *Fidei Depositum*, 11 de octubre de 1992: AAS 86 [1994] 113), el Sumo Pontífice Benedicto XVI ha establecido el inicio de un Año particularmente dedicado a la profesión de la verdadera fe y a su recta interpretación, con la lectura, o mejor, la pía meditación de los *Actos del Concilio* y de los Artículos del *Catecismo de la Iglesia Católica*, publicado por el beato Juan Pablo II, a los treinta años del inicio del Concilio, con la intención precisa de «lograr de los fieles una mayor adhesión a ello y difundir su conocimiento y aplicación» (*ibid.*, 114).

Ya en el año del Señor 1967, para hacer memoria del décimo noveno centenario del martirio de los Apóstoles Pedro y Pablo, parecido *Año de la fe* convocó

el Siervo de Dios Pablo VI, «la Profesión de fe del Pueblo de Dios, para testimoniar cómo los contenidos esenciales que desde siglos constituyen el patrimonio de todos los creyentes tienen necesidad de ser confirmados, comprendidos y profundizados de manera siempre nueva, con el fin de dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado» (Benedicto XVI, Carta Ap. *Porta Fidei*, n. 4). En este tiempo nuestro de profundísimos cambios, a los que la humanidad está sometida, el Santo Padre Benedicto XVI, con la convocatoria de este segundo *Año de la fe*, tiene la intención de invitar al Pueblo de Dios del que es Pastor universal, así como a los hermanos obispos de todo el orbe, a fin de que «se unan al Sucesor de Pedro en el tiempo de gracia espiritual que el Señor nos ofrece para rememorar el don precioso de la fe» (*ibid.*, n. 8).

Se dará a todos los fieles «la oportunidad de confesar la fe en el Señor Resucitado en nuestras catedrales e iglesias de todo el mundo; en nuestras casas y con nuestras familias, para que cada uno sienta con fuerza la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre. En este *Año*, las comunidades religiosas, así como las parroquiales, y todas las realidades eclesiales antiguas y nuevas, encontrarán la manera de profesar públicamente el *Credo*» (*ibid.*).

Además todos los fieles, singular y comunitariamente, serán llamados a dar abierto testimonio de la propia fe ante los demás en las circunstancias peculiares de la vida cotidiana: «la misma naturaleza social del hombre exige que éste manifieste externamente los actos internos de religión, que se comunique con otros en materia religiosa, que profese su religión de forma comunitaria» (Decl. *Dignitatis humanae*, 7 de diciembre de 1965: AAS 58 [1966], 932).

Dado que se trata ante todo de desarrollar en sumo grado —por cuanto sea posible en esta tierra— la santidad de vida y de obtener, por lo tanto, en el grado más alto la pureza del alma, será muy útil el gran don de las Indulgencias, que la Iglesia, en virtud del poder que le ha conferido Cristo, ofrece a todos aquellos que, con las debidas disposiciones, cumplan las prescripciones especiales para lucrarlas. «Con la Indulgencia —enseñaba Pablo VI— la Iglesia, valiéndose de su potestad como ministra de la Redención obrada por Cristo Señor, comunica a los fieles la participación de esta plenitud de Cristo en la comunión de los Santos, proporcionándoles en medida amplísima los medios para alcanzar la salvación» (Carta Ap. *Apostolorum Limina*, 23 de mayo de 1974: AAS 66 [1974] 289). Así se manifiesta el «tesoro de la Iglesia», del que constituyen «un acrecentamiento

ulterior también los méritos de la Santísima Madre de Dios y de todos los elegidos, desde el primer justo al último» (Clemente VI, Bula *Unigenitus Dei Filius*, 27 de enero de 1343).

La Penitenciaría Apostólica, que tiene el oficio de regular cuanto concierne a la concesión y al uso de las Indulgencias, y de estimular el ánimo de los fieles a concebir y alimentar rectamente el piadoso deseo de obtenerlas, solicitada por el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, en atenta consideración de la *Nota con indicaciones pastorales para el Año de la fe* de la Congregación para la Doctrina de la Fe, a fin de obtener el don de las Indulgencias durante el *Año de la fe*, ha establecido las siguientes disposiciones, emitidas en conformidad con el pensamiento del Augusto Pontífice, a fin de que los fieles estén más estimulados al conocimiento y al amor de la Doctrina de la Iglesia Católica y de ella obtengan frutos espirituales más abundantes.

Durante el Año de la fe entero, convocado desde el 11 de octubre de 2012 hasta todo el 24 de noviembre de 2013, podrán lucrar la *Indulgencia plenaria* de la pena temporal por los propios pecados impartida por la misericordia de Dios, aplicable en sufragio de las almas de los fieles difuntos, todos los fieles verdaderamente arrepentidos, que se hayan confesado debidamente, que hayan comulgado sacramentalmente y que oren según las intenciones del Sumo Pontífice:

a.- cada vez que participen en al menos tres momentos de predicación durante las Sagradas Misiones o al menos en tres lecciones sobre los *Actos del Concilio Vaticano II* y sobre los Artículos del *Catecismo de la Iglesia católica* en cualquier iglesia o lugar idóneo;

b.- cada vez que visiten en peregrinación una Basílica Papal, una catacumba cristiana, una Iglesia Catedral, un lugar sagrado designado por el Ordinario del lugar para el *Año de la fe* (por ejemplo las Basílicas Menores y los Santuarios dedicados a las Santísima Virgen María, a los Santos Apóstoles y a los Santos Patronos) y allí participen en alguna celebración sagrada o, al menos, se detengan en un tiempo de recogimiento con piadosas meditaciones, concluyendo con el rezo del Padre Nuestro, la Profesión de Fe en cualquier forma legítima, las invocaciones a la Santísima Virgen María y, según el caso, a los Santos Apóstoles o Patronos;



c.- cada vez que, en los días determinados por el Ordinario del lugar para el *Año de la fe* (por ejemplo en las solemnidades del Señor, de la Santísima Virgen María, en las fiestas de los Santos Apóstoles y Patronos, en la Cátedra de San Pedro), participen en cualquier lugar sagrado en una solemne celebración eucarística o en la liturgia de las horas, añadiendo la Profesión de Fe en cualquier forma legítima;

d.- un día libremente elegido, durante el *Año de la fe*, para la piadosa visita del baptisterio u otro lugar donde recibieron el sacramento del Bautismo, si renuevan las promesas bautismales en cualquier forma legítima.

Los obispos diocesanos o eparquiales y los que están equiparados a ellos por derecho, en los días oportunos de este tiempo, con ocasión de la principal celebración (por ejemplo, el 24 de noviembre de 2013, en la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, con la que concluirá el *Año de la fe*) podrán impartir la *Bendición Papal* con la Indulgencia plenaria, lucrable por parte de todos los fieles que reciban tal *Bendición* con devoción.

Los fieles verdaderamente arrepentidos que no puedan participar en las solemnes celebraciones por graves motivos (como todas las monjas que viven en los monasterios de clausura perpetua, los anacoretas y los ermitaños, los encarcelados, los ancianos, los enfermos, así como quienes, en hospitales u otros lugares de cuidados, prestan servicio continuo a los enfermos...), lucrarán la *Indulgencia plenaria*, con las mismas condiciones, si, unidos con el espíritu y el pensamiento a los fieles presentes, particularmente en los momentos en que las palabras del Sumo Pontífice o de los obispos diocesanos se transmitan por televisión y radio, recitan en su propia casa o allí donde el impedimento les retiene (por ejemplo en la capilla del monasterio, del hospital, de la estructura sanitaria, de la cárcel...) el Padrenuestro, la Profesión de Fe en cualquier forma legítima, y otras oraciones conforme a las finalidades del *Año de la fe*, ofreciendo sus sufrimientos o los malestares de la propia vida.

Para que el acceso al sacramento de la Penitencia y a la consecución del perdón divino a través del poder de la Llaves se facilite pastoralmente, los Ordinarios del lugar están invitados a conceder a los canónigos y a los sacerdotes que, en las Catedrales y en las Iglesias designadas para el *Año de la fe*, puedan oír las confesiones de los fieles, las facultades limitadamente al fuero interno, en cuanto —para los fieles de las Iglesias orientales— al can. 728, § 2 del CCEO, y en el

caso de una eventual reserva, las del can. 727, excluidos, como es evidente, los casos considerados en el canon 728, § 1; para los fieles de la Iglesia latina, las facultades del can. 508, § 1 del CIC.

Los confesores, tras advertir a los fieles de la gravedad de pecados a los que se vincula una reserva o una censura, determinarán apropiadas penitencias sacramentales, tales para conducirles lo más posible a una contrición estable y, según la naturaleza de los casos, para imponerles la reparación de eventuales escándalos y daños.

La Penitenciaría finalmente invita ardientemente a los excelentísimos obispos, como poseedores del triple *munus* de enseñar, gobernar y santificar, a la solicitud en la explicación clara de los principios y las disposiciones que aquí se proponen para la santificación de los fieles, teniendo en cuenta de modo particular las circunstancias de lugar, cultura y tradiciones. Una catequesis adecuada a la índole de cada pueblo podrá proponer más claramente y con mayor vivacidad a la inteligencia y arraigar más firme y profundamente en los corazones el deseo de este don único, obtenido en virtud de la mediación de la Iglesia.

El presente Decreto tiene validez únicamente para el *Año de la fe*. No obstante cualquier disposición en contra.

Dado en Roma, en la Sede de la Penitenciaría Apostólica, el 14 de septiembre de 2012, en la Exaltación de la Santa Cruz

Manuel card. Monteiro de Castro
Penitenciario Mayor

mons. Krzysztof Nykiel
Regente



HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.

4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 188 Euros (mes 15,67 Euros)
50 ejemplares año . . . 364 Euros (mes 30,33 Euros)
100 ejemplares año . . . 620 Euros (mes 51,67 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid